MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

SANTORAL ESPAÑOL.

SANTORAL ESPAÑOL,

ó

COLECCION DE BIOGRAFIAS DE TODOS LOS SANTOS NACIDOS EN ESPAÑA,

arreglado por meses en forma de

AÑO CRISTIANO.

REDACTADO POR

DON EUSTAQUIO MARIA DE NENCLARES,

Y PUBLICADO POR

D. MANUEL ARROITA Y GOMEZ,

EDITOR.

Con licencia del Ordinario.

TOMO II.

MADRID.

Imprenta de M. Tello, calle de Preciados, núm. 86.

1864.

Es propiedad.

SANTORAL ESPAÑOL.

MES DE JULIO [1].

DIA 1.°

San Casto y San Secundino, Mártires, *Italianos*.

SAN SIMEON, ESPAÑOL.

De este Santo, conocido por SAN SIMEON *el labrador*, apenas existen noticias; y detalles para formar una vida ó biografía, no existe ninguno, aunque se le encuentra nombrado y colocado en este dia en diferentes obras, algunas tan autorizadas como *La España Sagrada* de Florez, y *El Teatro de las Iglesias de España* por Gonzalez Dávila. Sábese únicamente que fué natural de Cabredo, pequeña villa en el Valle de Aguilar, provincia de Navarra, distante trece leguas de Pamplona: que era labrador, muy honrado y virtuoso, y que deseando hacer una perfecta vida tomó el hábito de lego en el monasterio de benedictinos titulado de San Jorge, sito en la villa de Azuelo, á dos leguas de distancia de Cabredo, en el mismo valle de Aguilar: que en este monasterio concluyó su ejemplar vida, siendo enterrado su

(1) Estando redactados los seis meses que comprende este segundo y último tomo, solo por D. Eustaquio María de Nenclares, se suprime poner á la cabeza de los meses el nombre del escritor que lo ha redactado, como se hizo en el primer tomo.

santo cadáver en una ermita que lleva su nombre, edificada en las afueras del pueblo á la parte de E. Allí se conserva la reliquia, y los vecinos de ambos pueblos tienen especial devocion á este Santo, cuya proteccion imploran, especialmente contra las tercianas.

DIA 2.

La Visitacion de Nuestra Señora.

DIA 3.

San Trifon, *Romano*, y Compañeros Mártires.

SAN AGAPIO, OBISPO, ESPAÑOL.

La antiquísima y célebre ciudad de Córdoba, dichosa madre patria de tantos héroes del cristianismo, vió nacer al esclarecido AGAPIO ó AGAPITO, pues de ambas maneras se le encuentra escrito en la historia. Fué godo de linaje, rico y noble; pero no hay noticias precisas de su familia, de su primera educacion, ni del año de su nacimiento, sabiéndose únicamente que sus esclarecidas virtudes y relevantes dotes de ciencia y santidad comenzaron á ser conocidas á principios del siglo VII, por cuya fecha, huyendo del mundo, se hizo monje. Mas habiendo vacado la silla episcopal de Córdoba por muerte del obispo Eleuterio, fué ascendido á ella AGAPIO, segundo obispo de este nombre, viéndose obligado á dejar el claustro.

En nada influyó para sus santas y rígidas costumbres la alta dignidad en que le colocaron sus merecimientos; pobre era su vestido, pobre su mesa, pobre y duro su lecho, á lo que añadia constantes ayunos y perpétuos silicios.

Ningun hecho notable consigna la brevísima historia de este Santo prelado hasta el año de 613. En este, como dejamos consignado en el tomo anterior en la vida de San Zoilo, hallándose una noche durmiendo, le reveló el Señor el

sitio en que se hallaba el sánto cuerpo del mártir San Zoilo. A la mañana siguiente refirió AGAPIO la revelacion que en sueños habia tenido, y acompañado de todo el clero y gran número de fieles, pasó al lugar revelado, en el cual fué encontrado el santo cadáver, que llevaron y colocaron honoríficamente en la iglesia de San Félix. Mas pareciendo despues este templo al obispo AGAPIO demasiado pequeño para lo que su devocion deseaba, ensanchó notablemente la iglesia, edificando á su continuacion un grandioso monasterio con habitacion para cien monjes.

Ignórase el año fijo de su muerte, que debió acaecer á los pocos de la invencion del cuerpo de Zoilo, pues en el año de 618, cinco despues de aquel dichoso acontecimiento, habia sucedido ya en la silla episcopal de Córdoba á AGAPIO II el obispo Honorio, que firmó como tal en el concilio segundo de Sevilla.

Parece que su santo cadáver permaneció por muchos años en Córdoba, y que despues fué llevado á Carrion de los Condes por el conde Fernan Gomez, dicen unos que al mismo tiempo que el de San Zoilo y San Félix, y otros que la traslacion se hizo despues. De cualquier modo, la citada villa tuvo la honrosa dicha de recibir y contar entre otras preciosas reliquias la de este glorioso Santo.

DIA 4.

San Laureano, Arzobispo de Sevilla, *Húngaro*.

EL BEATO GASPAR BONO, CONFESOR, ESPAÑOL.

El dia 5 de enero de 1530 nació en Valencia GASPAR BONO, y recibió el agua del bautismo en la iglesia parroquial de San Nicolás de Bari. Su padre era francés, natural de la villa de Saint Lambert, en la Gascuña, y de oficio tejedor de lino. El apellido Bono, es corruptela hecha por el pueblo en aquel

tiempo del verdadero apellido paterno, que era Bonhóm. La madre fué española, natural de Cervera, en el reino de Valencia; se llamaba Isabel Juana Monzon, y pertenecia á una honrada familia de menestrales poco favorecidos por la fortuna. Cuatro hijos concedió Dios á este honrado matrimonio, dos varones y dos hembras. Ana se llamó la primera, á la que siguió GASPAR, y á este Juana y Mateo.

Desde muy pequeño manifestó GASPAR decidida inclinacion á las cosas de la Iglesia, y con el mayor interés se procuraba estampas de santos, siendo su mayor goce arreglar altares y celebrar con otros niños imitaciones de misas y ceremonias religiosas con un recogimiento y devocion que admiraba á cuantos presenciaban aquellas santas distracciones en niños de edad tan tierna. Pero estos goces de GASPAR eran escasos, porque la fortuna, cada dia más contraria á su familia, le obligaba á ayudar constantemente á su padre y servir á su madre, que tuvo la desgracia de quedar ciega, cuando el mayor de sus hijos apenas contaba ocho años.

Teniendo siempre GASPAR su vista fija en la carrera de la Iglesia, hacia los mayores sacrificios por adquirir alguna instruccion, y recibiendo lecciones de los que se presentaban á dispensarle tal favor, aprendió á leer y escribir y algo de gramática latina, repartiendo el poco tiempo que le sobraba despues del trabajo y cuidado de la casa, en estudiar y practicar sus constantes devociones.

Así pasaron algunos años; pero siendo cada vez más precaria la situacion de la casa y más decidida la vocacion de GASPAR por la vida religiosa, determinó, tanto para aliviar á sus padres de los gastos que les originaba, cuanto para contentar su inclinacion, pedir el hábito en la Órden de predicadores, en la que fué desde luego admitido; pero habiéndolo sabido su cuñado Pedro de Alvarado, se dirigió inmediatamente al convento y habló á GASPAR, diciéndole que no le parecia bien dejase á sus padres en tan triste situacion

sin procurarles alguna ayuda con su trabajo, ya fuese dedicándose á un oficio, ó ya poniéndose á servir y entregando á sus padres la soldada. De tal manera conmovieron á GASPAR las palabras de su cuñado, que acto contínuo se despidió del Prelado, y afligido por la situacion de sus padres, vertiendo copiosas lágrimas se dirigió á su casa.

Siguiendo los consejos de Pedro de Alvarado, entró al poco tiempo á servir á un mercader de terciopelos y damascos, llamado Martin Aldanza. Muy pronto se captó la voluntad de su amo y de toda la familia, pues nunca habian tenido quien le igualase en actividad, celo, humildad y prontitud para servir y complacer á sus principales, y aun á los otros dependientes de la casa. Los dias de fiesta iba á ver á sus padres, en cuya compañía pasaba todo el tiempo que su amo le daba para pasear; componia los muebles que se habian roto desde su última visita, aseaba las maderas y las paredes, y leia en alta voz algun trozo de un libro devoto, lo que complacia en extremo á la pobre madre ciega, que carecia de este diario consuelo desde que GASPAR estaba sirviendo. Siempre llevaba á su madre algo de comer, y especialmente pedazos de pan, que aunque duros la mayor parte, los utilizaban aquellos infelices, ya remojándolos para ablandarlos y poderlos comer solos, ó ya empleándolos en sopas. GASPAR decia á sus padres que les llevaba lo que le sobraba á él; pero no era así, y pronto se supo. Viendo el mercader Aldanza que su criado se desmejoraba visiblemente, y adelgazaba de dia en dia, temeroso de perder tan buen criado, le observó para indagar la causa de aquel desmejoramiento y quitarle trabajo, si el que le daban era superior á sus fuerzas ó á su salud, y las observaciones dieron por resultado el conocimiento de que el estado de GASPAR le producia la falta de alimento, pues todo el pan y aquellas cosas de comida que lo permitian las guardaba para llevarlo á sus padres. Nada le dijo el mercader; pero desde aquel dia señaló á los

padres de GASPAR una decente racion diaria, y á él le puso á su mesa.

Sin que ninguno de los escritores que se han ocupado de la vida del BEATO GASPAR BONO haya manifestado la causa, se obró un notable cambio en su vocacion, y al deseo que siempre tuvo y manifestó de consagrarse á la vida más retirada, apacible y tranquila, sucedió una firme resolucion de emprender la más agitada é inquieta, cambiando el claustro por el campo de batalla. Veinte años contaba de edad cuando ingresó en el ejército del invicto emperador Carlos, V, sentando plaza de soldado en un regimiento de caballería que al poco tiempo marchó á la guerra de Italia.

Diez años permaneció en el servicio de las armas, sin pasar de soldado, y sin que en los escritos se consigne ningun hecho notable de él. Sus historiadores solo dicen que «cumplió en todo como cristiano y valeroso soldado.» Pero Dios por sus inescrutables decretos, volvió á GASPAR BONO á la primera senda que en la niñez se habia trazado en el mundo.

Hallándose en Florencia, marchó una mañana formando parte de una avanzada de caballería á reconocer el campo enemigo. Salió de este á la carrera una partida tambien de caballería mucho más numerosa que la avanzada en que iba GASPAR. Trabóse un reñido combate; pero al poco tiempo se pronunciaron en derrota los compañeros de GASPAR. Mataron á este el caballo, y huyendo á pié cayó en un pozo seco: llegaron los enemigos, y siendo el pozo poco profundo, alcanzaban los soldados á herirle con las lanzas. En tan apurada situacion, herido ya en la cabeza, y viendo delante la muerte, se encomendó de todo corazon á la Vírgen de los Desamparados, poniendo por intercesor á San Francisco, y en el mismo instante se paran sus fugitivos compañeros, y sintiéndose animados por una confianza y valor desconocido, se convierten de fugitivos en perseguidores, de venci-

dos en vencedores, y poniendo en fuga á sus contrarios quedó el campo por suyo y sacan del pozo á GASPAR, cuyas heridas, aunque dejando marcada y patente cicatriz, se cerraron milagrosamente en seguida.

Resuelto á dedicar el resto de su vida solo al servicio de Dios y de su Sacratísima Madre, que tan especial proteccion le habian dispensado, se retiró del servicio de las armas, y regresó á España llegando á casa de sus padres, que todavia existian, á principios de junio de 1560, contando él treinta y medio de edad. Grande fué la alegría de los padres al abrazar á un tan querido hijo, del cual no habian sabido nada en algun tiempo, principiando á temer si habria sucumbido en la guerra. Aunque sintiendo el no poder conservarle á su lado, no pudieron menos Juan Bono y su mujer Isabel de aprobar la determinacion de su hijo de tomar el hábito religioso, acto que tuvo lugar con asistencia de ellos, el dia 16 de aquel mismo mes en el convento de PP. mínimos de San Francisco, llamado vulgarmente de San Sebastian, sito extramuros de la ciudad.

Siendo modelo de novicios pasó el año de probacion, profesando al cabo de él en manos de Fr. Gerónimo de Santo Domingo, á cuyo solemne acto asistieron tambien los padres de GASPAR. Tal fué su fervor y tan eminentes sus virtudes, que á los diez y ocho meses de su profesion fué ordenado de presbítero; haciendo esta excepcion en favor de su mérito, que llegó al más eminente grado de perfeccion desde que recibió las sagradas órdenes, tanto siendo súbdito como siendo prelado.

«En este cargo, que forzado de la obediencia ejercitó muchos años, ya en calidad de corrector ó colega, ya en la de vicario provincial y de provincial en propiedad, se portó siempre con tal celo, caridad, discrecion y dulzura, que con grandes ventajas de la Órden logró mantener en su vigor y promover felizmente la disciplina regular. Su ejemplo era

para todos el más eficaz estímulo á la observancia. Aun cuando se hallaba cargado de años y enfermedades, era siempre el primero á todos los actos de comunidad, y el más puntual en el cumplimiento de todas las reglas y costumbres de la Órden. Añadia al buen ejemplo las amonestaciones, reprensiones y tal vez el castigo de las faltas; pero templaba de tal modo las asperezas con la suavidad, que los delincuentes, lejos de darse por agraviados, le quedaban obligadísimos, y se sentian muy movidos á enmendarse. En cierta ocasion, cerciorado de una falta de un novicio, le llamó y despues de haberle representado afectuosamente la gravedad de su culpa, se desnudó las espaldas y tomó una fúriosa disciplina, diciendo entretanto al culpable con la más grande humildad: *Yo, yo soy el digno de este severo castigo, por no haberos reprendido y corregido á su tiempo como debia.* Otras veces, despues de haber visto ineficaces sus avisos con alguno, se postraba á sus piés, y deshecho en amargo llanto, con un crucifijo en la mano, le rogaba por amor de aquel Señor mejorase su vida.»

No dejó el Señor de probar y acrisolar más y más las heróicas virtudes de su santo siervo con disgustos, tribulaciones y enfermedades.

Despues de una larga y penosa, tuvo la grave afliccion de ayudar á bien morir á su anciana madre, que espiró en sus brazos el dia 29 de abril de 1583, asistiendo igualmente á su padre, que falleció al año justo de haber muerto su mujer.

Los últimos veinte años de la vida del BEATO GASPAR BONO fueron una constante série de agudos dolores, que soportó siempre con la mayor paciencia, ofreciéndolos humilde al Señor en descargo de sus culpas. Padeció de gota y retencion de orina, frecuentes calenturas, y una hernia intestinal que le llenó de úlceras. Á pesar de todos estos tormentos, sus mortificaciones, sus penitencias y sus ayunos eran casi perpétuos. Su caridad era infinita, y los pobres eran para

él los seres humanos más predilectos y á quienes consagraba todo su afecto y cuidados. En los conventos en que fué corrector, ordenó siempre al despensero que diese limosna á cuantos pobres llegaran á pedirla. Todos los dias visitaba la cocina para ver si estaba bien preparada y abundante la comida que se habia de repartir, y decia al despensero: *Carísimo hermano; mientras haya que comer en el convento, no permitais que llegue un pobre y se vaya desconsolado sin socorro.*

Previó y vaticinó con toda claridad y fijeza el dia y hora de su muerte, que se verificó despues de haber permanecido nueve meses en cama. Recibió con singular uncion y humildad los Santos Sacramentos á la caida de la tarde del martes 13 de julio de 1604, pasando tranquilo toda aquella noche: al amanecer del miércoles 14 se despidió de los religiosos que le acompañaban, y suplicó á uno de ellos que leyese en voz alta la Muerte y Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, y al llegar el religioso que leia á las palabras: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,* hizo un movimiento con la mano el BEATO GASPAR, indicando al religioso que parase la lectura, y repitiendo las palabras de Jesus, le entregó plácidamente su alma teniendo la vista fija en un crucifijo colocado delante del lecho. Murió á los setenta y tres años y medio de edad y cerca de cuarenta y cuatro de religioso. Su santo cadáver estuvo tres dias expuesto al público, que no abandonó un momento la iglesia, y despues de un solemne funeral, fué enterrado en el presbiterio de la iglesia de dicho convento de minimos titulado de San Sebastian, en que habia tomado el hábito y profesado.

Los muchos y célebres milagros con que el Señor reveló al mundo la santidad de GASPAR BONO, motivaron la beatificacion que tuvo efecto el dia 10 de Setiembre del año de 1786 por el Sumo Pontifice Pio VI.

DIA 5.

Santa Zoa, Mártir, *Romana, y*

SAN MIGUEL DE LOS SANTOS, CONFESOR, ESPAÑOL.

Enrique Argemir y Monserrata Margarita Mixana, vecinos de la antigua, *muy noble* y *muy leal* ciudad de Vich, en Cataluña, fueron los dichosos padres de MIGUEL. No fué este ni el primero ni el único fruto que de su feliz union tuvieron Enrique y Monserrata; á ocho herederos de su nombre y sus virtudes dieron el ser, por el órden siguiente: Mariana, Onofre, Juan, Agustin, Magdalena, Jaime, MIGUEL y Jacinto.

Nació nuestro Santo el dia de San Miguel Arcángel, domingo 29 de setiembre de 1591, siendo bautizado en el siguiente 30, dia de San Gerónimo, y recibiendo en la pila los nombres de Miguel, Gerónimo y José.

Con el esmero y cuidado propios de todo padre virtuoso y amante de sus hijos, criaron á MIGUEL los suyos, proporcionándole las comodidades que les permitia su desahogada posicion y las consideraciones sociales de que gozaban, por haber Enrique desempeñado dos veces el honroso cargo de Conseller de la ciudad.

La primera instruccion la recibió en su casa bajo la direccion de un maestro virtuosísimo y amable, de lo más apto para disponer el ánimo del niño al amor á la virtud, al estudio y al trabajo.

Jamás se omitió en casa de Enrique Argemir dar gracias al Todopoderoso despues de las comidas, rezar el rosario por la noche, y leer despues algunas páginas de un libro devoto: con estas santas costumbres y los no menos santos ejemplos que les daban sus padres, eran todos los niños verdaderos modelos de virtud. Pero entre todos sobresalia MIGUEL, cu-

yos consejos, en edad tan tierna, á sus hermanos mayores, dejaban admirados á sus padres y á cuantos los oian.

No pudo nunca escuchar leer la Muerte y Pasion de Nuestro Señor Jesucristo sin verter copiosas lágrimas y sin afectarse profundamente; y tal impresion hicieron en su infantil imaginacion las penas y trabajos del Redentor del mundo, que pretendiendo corresponder á los beneficios que Jesus con su muerte dispensó al hombre, ofreció consagrarse completamente á él, tomando en su virtud una determinacion la más admirable y extraordinaria. Cinco años y medio contaba, y aunque su pura y cándida alma no habia sentido el peso del pecado, resolvió ir á consagrarse á Dios en la soledad, y lavar con la penitencia las manchas de las culpas que no tenia. Comunicó su proyecto á dos niños de poca más edad que él, amigos suyos, muy cristianos y devotos tambien, llamado el uno Antonio Marfa, y Sigismundo Vinies el otro, y ambos aprobaron con entusiasmo la idea de retirarse al yermo á hacer penitencia. Puestos de acuerdo, eligieron para sitio de su retiro la elevada montaña Monseñ, á dos leguas próximamente de la ciudad. Sin dar largas á su proyecto, al siguiente dia muy temprano salieron de la ciudad los tres para consagrarse á la eremítica vida, abandonando el regalo y comodidad de su casa. Media legua llevarian andada, cuando recordando Antonio Marfa el carácter rígido de su padre, se intimidó temiendo el castigo, y arrepentido, pidió á sus compañeros que le relevasen de su compromiso y le permitieran volverse á su casa. Sin hacerle la más pequeña observacion, se despidieron amorosamente de él, y solos continuaron MIGUEL y Sigismundo el camino de la montaña.

Llegados á ella, procedieron á buscar una gruta ó cueva para constituirse en perfectos ermitaños; entraron en una, pero estaba tan plagada de insectos, que temieron permanecer en ella, y continuaron en busca de sitio más aceptable. Á la falda de la montaña encontraron dos grutas juntas que

parecian formadas á propósito para llenar sus deseos, con la admirable circunstancia de que sobre cada una de ellas se leia el nombre del Santo de cada uno de los niños.

Notada la falta de estos en sus casas, recorrieron sobresaltados sus padres las de sus amigos y conocidos, y llegados á la de Antonio Marfa, supieron asombrados la determinacion de sus tiernos hijos, y presurosos corrieron en su busca á la montaña. No tardaron en encontrarlos, y con amorosas observaciones les hicieron comprender lo imprudente de su determinacion en tan corta edad, y los volvieron á los brazos de sus angustiadas madres.

Propúsose MIGUEL imitar cuanto pudiera en su casa la vida del desierto, y retirado se dedicaba á la meditacion de la Sagrada Pasion, cuya idea permanecia de continuo fija en su mente; ayunaba con mucha frecuencia, dando siempre que podia su comida á los pobres; se azotaba con unas disciplinas de cordel que él mismo hizo, y llevaba oprimida á sus carnes una cruz de madera traspasada de clavos, que le herian como un cilicio.

Por este tiempo murió su madre, á cuya querida memoria consagró MIGUEL todos los dias de su vida algunas lágrimas. El cuidado de sus asuntos y dilatada familia impedian á Enrique Argemir celar prolijamente á MIGUEL para moderar su santo celo, é impedirle los rigurosos ayunos y penitencias, que temia acabasen con su salud, y quizá con su vida. Encargó este cuidado á una antigua criada llamada Eufrosina; pero la extremada bondad de esta, y el cariño que tenia á MIGUEL, impedian todo remedio, pues por no originarle el disgusto de que le amonestase su padre, nada decia á este de las mortificaciones del niño, contentándose con hacerle ella observaciones que atento escuchaba, pero que no servian para contenerle.

Solo en dos ocasiones recurrió Eufrosina á su amo para que amonestase á MIGUEL: fué la una con motivo de haber

observado que en las horas más rigurosas de frio salia al corral, y poniendo la cruz de madera sostenida en unas piedras, y arrodillado él sobre otras muy ásperas, permanecia con grave riesgo de su salud largas horas orando, á imitacion de los santos ermitaños: y la otra fué porque habiendo ido una tarde con sus hermanos acompañados de ella á una viña para que se divirtiesen y comieran uvas, echándole de menos, corrió en su busca y le encontró desnudo de medio cuerpo arriba, revolcándose sobre unas cambroneras para que le atormentasen las espinas; y habiéndole preguntado por qué hacia aquello, la respondió que por amor á Jesucristo y por imitar á San Francisco. Lo admirable en esta ocasion fué, que en cuanto su padre lo supo le hizo desnudar para extraerle las espinas, y ni una sola se habia introducido en sus carnes.

Con notable aplicacion se dedicó al estudio de la gramática latina, aprovechando sus rápidos adelantos en trasmitirlos con el mayor cariño á aquellos de sus condiscipulos que por no estar dotados de gran comprension necesitaban explicaciones más detenidas y prolijas que las del maestro. Los domingos y dias festivos tenia por la tarde en su casa una especie de academia, á la que concurrian sus amigos para repasar las lecciones, rezar y cantar gozos y completas á la Virgen, concluyendo la infantil funcion con una plática pronunciada por MIGUEL, imitando á los predicadores. Tan grande era entre los niños de su edad el crédito de su virtud, que le llamaban el *Flos Sanctorum*.

Intentó ingresar en alguno de los conventos de Vich, para lo cual, con el mayor rendimiento y profundas súplicas, se dirigió á todos los Prelados; pero le fué imposible conseguirlo, porque su corta edad era un obstáculo insuperable. Contrariada su voluntad en esto, y acreciendo de dia en dia su aversion al contacto con el mundo, resolvió volver á marchar al desierto. Los mismos Antonio y Sigismundo se

le unieron; señalaron el dia, y despues de haber los tres juntos orado y hecho voto de perpétua castidad delante del altar de la Vírgen de los Ángeles en la iglesia de monjas dominicas de Santa Clara, dirigieron sus pasos á la montaña. Al llegar á las inmediaciones de una casa llamada *Espinsella*, que estaba como á la mitad del camino, les salieron al encuentro tres venerables varones, que les preguntaron cariñosamente á dónde iban. Contestaron los niños que á la ermita de San Sigismundo; cuya resolucion desaprobaron aquellos varones, aconsejándoles que se volvieran á sus casas, pues iban á dar gran pena á sus padres, y que eran muy niños para vivir en la montaña y poderse defender de los lobos, que los comerian tal vez aquella misma noche. Separando despues á MIGUEL, que era el más firme en su propósito de continuar, aunque fuera pasto de los lobos, le preguntaron si haria en casa de su padre, á la que debia volver inmediatamente, una penitencia que ellos le dirian, en equivalencia de la que se proponia practicar en la montaña; y contestando afirmativamente, le dijeron que pusiese debajo de la cama un haz de sarmientos y durmiese sobre ellos, teniendo por cabecera una piedra. Prometió el niño hacerlo así, y lo cumplió, aunque no le costó poco trabajo el ir reuniendo y escondiendo los sarmientos para no llamar la atencion de su padre y hermanos, y muy especialmente de Eufrosina, que, solícita por su salud como una tierna madre, le observaba y celaba constantemente.

Dormia MIGUEL con su hermano Jacinto, y para bajar á su lecho de sarmientos, esperaba á que Jacinto se durmiera, y antes de que despertase por la mañana se volvia á la cama. Pero como no podia menos de suceder, la criada Eufrosina descubrió el lio de sarmientos y la piedra. Riñó severamente á MIGUEL, amenazándole con que se lo diria á su padre: el estado delicado de salud en que se hallaba este, y las súplicas de MIGUEL, contuvieron á Eufrosina, y por algunos dias se

evitó sin disgustos la penitencia del niño; pero teniendo este presente siempre su promesa, volvió á adquirirse más sarmientos y arregló otro lecho. Volvió á descubrirse, y se repitió la escena de las reprensiones. Conoció finalmente Eufrosina que nada iba á adelantar si no lo decia al padre; pero la enfermedad de Enrique Argemir se agravaba por momentos, no estaba para recibir disgustos, y Eufrosina dejó á MIGUEL en libertad de continuar su penitencia, que fué calificada por sus hermnnos y por ella de un capricho de niño, pues aun no habia cumplido los seis años.

La piedra que le servia de cabecera se conserva todavía hoy en la casa en que vió MIGUEL la luz primera.

El dia de la Conmemoracion de los difuntos, 2 de noviembre de 1602, tuvo MIGUEL el acerbo dolor de ver espirar á su virtuoso y tierno padre, despues de haber recibido su bendicion puesto de rodillas con sus hermanos delante del lecho del moribundo. Los tutores que se hicieron cargo de los niños preguntaron á cada uno su inclinacion y la carrera que se proponia seguir. MIGUEL contestó que lo que él deseaba era entrar cuanto antes religioso. Ninguno de los hermanos ni de los tutores aprobó tal propósito, y Agustin, que era el mayor de los hermanos que vivian, para impedir que MIGUEL realizase su deseo, habló á los Prelados de todos los conventos de la ciudad, rogándoles que no admitiesen á su hermano si iba á pedir hábito.

En casa de su tutor continuó MIGUEL haciendo la misma vida de ayunos, penitencia y mortificaciones que en la suya, siendo la admiracion de todos, pues aunque tenian noticias de su género de vida, nunca habian podido presumir que fuera tan riguroso. Mientras habitó allí se vió privado de su querido lecho de sarmientos, y compensaba la falta durmiendo desnudo sobre el tambien desnudo suelo.

Para procurar vencer la vocacion de MIGUEL y apartarle de sus propósitos, determinaron los tutores, de acuerdo con

sus hermanos, dedicar á MIGUEL al comercio, y sin contar para nada con él, le pusieron en la tienda de Pedro Sellers y Pedro Carcer, mercaderes de telas. Sumiso y resignado obedeció el niño, sirviendo con el mayor celo é interés á sus principales, aunque sin modificar su propósito de ser religioso en cuanto tuviera la edad para entrar en un convento. Ni un minuto robaba de dia á sus deberes de dependiente; pero la mayor parte de la noche la dedicaba á la oracion y á la penitencia, durmiendo en el limpio suelo. Uno de los mercaderes, hombre de carácter feroz y corazon de hiena, miraba con aversion al santo niño, por verle tan decidido por las cosas del cielo y tan desdeñoso para las de la tierra. Empeñado en conseguir á todo trance que MIGUEL adoptase los hábitos y costumbres de mercader, comenzó por regañarle sin cesar, y viendo que con esto nada conseguia, pasó á vias de hecho, abofeteándole frecuentemente, hasta bañarle muchas veces en sangre la boca y narices. La santa paciencia y admirable resignacion con que el inocente sufria los injustos y bárbaros castigos del mercader, irritaban todavia más á este hombre desalmado, porque consideraba desden y menosprecio lo que solo era santa resignacion, y eso que MIGUEL, por templar el furor de su principal, le pedia muchas veces perdon puesto de rodillas; perdon, por supuesto, de las faltas que le imputaban, y no porque hubiese cometido ninguna.

Habiendo llegado á noticia de Catalina Campana, amiga que habia sido de la madre de MIGUEL, la terrible vida que pasaba el pobre huérfano, solicitó de los tutores permiso para llevarle en su compañía á su casa-torre, llamada Mas de Mitjá. Conseguido el permiso con gran satisfaccion suya, y no menor de MIGUEL, se le llevó á su casa, atendiéndole y cuidándole como si fuera su hijo. El gozo del niño era extraordinario, y su reconocimiento á Catalina infinito. El cambio de vida no podia ser más delicioso para él, porque le

proporcionaba satisfacer por de pronto sus deseos. Sin observaciones, reprensiones, y mucho menos castigos, dedicaba cuantas horas queria, del dia y de la noche, á la oracion y á la penitencia: y no olvidando jamás el consejo de los tres ancianos, ángeles en su concepto, se proveyó de sarmientos para formar la cama, y de una piedra para cabecera.

Tambien se conserva esta piedra hasta hoy, aunque dividida en trozos. Lo primero que se observó en ella despues que, ausentándose MIGUEL, quedó abandonada, fué que habiéndola tomado varias veces para utilizarla en alguna obra que ocurria en la casa, jamás hizo buen asiento ni se adhirió á la cal, yeso, ni á ninguna mezcla. Asegura al mismo tiempo el cronista Fr. José de Jesus María, que á pesar de haberla quitado los devotos muchísimos pedazos, equivalentes todos á más de su volúmen, este no sufria la menor disminucion. Cuando se presentaba alguna tempestad sacaban la piedra á la puerta de la casa, y sucedió muchas veces que descargando las nubes gran cantidad de granizo y piedra, no sufrió ningun daño la casa-torre ni las tierras contiguas. La piedra fué dividida despues en varios pedazos: unos se conservan en la capilla pública de Mas de Mitjá, propiedad hoy de los señores de Sellés, y los otros en el oratorio privado que los mismos señores tienen en la ciudad de Vich. La veneracion de los fieles dura todavía, y afirman que en partos trabajosos y apurados, un pedacito de piedra ha hecho instantáneos y visibles prodigios.

Á pesar del gozo que experimentaba el tierno corazon de MIGUEL con el apacible retiro en que vivia y con la libertad que disfrutaba para contentar sus santas inclinaciones, no se apartaba un instante de su mente la idea de entrar en un convento. Volvió á solicitarlo con instancias en varios, especialmente en el de San Francisco; pero sus doce años de edad eran una dificultad insuperable. Con mucha complacencia le escuchaban todos los Prelados, aprobaban su vocacion y le

aconsejaban perseverar en ella; pero todos concluian diciéndole que esperase los tres años que le faltaban para poder tomar hábito.

Orando un dia fervorosamente por el alma de su padre delante de una imágen de Nuestra Señora, colocada entre las dos puertas ó portales de Gurb y de Manlleu, se le apareció aquel, y despues de un momento de silencio, durante el cual le estuvo mirando con apacible rostro, le aconsejó que continuase solicitando entrar religioso, cuya vocacion aprobaba, y concluyó pidiéndole que rogase á Dios por él. La aprobacion de su padre llenó de contento su corazon; pero el consejo de que continuase sus solicitudes le llenaba de confusion y dudas, porque cuantas gestiones estaban en su mano las habia puesto ya en ejecucion, acudiendo con sus rendidas súplicas á los superiores de todos los conventos de Vich. Creyó entonces que Dios, por conducto de su padre, le significaba que acudiese á otros conventos, y resolvió marchar á Barcelona, pero sin comunicar á nadie su proyecto, para no experimentar de nuevo las contrariedades y oposiciones que ya habia probado diferentes veces. Pidió un poco de dinero á un antiguo amigo de su padre, y sin más recursos, y sin conocer á nadie en Barcelona, marchó á ella á pié, no habiéndose despedido absolutamente de nadie. Una buena mujer que se hallaba á la puerta de su casa en Barcelona observó la admiracion y atolondramiento de MIGUEL, y no dudó de que era forastero. Le llamó, y le preguntó de dónde era y á dónde caminaba: MIGUEL contestó que era de Vich, y que un asunto propio le habia llevado á Barcelona. La concision de la respuesta hizo sospechar á la mujer que era algun jóven fugitivo de su casa temeroso de castigo por alguna travesura. Prudente, se obstuvo de preguntarle más; y caritativa y previsora, le ofreció su casa para evitar que fuera á albergarse en alguna peligrosa para el alma y para el cuerpo. Sumamente reconocido aceptó MIGUEL, entrando en la casa, á la

cual llegó al poco tiempo el marido de la bondadosa mujer, quien dió muestras de no serlo menos que ella en la atencion y cariño con que trató á MIGUEL.

Sin perder tiempo, este comenzó las gestiones para lograr sus deseos. No seguiremos sus pasos de convento en convento, concretándonos solo al resultado. El Rdo. P. M. Fr. Antonio Tafalla, ministro del convento de la Santísima Trinidad, oyó benigno las súplicas del niño, y descubriendo en él un asombroso fondo de virtudes y santidad, decidió admitirle, si le autorizaba para ello el Provincial, Rdo. P. M. Fr. Gabriel Manzano; mas no hallándose este en Barcelona á la sazon, le escribió haciéndole presentes las circunstancias del pretendiente, y el P. Provincial otorgó su autorizacion. No consta oficialmente el dia, mes ni año en que MIGUEL ingresó en el convento, porque siendo admitido por gracia especial sin tener la edad prevenida, no fué incluido en el registro de novicios: se cree generalmente que fué por el mes de agosto de 1603, faltándole cerca de dos meses para cumplir los doce años.

Un religioso anciano, docto y virtuoso se encargó de la direccion é instruccion de MIGUEL mientras llegaba al convento y tomaba posesion de su empleo de maestro de novicios el nombrado recientemente, Fr. Pablo de Aznar. Siendo la admiracion de todos los religiosos, permaneció en el convento de Barcelona hasta el mes de Febrero de 1606, en que, por consejo del Rdo. P. M. Fr. Gerónimo Deza, lector de artes y teología, pasó al convento de San Lamberto, situado á media legua de Zaragoza, y destinado á la educacion de novicios por estar separado del bullicio de las gentes. En este convento continuó su noviciado, prosiguiendo cada dia con más constancia y fervor la vida de soledad, contemplacion y penitencia que era el exclusivo recreo de su alma. Á los diez y seis años y un dia de su bien empleada edad, es decir, el dia 30 de setiembre de 1607, hizo su profesion en aquel con-

vento en manos de su Prelado, el Rdo. P. M. Fray Francisco Viader, siendo Provincial el Rdo. P. M. Fr. Miguel Gasch.

El gozo de Fr. MIGUEL ARGEMIR por pertenecer ya de hecho y de derecho á la Órden de la Santisima Trinidad, le amenguaba algun tanto el deseo de pasar á regla más estrecha, donde hubiera más contínuo trato con el Señor, más retiro, más abstraccion de las criaturas, más negacion de sí mismo, y mayor y más frecuente mortificacion. Tres meses serian pasados de su profesion, cuando fué un descalzo, llamado Fr. Manuel de la Cruz, desde Pamplona á Zaragoza, á tomar órdenes; y como no hubiese entonces convento de descalzos en esta ciudad, se hospedó en el de San Lamberto. Fr. MIGUEL tenia noticia de la reforma, y habia oido hablar de la descalcez; pero no habiendo visto á ningun religioso de esta Órden, quedó altamente sorprendido al contemplar á Fr. Manuel de la Cruz vestido con un hábito muy estrecho de jerga, y calzado con alpargatas. No acertaba á separarse del ordenante, y se informó muy prolija y minuciosamente del género de vida que hacian en su convento, el cual le agradó tanto por lo riguroso y austero, que determinó pedir el pase á los descalzos. Comunicó el deseo á su confesor y al Prelado inmediato, y ambos, aunque sintiendo sobremanera el tenerse que ver privados de la compañía de tan buen religioso, no pudieron menos de aprobar su santa resolucion, y se prestaron á apoyar la súplica que debia elevarse al Provincial. Obtenida la licencia, se puso en camino Fr. MIGUEL ARGEMIR á mediados de enero de 1608, haciendo el viaje solo y á pié, á pesar del riguroso tiempo de aguas, nieves y frios que hacia. El 28 de enero, dia célebre en la Órden por ser aniversario de su fundacion, tomó el hábito de descalzo, y siendo costumbre mudar el nombre, apellido ó sobrenombre cuando se pasaba de una á otra religion, cambió su apellido de Argemir por el sobrenombre de *Todos los Santos*, llamándose desde aquel dia Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS.

Aunque no necesitaba instruirse en las virtudes monásticas, tuvo que hacer nuevo noviciado, despues del cual profesó en el convento de Alcalá de Henares el dia 29 de enero de 1609.

Varios conventos tuvieron la dicha de albergarle por más ó menos tiempo: al primero que pasó desde Alcalá, despues de profesar, fué al de la Solana, en el Campo de Montiel, donde tuvo por Prelado al P. Fr. Cristóbal de San Gerónimo; de allí le mudó el Provincial al convento de Sevilla, en el cual fué su Prelado el V. P. Fr. Antonio del Espíritu Santo. Al de Baeza marchó despues, donde permaneció tres años estudiando artes, hasta que pasó á Salamanca á cursar teología. Terminados sus estudios en Salamanca, le hicieron conventual de Baeza, trasladándose para tomar órdenes de presbítero á la ciudad de Faro, en Portugal. Despues, en el colegio de Baeza, fué vicario, confesor y predicador. En otros varios estuvo tambien, pero de paso, y sin morar en ellos más que algunos dias: tales fueron los de Valdepeñas, Toledo, Córdoba, Granada y Socuéllamos.

Á principios del año de 1622 renunció el cargo de Prelado del convento de Valladolid el P. Fr. Alonso de San Juan Bautista. El 24 de mayo del mismo año, en el definitorio general celebrado en el convento de Madrid, fué electo ministro Fr. MIGUEL, habiendo tenido el superior que vencer la oposicion de algunos definidores que no estaban por la eleccion; porque aunque le reconocian adornado de cuantas dotes eran necesarias para Prelado, le encontraban demasiado jóven para este cargo. Mayor que la de los definidores fué la oposicion del elegido para aceptar el puesto; mas la obediencia á sus superiores le obligó á ceder, y resignado, tomó posesion de él.

En 13 de mayo del siguiente año 1623 se celebró capítulo general en Toledo, al cual asistió como ministro de Valladolid; y en atencion á haberlo sido solo un año, que era lo

que le faltaba á su antecesor cuando hizo la renuncia ó dimision, le volvieron á elegir, y desempeñándole continuaba el 10 de abril de 1625, dia de su glorioso tránsito.

En todos los referidos conventos dejó perpétua memoria de sus heróicas virtudes, de su fervoroso celo y de su constante propósito de imitar á todos los Santos, cuyos hechos conocia con los más minuciosos detalles, y que siempre tenia presentes para que le sirvieran de guia en el camino de la gloria.

La fé de Fr. MIGUEL y su constante esperanza en las bondades de Jesus, eran el consuelo de los religiosos de los conventos en que habitaba. Diferentes casos refiere el P. Fray Pedro de Jesus, en que, hallándose de ministro del convento de Baeza, y agotados los recursos para atender al culto y á la manutencion de los religiosos, apelaba á Fr. MIGUEL pidiéndole consejo para vencer su apurada situacion, y el único que Fr. MIGUEL le daba era que reuniese á la comunidad y marcharan al coro á pedir fervorosamente al Señor auxilio en sus necesidades, porque estaba seguro de que si la súplica la hacian con entera fé y esperanza en la bondad del Criador, este remediaria la necesidad, y concluia diciéndole: «Nuestro hermano ministro no se aflija: dilate ese corazon, que Dios lo remediará.» Por donde menos podian esperarse llegaron diferentes veces hasta cuantiosas limosnas y casi instantáneamente, dejando asombrados y edificados á los religiosos.

Atacada de un agudo garrotillo doña Ana de Haba y Jodar, vecina de Baeza, iba ahogándose por momentos, sin que los más prontos y enérgicos remedios que se habian empleado hubieran podido detener los rápidos progresos de la enfermedad. Habia recibido ya los Santos Sacramentos, y traspasado de dolor el corazon de su madre, doña Catalina Jimenez, y de cuantos rodeaban el lecho de doña Ana, no se aguardaba más que verla espirar, pues ya no podia tragar ni

una gota de agua, ni hablar. Á este tiempo llegó á la casa Fr. MIGUEL para ayudarla á bien morir, segun creyeron todos, y para salvarla por la fé, segun él. Acercóse á la cama de la moribunda, y para saber si tenia todavía oido, la preguntó cómo se encontraba: la enferma movió los labios, pero no dejó percibir el más leve metal de voz: repite Fray MIGUEL la pregunta, y aproxima el oido á la boca de la enferma, y aunque apenas perceptible, contestó: «Mal.» En seguida la dijo Fr. MIGUEL: «Tenga fé, que no ha de morir por ahora.» Echó mano á la manga, sacó de ella unas pasas, y haciendo abrir la boca á la enferma, la metió una en el nombre del Padre. Asombrados los circunstantes, vieron que doña Ana tragó la pasa sin la menor dificultad. En seguida la dió otra, mandándola que la comiese en nombre del Hijo, y luego otra en nombre del Espíritu Santo. Ambas tragó la enferma con la misma facilidad que la primera, y radiante de alegría el rostro de Fr. MIGUEL, puso sus manos sobre la cabeza de la enferma, y la dijo: «Ya tiene allá á la Santísima Trinidad: quédese con Dios, que no morirá, no morirá.» Así fué, en efecto, con la más asombrosa admiracion de las muchas personas que habian visto agonizante á doña Ana, de los médicos que se habian despedido, entre los cuales se hallaba el famoso en aquel tiempo Dr. Ortega, y de cuantos lo supieron despues.

Los beneficios que le dispensaba el Todopoderoso inflamaban su sangre de tal manera, que convirtiéndola en corrientes de fuego de amor divino, encendian su cuerpo hasta el punto de despedir un calor perceptible á algunos pasos de distancia de él. Así lo depusieron varios de los testigos, cuyas declaraciones obran en los procesos apostólicos para la beatificacion.

Si admirable era el fuego de amor divino que despedia el cuerpo de Fr. MIGUEL, no lo eran menos sus éxtasis y raptos, durante los cuales quedaba elevado sobre la tierra,

con la vista fija en el cielo y su cuerpo completamente inmóvil. Y no le concedió el Señor este supremo y delicioso goce en los últimos años de su vida, sino que desde muy temprano comenzó Dios á pagar á su humildísimo siervo el infinito amor que le tenia.

Cuando estudiaba teología en Salamanca, asistia á cátedra con los jóvenes estudiantes de su convento, de varios otros, y con muchos seglares. Desempeñaba la cátedra de prima el muy célebre Rdo. P. M. Fr. Agustin Antolinez, honra de la órden Agustiniana, y hallándose un dia tratando de la gracia del alma de Cristo, y exponiendo lo que el hombre le debe por el derramamiento de su preciosa sangre, acometió á Fr. MIGUEL un rapto tan encendido del amor á Jesucristo, que dió tres vuelos, elevándose más de una vara sobre las cabezas de los oyentes, permaneciendo á esta altura extasiado, de pié derecho con los ojos fijos en el cielo. Asombrados quedaron todos los circunstantes, incluso el lector, menos los religiosos compañeros de convento de Fray MIGUEL, para quienes estos admirables raptos eran ya conocidos. Uno de los estudiantes seglares, creyendo que aquello era efecto muy pasajero de alguna enfermedad corporal, acudió presuroso, poniéndose debajo para sostenerle en la caida y que no recibiese daño; pero uno de los estudiantes compañeros de Fr. MIGUEL, llamado Fr. Marcos de San Gerónimo, le detuvo, manifestándole que aquello eran efectos del acendrado amor de Dios, y que bajaria al suelo sin recibir golpe ni daño alguno. El Rdo. M. Fr. Antolinez estuvo gran rato suspenso contemplando espectáculo tan admirable, y exclamó conmovido dirigiéndose á sus discípulos: «Una alma tocada de Dios, mal lo puede encubrir ni disimular.» Desde aquel dia trató Fr. Antolinez á Fray MIGUEL con el mayor respeto y consideracion, haciéndose discípulo de santidad de su discípulo de teología aquel grande hombre, que despues de haber sido el oráculo de Salamanca,

gobernó con indecible acierto las iglesias de Ciudad-Real y de Santiago.

En un rapto que tuvo en Valladolid estando diciendo misa, extendidos sus brazos en cruz fué á caer una mano sobre la llama de una de las velas que lucian en el altar. Ni el acólito que le ayudaba la misa, ni los que estaban oyéndola, lo advirtieron, por tener todos fija la vista en el rostro del Santo: solo un religioso llamado Fr. Francisco de la Magdalena, que la oia desde el coro, lo echó de ver, y bajó corriendo para apartar la luz, cuyo fuego no sentia el extasiado siervo, pero que le quemó la mano, produciéndole una grande llaga, que tardó mucho tiempo en curársele.

Cuando volvia de los éxtasis iba bajando al suelo poco á poco, y cerrando al mismo tiempo los brazos.

Lo que el alma de este Santo gozaria en sus éxtasis y raptos, ni es posible que nuestra limitada imaginacion lo conciba, ni que nuestra indocta pluma lo exprese. La humildad y modestia de SAN MIGUEL, por otra parte, no le permitió dejar una detenida explicacion ó relacion de ello: solo alguna que otra brevísima contestacion dada á los Prelados por obediencia, es lo que encontramos en los cronistas, siendo la más larga y explícita la que dió al P. Fr. Luis de la Santísima Trinidad, diciendo: «Que eran tantos los regalos y »mercedes que nuestro Señor le hacia, que su comunicacion »ordinaria era en los cielos con los Ángeles y Santos, y con »el Señor de los Ángeles y la Virgen Santísima; y era esto »en tanto grado, que algunas veces entendia que ya estaba »desatado de la cárcel del cuerpo, y que cuando volvia en sí »se admiraba de hallarse entre los religiosos.»

Desde la más tierna infancia, como dejamos consignado, se entregó MIGUEL tan de veras al Criador, que puede decirse que siempre fué el amor de Dios el alma de su cuerpo y el cuerpo de su alma, haciéndole total donacion de sus sentidos y potencias. Tan intenso amor tuvo un premio asombroso en

esta vida, haciendo el más venturoso de los mortales á Fray MIGUEL.

Con estos afectos tan familiares en él oraba en una ocasion, y mal satisfecho de su amor pidió á Jesucristo que le cambiase su corazon con otro más encendido en amor suyo; y agradó tanto á Nuestro Señor la súplica de su enamorado Fr. MIGUEL, y fué despachada tan á beneficio del pretendiente, que jamás habia ocurrido á su imaginacion el extremo de fineza que le queria hacer Nuestro Señor. Quitóle Su Magestad á su amante MIGUEL el corazon, y tomándolo para sí, le dió el suyo propio, poniéndole en el lugar de donde le habia quitado á Fr. MIGUEL el suyo; quedando de este cambio tan beneficiado Fr. MIGUEL, y tan abrasado en divinos incendios, que no cabe en la pluma el explicarlo.

La humildad y modestia de Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS hubiera dejado al mundo en la ignorancia de la suprema distincion que habia merecido de Jesus. Pero el mismo que habia dispensado la gracia se encargó de publicarla para honra del agraciado. Vivia en Sevilla la V. Ana de Jesus, Beata profesa de las Descalzas, la cual murió allí en opinion general de santidad, que confirmó Dios, obrando por su intercesion varios milagros antes de ser sepultado su cuerpo. Deseaba con vivas ansias la V. Ana que el Señor la diese un corazon capaz de amarle como le aman los serafines, y llevada de su fervoroso deseo, se atrevió á pedir á Dios su corazon, á cuya demanda tuvo la dignacion de contestar el Señor: «Mi corazon no te daré, porque le tiene MIGUEL, y yo tengo el suyo.» La V. Ana refirió esta contestacion: cundió la admirable nueva, que llegó muy pronto al convento en que moraba Fr. MIGUEL. El provincial le mandó, pena de obediencia, que dijese lo que habia en ello de verdad, y Fr. MIGUEL autorizó á su confesor, Fr. Francisco de la Madre de Dios, para que revelase la confesion que le hizo en el mismo dia

del suceso, desde el cual iba trascurrido ya bastante tiempo. La deposicion del confesor ratificó la verdad de la noticia.

Los primeros que dejaron consignado por escrito este suceso, dicen que la fineza de Jesucristo fué real, física, material; pero Su Santidad Benedicto XIV, que declaró heróicas las virtudes del V. P. Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS, en el elocuente panegírico que de ellas hizo en el convento de San Cárlos de los Españoles, dejó sentado «que el cambio prodigioso que hizo Nuestro Señor Jesucristo con su fiel siervo, trocando su corazon por el suyo, fué místico y espiritual; y este es ya el universal sentimiento de los que regulan el suyo por el infalible de la Iglesia.»

La pluma y el pincel se encargaron de perpetuar la memoria de este suceso, y su conocimiento se propagará hoy más que nunca, porque del cuadro que figuró en la canonizacion sobre la tercera puerta á la izquierda del frontispicio de la Basílica Vaticana, y que representa á Jesus poniendo su corazon á Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS, se han sacado preciosas fotografías que circulan por todas las naciones.

Los varios raptos que tuvo en público, y que con asombro fueron contemplados por inmenso número de personas, produjeron grandes efectos en los incrédulos y pecadores; y como si fuera época de algun gran jubileo, no bastaban los confesores de Valladolid para oir á los penitentes que acudian á sus piés.

Además de los efectos generales tan en provecho de las costumbres y piedad cristiana, hubo infinitos casos particulares de arrepentimiento instantáneo de pecadores contumaces encenagados en los vicios.

Su misa era muy larga, aunque no tuviera éxtasis ni raptos durante ella; no bajaba de una hora el tiempo que empleaba en celebrarla, y sin embargo, se consideraban muy afortunados los fieles que podian oirla con frecuencia. La última que

celebró en el oratorio de doña Ana de Mendoza, duquesa entonces del Infantado, sumamente devota del santo siervo de Dios, duró dos horas cumplidas, sin que la duquesa ni sus hijas que la oian tambien diesen la menor muestra de cansancio ni impaciencia, manifestando por el contrario sumo gozo, segun lo afirma el Dr. D. Juan Ceron, canónigo de Granada, que sirvió de acólito aquel dia á Fr. MIGUEL.

Desde su infancia, como queda dicho, sobresalió siempre en caridad; pero la caridad de Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS, hombre ya, no era la de MIGUEL Argemir, niño; ni era tampoco la caridad que comunmente entiende el mundo. No consistia la de Fr. MIGUEL en solo dar de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo, de cuidar á los enfermos y aliviar las demás cuitas corporales, no: hacia todo esto, pero no llamaban solo su caritativa atencion los que lloraban; la fijaban tambien y muy detenidamente los que reian. Sin desatender el alivio para los cuerpos de los pobres, se desvelaba por socorrer las almas de los ricos, procurando apartarlas del caminô de perdicion por que marchaban; y mil y mil de estas debieron á la caridad de Fr. MIGUEL la espiritual salud de que despues gozaron. Siendo todavía corista, y estudiando teología en Salamanca, llegó el Carnaval, y con él los dias más aflictivos para su piadoso corazon, porque le atormentaba sin cesar la idea de cuán gran cosecha de almas iban á proporcionar á Satanás, y de tristes y eternas lágrimas á muchas familias. Excitada su caridad en favor de las almas ciegas que podian hundirse en el cieno del pecado con sus excesos en aquellos dias, y queriendo apartar de la peligrosa senda á cuantas le fuera posible, rogó al P. Fray Marcos de San Gerónimo que pidiese licencia al Prelado para que pudiesen salir y recorrer la ciudad unos cuantos religiosos penitentes, á ver si con tal espectáculo se reprimian las locuras y desconciertos. Concedida por el Prelado la licencia, salieron seis religiosos, todos sin capas ni capillas, y mortifi-

cados de diferentes modos. Fr. MIGUEL llevaba una mordaza en la boca, los ojos vendados con una faja de esparto, y en la mano derecha un crucifijo pequeño. El P. Fr. Marcos, que caminaba el primero, llevaba levantada en alto una grande efigie de Cristo crucificado, y una pesada cadena de hierro pendiente de la cintura. Con lentos pasos marcharon desde el convento á la plaza, llamada entonces del Sol y luego de San Isidro, y colocando en medio de ella una mesa que llevaba otro religioso, subió á ella Fr. Marcos, y pronunció un fervoroso y elocuente sermon sobre los infinitos males que los excesos del Carnaval originan al alma y al cuerpo. Arrebatado del amor divino se elevó extasiado Fr. MIGUEL, permaneciendo algunos minutos con los brazos en cruz y contemplando inmóvil y sin pestañear el crucifijo que sostenia Fr. Marcos. Asombrados los circunstantes, se atropellaban para cerciorarse de que estaba en el aire; y al verlo, caian postrados de rodillas, gimiendo y suspirando, y pidiendo al Señor misericordia por sus culpas y pecados. Una inmensa y compungida masa de gente acompañó á los religiosos hasta su convento, bendiciendo la suprema caridad con que habian socorrido á sus almas que ciegas corrian al precipicio.

Amaba tanto la ciudad de Baeza á Fr. MIGUEL por su apostólica predicacion y por su constante celo en bien de las almas, que habiendo sido nombrado diferentes veces para pasar de conventual á otras localidades, reunidas las personas más notables é influyentes de todos los gremios, nombraban comisiones que pidieran al Prelado, en nombre de la ciudad, no sacase de ella al Santo Fr. MIGUEL. Por estas repetidas peticiones, á las que condescendieron siempre los Prelados, fué Baeza la ciudad que por más tiempo tuvo la dicha de albergar á nuestro Santo. Grandísimo fué el sentimiento de todos los habitantes cuando supieron el nombramiento de ministro para el convento de Valladolid, y con copiosas lágrimas le despidió la poblacion, acompañándole lo

más notable de ella gran trecho del camino, que hubiera sido infinitamente mayor si no se hubiesen decidido todos á retirarse al ver cuán afectado y confuso marchaba, por verse objeto de tal demostracion de cariño.

La obediencia decia Fr. MIGUEL que era la primera obligacion del religioso, y dió de ella tan sublimes ejemplos, que muy pocos le igualaron, y ninguno le excedió. Desde el mandato de un superior á la ejecucion de él, por duro y penoso que fuera, y aun injusto, no mediaba más que el tiempo absolutamente preciso, pues no solo no se opuso jamás á obedecer, sino que ni retardó la obediencia un instante.

Al mismo grado de perfeccion que el de obediencia, llevaba Fr. MIGUEL el voto de pobreza. Nada poseia, y su habitacion era siempre la celda más despreciable, y en algunos conventos ni la tuvo, retirándose á un desvan las pocas horas que consagraba al sueño; y cuando la tenia era la primera que se destinaba á cualquier huésped que llegase al convento, porque á él ninguna falta le hacia. Una estampa de papel, las disciplinas, el Breviario, la Biblia y una tabla sobre qué echarse, era lo único que contenian sus celdas. Su hábito era el más angosto, ordinario, viejo y remendado.

Tenia particular aversion al dinero, tanta, que el verlo solo le ofendia. Nunca manejó moneda, ni siendo súbdito ni Prelado, y no conocia lo que era cuarto ni ochavo, ni sabia cuántos de unos ú otros componian un real. Cuando caminaba solo y paraba en algun meson ó venta por no haber conventos ni hermanos seglares en aquella localidad, despues de tomar lo que necesitaba ponia sobre la mesa el dinero que llevaba, para que cobrasen lo que quisieran.

Heróica en alto grado fué la fortaleza contra las adversidades, y la paciencia en las persecuciones que tambien distinguió constantemente á Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS. Imposible parecerá que un ser tan caritativo, humilde, bondadoso é inofensivo, tuviera enemigos. Los tenia, sin embar-

go, y los más sañudos y encarnizados vestian su hábito, y moraban bajo del mismo techo que él. La envidia, madre de la mayor parte de los crímenes que se cometen en el mundo, y nodriza de casi todos los vicios, se habia aposentado en el corazon de algunos de los religiosos del convento de Baeza, donde habitaba con ellos Fr. MIGUEL. Llegó al convento el P. Provincial, que se ocupaba á la sazon en girar la visita á los conventos de su provincia; el Prelado del de Baeza le presentó inmediatamente los libros donde se apuntaban las faltas cometidas por cada uno de los religiosos, para que, además de la pena impuesta por el Prelado inmediato, designase el superior el correctivo á que se habia hecho merecedor el culpable. Dos religiosos aparecian reincidentes en varias faltas, graves algunas segun la regla de la descalcez, y el Visitador, despues de una pública y dura reprension, castigó á los dos religiosos con todo el rigor que marcaban sus leyes. Sospecharon los dos culpables que en la dureza del P. Provincial tenian una gran parte los consejos de Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS, y resolvieron vengarse de él. Para llevar á efecto su perfidia, le acusaron de culpas muy graves, consiguiendo con artera maña que varios religiosos, poco advertidos unos, y envidiosos de Fr. MIGUEL otros, declarasen por escrito contra este lo que ellos les dictaron. No se sabe de cierto en qué consistia la acusacion, porque sentenciada la causa se quemó el proceso, segun ley de entonces para estos casos; pero de tanta gravedad era, que el superior se vió obligado á mandar que se procediese inmediatamente á la informacion jurídica, y se pusiera en la cárcel á Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS. Diez meses estuvo preso, y Fr. Matías de la Madre de Dios, encargado de servirle como carcelero, aseguró siempre que nunca le habia visto con rostro tan alegre y placentero como durante el tiempo que estuvo en la prision. Conociendo su inocencia, le aconsejaba constantemente Fr. Matías que se defendiera; pero Fr. MIGUEL no revelaba en lo más

mínimo su pensamiento ni intenciones, contentándose con fijar en el cielo una placentera mirada. Instado un dia con grande empeño por Fr. Matías para que volviese por sí, por su crédito y por su reputacion, dijo: «Sepa V. C. que esto toca á Dios, y á mí conformarme con su santísima voluntad. Esto es lo que me conviene. ¿De qué cosa me puedo yo gozar más? ¿Ni cuando merecí que Dios Nuestro Señor se acordase de mí, siendo tan gran pecador?» Sufriendo y callando continuó hasta que el juez le mandó que contestase á los cargos; y si hubiera faltado algo para poner de relieve lo heróico de su humildad, paciencia y caridad, las contestaciones al juez lo hubieran con exceso dado. Por no faltar á la verdad, no se culpó; por conservar la humildad y la paciencia, tampoco se disculpó; y por no perjudicar y condenar á los impostores, no respondia directamente á los cargos, contentándose con decir «que si Dios le dejaba de su mano, haria cosas peores.» Triunfó la justicia y la verdad, y se sentenció la causa á su favor, aplicando á los acusadores la pena del talion. Con las mayores instancias intercedió repetidas veces por ellos; pero los superiores fueron constantemente sordos á sus súplicas, y los culpados tuvieron que cumplir sin la menor rebaja la condena.

Como cuantas desgracias, penas y contrariedades experimentaba las sufria por amor de Dios, y era tan grande este en su alma, todo le parecia poco, diciendo muchas veces, sumamente afligido, que Jesus no debia estar contento con él cuando le mandaba tan pocas penas y trabajos que llevar por su amor. Pero los tormentos y mortificaciones que echaba de menos, enviados por Dios, los suplia con la rigorosa penitencia y las duras mortificaciones que daba á su cuerpo. Los primeros años que estuvo en la descalcez no comió más que pan y frutas, hasta que temiendo los superiores por su salud y su vida, le obligaron á tomar algun alimento caliente; mas siempre lo hizo en muy poca cantidad. Para ocultar su absti-

nencia, pidió al Prelado, y este se lo concedió, leer mientras los demás comian, y comiendo despues él solo, dejaba la mayor parte de la comida para los pobres.

En vigilia casi constante pasaba la vida, admirando á todos cómo podia vivir con tan breve sueño.

Disciplinábase rigurosamente todas las noches, dejando su preciosa sangre evidentes muestras de su penitencia en el suelo y las paredes de la celda. Llevaba el cuerpo casi cubierto de cilicios. En los muslos, pantorrillas y brazos, unas fajas de alambre grueso, con agudas puntas que desgarraban sus carnes: ceñida al cuerpo una cadena de hierro delgada que le daba cuatro vueltas: en las espaldas una cruz de hierro sembrada de agudas puntas de clavos, y pendiente del cuello por dentro de la ropa, otra cadena de hierro igualmente claveteada. Las cruces que usó para las espaldas fueron de diferentes dimensiones, y por consiguiente contenian desigual número de puntas de clavos. La que heredó el convento de Vich, y recibió con el mayor regocijo y veneracion, tenia ochenta y un clavos. Todas las cruces las hacia construir articuladas ó con goznes en los brazos y cerca del pié, para que, cediendo á los movimientos del cuerpo, no se separasen de la carne. Una de estas cruces, con las puntas desgastadas y oxidadas, pasó á poder de D. Francisco Marquez de Gazeta, presidente de la Chancillería de Valladolid, cuando ocurrió el glorioso tránsito de Fr. MIGUEL, y otra al de D. Alonso de Carbajal.

Asombroso fué el caso que aconteció en Salamanca. Fregando estaban un dia nuestro Santo y Fr. Francisco de Jesus María; fijó este la atencion en los brazos de su compañero, los vió llenos de llagas causadas por los cilicios, y compadecido le dijo que iba á ponerlo en conocimiento del superior, para que le prohibiera tan excesivo rigor. Hízolo, en efecto, en cuanto acabaron su tarea, y el Prelado mandó llamar inmediatamente á Fr. MIGUEL, y le hizo descubrir los brazos,

que no solo no tenian llaga ninguna, sino que ni señal de ellas presentaban. Pasmado quedó Fr. Francisco, que estaba en compañía del Prelado, y suplicó humildemente á Fray MIGUEL que explicase aquello, porque no queria quedar por embustero para con el Prelado, y tanto menos, cuanto que sus intenciones habian sido las más puras y amistosas. Excusóse al principio de responder Fr. MIGUEL; pero afectado por la pena que producia á su caritativo y buen compañero el aparecer mentiroso, dijo: «Que viéndole que iba á dar cuenta al prelado con el celo piadoso de que le quitase los cilicios, habia hecho oracion á Nuestro Señor, pidiendo le sanase aquellas llagas, porque por su ocasion no le privasen del uso de los cilicios, y Su Magestad le habia oido sanándole repentinamente.»

Y todavía más prodigioso que el anterior fué el caso siguiente, acaecido en Baeza pocos meses despues de haber salido de la prision, y que haciéndole público los facultativos, aumentó muchísimo el crédito de santidad de que gozaba ya Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS:

Con el uso contínuo de la cruz que llevaba en las espaldas fueron tantas las llagas que se le hicieron, y tantas las materias que producian, que calaban el hábito, exhalando un olor insoportable. Sus compañeros, temiendo que le sobreviniese una gangréna, lo avisaron al Prelado, el cual le llamó en seguida á su presencia; le mandó desnudar las espaldas, y viendo el lastimoso estado en que las tenia, le ordenó que se quitara la cruz y se pusiera en cura. Fr. MIGUEL dijo que aquello ni valia nada entonces, ni podia dar cuidado para despues; que se iria curando sin necesidad de quitarse la cruz, y que en su virtud le suplicaba que le permitiese continuar llevándola. Creyó el Prelado que Fr. MIGUEL podria conciliar las dos cosas: la cura de las llagas y la devocion de llevar, como Jesucristo, una cruz sobre las espaldas, y por darle gusto le permitió la prosecucion de su deseo, amones-

tándole, sin embargo, aunque amorosamente, para que mitigase los rigores contra su carne. Los religiosos observaban que el hedor que despedia Fr. MIGUEL ni desaparecia ni menguaba; dedujeron, pues, que las llagas permanecian sin curar, y volvieron á hablar al Prelado. Llamóle este, le mandó desnudar las espaldas como la vez primera, y viendo que las llagas estaban aún en peor estado que antes, dispuso que llamaran inmediatamente al médico y al cirujano del convento para que le quitaran la cruz y comenzasen la curacion. Hincóse de rodillas Fr. MIGUEL, y elevó una ferviente súplica á Jesus para que impidiese que le privaran de su adorada cruz; y en el momento en que entraban el médico y el cirujano, cayeron de las espaldas unas grandes costras, dejando la carne limpia y tersa. Los facultativos reconocieron el hábito, y encontraron las materias recientes; mas el hedor habia tambien, como las llagas, desaparecido, relevándole una deliciosa fragancia de indefinible olor, que dejó embalsamado todo el aposento y asombrados á cuantos en él estaban.

No queriendo Jesus que su amantísimo siervo careciese de ninguna de las gracias y divinos dones que habian distinguido á los Santos á quienes se habia propuesto imitar, le concedió tambien el de profecia. Gran número de ellas, debidamente justificadas, constan en los procesos apostólicos, de las cuales, aunque ligeramente, consignaremos aquí algunas.

Á consecuencia de una caida comenzó á padecer de vómitos de sangre D. Francisco Magana y Sotomayor, vecino de Baeza. Fueron haciéndose tan frecuentes y abundantes los vómitos, que pusieron al enfermo á las puertas de la muerte. Desolada su mujer, doña María de Godoy, acudió á Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS rogándole que encomendase á Dios á su marido y pidiese su salud. Fr. MIGUEL la exhortó á que tuviera paciencia y se conformase con la vo-

luntad del Todopoderoso, si era la de llamar á sí á D. Francisco; pero doña María no queria esto, y deshecha en lágrimas instó á Fr. MIGUEL para que pidiera á Dios la vida de su marido, diciéndole que en su mano estaba, pues si él la pedia con verdadero interés, Jesus se la concederia. Despidióla enternecido Fr. MIGUEL, prometiéndola que en seguida iba á pedir á Dios muy de veras la vida y la salud del enfermo. Á las pocas horas la envió unas flores para don Francisco, y la noticia de que el Señor la otorgaba la vida y la salud, curándole de aquella enfermedad; pero que no descuidase el ejercicio de las virtudes, porque su vida no seria muy larga. D. Francisco sanó rápidamente de aquella enfermedad, y á los dos años le llevó otra á dar cuenta al Criador de sus acciones en esta vida.

En Valdestillas, pueblo distante cuatro leguas de Valladolid, cayó enferma Francisca Santos, mujer de Juan del Rio, y hallándose con todos los Sacramentos esperando el último instante, llegó Fr. MIGUEL, que iba de camino, á hospedarse en aquella casa, por ser sus dueños hermanos de la religion reformada. Cual á un ángel descendido del cielo recibió Juan del Rio y toda la familia al Santo Fr. MIGUEL, rogándole todos que entrase á ver á la enferma y la consolase y la asistiese en el trance terrible en que se hallaba. Entró en seguida, y despues de mirarla y saludarla con apacible y bondadoso acento, la dijo que se animase y alejara todo temor, porque no moriria de aquella enfermedad; que estaria muy pronto buena, y que ella y él saldrian casi juntos de este mundo.

Tan rápidamente mejoró la enferma, que con asombro de todos los vecinos del pueblo dejó la cama á los tres dias. Tuvo esto lugar por el mes de octubre de 1624, y á fin de marzo del año siguiente enfermó de nuevo, agravándose la dolencia dia por dia, á términos de encontrarse de mucho peligro el dia 10 de abril, en que veloz llegó al pueblo la

noticia de la muerte de Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS. Oyó la triste nueva la enferma, y llamando inmediatamente á su marido y á una hija que tenia, les dijo: «Ahora me moriré yo; porque el Santo, cuando me sanó de la enfermedad pasada, dijo que habiamos de morir juntos.» Recibidos los Santos Sacramentos, al comenzar el dia 12 entregó su alma al Criador.

Tal confianza tenian todos los vecinos de Baeza en las profecías de Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS, que cuando se hablaba de algun enfermo de peligro no preguntaban lo que opinaban los médicos, sino qué pensaba Fr. MIGUEL; y sin abrigar la menor duda, decian: «No ha de morir, porque el P. Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS lo ha dicho.»

No era profeta solo de salud y vida; lo era tambien de desgracias y muertes, como lo fué de la suya. Hallábase accidentalmente en Baeza, en casa de unos parientes á quienes visitaba Fr. MIGUEL, D. Martin de Benavides, vecino de Villanueva del Arzobispo, sugeto bellísimo, caritativo y muy cristiano, pero bastante descuidado en el arreglo de su hacienda. Fr. MIGUEL le distinguia con particular amistad, é interesada sin duda su caridad en beneficio de los sucesores de D. Martin, le llamó un dia á su celda, y le aconsejó que hiciera confesion general, y no demorase el arreglar sus asuntos, porque quizá podria importar mucho y pronto á su familia. Sin más explicaciones comprendió D. Martin lo que Fr. MIGUEL le queria decir, y no dudó un momento de que la muerte le acechaba de cerca. Con el mismo Fray MIGUEL hizo confesion general, y despidiéndose conmovido y agradecido, marchó á su casa de Villanueva, donde murió de un tabardillo á los quince dias de llegar.

Trabajaba en la obra del convento de Valladolid un oficial llamado Santiago, y estando un dia Fr. MIGUEL presenciando las labores, le llamó Santiago la atencion para que mirase un entierro que se distinguia á lo lejos, pidiéndole al mismo

tiempo que rogase por el alma del difunto. Fr. MIGUEL le dijo: «Primero morireis vos que ese hombre que decís es muerto.» Admirados quedaron Santiago y todos los presentes, mirándose unos á otros confusos y aturdidos; pero los sucesos vinieron bien pronto á justificar el dicho del Santo. El que llevaban á enterrar como difunto, volvió del accidente que tenia cuando iban á bajar la caja á la sepultura, y á Santiago le dió uno en la noche del siguiente dia, que le privó de la vida casi instantáneamente.

No se concretaron tampoco sus profecías á muertes y vidas; anunció sucesos de otras muchas clases, todos los cuales se realizaron siempre.

Doña María de Cabrera depuso como testigo en los procesos, que habian sido infinitos los acontecimientos, no esperadas ni sospechados siquiera, que la anunció Fr. MIGUEL. La predijo con mucha anticipacion que el rey concederia el hábito de Santiago á su marido D. Alonso de Haro: la anunció la muerte de varios individuos de su familia, y las desgracias que ocurrieron á otros: pidiéndole ella consejos para conseguir agradar á Dios, la dijo que procurara no volver á cometer tales y tales faltas, que solo ella y su confesor conocian: á D. Alonso de Haro le advirtió varias veces que se extraviaba del camino de la salvacion por ciertos pasos que daba, y que D. Alonso creia ignorados de todo el mundo; y á una criada de la casa la reprendió una travesura sabida solo de Dios y de ella. Sebastian de Osuna, doméstico tambien de doña María, jóven de no muy rígidas costumbres, dejó el servicio de sus señores por no tener que ir á llevar recados á Fr. MIGUEL, quien le descubria cuanto ocultaba en el corazon, dejándole afrentado y asustado.

Contristados sobremanera se hallaban los ánimos de los habitantes de Baeza con motivo de una sequía que venian experimentando hacia bastantes meses, la cual no solo originaba la natural escasez de frutos y su consiguiente carestía,

sino que comenzaba á producir sérios estragos en la salud pública. Fr. MIGUEL se dirigió al Prelado, y tomando su vénia para darle un consejo, le dijo que salieran una noche en procesion todos los religiosos, y mortificándose con disciplinas, ó de la manera que á él le pareciese más conveniente, se dirigieran á la ermita del Santo Cristo de la Yedra, sita á media legua de la poblacion, y en ella implorasen del Todopoderoso el remedio contra aquella pública calamidad, porque estaba seguro de que si asi lo ejecutaban, el Señor concederia las ansiadas lluvias. Antes de resolverse el Prelado á aceptar el consejo de F. MIGUEL, quiso oir á todos los religiosos, los cuales no aprobaron por unanimidad el pensamiento; pero habiendo mayoría por él, y continuando Fr. MIGUEL en asegurar que Dios les daria agua, determinó que á las nueve de aquella misma noche saliera la procesion. Asi se hizo, y á las diez estaba ya disciplinándose en la ermita toda la comunidad. Una hora dedicaron despues los religiosos á orar, y luego se acomodaron por los rincones para dormir hasta la llegada del dia. Fr. MIGUEL continuó orando de rodillas otras tres horas, dedicando una al Padre, otra al Hijo y otra al Espíritu Santo. Al despuntar la aurora formaron en procesion y tomaron el camino de Baeza. Á la mitad de él comenzó á llover tan copiosamente, que sin excepcion ninguna llegaron al convento con los hábitos calados y pegados al cuerpo. La lluvia duró cuarenta y ocho horas, y toda su vida el agradecimiento á Fr. MIGUEL de los habitantes de Baeza.

En esta misma ciudad tuvo revelacion divina de la alevosa muerte que estaban dando á su hermano Agustin, escribano y residente en Vich, por no haber querido hacer una escritura falsa. Era el principio de la noche del 8 de febrero de 1617, y conmovido se dirigió á Fr. Felipe de la Madre de Dios, y le pidió fuese con él á rogar al Eterno que socorriese una necesidad muy grave y perentoria: hiciéronlo, y á la mañana siguiente cuando fué á revestirse para decir misa,

pidió recado negro; Fr. Felipe, que era el sacristan, se negaba á dárselo, porque ni tenia órden ni sabia que hubiera motivo para ello, y entonces Fr. MIGUEL le reveló en secreto que su hermano habia sido asesinado aquella noche, y que la necesidad que recomendaron á Dios era que recogiese en su seno el alma del difunto. Cerca de un mes despues de este dia llegó á Baeza la noticia de la muerte de Agustin Argemir, ocurrida en la misma noche del 8 de febrero, y á más de cien leguas de distancia del lugar en que oraba Fr. MIGUEL por la salvacion de su hermano.

Tembien el Señor le reveló la época de su muerte, y con mucha anticipacion. Ordenado hacia ya tiempo de sacerdote, le preguntaron por qué no comenzaba á hacer oir su voz en el púlpito, á lo que contestó que todavía no era tiempo, pues solo habia de ser predicador los tres años anteriores á su muerte, y aún no habia cumplido los treinta.

De excelente salud gozaba hacia mucho tiempo, sin que el más pequeño síntoma hubiera anunciado la proximidad de la muerte, cuando cayó enfermo el segundo dia de la Pascua de Resurreccion de dicho año 1625. Al entrar en la sacristia, despues de haber predicado, se sentó en un banco en vez de arrodillarse delante de un crucifijo que allí habia, como era su costumbre. Los religiosos que se hallaban en la sacristia fijaron la vista en el rostro de su Prelado, y conocieron inmediatamente que estaba muy malo. Le agarraron por los brazos y por la cintura, pues no podia sostenerse en pié, y le llevaron á su celda: quisieron poner un colchon y una almohada en la tarima, pero no consintió ni entonces ni despues, pasando la última enfermedad como habia pasado todas las demás. Los médicos, que fueron llamados sin perder momento, declararon que la enfermedad era un tabardillo de muy dudosos resultados. Para Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS no lo eran, y con el mayor placer se dispuso á dejar este mundo. Pidió perdon á sus súbditos con las más humildes y con-

movedoras frases, que hicieron verter á todos copiosas lágrimas, y despues de recomendarles la rigida observancia de la regla y la constante práctica de todas las virtudes teologales y cardinales, pidió que le administrasen el Sacramento de la Eucaristía. Observáronle que aún no lo habia dispuesto el médico, y les dijo: «Poco importa eso; pregúntenselo cuando vuelva, y verán cómo lo manda.» Ni casi espirante renunció á la mortificacion por el amor de Dios. Teniendo muchas veces la lengua pegada al paladar, no quiso ni aun humedecerse un poco la boca, diciendo: «Mayor sed padeció Nuestro Señor Jesucristo por mis pecados: debido es que yo imite un poquito.» Dispuso y mandó, como Prelado, que en seguida que muriese, á cualquier hora que fuera, le enterrasen en el mismo lugar que á los otros hermanos difuntos, sin doblar las campanas ni avisar á nadie. Hizo que la comunidad le prometiese verificarlo así, y todos se lo prometieron; mas solo pudieron cumplir con sepultarle entre los demás religiosos difuntos.

Todas las personas más notables de la poblacion fueron á visitarle diariamente, y apenas se separaron de él durante la enfermedad D. Alonso Perez de Lara, D. Alonso Neli de Rivadeneira, D. Pedro Lopez de Arrieta, D. Tomás de Tovar y Guevara, y el presbítero D. Juan del Busto.

Poco despues de las ocho de la noche del miércoles 9 de abril se despidió de estos, y les rogó que se retirasen á sus casas á descansar: ninguno queria hacerlo; pero instados de nuevo, y temiendo que su presencia le fuera quizá molesta por distraerle de sus oraciones, se retiraron al fin. Pidió en seguida la Extremauncion, que recibió con la cabeza perfectamente despejada: luego se puso á orar, y orando continuó todavía cuatro horas. Á poco de sonar las doce, arregló la ropa que le cubria y se extendió en la tarima: puso las manos sobre el pecho con el crucifijo que constantemente tuvo en alguna de ellas, y elevando la vista al cielo, sin hacer su

cuerpo el más pequeño movimiento, antes de terminar la primera hora del jueves 10, entregó su pura alma al Criador, á los treinta y tres años, seis meses y doce dias de su edad, y veintidos años no cumplidos de religioso. La comunidad marchó en seguida al coro á rezar maitines, quedándose dos religiosos al lado de la tarima mortuoria, tanto para acompañar al cuerpo, como para disponerle para el entierro, que pensaban hacer en cuanto amaneciera, sin avisar á nadie ni doblar las campanas, como tenian ofrecido. Terminados los maitines, volvió la comunidad al lado del cadáver de su santo Prelado, el cual bajaron en seguida á una sala del claustro para desde allí conducirle á la sepultura; pero en el momento de disponerse á hacerlo, al despuntar la aurora, una inmensa muchedumbre rodeó el convento, y comenzó á llamar con fuertes golpes á las puertas y ventanas, pidiendo á los religiosos que abrieran para entrar á ver el santo cadáver. Teniendo presente su promesa los religiosos, no contestaron á los primeros golpes; pero á pesar del abundante granizo que caia, acompañado de muy crudo y fuerte viento, la muchedumbre acrecia por instantes, uniendo á los golpes que daban á las puertas agudos gritos y atronadoras voces, que obligaron á los religiosos á prescindir de su promesa á Fr. MIGUEL, abriendo las puertas y dando paso á aquella anhelante é inmensa muchedumbre.

En el acto se vió rodeado el féretro de desolados habitantes de Valladolid de todas clases y condiciones, que, postrados de rodillas, vertian tristes y abundantes lágrimas por la ausencia de su venerado y querido Fr. MIGUEL, sin el cual se consideraba cada uno abandonado y solo en la tierra. Por instantes iba aumentándose la concurrencia, acudiendo á venerar el santo cuerpo los religiosos de todas las órdenes, las autoridades, los títulos, caballeros, pecheros, hombres, mujeres y niños. Abandonada quedó completamente la ciudad, segun dicen el licenciado D. Francisco de Barahona,

abogado de aquella chancillería, el P. Agustin de Castro, de la compañía de Jesus, todos los cronistas trinitarios, y otros escritores tan autorizados. Acordaron llevar el cuerpo á la iglesia, y colocarle en la capilla mayor cerrando la reja, y que le vieran desde fuera sin poderle tocar. Tomaron en hombros los caballeros que estaban más inmediatos el féretro y le condujeron á la capilla, cerrándola y quedándose dentro con varios religiosos que tocaban al santo cuerpo los rosarios que les daban los de fuera. Prudente determinacion era aquella, y sin atropellos ni tumulto habrian todos contentado su deseo y devocion más ó menos tarde, si no hubiera comenzado á decirse que los religiosos iban á dar inmediatamente sepultura al cuerpo en la capilla. Atropellando cuanto se les ponia por delante los que todavía no habian visto el cadáver, entraron en la iglesia, y sin resignarse con ser menos felices que los que le habian besado y tocado, violentaron la reja y penetraron en la capilla sin respeto á nadie, y cortaron tantos pedazos de hábito, que quedó casi en cueros el cadáver. Los religiosos se vieron precisados á manifestar á voces que hasta la tarde no se daria sepultura á Fr. MIGUEL, suplicando á todos que tuvieran la bondad de retirarse por un par de horas para vestirle de nuevo y hacer su retrato. Á fuerza de súplicas y reflexiones lo consiguieron y cerraron la iglesia, procediendo inmediatamente Diego Diez, pintor muy afamado en Valladolid por aquella época, á sacar el retrato de Fr. MIGUEL. El cuerpo de este permanecia tan dócil y manejable como si estuviera vivo, abriéndose y cerrándose las manos sin el menor esfuerzo, y conservando su juego todas las articulaciones. Cuando Diego le abrió los ojos, los encontro é hizo ver á los presentes tan claros, limpios y brillantes, que al mirarlos no se podia ni sospechar que estuvieran muertos. Vistiéronle otro hábito, y á las dos de la tarde se volvió á abrir la iglesia, repitiéndose las tumultuosas escenas de por la mañana, las cuales se

aumentaron extraordinariamente á las cuatro, porque comenzó á arrojar el cadáver gran cantidad de sangre por las narices, en la que todos deseaban empapar pañuelos y lienzos, atropellándose unos á otros por conseguirlo. Pedia á gritos la multitud que se dilatase el entierro hasta el siguiente dia; pero los religiosos se opusieron terminantemente, considerando que al otro dia serian mayor la concurrencia y los excesos, pues era seguro que acudiria mucha gente de los pueblos inmediatos. Sin embargo, para complacer al público, lo dilataron hasta la caida de la tarde, consintiendo en sacar el cuerpo y pasearle al rededor del convento; y prescindiendo los religiosos y sacerdotes de su derecho, fué conducido, alternando, por el conde de Saldaña, comendador mayor de Calatrava; D. Diego Gomez de Sandoval y D. Pedro Sarmiento, caballeros del mismo hábito; D. Alvaro de Castellví, comendador de Harés, de la órden de Montesa; D. Gerónimo Sandoval, de la de Santiago; el marqués de Avila-Fuente, el conde de la Oliva, D. Rodrigo Gerónimo Pacheco y D. Alonso Perez de Lara. El hábito nuevo que le habian vestido desapareció cortado en pedazos como el primero, quedando solo debajo de la espalda, cuando le pusieron al lado de la sepultura, un pedazo de capilla blanca, de la que se apoderaron los marqueses de los Velez y el Villar. Considerando los religiosos que toda dilacion producia mayores embarazos, no intentaron volver á vestir el cadáver, y envuelto en la bayeta sobre que iba puesto en el féretro, le bajaron á la sepultura, cubriendo inmediatamente con tierra el santo cuerpo.

Al noveno dia del fallecimiento segun unos, y á los veinte dias segun otros, se le hicieron unas solemnes honras, costeadas por sus particulares amigos y devotos, á las que asistió todo lo notable de la poblacion, cantando la misa el presidente de la chancillería D. Francisco Marquez Gazeta, Obispo poco despues de Avila, y pronuncian-

do la oracion el célebre orador sagrado P. Fr. Ignacio de San Pablo.

Las contínuas instancias de los habitantes de Valladolid obligaron á los religiosos trinitarios á consentir en que el cuerpo de su Prelado Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS fuese trasladado á más decente sepultura, y antes del mes de su entierro dispusieron otra en un arco de la pared de la capilla mayor, al lado de la Epístola, á la cual fué trasladado con asistencia del señor Obispo de Valladolid, D. Alonso Lopez Gallo. Hallaron el cuerpo tan flexible y manejable como cuando lo enterraron: su rostro no habia sufrido alteracion ninguna, y aunque apareció ennegrecido en el primer momento, conocieron que aquel color provenia de haberse desteñido la bayeta en que estaba envuelto. Le lavaron y vistieron un hábito, y quedó como si estuviera entregado al más apacible y tranquilo sueño. En aquel sepulcro permaneció hasta el 23 de febrero de 1671, en que fué trasladado al convento que habian ido á ocupar dentro de Valladolid los trinitarios descalzos. El cuerpo permanecia entero é incorrupto, y colocado en una caja de pino ordinaria se le dió sepultura en la capilla mayor, inmediata á las gradas del presbiterio, cubierto con una losa que solo contenia su nombre.

En 1764 se hizo otra traslacion á la iglesia nueva, cometida por Su Santidad Clemente XIII al Ilmo. Sr. D. Isidro Cosio y Bustamante, Obispo de Valladolid, la cual se verificó el dia 24 de abril con asistencia de toda la curia eclesiástica, siendo testigos D. Diego Cobos Sarmiento de Mendoza, conde de Rivadabia; el conde de Canillas, D. Pedro Antonio de Guevara y Henriquez, y los Sres. D. José Lardizabal y don Francisco de Vilareal, del Consejo de S. M., y sus oidores en aquella chancillería.

Innumerables fueron los milagros que Dios obró por intercesion de su amante siervo Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS

despues del fallecimiento, y asombrosas las curas que se verificaron con solo aplicar reliquias á las partes dolientes.

Tan contínuos prodigios hacian desear á los pueblos que se practicasen cuanto antes las gestiones necesarias para que Fr. MIGUEL ocupase los altares. Las constantes excitaciones de personas muy respetables, y el disgusto general por la inaccion de los religiosos trinitarios descalzos, que para honra suya debe quedar consignado que no reconocia otra causa que la excesiva modestia y humildad de la Órden, obligó por fin á los Prelados á dirigirse al Ilmo. Sr. D. Julio Sacheto, Nuncio apostólico á la sazon, y proceder con sus despachos á las sumarias informaciones de las virtudes y milagros de Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS en Valladolid, Granada, Baeza, Vich, Salamanca, Madrid y otros puntos, las cuales quedaron terminadas y aprobadas por el Nuncio en 15 de julio de 1626, á los quince meses y cinco dias del fallecimiento del Santo. Con igual facilidad y brevedad se concluyeron las informaciones apostólicas, deponiendo cerca de quinientos testigos; pero despues quedó paralizada la causa, por haber decretado Su Santidad Urbano VIII que en adelante no se procediese á la formacion ni prosecucion de estas causas hasta pasados cincuenta años del fallecimiento de aquel para quien se pidiese la canonizacion.

Trascurrido este tiempo se pidió la reasumpcion de la causa, y despues de los trámites prevenidos, el dia 10 de abril del año 1742 expidió Su Santidad Benedicto XIV el decreto declarando *en grado heróico* las virtudes de Fr. MIGUEL DE LOS SANTOS.

En 2 de mayo de 1779 fué beatificado por el Papa Pio VI, y finalmente canonizado en 8 de junio del año de 1862 por nuestro actual Sumo Pontífice Pio IX.

DIA 6.

Santa Lucía, Vírgen y Mártir, *Italiana.*

DIA 7.

San Claudio, Mártir, *Romano*; el Beato Lorenzo de Brindis, *Napolitano*, y

SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR, ESPAÑOL.

Diferentes datos para formar la biografía de este glorioso Santo tenemos á la vista, varios Santorales y Años cristianos, y hasta el memorial que el cabildo de la iglesia parroquial de San Lorenzo de Pamplona elevó á la ciudad en el año de 1650, escrito por el abogado D. Miguel Urdaniz en defensa del patronato de San Fermin, con motivo de la pretension que habia en aquella fecha de hacer patrono único de Navarra á San Francisco Javier; pero ningun escritor ha recopilado tan ordenadamente todas las noticias referentes á SAN FERMIN como el presbítero Sr. Petano; por lo cual, siguiendo tan buena senda, damos la vida del glorioso patron de Navarra tal cual la dió dicho señor.

«Fué SAN FERMIN natural de Pamplona, y su familia una de las más nobles del país. Ocupaba su padre Firmo uno de los primeros cargos en el gobierno de la ciudad y del senado; ni era de menos ilustre nacimiento su madre Eugenia; pero ambos tenian la desgracia de ser idólatras, como todo el resto de la ciudad, en la cual aun no se habia anunciado el Evangelio. Iban un dia juntos al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificios en compañía de los demás ciudadanos, y en el camino, por dichosa disposicion de la Divina Providencia, encontraron á un sacerdote de Jesucristo llamado Honesto, que estaba predicando al pueblo el Evangelio de la salvacion. Detúvolos la curiosidad de oir al extranjero, cuya gravedad, cuya dulzura y cuya modestia los llevó desde luego toda la atencion, pero mucho más los arrebataron las nuevas y grandes verdades que le estaban escuchando. Acabado el sermon,

le suplicaron se sirviese ir á su casa, para explicarlos á ellos más despacio y más en particular lo mismo que en general y rápidamente le habian oido anunciar á la muchedumbre. Condescendió gustoso San Honesto; pasó á casa de Firmo, y este le preguntó quién era, de dónde venia, y con qué autoridad intentaba exterminar la antigua religion que todos profesaban para introducir otra nueva. Respondió á todo generosamente: que era cristiano, que venia de Tolosa, que con mucha honra suya era capellan del Santo Obispo Saturnino, discípulo de los Apóstoles, quien le habia enviado para disipar las tinieblas del error en que vivian, y para descubrirlos el camino de la vida eterna. Encantado el senador de su santa conversacion, le manifestó el gusto que tendria en conocer y en tratar al Obispo Saturnino, y dió esperanzas de que recibiria el bautismo. Prometióle Honesto que le cumpliria este gusto, y que solicitaria le viniese á ver el santo Obispo. Con efecto, siete dias despues entró en Pamplona San Saturnino. Luego que predicó públicamente á Jesucristo, refiérese en sus lecciones que en solos siete dias se convirtieron á la fé cuarenta mil personas, á ejemplo de Firmo, Fausto y Fortunato, todos tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Edificóse una iglesia, que á pocos dias fué necesario hacerla más capaz, y en breve tiempo abrazó la religion cristiana toda la ciudad de Pamplona. Restituyéndose San Saturnino á Tolosa, dejó á cargo de Honesto el cuidado de aquel rebaño, cuyo principal ornamento era Firmo y toda su familia, por el celo y la piedad que resplandecia en toda ella.

»Tenia Firmo un hijo llamado FERMIN, que á la sazon solo contaba diez años de edad; y deseando asegurarle una santa educacion, le entregó á la enseñanza del santo presbítero Honesto, de cuyas manos habia recibido el bautismo el mismo FERMIN. Á favor de tan noble magisterio, de su excelente ingenio, y de su bello natural, hizo FERMIN en bre-

ve tiempo tan rápidos como ventajosos progresos. Descubrió muy desde luego una como natural inclinacion á todo lo bueno; tanto, que por su virtud, por su tierna devocion, y por su amor á la pureza, reconocieron todos tenerle destinado Dios para ser con el tiempo digno ornamento de la santa Iglesia. Fué admitido en el clero á la misma entrada de su florida juventud, y á los diez y ocho años de su edad ya predicaba con admiracion del público, cuando la avanzada edad y los achaques de San Honesto no le permitian este ministerio. Creciendo con los años la virtud, y manifestándose cada dia más y más sus singulares talentos, determinaron sus padres enviarle á Tolosa para que bajo la disciplina de Honorato, Obispo de aquella ciudad, y sucesor de San Saturnino, se perfeccionase en el estado eclesiástico. Edificado el Obispo de Tolosa así de la virtud como del extraordinario mérito del discípulo de San Honesto, y conociendo sus raras eminentes prendas, resolvió elevarle á las sagradas órdenes; y despreciando las resistencias de su profunda humildad, le ordenó primero de presbítero y despues le consagró Obispo de Pamplona. Envióle á cuidar de su rebaño, y al despedirle le dijo: *Alégrate, carísimo hermano, porque Dios te ha escogido para vaso de eleccion. Siendo ya pastor de las almas, por la gracia del Señor, parte inmediatamente á tener cuidado de tu grey; y desempeña con fidelidad el sagrado ministerio que Dios te confia en tu consagracion.*

»No se pueden explicar las demostraciones de alegría con que fué recibido de su pueblo. Comenzó luego á cumplir con las funciones de su estado, y desde que se dejó ver en el púlpito, conocieron todos que Dios les habia dado por Pastor á un nuevo apóstol. Recorrió luego toda la diócesis, haciéndose todo á todos, por ganarles á todos para Jesucristo. La misma idolatría, que estaba como atrincherada en aquellas faldas de los Pirineos, parecia como que iba huyendo delante de SAN FERMIN. Arruinó muchos templos, hizo pedazos los

ídolos, y fué tanto el sin número de los convertidos, que en muy breve espacio de tiempo se llenó todo el país de fervorosos cristianos.

»Animado su celo con tan felices sucesos, juzgó ser extrecho campo toda la Navarra para satisfacer los incendios de su ardor. Ordenó suficiente número de presbíteros, para que cuidasen de aquella nueva cristiandad, y penetrado su corazon con las palabras de Cristo, *Id, y enseñad á todas las naciones*, resolvió partir á llevar la luz de la fé á los gentiles, esperando hallar entre ellos la corona del martirio. Entró en las Gaulas, donde estaba furiosamente encendida la persecucion contra los cristianos, y llegando á la ciudad de Agen, se encontró con un santo presbítero, llamado Eustaquio, que le detuvo algun tiempo para confirmar á los fieles en la fé, y disponerlos para la persecucion, que á la manera de un fuego violento y arrebatado, se iba extendiendo por todas las Gaulas. Salió de Agen y pasó á la Auvernia, desafiando los peligros, predicando la fé de Jesucristo con una intrepidez que admiraba á los mismos paganos, y atacando la idolatría hasta en aquellas fortalezas en que reinaba con mayor imperio.

»Hallándose en una ciudad de Auvernia, tuvo una célebre disputa con dos gentiles de los más considerables y de los más obstinados, que se llamaban Arcadio y Rómulo. Mostróles SAN FERMIN tan clara y tan evidentemente los errores del paganismo, haciéndoles al mismo tiempo tan palpable evidencia de la verdad y de la santidad de nuestra religion, que los convirtió, y habiéndolos instruido, los confirió el bautismo: conquista que ganó para Jesucristo la mayor parte de los pueblos de aquella nacion. Animado el santo apóstol á nuevos trabajos con estas conquistas, se trasfirió á Angers, donde en quince meses de residencia consiguió grandes victorias de la idolatría, haciendo entrar en el rebaño de Jesucristo inmenso número de ovejas esco-

gidas. Como ningun estorbo era capaz de detener ni de moderar la actividad de su celo, apenas ganaba un pueblo para Jesucristo, cuando corria á otros para plantar en ellos el estandarte de la fé. No es fácil explicar lo mucho que padeció en estas excursiones apostólicas. Privado de todo auxilio humano, oprimido de fatigas, agobiado por el peso de los trabajos, perseguido y maltratado de los paganos, y en contínuo peligro la vida, nada fué bastante para poner límites á su fervor y á su celo. De la provincia de Anjou pasó á la de Normandía, donde esparció por todas partes las luces de la fé, haciendo tan prodigiosa multitud de conversiones, que con razon se le puede apellidar el apóstol de aquella provincia, como de muchas otras.

»Creciendo en FERMIN cada dia más y más el fervoroso deseo de derramar su sangre por la fé de Jesucristo, noticioso de que el presidente Valerio, enemigo mortal del nombre cristiano, perseguia á los fieles en el Beauvais con extraordinaria crueldad, voló apresuradamente, no dudando encontrar con la suspirada corona del martirio. Con efecto, luego que llegó fué reconocido por cristiano, y habiendo sido denunciado como tal en el tribunal del presidente, fué encerrado de su órden en una horrorosa cárcel. Pero no bastaron á satisfacer la insaciable sed que tenia de padecer, ni las incomodidades de la prision, ni los tormentos que le hicieron sufrir en ella. Perseveró preso y encadenado hasta la muerte del presidente Sergio, sucesor de Valerio, con cuya ocasion le pusieron en libertad los mismos ciudadanos. Aprovechándose de ella SAN FERMIN, predicó públicamente la fé de Jesucristo en Beauvais con tanta bendicion y con tan felices sucesos, que se edificaron muchas iglesias. Corrió despues toda la Picardía, y una parte de los Paises-Bajos, con el mismo celo y con igual fruto en todas partes, hasta que en fin entró en Amiens, teatro destinado por la Divina Providencia para dichoso término de sus apostólicas fatigas.

»Luego que llegó juntó un rebaño de que él mismo fué el primer pastor. En los tres primeros dias que predicó, convirtió tres mil personas. No contribuian poco á tan admirables sucesos los milagros que acompañaban á su predicacion. Los ídolos caian y se hacian pedazos á sus piés; los demonios dejaban los cuerpos que poseian, solo con ponerse delante SAN FERMIN: no habia enfermedad que al instante no curase invocando el nombre de la Santísima Trinidad, y era tan crecido el número de los prodigios, que los gentiles le tenian por algun Dios, como en otro tiempo lo hicieron con San Pablo y San Bernabé. Resonaban en toda la ciudad el nombre y las maravillas del santo Obispo. Llegó á noticia del gobernador de la provincia (á quien algunos llaman Juliano) lo que pasaba en Amiens, y mandó arrestar á nuestro Santo. Teniéndole en su presencia, le preguntó en nombre de quién hacia los milagros, á que respondió FERMIN con santa imtrepidez que en nombre de Jesucristo, único Dios verdadero, y Redentor de todos los hombres. Tomando despues ocasion para hablarle á fondo de nuestra sagrada religion, lo hizo con tanta valentía, con tanta elocuencia, y con tanta magestad, que enamorado el mismo gobernador de lo que oia, mandó que le dejasen ir libre. Pero apenas salió del pretorio, cuando en la misma plaza de palacio comenzó á predicar la religion; de lo que informado el gobernador, encendido y atizado por los señores gentiles que estaban cerca de su persona, ordenó que echasen mano de él, y que le encerrasen en un calabozo, donde consoló Dios maravillosamente á nuestro Santo, revelándole que presto recibiria el premio de sus trabajos, con la corona del martirio. Así sucedió, porque al dia siguiente, el gobernador, temiendo alguna sedicion si le ajusticiaban en público, le mandó cortar la cabeza en la misma cárcel, el dia 25 de setiembre, en que se celebra su fiesta en varias partes; aunque lo general es en este dia. Á esto añade Usardo el nombre del goberna-

dor, que era Ricio Varo, y que antes de dar muerte á San FERMIN, probó su constancia con crueles tormentos.

»Cierto señor, por nombre Faustiniano, al cual con su hijo, que tambien se llamaba Fermin, habia convertido el Santo, halló medio para apoderarse del cuerpo, que mandó enterrar en una de sus heredades, de donde poco tiempo despues fué trasladado á una iglesia que el mismo SAN FERMIN habia dedicado á Nuestra Señora. Por muchos siglos permaneció desconocido el santo cuerpo en aquel lugar. En fin, despues de una larga série de años, no sabiendo ya los cristianos dónde paraba aquel precioso tesoro, Salvio, Obispo de Amiens, hombre de eminente virtud, resolvió descubrirle, y para este fin recurrió á la oracion. Convocó al clero y al pueblo, intimó un ayuno general por espacio de tres dias, y exhortó á todos rogasen encarecidamente al Señor que les descubriese el cuerpo de su santo apóstol, resolviendo él mismo no salir de la iglesia en aquel tríduo, pasando dia y noche en oracion delante del Señor. Oyó Dios sus piadosos deseos, porque al tercer dia, antes de amanecer, vió bajar de la bóveda del presbiterio un rayo de luz que caia perpendicularmente, detrás del altar mayor, y allí se apagaba; por donde hizo juicio de que en aquel lugar debia estar la santa reliquia. Con efecto, habiendo mandado cavar en él, reconoció que al paso que se iba profundizando el hoyo, exhalaba un maravilloso olor, que llenó de suavísima fragancia toda la iglesia. Crecia esta, conforme se iba acercando el descubrimiento del santo cuerpo, que se encontró en fin, en el mismo sitio donde habia estado oculto despues de seis siglos. Asegúrase que quiso el Señor acreditar la verdad de la sagrada reliquia con un estupendo prodigio. Es antigua tradicion de la iglesia de Amiens, que habiéndose hecho el descubrimiento del santo cuerpo en el rigor del invierno, no obstante, reverdeció de repente todo el campo, y los árboles se cubrieron de hojas. La iglesia donde se halló la santa re-

liquia fué la de San Acheul, y desde ella se ordenó una procesion general para conducirle á la catedral. Nunca vió Amiens triunfo igual, ni más cristiana magnificencia, haciendo Dios más célebre la piadosa pompa, con la multitud de milagros que obró por intercesion del santo mártir.

»Es patron de Navarra, que le celebra grandes fiestas los dias 7, 8 y 9 de julio: lo mismo que la congregacion de Navarra establecida en la iglesia de San Fermin de esta córte, donde se venera su reliquia.»

SAN ODON, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

Este Santo, conocido por SAN ODON, San Oton y tambien Sant Ot y Cataluña, fué hijo de Artal, conde de Pallás, y de su mujer doña Lucía ó Luciana, descendiente tambien de muy esclarecida familia. Nació á mediados del siglo XI, en la villa de Sort, y aún señalan allí el sitio que ocupaba la casa en que tuvo lugar el nacimiento de este esclarecido prelado.

Desde la más tierna infancia manifestó ODON señaladas muestras de su disposicion á la virtud, unidas á una extraordinaria paciencia y amabilidad y á una comprension admirable. La brillante posicion de sus padres y el tan merecido afecto que profesaban á su hijo les hizo que buscasen para su educacion los más doctos y virtuosos maestros, con cuya direccion llegó en muy poco tiempo á hacerse el jóven más instruido y virtuoso de la comarca.

La inclinacion marcada y confesada por el jóven ODON era el estudio de las letras sagradas y la carrera de la Iglesia; pero sus padres quisieron que fuese la de las armas, tanto para que en los campos de batalla recogiese nuevos laureles y ganase glorias y blasones que unir á los de sus antepasados, cuanto para que con su brio y virtud pusiera en órden y arreglase la conducta de sus vasallos, demasiado resentida con la turbulencia de los tiempos, y que amenazaba muy sérios disgustos en sus estados. Accedió ODON á complacer á

sus padres, y hasta con gusto á pesar de la diferencia enorme de costumbres de una á otra carrera; pero veia con dolor invadidas por los poderosos las propiedades de la Iglesias, oprimidos, esclavizados y martirizados los pobres, y persuadido de que en la correccion de semejantes desafueros hacia un gran servicio á Dios y á los desgraciados, cambió las letras por las armas.

Esgrimiendo unas veces estas, elevando su persuasiva y justificada palabra otras, y enseñando siempre con su ejemplo, arregló en poco tiempo los estados de su padre, y volvieron las cosas á entrar en la senda del respeto, de la legalidad y de la justicia. No creyéndose ya necesario como militar, volvió la vista á la primera senda por que habia deseado caminar, y dejando la milicia, abrazó el estado eclesiástico, ascendiendo rápidamente por sus relevantes méritos á arcediano de la iglesia de Urgel, en cuyo cargo comenzó á sembrar con larga mano los infinitos bienes que le debió aquella localidad.

«Sobrevino por aquel tiempo (noviembre del año de 1095) una grave enfermedad al obispo de Urgel, y considerando el inminente peligro en que se hallaba su vida, hizo llamar al clero y al pueblo, y manifestándoles que habia ascendido á aquella cátedra por medios prohibidos por las leyes canónicas, dimitió el obispo, movido de un verdadero arrepentimiento, en prueba de lo cual dejó todos sus bienes á aquella santa iglesia. Siguióse la muerte de aquel prelado á su confesion; y habiéndose congregado todo el clero y el pueblo con los condes de Pallás y Urgel para elegir sucesor del difunto, segun costumbre de aquellas edades, deseaban todos hallar persona de las circunstancias que exigian las necesidades de la Iglesia y la opresion de los pobres; para lo cual hicieron el exámen más minucioso y escrupuloso sobre la vida é idoneidad de algunos sacerdotes que les pareció del caso; pero como brillaba entre todos el ilustre arcediano por la arregla-

da circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría, se hizo en él la eleccion, á pesar de su humilde resistencia.

»No ignoraba ODON los elevados y formidables cargos del ministerio episcopal; mas confiado en el Señor que le daria las fuerzas necesarias para cumplir fielmente con todos sus deberes, se aplicó á desempeñarlos con aquel celo y con aquella vigilancia que apetece el Apóstol en los prelados colocados en el candelero de la Iglesia. Surtió á su rebaño con abundantes pastos espirituales; hizo con él los oficios de padre caritativo, y no omitió medio alguno para satisfacer cumplidamente sus funciones pastorales; pero como la necesidad de su iglesia exigia atajar los desórdenes que afeaban su hermosura, se dedicó con un valor verdaderamente apostólico á reprimir los excesos que habian cometido los violentos invasores, que retenian por fuerza las posesiones eclesiásticas, compeliéndoles á la restitucion con la formidable espada de la excomunion, en caso de desatender sus paternales sumisiones; y con el mismo brio redimió á los pobres de las vejaciones injustas que les hacian los poderosos. Y como los vicios de los clérigos habian llegado á lo sumo por la torpe negligencia de sus predecesores, lo refrenó con el freno de la más severa disciplina, á fin de que la santidad de su vida sirviese de ejemplo á los seglares. En suma, restableció en su grey, hasta entonces afeada con tantos excesos, manchada con tantos delitos, y gravada con tantos pecados, el culto de Dios y la pureza de las costumbres, que con motivo de la frecuencia de las guerras se hallaban en una sensible relajacion, de suerte que vino á ser su obispado el objeto de los más altos elogios, por la infatigable actividad de su celosísimo Prelado.»

Fundó una célebre cofradía, y aunque por poco tiempo, estuvo rigiendo y poniendo en órden el monasterio de Santa María de Gerri.

Tan constantes y asíduos trabajos, y los grandes disgustos que afligian su espíritu, debilitaron notablemente sus fuerzas físicas; pero esto no obstaba para que continuase observando la misma rigida vida que se propuso seguir y siguió desde su elevacion al sacerdocio. Ninguna penitencia, ninguna mortificacion y ninguna disciplina suprimió, hasta que rendido por la última enfermedad, cayó en el lecho para no levantarse más. Su muerte, ocurrida el dia 7 de julio de 1122, fué la de los justos; dulce, tranquila y edificante. Abundantes lágrimas del más sincero dolor de todos sus diocesanos, dieron público testimonio del amor que le profesaban. Su santo cadáver fué depositado en la iglesia de Urgel, en un magnífico sepulcro, en el cual se grabó una inscripcion expresiva de sus heróicas virtudes. Repetidos milagros honraron su santa tumba: movido por los cuales su sucesor Pedro, con acuerdo de todo el cabildo, estableció la fiesta de SAN ODON, entre las principales de la iglesia de Urgel, igual á la de su patron y esclarecido obispo San Armengol, segun consta por el decreto de aquel capítulo del año de 1133, once despues de su muerte.

DIA 8.

SANTA ISABEL, VIUDA, REINA DE PORTUGAL, ESPAÑOLA.

Fué esta gloriosa Santa hija de los reyes de Aragon, D. Pedro III, y su mujer doña Constanza, y nieta de D. Jaime el *Conquistador*. Nació en Zaragoza, en el palacio de la Aljafería, el año de 1271, siendo feliz augurio de los bienes que habia de producir en el mundo con sus heróicas virtudes y constante ejemplo de santidad la union que su nacimiento produjo entre su padre y su abuelo, disgustados el uno del otro hacia tiempo; disgusto que producia la consecuente desunion de todos los demás miembros de la familia real, dividida en ensañadas y tercas parcialidades. Con el unánime acuerdo y

beneplácito de la familia, pusiéronla por nombre Isabel, en memoria de su bisabuela Santa Isabel, reina de Hungría, canonizada cuarenta años antes por el Sumo Pontífice Gregorio IX.

Desde el primer dia de su estancia en el mundo la profesó su abuelo D. Jaime el más tierno afecto, y las primeras palabras que pronunció la tierna infanta las aprendió de los cariñosos labios del gran Conquistador, quien se encargó completamente de su educacion, desde el momento en que la tierna ISABEL fué destetada. No tuvo por cierto gran trabajo que emplear el solícito D. Jaime para hacer modelo de niñas á su pequeña educanda, porque el Todopoderoso habia enviado al mundo aquella admirable niña, adornada de todas las circunstancias que forman la base de la vida de los grandes santos. Tan brillantemente resplandecia en ISABEL la amabilidad y paciencia, como la compasion y la caridad sublime, unidas á la más tierna devocion á la Santísima Vírgen, á quien llamaba siempre su amada madre. Las horas de mayor complacencia eran para ISABEL las que pasaba en oracion, y no podian darla gusto más extremado que llevarla á una iglesia ú oratorio.

Seis años contaba cuando pasó á mejor vida su cariñoso abuelo D. Jaime, é innecesario consideramos manifestar el dolor que sintió la nieta por la pérdida de un ser tan querido, que con una ternura sin igual, habia reunido para ella, y la habia consagrado, los más puros sentimientos que pueden animar al mejor de los abuelos, de los padres, de los tutores y de los maestros. Mas era tan innato en ISABEL el amor á la virtud, y tan arraigados estaban ya en su tierna alma todos los preceptos de la santa religion del Crucificado, que la muerte de su abuelo no la privó de ninguna leccion necesaria. Un aire dulce y agradablemente sério, una modestia magestuosa, una aversion á las galas, fausto, profanidad y diversiones, con una inclinacion natural á la soledad y al

retiro, dieron asunto de admiracion á toda la córte, sin que en ella se hablase más que de las raras prendas y de las grandes virtudes de la princesa. Era su virtud muy superior á sus años: aún no contaba más que ocho, y ya maltrataba su cuerpo con los rigores de la penitencia. Ayunaba con el mayor rigor las vigilias de las festividades de la Santísima Vírgen, y todos los viernes del año. Comenzó á rezar todos los dias el Oficio divino que rezan los eclesiásticos, y lo continuó indispensablemente hasta la muerte. Pasaba horas enteras en oracion, y solia decir el rey su padre que la infanta era el ángel de guarda de sus Estados, y que á ella se debian las bendiciones que el cielo derramaba tan abundantemente en todos sus reinos. Apenas llegó á los doce años, cuando á competencia la pretendieron los más de los príncipes de Europa, así por la fama de su extraordinaria hermosura, como principalmente por la de su singular virtud. Escogió entre todos el rey de Aragon á D. Dionisio, rey de Portugal, que con el tiempo experimentó en muchas ocasiones las ventajas que le habia producido esta dichosa preferencia.

No alteró las costumbres de ISABEL la mudanza del nuevo estado. Vivió en la córte de Portugal como habia vivido en la de Aragon. No la deslumbró el resplandor de la corona, ni los regalos de la magestad debilitaron el espíritu de la penitencia. Cuanto era mayor su elevacion, era más sobresaliente su humildad. Siendo ya dueña de más tiempo, y más señora de sus acciones, usó de su libertad para añadir á las devociones antiguas otras nuevas. En medio de la córte, arregló un género de vida que se acercaba mucho á la de las religiosas más observantes: levantábase al amanecer, y despues de la oracion que hacia con mucho fervor, rezaba maitines, laudes y prima del Oficio divino; oia inmediatamente misa, en la que comulgaba muy á menudo, y acabada esta, rezaba el Oficio parvo de la Vírgen y el Oficio de difuntos;

despues se ocupaba en el gobierno de su familia, y en cumplir con las demás obligaciones de su estado, teniendo destinadas varias horas para ejercitarse en muchas obras buenas. El tiempo que la sobraba lo empleaba todo, retirada en su capilla, parte orando, parte leyendo libros espirituales, y parte cumpliendo con las demás devociones. Nunca estaba ociosa; el tiempo señalado para descansar le ocupaba en labor, y toda cuanta hacia la enviaba á las iglesias, de donde tuvo principio en las señoras de Portugal la ejemplar costumbre de trabajar siempre para el culto divino, y para los sagrados ornamentos.

Persuadida la reina de que una de las primeras obligaciones de una señora cristiana es vivir bien con el esposo que el cielo la dió, y velar sobre el proceder de toda su familia, no perdonó medio alguno para ganar el corazon del rey su marido, para arreglar su cuarto, y para que cada dia fuesen más cristianos sus criados y criadas. Santificaba á toda la córte la virtud de la reina; sus obras eran enseñanza, y ninguno podia resistir á la eficacia de sus ejemplos. Hicieron los cortesanos cuanto pudieron para que moderase sus penitencias; pero ni la delicadeza de su complexion, ni su calidad, ni su soberanía, ni los pocos ni muchos años fueron pretexto legítimo para que las minorase. *En ninguna parte es más necesaria la mortificacion*, decia la santa reina, *que donde las pasiones están más vivas, y donde son mayores los peligros.* Por tanto, lejos de disminuir, aumentó sus rigores luego que se vió en el trono.

Aunque adornada la reina ISABEL de todas las virtudes al grado más heróico que puede elevarla un mortal, la que más resplandeció en ella era la caridad para con los pobres, en la que muy pocos la igualaron y ninguno la sobrepujó. Decia que Dios la habia hecho reina solo para proporcionarla más recursos con que aliviar las necesidades de los menesterosos, y no solo atendia á los de la capital, sino que visitaba con

frecuencia los pueblos inmediatos en busca de necesidades que socorrer y afligidos que consolar. Todos los dias dedicaba algunas horas á la visita y cura de pobres enfermos, y tan gratas eran al Todopoderoso estas virtudes de su amante sierva, que repetidísimas veces lo significó públicamente con milagros portentosos. Hallábase un dia en la miserable casa de una pobre, cuyo cuerpo estaba tan cubierto de repugnantes llagas, que todos sus parientes se retraian de curarla porque no podian soportar el olor que exhalaban las materias que abundantemente manaban de tanta llaga. Compadecida la reina, se encargó de curar á aquella pobre mujer; mas al verla descubierta no pudo menos de sentir algun asco; pero en lugar de desistir de su heróica caridad y santo propósito, para vencer por entero la repugnancia, abrazó á la pobre, que instantáneamente quedó curada de todas las llagas, restando solo, como testimonio de su existencia, muy marcadas y anchas cicatrices, aunque perfectamente secas y curadas. Igual milagro obró Dios con una pobre á quien la reina ISABEL lavaba los pies un jueves Santo, y tenia una repugnante llaga en un pié, la cual besó la reina, quedando cerrada y cicatrizada instantáneamente con asombrosa admiracion de los muchos que lo presenciaron. Nada olvidaba la solícita caridad de ISABEL, y además de los bienes personales directos, que dispensaba diariamente por sí y por sus limosneros, hizo fundaciones altamente morales y beneficiosas para la poblacion, mereciendo entre otras especial mencion una casa para mujeres arrepentidas y otra para niños expósitos.

Entre los infinitos milagros que se refieren de esta santa reina no debe omitirse el que la mayor parte de sus imágenes han venido perpetuando en la memoria de las generaciones, de la conversion de monedas en rosas. «Dícese que llevando un dia en el regazo una buena porcion de dinero para repartirlo entre los pobres, preguntada por el rey su

marido qué llevaba, respondió la Santa que rosas; pero como no era tiempo de ellas, picándole al rey la curiosidad quiso verlo, y quedó admirado cuando sus mismos ojos le dieron testimonio de que la reina habia dicho la verdad.»

Para más enaltecer la sublime virtud de la esposa permitió Dios por algun tiempo grandes defectos en el esposo. Horriblemente sufria la santa reina contemplando la licenciosa vida del rey, y no por el desaire que á ella significaba, pues si bien ni le era ni podia serle indiferente el afecto de su esposo, no se pagaba de los afectos del mundo de tal manera que el no obtenerlos afectase su alma. El sufrimiento y la pena de ISABEL tenia más elevada causa: le producia las ofensas que á Dios inferia su esposo, el mal ejemplo que daba á sus hijos y á sus vasallos, y los pecados que este mal ejemplo debia necesariamente producir en perjuicio de las almas de unos y otros. Sin escapársele la más leve queja, sin producir el menor disgusto al rey, sufria resignada los desaires de este, rogando sin cesar al Señor tocase en el corazon á su marido y apresurase la hora del arrepentimiento. Llegó esta por fin, y con una alegría imposible de explicar vió la reina ISABEL ingresar de nuevo en la buena senda á su querido esposo; conversion que siempre se consideró como uno de los más notables milagros de la santa reina.

Tenia esta un paje muy virtuoso, de mucho juicio, y de singular prudencia, por cuyas prendas se valia de él, tanto para distribuir las limosnas reservadas á pobres vergonzantes, como para otras varias buenas obras secretas. Envidioso un paje del rey de las consideraciones que por sus recomendables circunstancias gozaba en la córte el paje de la reina, determinó perderle, y con artera maña, y en ocasion oportuna, significó al rey que no era del todo inocente la inclinacion de la reina hácia su paje, el cual abusaba de los favores de su ama en mengua de su magestad. Con ligereza por demás extraña, dió el rey crédito al calumniador, y decretó la

muerte del virtuoso é inocente paje de su mujer; mas para evitar escándalos, determinó que la muerte del paje fuese un secreto entre pocos. Con pretexto de marchar á caza, salió de palacio, y se dirigió á una calera no muy distante de la poblacion, y llamando aparte al dueño, le dijo que al siguiente dia por la mañana enviaria un paje á preguntarle si habia ejecutado ya la órden que le habia dado, y que al punto, sin responderle palabra, lo agarrara y lo arrojase en el horno de la cal. Al siguiente dia, muy de mañana, mandó el rey al paje de la reina que fuese á la calera é hiciese la convenida pregunta, en que iba encubierta la sentencia de su muerte. Partió inmediatamente el paje; pero obedeciendo á su constante devocion de oir, siempre que le era posible, por lo menos una misa antes de dedicarse al cumplimiento de sus obligaciones, entró en una iglesia en que decian misa; mas iba esta ya tan adelantada, que determinó esperar á que se celebrase otra para oirla entera, la cual se hizo esperar un gran rato. Impaciente el rey por saber si estaba ejecutada su órden, y habiendo trascurrido suficiente tiempo para ello, mandó al calumniador, su paje, á que preguntase si se habia hecho ya lo prevenido. Veloz marchó este á la calera sin detenerse en oir misa ni en cosa ninguna que pudiese retardar la plácida noticia de la muerte de su enemigo. Llegó á la calera, y apenas hizo la pregunta, fué arrebatado por los caleros, que sin articular una palabra, le arrojaron al horno, en donde fué inmediatamente convertido en cenizas. Poco despues llegó el paje de la reina, á quien su devocion habia salvado de tan trágico fin, y preguntó al dueño de la calera si se habia ejecutado ya la órden del rey, á lo que respondió el dueño que estaba cumplida la voluntad del soberano. Regresó á palacio el paje, y puso la contestacion en noticia del rey, que, contemplándole asombrado, le hizo varias preguntas: las contestaciones del paje descubrieron al rey la verdad del suceso, y la suprema sabiduría y justicia del Todopoderoso,

que de tantas maneras protege la inocencia, y da el castigo á los culpables.

Despues de un suceso en que tan palpablemente se distinguia la mano de la Providencia, obrando en favor de los inocentes calumniados, parecia natural que ningun dicho sin prueba plena pudiera turbar el ánimo del rey con mengua de la estimacion y respeto que en tan alto grado debian inspirarle las sublimes virtudes de su santa esposa: no fué así, sin embargo, y los maliciosos é interesados consejos de algunos cortesanos encontraron cabida en el corazon del rey D. Dionisio. «Acababa de desposarse con la infanta de Castilla su hijo el príncipe D. Alonso, y por algunas diferencias se descompuso con el rey su padre. Vivamente impresionada la santa reina con un rompimiento tan funesto á todo el Estado, hizo cuanto pudo para reconciliar al padre con el hijo. Fuera de las extraordinarias penitencias que hizo, de las oraciones que ofreció, y de las lágrimas que derramó para aplacar la cólera del cielo, y para conseguir de la misericordia del Señor una paz sólida entre la familia real, trabajó fuertemente con el hijo para reducirle á su deber. El Papa Juan XVII escribió un breve á la santa reina, ensalzando su prudente conducta; pero algunas personas mal intencionadas, de aquellas que echan siempre á la peor parte las acciones más cristianas, la hicieron sospechosa con el rey, interpretando mal sus frecuentes conferencias con el hijo, y le persuadieron que la reina era del partido del príncipe D. Alonso. El rey, demasiado crédulo, echó á la reina de palacio, privóla de todas sus rentas y la desterró á la pequeña villa de Alánquer.

»Recibió ISABEL esta desgracia como favor especial del cielo, y el grande amor que profesaba al retiro la hizo muy dulce el destierro de la córte. Aprovechóse del mayor tiempo que lograba para aumentar sus ejercicios espirituales y sus penitencias. Estaba tan gozosa en su soledad, que la costó

mucho dolor el dejarla, cuando desengañado el rey la envió órden para que se restituyese á la córte. Á esta última tempestad se siguió una calma, que nunca se alteró despues. El rey dió público testimonio de su arrepentimiento ó de su dolor por la ligereza con que habia dado fáciles oidos á la calumnia: pidióla perdon, perdonó al príncipe su hijo por su respeto, y con el constante amor y veneracion que profesó en adelante á la reina, reparó los ultrajes y malos tratamientos con que la habia ofendido.»

Con santa sabiduría y admirable tacto aprovechó la reina ISABEL las buenas disposiciones de su esposo, que produjeron abundantes frutos de enmienda en sus costumbres, y los consiguientes bienes morales y materiales para el reino, dejando una muy grata memoria de los últimos años de su largo reinado, durante el cual tuvo diferentes hijos fuera del matrimonio, y de la reina ISABEL solo tres: D. Alonso, que le sucedió en el trono, y los infantes doña Isabel y doña Constanza.

Más de cuarenta y cinco años hacia que ocupaba el trono cuando se sintió acometido de una penosa enfermedad, la que despues de muy largos padeceres le condujo al sepulcro. Ni un solo momento se apartó de la cabecera del lecho de su esposo la reina ISABEL desde que se declaró mortal la enfermedad, y tuvo el inefable placer de verle recibir con ejemplar conformidad todos los Santos Sacramentos, y espirar contrito y acatando con la mayor uncion la suprema voluntad del Altísimo. Grande fué el dolor de la reina: pero como acostumbrada á aceptar por entero y sin exámen la voluntad divina, se resignó á la separacion de su esposo, decretada por el Señor. Mas estando tan poco ligada á las cosas terrestres, y faltando la persona que únicamente podia apartarla de realizar su constante deseo de retiro y soledad, así que espiró el rey, marchó á su oratorio y postrada á los piés de un crucifijo, ofreció consagrar el resto de sus dias á solo el servicio de

Jesucristo, suplicándole se dignase admitirla entre sus más humildes siervas. Se desnudó en seguida, apartando lejos de sí toda gala é insignia de magestad, y se vistió un hábito de Santa Clara: cortóse ella misma el cabello cubriendo su cabeza con humilde toca, y volviendo en este trage al lado del cadáver del rey, suplicó á los grandes y altos funcionarios allí reunidos, que desde aquel momento para siempre ni la mirasen ni la tratasen como reina. Despues de haber pasado algunos dias dando por muchas horas en cada uno tierno y cariñoso tributo de lágrimas á la memoria de su esposo postrada de rodillas al lado de su sepultura, se retiró al monasterio fundado por ella de monjas de Santa Clara de Coimbra, resuelta á abrazar el estado religioso; pero las representaciones y las súplicas de sus hijos y las previsoras observaciones de sugetos prudentes y doctos la contuvieron, y se resignó á hacer vida de religiosa, mas sin pronunciar los votos de la regla ni ligarse para siempre con la profesion. Mandó, pues, edificar un cuarto contiguo al monasterio, retirada en el cual hacia la vida de la más ejemplar religiosa, multiplicando las penitencias, los ayunos y la oracion, suprimiendo por entero el descanso y casi el sueño, al que dedicaba apenas dos horas por dia. Referir los innumerables actos de caridad de esta piadosa y ejemplar reina, seria interminable tarea: baste decir que de lleno y por completo se constituyó desde la muerte de su esposo en la más amorosa madre, tutora y curadora de todos los pobres y desvalidos, alcanzando sus beneficios no solo á los residentes cerca de ella, sino á los que sufrian al otro lado de los mares, pues una buena parte de su renta la destinó al rescate de los cautivos que gemian en África sumidos en las mazmorras sarracenas.

La repetida pérdida de algunas cosechas produjo en una gran parte del reino de Portugal, especialmente en Coimbra, residencia de la santa viuda ISABEL, una cruel y devastadora hambre, y á las acertadas disposiciones, á los trabajos

y á los inmensos sacrificios de la reina se debió en gran parte el que el mal originase menos víctimas, pues hizo llegar granos de diferentes partes y montar casas dedicadas exclusivamente á la elaboracion de pan para los pobres, con lo que libró á gran número de ellos de las garras de la muerte.

Poco despues del fallecimiento del rey D. Dionisio, vino en peregrinacion á España á visitar el sepulcro del apóstol Santiago, cuya iglesia enriqueció con preciosísimos dones. En el año de 1335, con motivo del jubileo general, repitió la misma peregrinacion, haciendo todo el camino á pié, acompañada solo de dos criados, y pidiendo limosna de puerta en puerta.

Á su regreso á Portugal, supo que su hijo el rey D. Alonso, y su nieto, tambien por nombre Alfonso, rey de Castilla, estaban disponiendo sus armas para declararse la guerra; y condolida de los males que esta habia de causar á los dos reinos, y los infinitos inocentes que habian de ser víctimas, determinó mediar para conciliar los asuntos y aplacar la saña del ánimo de los dos reyes. Apenas fué sabida su marcha de Coimbra, y la santa intencion que la guiaba, tocó Dios en los corazones de los dos Alonsos, y quedó conjurada la tempestad, que rápida y amenazadora avanzaba sobre Castilla y Portugal. En Estremoz, pueblo á la frontera de estos dos reinos, se sintió mala la reina: se detuvo para descansar, creyendo que seria solo una leve indisposicion, producida por el viaje; pero fué agravándose por momentos, y la última enfermedad se manifestó con todos los aparatos y señales que aterran á los réprobos, y hacen la suprema dicha de los justos, que ven próximo el fin de la triste peregrinacion por este valle de lágrimas y disgustos. Con singular alegría conoció la reina el cercano fin de su vida, y á pesar de su gravísimo estado, quiso recibir el Santo Viático de rodillas en la iglesia, adonde se hizo conducir revestida con

las insignias de la Órden Tercera de San Francisco. Vuelta á conducir á su estancia, recibió en seguida la Santa Uncion con tanta complacencia y fervor como habia recibido el Viático; y terminada la imponente y extrema ceremonia, pidió que la dejasen sola. «Durante este recogimiento, se la apareció la Santísima Vírgen, á quien invocaba sin cesar; y llenándola de consuelos celestiales, la hizo dulcísima la muerte.

»Mostró tan extraordinaria alegría en su semblante, que acreditó bien el gozo de que estaba inundado su corazon. En fin, hácia el anochecer del dia 4 de julio entregó el alma á su Criador, á los sesenta y cinco años de edad.

»Mientras vivió, todos la llamaban *la Santa Reina*; despues de muerta, nunca fué conocida por otro nombre. Mandó el rey su hijo que su santo cuerpo fuese trasportado á Coimbra con real pompa: diósele sepultura en la iglesia de Santa Clara, como la reina lo habia deseado. Hízose en breve muy glorioso su sepulcro, por las gracias que concedia el cielo á intercesion de la Santa. De todas partes acudian á él por devocion. El Papa Leon X permitió su culto público en el arzobispado de Coimbra, y Paulo IV extendió esta permision á todo el reino de Portugal, en el año de 1612; esto es, 276 despues de la muerte de la santa reina. Hallóse entero su cuerpo envuelto en un paño de seda, y en su honor se edificó una magnífica capilla, donde se colocó esta reliquia, dentro de una grande urna de plata. En el año de 1625, á 25 de mayo, la canonizó solemnemente el Papa Urbano VIII, y mandó que se trasladase su fiesta del dia 4 al dia 8 de julio, por concurrir en el primero la octava de los Santos Apóstoles.»

DIA 9.

San Cirilo, Obispo y Mártir, *Egipcio*.

DIA 10.

Santa Amalia y Santa Rufina, hermanas, Mártires *Romanas.*

DIA 11.

San Pio I, Papa y Mártir, y Santa Verónica de Julianis, Vírgen, *Italianos.*

SAN ABUNDIO, MÁRTIR, ESPAÑOL.

Diferentes veces en el discurso de esta obra, al tratar de los mártires de Córdoba, San Aurelio, San Félix, San Eulogio y otros, hemos dado noticia de la persecucion contra los cristianos de mediados del siglo IX, llamada *sarracénica*, tan cruenta y feroz como la *gentílica*, y de la cual no hacemos nuevamente reseña en este segundo tomo del SANTORAL ESPAÑOL, por aprovechar páginas para los hechos de los santos, remitiendo al lector á las vidas de los citados mártires, incluidos en el primer tomo, donde se dan noticias de aquella persecucion, durante la cual alcanzó la gloriosa palma del martirio el Santo español de este dia.

Pocas son las noticias que acerca de él nos dejó escritas San Eulogio, á quien se debe su memoria, como la de otros muchos. Lo que encontramos auténtico en la *España Sagrada*, es lo siguiente:

«Diez meses se pasaron sin martirio, hasta que consumó el suyo SAN ABUNDIO, presbítero de un lugar de la sierra de Córdoba que se llamaba Arcanelos. El motivo fué por fraude de los moros, que fingieron causa para acusarle al juez; y como al mismo tiempo que le llevaban contra su voluntad al tribunal, le moviese Dios á que se sacrificase á sí mismo por la fé en sacrificio verdadero y cruento, prosiguió gozoso en los pasos que no empezó por su eleccion. Preguntóle el juez por su profesion, y respondiendo intrépido con los mis-

terios de la fé, y detestacion de la secta de Mahoma, fué luego degollado, dejando su cuerpo expuesto á que fuese despojo de perros y de bestias, en el dia 11 de julio de la era 892, año de 854, y en aquel dia le mencionan los Martirologios de Galesinio y Baronio, con san Eulogio, lib. 3.°, capítulo 12.»

DIA 12.

San Juan Gualberto, Abad, *Florentino.*

SANTA MARCIANA, VIRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Esta santa virgen, llamada MARCIANA generalmente, y Martia tambien entre los antiguos santorales, fué una de las hermanas de Santa Germana, de quien nos ocupamos el dia 19 de enero, y de la gloriosamente célebre Santa Librada, de quien hablaremos el dia 20 del corriente mes. La historia de su nacimiento y primeros años, hasta que abandonaron el pueblo natal, es la misma.

Mediado apenas el siglo II, hallábase representando el imperio romano en la parte de España llamada Galicia, Lucio Catelio Severo, en calidad de presidente, régulo de aquella comarca. Innecesario es decir que como súbdito fiel de suprema autoridad gentil, gentiles y ciegos idólatras de los dioses del paganismo eran Catelio y su mujer Calzia. Hallándose esta en cinta, tuvo necesidad de salir su marido del pueblo de su residencia, llamado entonces Bulchagia y despues Bayona de Tuy, y llególa la hora del parto, antes de que Catelio hubiera regresado. El parto fué feliz, pero notablemente asombroso, pues dió á luz nueve niñas, bellas todas, y llenas de vida y de salud. Grande era la admiracion de la comadre Sila al ir recibiendo los frutos de la fecunda Calzia, y no lo era menos la de esta, á quien acometió al mismo tiempo tal miedo y temor á su marido por el terrible efecto que en su concepto habia de producirle la presentacion de

nueve hijos de una vez, que determinó no presentarle ninguno, encargando á la comadre se llevara las niñas y las arrojase al rio. La comadre era cristiana, pero de ánimo apocado y cobarde: fingió aceptar el encargo, y sacó las niñas, asegurando á la régula que iba inmediatamente á ejecutar su mandato. Muy lejos de perpetrar tan horrible crimen, repartió las niñas secretamente entre varias amigas suyas, cristianas y virtuosas, para que las bautizasen, criasen, y despues las educasen segun los preceptos de la religion cristiana.

Las nueve gemelas fueron efectivamente bautizadas, poniendo á cada una uno de los nombres Genoveva, Librada, Victoria, Eumelia, Germana, Gemma, MARTIA ó MARCIANA, Basilisa y Quiteria.

Ignoradas y desconocidas completamente de sus padres, fueron creciendo en gracias y virtudes, llegando á ser el modelo de las jóvenes de la poblacion. Sus padres adoptivos, de acuerdo con la comadre Sila, las revelaron el secreto de su nacimiento, pero encargándolas el sigilo, mientras una necesidad muy imperiosa no las obligase á declararlo.

Arreció por este tiempo la persecucion contra los cristianos, decretada por el emperador Antonino Vero, y activamente secundada por los sectarios del error. Lucio Catelio Severo, presidente de Galicia, como fiel y sumiso ejecutor de los mandatos de su emperador, fué de los primeros en procurar complacerle, regando el distrito de su mando con sangre de cristianos.

Fueron llamadas las nueve vírgenes al tribunal, y comparecieron ante su padre, para ser juzgadas y castigadas como enemigas de los dioses y contraventoras de los mandatos del emperador. Catelio Severo, primero con frases persuasivas, y luego con terribles amenazas, intentó apartar á sus hijas, sin saber todavía que lo eran, de la senda del paraiso, queriendo que á su presencia ofreciesen incienso á los dioses, y

renegasen del nombre de Jesus; pero firmes en la fé las santas hermanas, nada fué bastante á hacerlas titubear ni un momento. Sus madres adoptivas y la comadre Sila, revelaron entonces al presidente el secreto del nacimiento de las jóvenes, intentando por este medio librarlas de la muerte que veian rápida acercarse; pero Catelio, aunque las reconoció por hijas, no desistió de su propósito de hacerlas renunciar á sus creencias, y que adorasen á los dioses. Conociendo las santas vírgenes que nada seria capaz de modificar la resolucion de su padre, y queriendo evitarle el nuevo crímen de decretar su muerte, procuraron contemporizar, ganando tiempo para huir á otra comarca, fuera de la jurisdiccion del presidente su padre. Lograron efectivamente parte de su objeto, pues Catelio las mandó retirar y volver al tribunal al siguiente dia, y en aquella noche salieron de la ciudad, marchando cada una por diferente punto. No todas lograron ver cumplido su deseo de evitar á su padre el crímen de decretar é intervenir en su martirio, como se dirá en las respectivas biografías. SANTA MARCIANA, segun se acredita por el oficio eclesiástico é himnos en su alabanza, que contiene el Breviario, segun el órden de San Isidoro, llamado despues muzárabe, pasó á la provincia Carpetana, fijando su residencia en la ciudad de Toledo, donde bien pronto se hizo admirar por sus relevantes virtudes, y por su heróico valor cristiano, del cual dió las más admirables pruebas hasta que consiguió que ciñera su angélica santa frente la corona del martirio.

Al pasar un dia por una plaza donde habia una fuente dedicada á la diosa Diana, vió á los gentiles postrados al rededor de la fuente, rindiendo adoraciones con ridículas ceremonias á una pequeña estátua de la diosa, que estaba colocada sobre la fuente. Inflamada MARCIANA de santa indignacion, al contemplar los repugnantes actos de aquel bárbaro culto, dirígese á la fuente, coge con firme é intrépida mano el ídolo, y le arroja contra el suelo haciéndole mil pedazos.

Fácil es de comprender la irritacion que produciria este hecho en los corazones de los gentiles, que se arrojaron inmediatamente sobre la santa doncella, golpeándola horrorosamente y llevándola casi exánime á presencia del juez, para que determinase el castigo que se la habia de imponer por tan inaudito atrevimiento. El juez mandó que fuese públicamente azotada y en seguida conducida á una prision, donde permaneceria hasta que él pensara lo que se habia de hacer con ella.

Vertiendo copiosa sangre por la multitud de heridas que le produjeron los crueles azotes, fué conducida á un lóbrego calabozo la heróica doncella, en el cual la dejaron sin curar y sin alimento de ninguna especie. Al dia siguiente fueron en su busca para llevarla de nuevo ante el juez, quedando este y todo el pueblo altamente sorprendidos al contemplar á la jóven con el rostro más bello y animado que nunca lo estuvo, y su cuerpo sin la menor señal de las heridas. Mandóla el juez pedir perdon por la ofensa hecha á la diosa Diana, rendirla incienso, consagrarla un sacrificio y renegar de la religion cristiana y del nombre de Jesus. Cuantas amenazas empleó el juez fueron inútiles; y viendo que la santa doncella no temia ninguna clase de tormento, ni la muerte, determinó el juez castigarla de la manera que él consideró habia de serla más aflictiva: mandó que la llevasen al lugar público de la prostitucion, y que quedara allí á disposicion de los lascivos; pero al ir varios de estos á aprovecharse de la inmunda licencia concedida por el juez, alzó Dios entre la santa vírgen y ellos una pared que defendió la pureza de aquella admirable jóven.

Tan patente milagro, tan marcada proteccion del Todopoderoso parecia natural que abriese los ojos de aquellos bárbaros idólatras á la luz de la verdad; pero furioso cada vez más el pueblo y el juez, determinó este que derribando la pared ó escalándola se apoderasen de MARCIANA y la condu-

jesen al anfiteatro para que fuese pasto de las fieras. Apoderados los soldados de la virginal MARCIANA, la condujeron inmediatamente al anfiteatro, lleno ya de los gentiles y judíos, que alegres habian acudido presurosos para recrear su vista y su corazon con la sangrienta escena que les proporcionaba el juez. Así que quedó sola en medio del anfiteatro la santa mártir, soltaron un furioso leon que, rápido como el viento, corrió hácia MARCIANA; y cuando ya se alzaban los gritos de feroz alegría, por considerar hecha pedazos la heróica cristiana, vieron todos con el mayor asombro, y mudos por la sorpresa, que el leon, muy lejos de dañar á MARCIANA, se echó á su piés, bajando la cabeza y la mirada al suelo, en actitud de rendimiento.

Imposible parecerá que despues de dos milagros tan pasmosos como el de la pared y la reverencia del leon, hubiera ni una sola persona que desease la muerte de quien tal proteccion gozaba del cielo; pero no solo habia una, sino que el pueblo en masa, creyendo que tales sucesos eran recursos mágicos de la jóven, con los que se burlaba de su venganza, pedia con desaforados gritos otro castigo, contra el que no pudiera valer la magia ni los talismanes. Entonces un judío llamado Budario, que se hallaba presente, encarnizado y constante enemigo de los cristianos, propuso que soltasen un toro indómito y montaraz, que hacia pocos dias habia sido cazado, y que pasaba por la fiera más terrible que habia pisado nunca un anfiteatro. Inmediatamente fué seguido el consejo del judío, y soltado el toro, que efectivamente concluyó con la vida de la mártir, abriéndola anchas heridas en el santo pecho, por donde salió su pura alma para tomar asiento en el Paraiso, un dia 12 de julio, no habiendo quedado fija noticia del año. El santo cadáver fué recogido por los cristianos, sepultándole dentro de la ciudad de Toledo.

Dícese que á la misma hora en que el judío Budario dió el consejo de soltar el toro, se prendió fuego en su casa, la

cual fué inmediatamente reducida á cenizas; que siempre que intentó reconstruirla se hundió, sucediendo lo mismo con otras en que despues quisieron utilizar las piedras que tenia la primitiva.

Desde la más remota antigüedad ha sido célebre en Toledo la memoria de SANTA MARCIANA; y cuando en el año de 676 fortificó la ciudad el rey Wamba y puso nombres á las puertas, dio el de esta Santa á la que miraba á Oriente.

DIA 13.

San Anacleto, Papa y Mártir, *Griego*.

DIA 14.

San Buenaventura, Obispo y Doctor, *Italiano*.

DIA 15.

San Camilo de Lelis, Fundador, *Napolitano*, San Enrique, Emperador, *Aleman*.

DIA 16.

El triunfo de la Santa Cruz, y Nuestra Señora del Cármen.

DIA 17.

San Alejo, Confesor, *Romano*.

DIA 18.

Santa Sinforosa y sus siete hijos, Mártires, *Romanos*.
San Federico, Obispo, *Francés*, y

SANTA MARINA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

SANTA MARINA, conocida tambien en la historia por santa Gemma, fué una de las ocho hermanas de Santa Marciana de quien hablamos el dia 12 de este mes, y en donde pueden verse las raras circunstancias de su nacimiento y primeros

años hasta que huyeron de su país natal las nueve hermanas por librar á su padre del delito de decretar la muerte de sus hijas.

MARINA se retiró al campo de Limia, inmediato á la ciudad de Orense, donde pasaba la vida alejada de todo trato humano, dedicada á la oracion y á la penitencia. Vióla por una casualidad el presidente ó primera autoridad romana de aquella comarca, y prendado de su rara hermosura pretendió rendir su virtud con halagos y promesas, que fueron completamente despreciados por la casta y virtuosa doncella. Preguntóla entonces el presidente, llamado Olibrio, si era libre ó esclava y á qué clase de la sociedad pertenecia su familia, á lo que respondió MARINA que era libre por condicion, pero que profesando la religion cristiana, era esclava de Jesucristo. Esta contestacion excitó la saña del presidente, é hizo conducir á la ciudad á MARINA, resuelto á vencer la virtud y la fé de la jóven á fuerza de tormentos. Con tanta firmeza como en el campo, rechazó MARINA en el tribunal á Olibrio, despreciando sus promesas y sus amenazas; y en su virtud mandó el bárbaro idólatra á los verdugos que con garfios de hierro rasgasen las carnes de la heróica virgen hasta que se descubrieran los huesos. Hasta los gentiles quedaron horrorizados á los pocos instantes de poner en ejecucion los verdugos el feroz mandato del presidente, al contemplar á aquella hermosa y tierna jóven inundada en sangre que vertian las cien heridas abiertas en sus puras carnes por los acerados garfios. Afectando compasion el inhumano presidente, mandó suspender el tormento y dijo á la santa cristiana: «Consulta, niña, á tu juventud; presta asenso á lo que te ordeno, para que no pierdas tu hermosura en la flor de tus años.—¡Oh mal consejero! ¡Oh insaciable fiera! (respondió la Santa) Sabe que tus tormentos me sirven de consuelo, y que tu poder solo alcanza á lo material de mi cuerpo; pero mi alma la guarda mi Señor Jesucristo que la redimió con su preciosísima sangre.

—Ya no perdonaré, ya no tendré consideracion (dijo entonces el tirano) á la que blasfema de nuestros dioses y desprecia los tormentos.» Mandó en seguida que la condujesen á una lóbrega prision y que la dejaran allí sin curarla las heridas, sin más asiento ni lecho que el suelo, y sin alimento de ninguna clase.

Al siguiente dia fué vuelta á conducir al tribunal, y Olibrio reprodujo las ofertas y las amenazas; permaneció MARINA tan firme y constante en la fé como desde el primer momento; en vista de lo cual más furioso cada vez el tirano dispuso el tormento del fuego, aplicando á la santa doncella hachas encendidas á los costados, tormento que resistió la heróica cristiana sin manifestar la más leve señal de dolor, pena ó disgusto. No habiendo producido el efecto que Olibrio se propuso con este bárbaro acto, mandó atar los piés y manos á la mártir y sumergirla en las aguas. Dios continuó dispensando su favor á la santa niña, y las aguas la respetaron como la habia respetado el fuego. El asombro de los gentiles era tan extraordinario, que muchos en el acto reconocieron el gran poder del Dios de los cristianos y se convirtieron á la fé. Olibrio estaba fuera de sí, confuso, anonadado, sin saber lo que le pasaba: deseando poner fin á aquella situacion tan angustiosa y comprometida para su autoridad, mandó que cortasen la cabeza á la jóven, lo cual se verificó en el acto, proporcionando la palma del martirio á la heróica y admirable MARINA el dia 18 de julio, no constando fijamente el año de este glorioso triunfo del cristianismo.

Desde remota antigüedad ha sido venerado el santo cadáver de esta vírgen en la iglesia de su advocacion edificada en el sitio conocido por el nombre de *Aguas-santas* á dos leguas de Orense, en donde se tienen por testigos del martirio un horno en el que la tradicion asegura que se encendió el fuego para atormentar á la vírgen, y una fuente en la que fué degollada. Las aguas de esta fuente han hecho admirables cura-

ciones que fueron arraigando la devocion y veneracion de los habitantes de la comarca.

En diferentes tiempos se han edificado magníficos templos en honor de SANTA MARINA, especialmente en Andújar, Córdoba, Galicia, Palencia y Sevilla.

DIA 19.

San Vicente de Paul, Fundador, *Francés.*

SANTAS JUSTA Y RUFINA, VÍRGENES Y MÁRTIRES, ESPAÑOLAS.

Estas santas vírgenes, patronas de Sevilla, vinieron al mundo en esta ciudad en el último tercio del siglo III. Eran sus padres pobres, y de la clase ordinaria del pueblo; pero tan escasos como se veian de bienes de fortuna y consideraciones sociales, tanto y más eran ricos en virtudes y dones de gracia, con los que Dios recompensaba su paciencia y santa resignacion en los trabajos y penalidades de la pobreza. La predisposicion á la virtud con que nacieron y crecieron los corazones de JUSTA y RUFINA, unida al constante ejemplo de sus honrados padres, hizo de estas jóvenes dos modelos de virtudes desde sus primeros años. Dedicábase toda la familia á la alfarería, y JUSTA y RUFINA tenian un puesto en la plaza donde vendian vasos de barro, con cuyo producto atendian á las más precisas necesidades de la vida, repartiendo el resto entre los pobres, que era la mayor parte de los productos de su industria, pues vivian con la mayor modestia, sin gastar jamás la suma más insignificante en nada supérfluo, ni para el alimento, ni para el vestido.

Hallábase dominada Sevilla por los romanos, y aunque todavía no habian expedido los emperadores reinantes, Diocleciano y Maximiano, el decreto de persecucion contra los cristianos que creó la llamada *Era de los Mártires*, no desperdiciaban sin embargo los gentiles las ocasiones de dañar á los que seguian la doctrina del Crucificado. Entre las

varias fiestas que con gran pompa y ostentacion consagraban los romanos á sus ídolos, era una de las más notables la de la diosa Salumbo, con cuyo nombre significaban á Venus en su afliccion por la muerte de Adonis. Tenia lugar la celebracion de esta fiesta, llamada Adonia, por el mes de julio, y paseaban por todas las calles de la ciudad el ídolo llevado en hombros por la señoras de la primera nobleza, gimiendo y llorando por Adonis, como presumian que gimió y lloró Venus por él, y pidiendo al mismo tiempo limosna para el culto de la diosa.

Llegó la procesion á la tienda de JUSTA y RUFINA, y como á las demás, se dirigieron las conductoras del ídolo pidiendo para él. Negáronse las dos jóvenes á contribuir con ninguna cantidad, diciendo que su religion les prohibia cooperar á tan criminal idolatría: «que ellas no adoraban sino á un solo y verdadero Dios, criador de los cielos y de la tierra, y á su hijo Jesucristo, que se habia hecho hombre para libertar al género humano de las cadenas de la culpa: que aquel ídolo que traian, con tanta pompa y festejo, y á quien tributaban sus adoraciones, era insensible, sin vida ni virtud alguna, y obra solamente del demonio, digna de desprecio y abominacion.»—Al oir estas razones se sobresaltaron de manera las mujeres que llevaban el ídolo, y se indignaron con tanta furia, que dejaron caer de sus hombros el simulacro, con cuyo golpe rompieron gran parte de las vasijas que formaban el caudal de las santas. Estas, movidas menos de la pérdida que padecian que del horror de ver en su casa el ídolo, le cogieron con sus manos, y arrojándole con desprecio, le hicieron muchos pedazos. Imposible es de describir el furor que la rotura del ídolo produjo en los gentiles, que en el primer momento quisieron hacer tambien pedazos á JUSTA y RUFINA; pero proponiéndose hacer más sabrosa la venganza, contemplando largos y prolongados tormentos, se dirigió la comitiva á casa del presidente, que

lo era á la sazon Diogeniano, pidiendo el castigo de las culpadas y su muerte lenta y tormentosa. Inmediatamente decretó el presidente la prision de las dos hermanas, que tuvo lugar en la casa que habitaban fuera de la ciudad, cerca del rio, enfrente de la antigua puerta de Triana, en donde se edificó un hospital que en el año de 1584 fué reformado con otros varios.

Con los más furiosos denuestos del pueblo fueron recibidas en el tribunal las dos santas vírgenes, y el presidente, despues de la más grosera reprension y las más terribles amenazas, las mandó pedir perdon á los dioses, ofrecerles incienso y renegar del nombre de Jesus; pero las heróicas vírgenes, firmes en la fé, á nada accedieron. Entonces dispuso Diogeniano que fuesen colocadas en el ecúleo y las escarnificasen con garfios de hierro. Con plácido rostro y celestial alegría sufrieron las admirables hermanas tan terrible tormento, aumentándose su heróico valor á medida que se aumentaba la crueldad de los verdugos, que sin la menor emocion rasgaban sus puras carnes hasta descubrir sus huesos. Viendo el presidente tan admirable fortaleza, creyendo que solo un tormento muy prolongado podria dominar aquel valor, mandó que las encerrasen en un lóbrego y húmedo calabozo, para que el hambre, la sed, lo insalubre del sitio, y las incomodidades que á esto aumentaria diariamente, debilitasen aquellas pasmosas fuerzas corporales y espirituales; pero pasaba un dia y otro dia sin decaer en lo más mínimo el espíritu de las santas, si bien sus cuerpos comenzaban á demostrar los efectos de tan crueles tratamientos.

«El astuto presidente, no pudiendo persuadirse de que en los pechos de dos mujeres débiles pudiese caber la fortaleza necesaria para superar todos los ardides de la crueldad, meditaba nuevos modos de atormentar á las Santas, creyendo que al fin cederian de la que él juzgaba obstinacion. Con

este pensamiento, teniendo precision de pasar á un lugar de Sierra-Morena, mandó que le siguiesen las dos hermanas á pié descalzo con el resto de la comitiva. Esta operacion imaginaba que podria surtir un grande efecto. Las Santas se hallaban sumamente debilitadas, por la sangre que habian vertido en el tormento de los garfios: el hambre y la sed habian aumentado la flaqueza de sus fuerzas corporales; un viaje penoso y acelerado las habia de ocasionar una nueva é insoportable fatiga; los caminos ásperos y fragosos habian de lastimar sus piés, hasta llegar á ensangrentarlos: todo el conjunto de penosas circunstancias, le prometian una segura victoria. Pero JUSTA y RUFINA, encendidas del amor de Jesucristo, y fortificadas con su divina gracia, sufrieron este nuevo tormento con una fortaleza nada inferior á la que habian mostrado en el ecúleo. Cada paso que daban las aumentaba el gozo de padecer por la fé de aquel Señor que caminó al monte Calvario cargado con los pecados del mundo. Los caminos que para el presidente y su comitiva estaban cubiertos de asperezas y fragosidades, les parecian á las Santas sembrados de rosas y flores. Conoció, pues, el presidente la inutilidad de sus astucias, y mandó que las llevasen á la cárcel de Sevilla, en donde estuviesen aherrojadas con el tormento, además de la lobreguez y de la inédia. La vírgen SANTA JUSTA, oprimida de un tormento tan terrible, llegó á perder las fuerzas y debilitarse tanto, que exhaló su purísimo espíritu, recibiendo á un mismo tiempo las dos coronas de vírgen y de mártir. Luego que llegó á noticia del juez la muerte de SANTA JUSTA, mandó que echasen su cadáver en un pozo profundo que habia en la misma cárcel, para impedir de este modo que los cristianos la tributasen aquellos honores que sabia solian dar á los que morian en defensa de su religion. En el sitio que ocupó antiguamente esta cárcel se edificó despues el convento de la Santísima Trinidad, en donde se conserva todavía una cueva

dividida en dos ramales, y en el extremo de uno existe el pozo, cuya agua beben los sevillanos con mucha fé, por los beneficios que con ella han experimentado en sus enfermedades. En este mismo sitio, cuyo horror sirvió de tormento á las dos santas hermanas, ha edificado despues la piedad un altar en honor suyo, en donde su nombre es bendecido. El Obispo de Sevilla que habia entonces, llamado Sabino, apenas supo la muerte de la Santa, y la determinacion del presidente, procuró por todos los medios posibles sacar el sagrado cuerpo del pozo y darle honorífica sepultura, como en efecto lo consiguió. Fué enterrado este precioso tesoro en el cementerio que para este efecto habia arrimado á esta ciudad, en donde llaman hoy Prado de Santa Justa, no lejos de los muros por la parte del Nordeste.»

La oscura muerte de la jóven JUSTA en la lobreguez de un calabozo, no fué del agrado del pueblo gentil ni del presidente Diogeniano, pues ni habian podido tener el bárbaro goce de presenciar los últimos momentos de su víctima, ni se habia dado un espectáculo aterrador que acobardase á los demás cristianos; y no queriendo Diogeniano dar lugar á que RUFINA terminase su vida como su hermana, hizo sacarla de la prision y conducirla al anfiteatro, en cuyo sitio se la preguntaria por última vez si queria adorar á los ídolos y renegar de su fé, y en el caso de que persistiera en negarse á hacerlo, sin más tregua entregarla á las garras de las fieras. Ni un solo momento dudó RUFINA en preferir cualquier clase de muerte á faltar á la fé católica, y en su virtud la metieron en el anfiteatro y soltaron el más fiero leon que habia, el cual con asombro general se llegó á la Santa en actitud humilde y la lamió los pies y las manos. Más fieras que las nacidas en las ardientes regiones de la Libia, los gentiles y su digno presidente Diogeniano, bramaban de furor porque el leon respetaba á la santa doncella, y con gritos y pedradas quisieron excitar la rabia del leon para que la emplease en RUFINA;

pero todo fué inútil: el leon como un cariñoso y tierno corderillo se guarecia de la Santa sin dejar de acariciarla. Retirado finalmente el leon, mandó Diogeniano á los verdugos que allí mismo concluyesen con la mártir, lo que ejecutaron en seguida rompiéndola el cráneo y el cuello, cerca del medio dia 17 de julio del año del Señor 287. Para evitar que los cristianos pudieran recoger el santo cadáver mandó quemarlo, lo cual se verificó acto contínuo. El mismo Obispo Sabino, que extrajo del pozo el cuerpo de SANTA JUSTA, recogió las cenizas de SANTA RUFINA, que fueron depositadas con el cuerpo de su santa hermana.

«Los fieles las tributaron desde luego culto como á mártires, segun lo prueba el códice veronense y los templos antiquísimos dedicados á Dios con la advocacion de estas santas vírgenes y mártires. Los breviarios antiguos testifican que San Leandro fué enterrado en el templo que estas dos Santas tenian en Sevilla. El de SANTA JUSTA es famoso y antiquísimo en Toledo, y el primero entre todos los muzárabes. Son celebradas igualmente estas Santas en otras muchas ciudades é iglesias de España; pero aunque en lo antiguo tuvieron su rezo propio, no solo en nuestra península, sino tambien en la Galia Narbonense, con el trascurso de los tiempos se habia resfriado en parte este culto hasta que insinuando el R. P. M. Florez al señor conde de Mejorada D. Gerónimo Ortiz de Sandoval lo extraño que era no verse en el breviario de España la memoria de estas Santas, se hicieron las correspondientes diligencias, y á peticion del rey Católico concedió la silla apostólica que se celebre en todos sus dominios su festividad con rito doble, y en el obispado de Sevilla con oficio de primera clase y con octava.»

Reinando el moro Benabeth en Sevilla, y D. Fernando el Grande en Leon y Castilla, deseó este llevar á Leon las reliquias de SANTA JUSTA, para lo cual llevó á Sevilla á los Obispos de Leon y Astorga Alvito y Ordoño acompañados del

conde Munio y una lucida y numerosa escolta, con el fin de que pidiesen al rey moro de su parte el cuerpo de la santa mártir. Benabeth accedió á la pretension del rey D. Fernando, pero el traslado no se verificó, por una vision que tuvo el Obispo Alvito, por la cual entendió que era la voluntad del Señor que SANTA JUSTA permaneciese en Sevilla. En la página 240 y dos siguientes del tomo I de esta obra, Vida de San Ordoño, se hace relacion de ete hecho, que motivó la traslacion del cuerpo de San Isidoro desde Sevilla á Leon.

SANTA AUREA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Las actas del martirio de esta santa vírgen fueron escritas por San Eulogio, lib. III, cap. últ. del *Memoriale Sanctorum*, y el maestro Enrique Florez las incluye en el tomo IX de la *España Sagrada*, apéndice VIII, á que nos remitimos.

Fué natural de la provincia de Sevilla como sus ascendientes, personas de la primera nobleza por parte de padre, y de cuantiosa fortuna. Su padre, cuyo nombre no nos ha legado la historia, era mahometano, y la madre, llamada Artemia, profesaba la religion católica, cuya santa idea inculcó en la mente de sus hijos, los célebres despues santos mártires Adulfo, Juan y AUREA. Muerto su marido, se retiró Artemia con su hija AUREA al monasterio de santa María de Cuteclara, uno de los más distinguidos del territorio de Córdoba, donde mereció por sus virtudes y talento que se le encargase el gobierno y direccion de aquella comunidad.

Más de treinta años vivió AUREA en el referido monasterio, dedicada á la contemplacion de lo divino, á la oracion y á la penitencia. Con gran disgusto veian los moros el desaire que á su profeta Mahoma hacia su paisana, profesando la religion del Crucificado, y en diferentes ocasiones estuvieron inclinados á delatarla al juez; pero les contuvo el ser este pariente de AUREA, y sospechar que tal vez por no verse obligado á castigarla, figuraba ignorar que fuese cristiana y

que practicaba los preceptos todos de esta religion. Pero los parientes que AUREA tenia en Sevilla no calcularon del mismo modo, y en cuanto llegó á su noticia la vida que hacia su parienta, marcharon algunos á Córdoba, resueltos á apartarla de sus creencias. Cuantas reflexiones la hicieron fueron completamente inútiles, y en vista de ello se dirigieron al juez, pidiéndole que hiciese valer su influencia y poder, para remediar la que ellos llamaban afrenta de su familia. Sin pérdida de tiempo, mandó el juez en busca de AUREA, á la que habló en presencia de sus demás parientes; y ya fuese por la extraordinaria amabilidad que usó con ella, por sus rendimientos hasta suplicantes, unidos á los de los otros parientes, ó por calmar el sentimiento que todos manifestaban, ó por la flaqueza natural de su sexo, AUREA prometió hacer lo que deseaban, apartándose de la religion de Jesucristo. Contentos todos, y fiados en la promesa, se separaron de AUREA, despidiéndose cariñosamente de ella, y dejándola en completa libertad.

No se hizo esperar mucho el arrepentimiento de AUREA por aquel momento de debilidad, y anegada en llanto regresó al monasterio, resuelta á lavar con las más rigurosas penitencias y sangrientas maceraciones de sus carnes la falta cometida; y creyendo que la intercesion de sus santos hermanos, los mártires Adulfo y Juan, seria eficaz para alcanzar gracia del Todopoderoso, con fervorosas súplicas, acompañadas de ardientes lágrimas, les rogaba dia y noche intercediesen por ella con su Divina Magestad.

Recelosos algunos moros de la sinceridad de AUREA, observaron sus acciones; y convencidos de que muy lejos de renegar de Jesucristo, cada dia era su más humilde y fervorosa sierva, se lo hicieron presente al juez, que sumamente irritado por la falta de cumplimiento de lo ofrecido por su parienta, dispuso que inmediatamente fuese conducida á su presencia. Reprendióla sériamente por su inconstancia, y en

seguida la manifestó que estaba resuelto á obligarla á cumplir sin tardanza su promesa de renegar de la fé de Jesucristo. Pero fortalecida AUREA con la gracia celestial, y deseando lavar con su sangre la mancha del pecado cometido en un momento de fragilidad é impremeditacion, dijo al juez: «Yo jamás me separé de mi Señor Jesucristo, ni por un solo momento crei en vuestras falsedades; si á tu presencia se deslizó un poco mi lengua, ella fué sola la que erró; pero mi corazon siempre estuvo firme en lo que á mi Dios debia. Luego que de tí me separé lloré mi culpa con arroyos de lágrimas: siempre he conservado la fé y la verdadera religion cristiana, que profesé desde mi infancia, en la que me he ejercitado toda mi vida, manteniéndola con firme propósito de no dejarla aunque sea á costa de mi sangre. El Señor á quien me consagré desde mis tiernos años, condolido de mi flaqueza, me ha fortalecido con su poderosa mano: él es el que me restituyó por su infinita bondad á su primera gracia; por tanto tú como juez elige lo que te parezca: ó bien quitame la vida, segun disponen tus leyes, ó bien déjame libre para que satisfaga las obligaciones de mi religion y de mi estado.»

Atónito quedó el juez de oir tan franca y firme confesion de la fé: mandó que fuese AUREA conducida á una prision, y él marchó á dar cuenta al rey de lo acaecido para que resolviese lo que habia de hacerse con tan noble y calificada persona. El rey Mahomad decretó en el acto la muerte de AUREA, que tuvo lugar en la mañana del siguiente dia 19 de julio del año 856, siendo la santa mártir degollada en público. Su cadáver fué colgado de los piés en un palo en el cual habia sido ajusticiado un homicida hacia pocos dias, y al cabo de otros cuantos fué arrojado el santo cuerpo con los de varios malhechores al rio Guadalquivir, para que los cristianos no pudieran conservar y dar culto á los santos restos.

SANTORAL ESPAÑOL

Litª de Escarpizo.

STA. LIBRADA VIRGEN Y MARTIR.

DIA 20.

San Elías, Profeta y Fundador, *Thesbita*, Santa Margarita, Vírgen y Mártir, *Asiática*.

SANTA LIBRADA, VÍRGEN Y MARTIR, ESPAÑOLA.

Los sucesos de la vida de esta gloriosa Santa española, son los mismos que los de sus ocho hermanas, hasta que por evitar á su padre el crímen de condenarlas á muerte por seguir la religion de Jesucristo, huyeron de su pueblo natal. En el dia 12 del presente mes, página 74, quedan consignados en la vida de Santa Marciana, los cuales no repetimos aquí por utilizar páginas, dando de este modo la mayor lectura posible en beneficio de la historia de otros Santos.

Oscuras y contradictorias son las noticias que se encuentran de esta Santa en los muchos escritores que se han ocupado de ella, y por demás largo seria para nuestra obra hacernos cargo de todas, examinando y apreciando sus mayores ó menores probabilidades. Consignaremos aquí lo más esencial que encontramos escrito en unos y otros, especialmente en el breviario moderno de Sigüenza, remitiendo al lector que desee, ó necesite más minuciosas noticias, al tomo XIV de la *España Sagrada*, en el que el M. Enrique Florez hace un detenido y concienzudo exámen de todo lo escrito acerca de esta Santa.

Créese generalmente que LIBRADA, en la noche que se separó de sus hermanas, se dirigió á los montes, no muy lejanos del lugar de su nacimiento, y en ellos fijó su residencia en compañía de otros cristianos que habian huido tambien de la terrible persecucion que sufrian los servidores de Jesucristo; que allí permaneció dedicada á la oracion y á la penitencia, manteniéndose solo de yerbas y raices; y que habiendo sido encontrada por los soldados gentiles, que recorrian la comarca en persecucion de los cristianos, fué conducida al

tribunal, en el que sostuvo siempre con el mayor heroismo la confesion de la fé, siendo cruelmente atormentada y últimamente crucificada, exalando así plácida y dulcemente el último aliento, volando su pura alma á las moradas celestiales.

Esto es lo que refieren las lecciones posteriores al siglo XIII, pues el breviario antiguo de Sigüenza dice que murió degollada.

Hay autores que dan su muerte acaecida en Alemania; otros en Italia, asegurando que sus santos restos fueron traidos despues á España y depositados en Sigüenza por un Obispo. «La Iglesia de España, dice el P. M. Fr. Enrique Florez, no tiene más noticia de la Santa que la recibida por Sigüenza, y esta no la consignó antes del año 1300, por lo que solo puede atestiguar lo que oyese al Obispo que la trajo de Italia.»

Su fiesta se celebraba en lo antiguo en 16 de enero, y desde 1682 en 20 de julio. En el siglo XVI tenia lecciones propias, cuyo orígen se ignora.

Cuando, segun se dice por algunos autores, fueron traidos los santos restos desde Florencia á Sigeünza por el Obispo Simon, se depositaron en un sepulcro nada más que decente; pero aumentada prodigiosamente despues la devocion á la santa vírgen y mártir LIBRADA, por los infinitos milagros que Dios obraba por su intercesion, pensaron los vecinos de Sigüenza en trasladar sus reliquias á lugar más digno, y abundando en la misma devocion é ideas D. Federico de Portugal, Obispo á la sazon de Sigüenza, que luego pasó á la silla de Zaragoza, la erigió una preciosa capilla en la catedral, á la que fueron trasladados los santos restos con la mayor solemnidad en el año de 1537, en donde han continuado los fieles habitantes de Sigüenza tributando los más tiernos obsequios á su gloriosa patrona.

En el año de 1809 se apoderaron los franceses de la ciudad,

invadieron la catedral como las otras iglesias, y robaron los adornos de plata de la caja que guardaba los santos restos, tirando estos por el suelo; pero recogidos despues por el cabildo, prévias las necesarias y convenientes informaciones, fueron guardados dignamente y colocados otra vez en el sitio que tenian señalado, venerándose con la misma piedad y devocion que antes.

SAN PABLO, DIÁCONO Y MÁRTIR, ESPAÑOL.

Fué este Santo hermano del mártir San Luis, de quien hablamos el dia 30 de abril, y pariente de San Eulogio, á cuya pluma se deben las noticias que de él han llegado hasta nosotros. Nació en Córdoba, y habiendo manifestado desde la más tierna infancia una decidida vocacion por la Iglesia, á pesar de lo terriblemente combatida que se hallaba por los gentiles, entró muy pequeño á estudiar en la iglesia de San Zoilo, en la que eran instruidos los hijos de los cristianos por los más virtuosos y sabios preceptores.

Querido y estimado de sus compañeros y superiores, creció al mismo tiempo que en edad, en virtudes y ciencia, habiendo tenido la inefable alegría de ser ordenado de diácono. Su ocupacion predilecta despues de cumplir en la iglesia con las obligaciones de su ministerio, era asistir y consolar á los encarcelados, y visitar y curar á los cristianos enfermos, procurándoles cuantos auxilios corporales y espirituales le eran posibles.

La amistad que le unió al portugués San Sisenando, que murió mártir el dia 16 de este mes, la identidad de sentimientos, la ardiente fé que inflamaba el corazon de los dos, y el heróico ejemplo de valor cristiano dado por Sisenando, determinó á PABLO á imitar á aquel en un todo, y seguir sus pasos por el camino de la gloria. Con tal resolucion, pues, empezó á predicar públicamente contra los excesos y crueldades cometidas de contínuo por los mahometanos, ma-

nifestando al propio tiempo los absurdos del Alcorán, y las mentiras del falso profeta Mahoma. Inmediatamente fué preso y sumido en una horrible mazmorra, en la que permaneció dos dias sin alimento de ninguna especie. Á los dos dias, y cuatro trascurridos del martirio de su amigo Sisenando, fué sacado de la prision y degollado públicamente delante del palacio del rey moro, en cuyo sitio quedó el santo cuerpo con el de San Sisenando, por algunos dias, hasta que ocultamente los recogieron de noche algunos cristianos, al mismo tiempo que el del español, mártir tambien, San Teodomiro, muerto á los cinco dias como diremos, cuyos tres santos cuerpos fueron depositados en la iglesia de San Zoilo, desde la que los trasladaron despues á la de San Fausto, Januario y Marcial, llamada más tarde de San Pedro.

DIA 21.

Santa Práxedes, Vírgen, *Romana*.

DIA 22.

Santa María Magdalena, Penitente, *de Judea*.

DIA 23.

San Apolinar, Obispo y Mártir, *Egipcio*, y San Liborio, Obispo, *Francés*.

DIA 24.

Santa Cristina, Vírgen y Mártir, *Italiana*, y

SAN FRANCISCO SOLANO, CONFESOR, ESPAÑOL.

En Montilla, ciudad perteneciente á la provincia de Córdoba, vió la luz primera este esclarecido Santo español, el dia 10 de marzo del año de 1549. Fueron sus padres Mateo Sanchez Solano y Ana Jimenez, personas de honesta fortu-

na, muy apreciados de sus convecinos por sus bellas prendas, y más particularmente por su constante caridad.

Desde muy pequeño dió FRANCISCO SOLANO palpables muestras de lo que habia de ser en el mundo, excitando cada dia más la admiracion de todo el pueblo su género de vida. Era afable y dulcísimo con quien le hablaba; pero huia de toda clase de juegos y distracciones propias de niños, buscando con marcada predileccion la soledad y el retiro, dedicándose en él á elevar sus oraciones á la Virgen, á la que tuvo una tiernísima y constante devocion desde su infancia.

Con la mayor rapidez y aprovechamiento venció el conocimiento de las primeras letras, y sus padres le dedicaron en seguida á estudios mayores en el colegio que la compañía de Jesus tenia en el mismo Montilla. No hubo nunca estudiante más querido de sus maestros y de sus condiscipulos, pues á su gran talento y aplicacion unia un carácter tan dulce y conciliador, que fué constantemente el iris de paz en el colegio. Arreglaba las diferencias entre los estudiantes, calmaba la irritacion de los ánimos, y atajaba toda clase de rencillas, y aun reprendiendo á los que lo merecian, se captaba completamente su voluntad, porque sus reprensiones eran tan dulces, tan razonadas, y expuestas con tanto interés por el bien del prójimo, que hasta los más díscolos se veian precisados á tener que agradecerle la reprension. Tal respeto infundia su virtud, que cuando los estudiantes pensaban hacer alguna de las travesuras propias de su edad y costumbres, ponian centinelas avanzados que les avisaran si se acercaba FRANCISCO SOLANO, no atreviéndose á consumar en su presencia ningun hecho que desdijera de la más rígida formalidad y moralidad.

Aprovechando brillantemente en las letras, multiplicando sus devociones y actos de perfeccion cristiana, frecuentando los sacramentos y trabajando en un huerto de su padre, llegó

á los veinte años de edad, en cuya época determinó retirarse por completo del siglo, dedicándose solo al servicio de Dios en el claustro. En su virtud, pues, en el año de 1569, tomó el hábito de Francisco en el convento de Recoletos de Montilla, su patria.

«Apenas vistió FRANCISCO el sayal de los menores, comenzó á manifestar á todo el claustro las virtudes de que ya en el siglo dió tan evidentes pruebas. Su profunda humildad, su ciega obediencia, su pureza angélica, su modestia singular, su contínuo silencio y extraordinarias mortificaciones, además de las que por constitucion se practicaban en la observancia recoleta, hicieron conocer á todos los religiosos el fervoroso celo y el veloz curso con que corria, si no volaba el novicio en el camino de la perfeccion. Crucificaba sus carnes con sangrientas disciplinas y rigurosos ayunos, mostrándose tan admirable en la abstinencia, que excepto las fiestas solemnes, y esto por precepto de su maestro, no comia carnes, pesca ni lacticinios: en los viernes no probaba manjar alguno cocido; en la cuaresma, y en las ferias segunda, cuarta y sexta de la semana, solo usaba de pan y agua. Además de esto traia bajo el hábito un aspero cilicio asido á su delicado cuerpo, al que daba un brevísimo descanso en un durísimo lecho, con un leño por cabecera. Persuadido que á todas estas mortificaciones y otras virtudes monásticas daria el lleno que apetecia el ejercicio que facilita el comercio con Dios, se entregó de tal modo á la oracion, que no satisfecho con las horas que invertia la comunidad en ella, cuando descansaba esta, despues de disciplinarse cruelmente pasaba muchas noches hasta romper el alba anegado en dulces contemplaciones.»

En nada alteró este género de vida su profesion, que verificó, lleno el pecho de la más sublime alegria, al año de la toma de hábito: iguales humildades, iguales penitencias, é iguales actos de perfeccion religiosa siguió practicando profeso, y practicó hasta el fin de su vida.

Del convento de Montilla fué enviado al de Santa María de Loreto, de la misma órden, situado tres leguas de Sevilla, á cursar filosofía; y aunque en este convento habia celdas sobrantes, hizo para sí una pobre y humilde habitacion de cañas en un ángulo de la torre cerca de las campanas, donde pasaba los dias y las noches alternando entre el estudio y la oracion.

Gran trabajo costó á sus superiores decidirle á que recibiese el órden sacerdotal, pues nunca se consideraba bastante digno de él: la obediencia, por fin, le obligó, y celebró la primera misa el dia del seráfico Patriarca; y habiendo descubierto una muy dulce, clara y sonora voz, fué nombrado en seguida Vicario de coro. No desempeñó, sin embargo, por mucho tiempo este cargo, porque queriendo la Órden utilizar en más interesante puesto las sublimes virtudes y claro talento de Fr. FRANCISCO SOLANO, le nombraron maestro de novicios en el convento de Arrizafa, sito á media legua de Córdoba.

El arreglo, disciplina y órden que introdujo en este convento para la educacion religiosa y científica de los novicios, le dió tal renombre en la Órden para el cargo de maestro y director de noviciados, que con el encargo de plantear iguales mejoras fué destinado con el mismo cargo al célebre convento de San Francisco del Monte, situado en el centro de las sierras, á cinco leguas de Córdoba en direccion á Sierra-Morena. Con el propio santo celo que en el de Arrizafa desempeñó en este convento su interesante mision, llevando sus penitencias aquí á un grado desconocido hasta entonces, pues llegó hasta revolcarse desnudo en montones de espinas, hiriéndose de gravedad y dejando el suelo abundantemente regado con su sangre.

Fué nombrado guardian de este convento, cargo que tuvo que admitir á pesar de su resistencia, cediendo á las humildes súplicas de la comunidad, que queria tener la honra de

ser regida por tan santo y sábio varon. No hay para qué consignar la perfeccion con que desempeñó su cometido, siendo amoroso hermano de todos y solo Prelado para elevar al más alto grado de perfeccion posible el culto divino y la honra y gloria de la Órden seráfica. Salia como los demás religiosos con las alforjas al hombro á pedir limosna por los pueblos, y á predicar en Villafranca, el Carpio, Montoro y otros, en donde consiguió grandes triunfos para la religion cristiana, con infinitas conversiones.

Pasó despues al convento de la misma Órden recoleta de San Luis el Real, en la Zubia de Granada, á una legua de esta ciudad; pero ni esta distancia, ni los fuertes calores ni crudos hielos le impidieron visitar todos los dias los hospitales y la cárcel de la ciudad, llevando consuelos y auxilios morales y materiales á los desgraciados que allí moraban.

Los vivísimos deseos que alimentaba su corazon de contribuir lo más eficazmente que pudiera al engrandecimiento de la religion cristiana, y morir mártir por ella, le hicieron pedir diferentes veces licencia á sus superiores para pasar á predicar el Evangelio en América. Siempre le fué negado el permiso; pero el Todopoderoso oyó benigno las constantes súplicas de FRANCISCO SOLANO, y accedió á sus deseos tantas veces contrariados. El rey D. Felipe dispuso que los Prelados de la Órden de San Francisco nombrasen religiosos aptos para llevar la luz del Evangelio á Indias, y FRANCISCO SOLANO, con el mayor entusiasmo, fué uno de los primeros que se afiliaron á la mision, que salió de España en el año de 1589, á bordo de la armada que conducia á D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, nombrado virey del Perú.

Sin contratiempo notable en la navegacion llegaron los religiosos á Panamá, en donde principió FRANCISCO SOLANO su salvadora mision, convirtiendo indios á la religion católica, y acudiendo diariamente á los hospitales á curar y

consolar á los enfermos. Tampoco tuvo celda en el convento edificado en esta poblacion; en un rincon del pasillo que conducia al coro puso un seron de esparto, dentro del cual pasaba el tiempo que sus deberes no le tenian ocupado en el convento ó fuera de él.

Dirigiéndose desde Panamá al Perú encalló el buque en que iba FRANCISCO SOLANO: echaron los botes de salvacion al agua, y saltó á ellos la tripulacion, los pasajeros y hasta el capitan; pero viendo FRANCISCO que en el buque quedaban abandonados á la muerte más de ochenta negros borales, no solo no quiso abandonarlos y salvar su vida en los botes, sino que tomando un Crucifijo en la mano, comenzó á predicar á los negros y catequizarlos, para que, ingresando en el gremio del cristianismo por el sacramento del Bautismo, pudieran redimir sus almas en caso de muerte. La apostólica palabra de Fr. FRANCISCO llegó al corazon de los negros, que unánimemente pidieron el agua del Bautismo. Bautizólos á todos, y abriéndose á poco rato la embarcacion, perecieron la mayor parte de los que contenia; pero FRANCISCO SOLANO con algunos otros quedó sobre un pedazo del buque, que se mantuvo á flote tres dias, al cabo de los cuales llegó socorro, fueron recogidos los náufragos y conducidos á Pagta, desde donde pasó Fr. FRANCISCO á Lima.

Inmediatamente comenzó en esta poblacion á predicar el Evangelio con gran fruto para el cristianismo; emprendiendo en seguida su apostólica peregrinacion por las vastas provincias de Tucuman, recorriendo á pié mas de seiscientas leguas, rodeado siempre de espantosos peligros, y sufriendo con la más heróica resignacion los infinitos tormentos que el clima, los insectos y la escabrosidad del terreno le producian sin cesar. Con admirable extrañeza de todos los que le oian, en menos de un mes aprendió el idioma ó dialecto de los indios, con la suficiente perfeccion para hacerse comprender, y comprender él cuanto le decian.

Adornado de tan indispensable requisito, y con un valor cristiano á toda prueba, cruzó los más peligrosos puntos de aquellas abrasadoras regiones, en las que por primera vez hicieron brillar la luz del Evangelio los heróicos Fr. Alonso de Buenaventura y Fr. Luis de Bolaños. Los idólatras que convertidos por estos célebres religiosos, habian abrazado el cristianismo, eran cristianos por el bautismo y por su buena fé; pero habia introducido la ignorancia tales absurdos en las creencias y en la doctrina, que en algunas localidades encontró FRANCISCO SOLANO muchas ceremonias que los indios idólatras practicaban en honor de sus idolos, aceptadas con muy pequeñas variantes por los indios cristianos para glorificar á Jesucristo. Su celo, su fácil y correcta palabra y su ejemplo corrigieron los errores de los antiguos cristianos, é instruyeron con exacta precision á los modernos. El Todopoderoso, agradeciendo sin duda la fé ardiente y el incansable celo del admirable FRANCISCO SOLANO, le prestó su eficaz ayuda, obrando gran número de milagros por su conducto, los cuales aumentaban prodigiosamente el número de servidores de Jesus. Lo que no habia podido conseguir jamás de los indios el rigor, el temor á las penas, y hasta la misma muerte, llegaban á conseguirlo con sin igual facilidad la dulce persuasion y el santo ejemplo de FRANCISCO, á quien los indios acudian en todas sus cuitas y trabajos, pues para todos encontró siempre alivios y consuelos.

En capitulo provincial fué elegido custodio de la provincia de Tucuman, cargo que tuvo que aceptar forzado de los ruegos, tanto de los religiosos como de las muchísimas personas que apreciaban sus altas cualidades de santidad, saber y prudencia. Sin embargo, lo aceptó por tiempo ilimitado, y en seguida que concluyó la visita á los conventos pertenecientes á aquella custodia, y verificó una reforma general del claustro, hizo formal renuncia del cargo de custodio: mas por obe-

diencia tuvo que marchar á encargarse de la recoleccion que poco antes se habia fundado en Lima. El sentimiento de los indios de Tucuman fué de lo más profundo que imaginarse puede, y vertiendo copiosas lágrimas rogaban á todas las personas de influencia que trabajasen para impedir la partida de Fr. FRANCISCO SOLANO, al que amaban como al más tierno y cariñoso padre. Pero la Órden estaba muy interesada en que FRANCISCO presidiese la recoleccion, y las súplicas de los indios no pudieron ser atendidas.

Á poco tiempo de estar en Lima le hicieron vicario y prefecto del convento de Santa María de los Angeles, y cediendo como siempre á los ruegos de sus admiradores, aceptó el cargo; pero tambien solo por el limitado tiempo de arreglar lo que fuere necesario, pues su solo pensamiento y su deseo era conservarse sin cargo ninguno que le impidiera dedicarse á la propagacion del conocimiento de los preceptos del Evangelio y á cuidar, asistir é instruir á los pobres y á los indios.

«Frecuentemente se presentaba en las calles y plazas de Lima con un crucifijo en la mano á declamar contra los vicios; no pocas veces animado del divino espíritu entraba en los teatros públicos, y manifestando la misma insignia, movia á todos á un verdadero arrepentimiento. Tambien se empleaba en coloquios privados con las religiosas, en las que encendia el fervor de las esposas de Jesucristo á que aspirasen á la perfeccion de su estado. Aunque en estas funciones lograba FRANCISCO portentosas conversiones, las que perfeccionaba la divina gracia, que siempre acompañaba á su nerviosa elocuencia, con todo, penetrado su corazon del más vivo dolor al ver los pecados y escándalos del pueblo, que provocaba á la justicia divina á los mismos castigos con que en otro tiempo amenazó á Nínive, impelido de un superior impulso salió en una ocasion del convento, y presentándose en la plaza mayor con un semblante grave y modesto, predicó con tanto espíritu y tan ardoroso fuego contra los vicios dominantes en la

sociedad, que alegando en confirmacion de su doctrina con propiedad y discrecion varias sentencias de la Sagrada Escritura alusivas á la destruccion de los pueblos por vicios; entendidas estas equivocadamente como profecía de la destruccion de Lima, bajo el concepto que se tenia formado de la santidad de FRANCISCO, fué tal la conmocion y terror que causó el sermon en los ciudadanos, que imitando el ejemplo de los ninivitas á la voz de Tomás, convertidos á Dios, hicieron tan asombrosas penitencias para templar su enojo, que la multitud de sacerdotes y religiosos de aquel numeroso pueblo apenas bastaban para oir las confesiones de los pecadores arrepentidos. Fueron tales las penitencias públicas que se hicieron aquella noche y los dias siguientes, tal y tan universal la enmienda de las costumbres que obró Dios por este medio en aquella ciudad, que el Obispo de Orense Fr. Juan Venido, que entonces se hallaba allí, asegura no haber memoria de otra conversion semejante á esta desde la de Nínive. Era entonces Arzobispo de Lima Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo.

»Predicando en Trujillo á 12 de noviembre del año 1603, quince años antes del terremoto que destruyó aquella ciudad, con luz sobrenatural de profecía lloró desde el púlpito su ruina, diciendo claro á sus moradores que se preparasen, que por sus pecados habia Dios de asolar aquel pueblo. Lo cual se cumplió en febrero de 1618, no quedando en pié edificio ni casa alguna, siendo sepultados en sus ruinas gran multitud de hombres y mujeres.»

Con incesante afan continuó su salvadora mision en América hasta el fin de su vida, recorriendo siempre á pié aquellas insalubres regiones, sin que le contuvieran jamás ni un solo instante los rigores de las estaciones, y penetrando en las más inhospitalarias localidades, sin temor á las penosísimas privaciones que de contínuo experimentaba, viéndose privado dias enteros de toda clase de alimentos, y hasta de agua.

Esta vida tan penosa, unida á las penitencias y maceraciones que constantemente empleaba, lacerando sus carnes hasta verter abundante sangre por las heridas que le producian los cilicios y las disciplinas, le debilitaron tanto que cayó en cama para no volverse á levantar. Dos meses permaneció en ella, dando á cada momento sublimes pruebas de su heroismo cristiano con la inalterable y santa resignacion, y hasta complacencia, con que sufria los más agudos dolores, ofreciéndoselos al Redentor del mundo en pequeña compensacion de lo que aquel Señor sufrió por la redencion del hombre. Diez dias antes de morir, creyeron los médicos que iba á concluir aquella interesante vida muy en breve, y dispusieron que recibiese el Viático. FRANCISCO SOLANO dijo que siempre estaba dispuesto á recibir el sacratísimo huésped; pero que no se precipitasen por temor á la muerte, porque no dejaria el mundo hasta el dia de San Buenaventura, uno de los Santos á quienes tuvo siempre predilecta devocion. Así se verificó en efecto, muriendo en el dia por él expresado, 24 de julio del año 1610, al tiempo de hacer la campana del convento la señal de la elevacion de la hostia y del cáliz, siendo de poco más de sesenta y un años de edad.

«Luego que espiró, quiso Dios acreditar la santidad de su siervo con una multitud de prodigios, y hasta en los síntomas de su cuerpo: este, que por las largas y difíciles peregrinaciones, estaba seco y negro, de repente apareció lleno, blanco, hermoso y tratable, con el rostro tan sereno como si estuviese en un dulce sueño, despidiendo un olor fragantísimo: sus ojos, que cerró siempre con una perpétua mortificacion, se dejaron ver brillantes con un resplandor extraordinario, y su carne comprimida á fuerza de las intemperies, se notó con un color y calor natural, como si estuviese en lo más florido de sus años. Tuvieron los religiosos algunos dias en el féretro el venerable cadáver, para satisfacer la devocion de los innumerables concurrentes, que asistieron

á tributarle obsequios; y con una pompa jamás vista en las Indias, digna de compararse con las demostraciones de los mayores triunfos, depositado en una arca, le dieron sepultura en su convento. Á su entierro se hallaron el marqués de Montes-Claros, virey de aquellos reinos, y D. Bartolomé Lobo Guerrero, Arzobispo de Lima.

»La fama pública de su santidad y la continuacion de prodigios que cada dia se dignaba obrar el Señor por la intercesion de su siervo, hicieron venerarle luego por Santo; pero como faltaba la aprobacion de la Santa Sede para autorizar este concepto, á nombre de la ciudad y Senado de Lima, á cuyas súplicas se unieron todos los de las sociedades del Perú y religion franciscana, se instó á la Santidad de Urbano VIII para la beatificacion y canonizacion de SOLANO. Este Papa despachó las correspondientes letras apostólicas para los procesos informativos; y resultando de ellos justificado plenamente el heroismo de sus virtudes con multitud de milagros auténticos, que recopiló del mismo proceso en un libro Fr. Toribio Navarro, minorista, no teniendo en qué detenerse la Sagrada Congregacion, le declaró beato el Papa Clemente X, en el dia 25 de enero del año 1675, y canonizó despues Benedicto XIII en el dia 27 de diciembre de 1726.»

Es patron y se celebra su fiesta con grande solemnidad en el Perú, Lima, Santiago de Chile, y en Montilla su patria.

DIA 25.

Santiago, Apóstol, Patron de España, *de Betsaida en Siria*, San Cristóbal, Mártir, *Cananeo*.

SAN TEODOMIRO, MÁRTIR, ESPAÑOL.

Tambien se deben á la pluma de San Eulogio las noticias de este santo mártir, natural de Carmona, sacrificado en Córdoba por la pública confesion de la fé católica.

Su nombre indica que era descendiente de familia goda;

pero nada se sabe de sus ascendientes, ni de los motivos que le llevaron á Córdoba, presumiéndose que serian los mismos que condujeron á otros hijos de familias distinguidas de varios puntos de España, el deseo de instruccion, pues Córdoba fué por muchos años en aquella época el centro del saber, y la poblacion que encerraba los hombres más notables en ciencias y artes, asi cristianos como infieles.

Mónje ya nos le presenta San Eulogio, omitiendo decir á cuál monasterio pertenecia de los varios que entonces florecian en el territorio de Córdoba. «Los PP. Antuerpienses se inclinan á que fué monje de Carmona. Uno y otro sentido pueden recibir las palabras de San Eulogio, *Theodomiri Carmonensis monachi*. Tambien hay oscuridad en los sucesos particulares de su vida; bien que el fin de ella muestra los pasos por donde llegó á tan esclarecida corona. Es lo cierto, que lastimado TEODOMIRO del sumo abatimiento y desprecio con que en tiempo de Abderramen trataban los moros á nuestra santa religion, inspirado del cielo, se presentó al juez y le reprendió por la cruel tiranía con que derramaba tanta sangre cristiana. Disponian las leyes de los moros que fuese decapitado el fiel que se atreviese á confesar públicamente su ley y á declamar contra su profeta Mahoma. En su consecuencia, al punto mandó el juez que degollasen á TEODOMIRO como á los demás, en la plaza del palacio. Fué esto tal dia como hoy, en el año 851, que fué sábado como dice San Eulogio. Tambien añade que era mozo de pocos años. Dejaron el venerable cadáver en el lugar del suplicio, y recogido por los cristianos, le dieron sepultura en la iglesia de San Zoilo con el de San Pablo y Sisenando, los que se trasladaron despues al templo de San Fausto, Januario y Marcial, para ocultarlos en él por temor de la furia de los mahometanos, bien que el cielo los descubrió por los años 1565, en la misma iglesia que es hoy de San Pedro, con otros de muchos mártires que padecieron en Córdoba.

»La memoria que dejó San Eulogio en sus escritos de TEODOMIRO , y la noticia que de la invencion de sus reliquias se tuvo en Carmona, despertó la devocion de aquellos naturales para con el ilustre martir, que estimándole como honor y gloria inmortal de su patria, le eligieron por su patrono; y habiendo obtenido breve apostólico para que como á tal se celebrase su fiesta, se continúa con toda selemnidad, especialmente despues que se consiguió una de sus reliquias, la que pidió al Obispo de Córdoba en el año de 1609, D. Lázaro Briones y Quintanilla, alférez mayor y regidor de Carmona, á nombre del estado eclesiástico y secular, obligándose á conducirla con toda veneracion y colocarla en altar consagrado á su devocion. Defirió el ilustrísimo Obispo de Córdoba á una pretension tan justa en 15 de mayo del mismo año, y dió una canilla de un brazo del Santo á Fr. Rodrigo de Quintanilla, del Órden de Santo Domingo, para que lo condujese en compañía de otros muchos religiosos, que á la sazon se hallaban en capítulo provincial, que se celebró en Córdoba. Fué recibida en Carmona con las demostraciones del mayor júbilo, y mientras disponia la ciudad lo necesario para su colocacion, se depositó en el monasterio de las monjas de la Madre de Dios, del mismo Órden de Santo Domingo, desde donde se hizo la traslacion de la venerable reliquia al altar propio del Santo, dentro de la capilla del sagrario de la iglesia mayor, donde se le tributa el culto debido, y celebra su fiesta en el último dia de julio, por estar ocupado el 25 , que fué el de su glorioso martirio, con la festividad del Apóstol Santiago.»

DIA 26.

Santa Ana, madre de Nuestra Señora, *de Belen*.

DIA 27.

San Pantaleon, mártir, *Asiático*, y

SANTA JULIANA Y SANTA SEMPRONIANA, VÍRGENES Y MÁRTIRES, ESPAÑOLAS.

Á principios del siglo IV vivian en Iluro, hoy Mataró, ciudad perteneciente al antiguo principado de Cataluña, dos jóvenes hermanas, llamada la una JULIANA y la otra SEMPRONIANA, de cuyos ascendientes, familia y posicion social nada nos acredita la historia, diciendo únicamente que estaban educadas y vivian sumidas en los errores y delirantes supersticiones del paganismo. Por este tiempo comenzó á desarrollarse con el más insano furor la sangrienta persecucion gentílica contra los cristianos, decretada por los emperadores Diocleciano y Maximiano, que tan abundantemente regó el suelo español con la ilustre sangre de los heróicos soldados de la fé.

Esta persecucion trajo á Cataluña desde África, su patria, á un virtuoso é ilustrado jóven llamado Cucufate, y Cugat por los catalanes, acompañado de otro, por nombre Felix, ambos cristianos. Su ardiente celo por la propagacion de la salvadora doctrina de Jesus les hizo formar la heróica resolucion, no solo de animar con su voz y su ejemplo á los cristianos, para que perseveraran en la profesion y confesion de la fé, despreciando toda clase de tormentos y hasta la muerte, sino que se propusieron trabajar con toda la fuerza de su santa elocuencia en convertir paganos, dando cuanto mas aumento pudieran al gremio del cristianismo. Una de las primeras conversiones que á la fé católica consiguió Cucufate fué la de las jóvenes idólatras JULIANA y SEMPRONIANA, que con el mayor entusiasmo aceptaron los preceptos del Evangelio, y recibieron el agua salvadora del Bautismo por la misma mano de Cucufate, sin que fueran potentes á retraerlas de su santo propósito la oposicion de sus padres, parientes y amigos, y las persecuciones que, desde que fué

conocida su intencion, comenzaron á experimentar de todos ellos.

Animadas las dos santas hermanas de igual deseo, se constituyeron desde luego en exclusivo servicio del Señor, procurando con el mayor fervor conocer todo el delicioso y consolador fondo de la religion cristiana, para lo cual no volvieron á separarse de su santo maestro Cucufate, siguiéndole en todo el curso de su apostólica mision, regresando con él á Barcelona, en donde fué por fin preso por los gentiles. JULIANA y SEMPRONIANA le acompañaron al tribunal del presidente Rufino, que en vista de su explícita y terminante confesion de la fé, le mandó atormentar de diferentes y á cual más terribles y dolorosos medios. JULIANA y SEMPRONIANA presenciaron todos los tormentos empleados con su querido maestro, animándole con el mudo lenguaje de su vista, y envidiándole la dicha de sufrir tan heróicamente por Jesus aquellos fieros tormentos, y por fin le vieron caer exánime, separada la cabeza del cuerpo á impulso del sacrílego acero del feroz verdugo, digno servidor de tan sanguinario amo, en el sitio llamado *Castro Octaviano*, á dos leguas de Barcelona, en el Vallés, hácia Tarrasa, en donde las dos heróicas vírgenes dieron sepultura al santo y mutilado cadáver.

Este hecho, unido á su constancia, valor y publicidad en la confesion de la fé, concitó contra JULIANA y SEMPRONIANA las iras del presidente, de cuya órden fueron presas y conducidas al tribunal á los dos dias del martirio y gloriosa muerte de San Cucufate.

Cuanto puede inventar la más astuta perfidia para halagar el corazon de la humana juventud, otro tanto empleó el artero Rufino para conseguir de las santas vírgenes que renegasen de la ley de Jesucristo; y viendo que las promesas y deslumbradora perspectiva de brillantes goces mundanos no tenian cabida en aquellos dos puros corazones, empleó

los más fieros tormentos, para que el dolor y el miedo consiguiesen lo que lograr no habian podido los halagos y promesas. Pero todo fué inútil; el amor á Jesucristo tenia tan hondas raices en el pecho de JULIANA y SEMPRONIANA, que ninguna fuerza ni recurso humano podia hacerlas ni dudar un instante. Convencido finalmente Rufino de su impotencia para vencer aquel sublime heroismo, mandó que degollasen á las dos puras hermanas, cuyo mandato fué ejecutado en la mañana del dia 27 de julio del año 304, en el mismo sitio en que tuvo lugar la muerte de San Cucufate.

Los santos cuerpos de JULIANA y SEMPRONIANA, como los de otros muchísimos mártires, fueron recogidos por los cristianos y sepultados en el expresado sitio llamado *Castro Octaviano*, en el que se fundó en el año de 782 el célebre monasterio de San Cucufate para monjes benedictinos claustrales, donde se les hacia fiesta como vírgenes y mártires, con rezo que antiguamente era propio, y rito doble de primera clase con octava. Sus nombres fueron introducidos en las letanías de aquel monasterio, incluidas en un ritual antiguo y en un misal, ambos manuscritos en vitela. La ciudad de Mataró, dichosa patria de estas Santas, pidió con la mayor insistencia é interés al monasterio que le concediese algunas reliquias de sus esclarecidas compatriotas, á cuya peticion accedió el abad D. Buenaventura Gayolá, verificándose la entrega el dia 25 de julio del año de 1772. Colocadas en una primorosa urna fueron trasladadas á la iglesia parroquial de Mataró, donde se recibieron con el más brillante aparato, siendo conducidas en hombros de sacerdotes, cuya solemnidad recuerda todos los años aquella iglesia, con la segunda fiesta que dedica á sus patricias el dia 28 de julio.

Decretada la supresion de monjes en España en el año de 1821, el diocesano de Barcelona concedió con fecha 6 de junio á la iglesia parroquial de Mataró los restos que de SANTAS JULIANA y SEMPRONIANA se guardaban en el

monasterio de San Cucufate del Vallés, á donde volvieron cuando la restauracion, que tuvo lugar en 1823. Cuando el decreto de supresion de las Órdenes religiosas en España, que fué expedido en 1835, se trasladaron las reliquias de SANTA SEMPRONIANA y SANTA JULIANA, con otros cuerpos de Santos á Barcelona. La autoridad eclesiástica se hizo cargo de todas las reliquias, asegurándose de su autenticidad, y las de estas santas mártires fueron concedidas á Mataró á peticion de los representantes de la ciudad, que las recibió con el mayor júbilo en setiembre del mismo año, conservándolas y honrándolas sin tregua, con la más profunda veneracion y general devocion.

DIA 28.

San Nazario, Mártir, *Romano*. San Victor, Papa, *Africano*, y compañeros Mártires, y San Inocencio, Papa y Confesor, *Italiano*.

DIA 29.

Santa Marta, Virgen, *de Judea*. San Felix, Papa, y los Santos Simplicio, Faustino y Beatriz, Mártires, *Romanos*.

DIA 30.

San Abdon y San Senen, Mártires, *Persas*.

SAN MANNÉS, ESPAÑOL.

(*Véase la biografía de su hermano* SANTO DOMINGO DE GUZMAN *en el dia 4 de agosto.*)

DIA 31.

SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR, ESPAÑOL.

En la nobilísima provincia de Guipúzcoa vió la luz primera en el año de 1491 este célebre y glorioso Santo espa-

SANTORAL ESPAÑOL.

Litª de Escarpizo.

S. IGNACIO DE LOYOLA (FUND.)

ñol. Fueron sus padres D. Beltran Yañez de Oñaz y Loyola, señor de estos dos solares, ambos en término de la villa de Azpeitia, y doña María Sanchez de Balda, hija de los señores del solar de Balda, en término de la villa de Azcoitia, que á lo preclaro de su ascendencia unian abundantes bienes de fortuna. Tampoco se mostró muy parca la Providencia en darles preclara sucesion, que perpetuase los esclarecidos apellidos de Loyola y Balda, pues contaron ocho hijos varones y cinco hembras, siendo IGNACIO el menor de todos.

Con bellísimas cualidades se dió á conocer desde su infancia, haciendo las delicias de su familia por sus gracias, pensamientos elevados y ardiente pasion por la gloria. En su pueblo natal, y al lado de sus padres, recibió la educacion é instruccion conveniente á su nacimiento y posicion. Así nació y se desarrolló, yendo dejando atrás la niñez, y llegando á las puertas de la juventud. Entró en esta fuerte y robusto, y aunque con carácter un poco altivo, con maneras atentas y cortesanas, y cada dia más inclinado á aumentar gloria á la no escasa de su antiguo y conocido solar.

Con gran contento del jóven IGNACIO, determinó su padre, en vista de las tendencias de su hijo, mandarle á la córte, y ponerle en camino de aumentar como deseaba la honra de su apellido. Las importantes relaciones que D. Beltran cultivaba en la córte, y los muchos deudos y amigos que en ella tenia, unido á su nobleza intachable, le hicieron conseguir muy en breve una plaza para IGNACIO de paje del rey Católico D. Fernando. Con gran benevolencia fué recibido por este soberano el noble y apuesto paje, que muy pronto supo captarse el afecto de su señor; pero muy pronto tambien comenzó á disgustar á IGNACIO la inactiva y ociosa vida de palacio. Era vanidoso y avaro de gloria; pero no queria honores y consideraciones ganadas ó conseguidas con servicios monótonos y pasivos; queria la gloria que se gana

en el movimiento, en la lucha activa, en los peligros entre el estruendo del combate; la gloria que se gana con las armas en la mano. Algunos de sus hermanos la estaban recogiendo á manos llenas en el ejército de Nápoles, y él quiso distinguirse en el de Cantabria, en el que ingresó con el beneplácito y complacencia de sus padres y del rey.

Siempre audaz y valeroso, no degeneró ni un momento de la fama de sus valientes antepasados y de sus bravos hermanos, que tanto contribuyeron en diferentes localidades al lustre y gloria del pabellon español. Muchas páginas podrian llenarse con los hechos militares de IGNACIO DE LOYOLA, desde su ingreso en el ejército hasta su retiro de él á los treinta años de edad, con motivo de las heridas que recibió en la gloriosa defensa del castillo de Pamplona en 1521. Dueño el ejército francés de toda la Navarra, sitiaba el castillo de Pamplona, único punto que restaba á los españoles. El virey de Navarra habia abandonado la capital marchando á pedir socorros, y dejando por comandante del castillo á D. IGNACIO DE LOYOLA. Este bravo oficial, á pesar de lo desesperado de la defensa, sostuvo con un valor inconcebible diferentes asaltos, en todos los cuales fueron rechazados con inmensas pérdidas los soldados del rey Francisco de Francia; asombrados y avergonzados los franceses de que un jóven caudillo español, con un puñado de valientes, osase sostenerse solo, burlándose de un numeroso ejército, reunieron todos los elementos de batir, y por todas partes los dirigieron sobre el castillo tan heróicamente defendido. Ni al valeroso comandante de la fortaleza ni á sus bravos y aguerridos soldados intimidó el formidable aparato del francés, y con vista serena y corazon tranquilo vieron colocar la fuerte artillería del rey Francisco. Pero esta jugó con tan fiero y afortunado éxito, que muy pronto conoció la escasa guarnicion y su jefe que les seria ya imposible esta vez triunfar del enemigo. Las balas de cañon destruian por cien partes el

combatido castillo de Pamplona; su comandante se multiplicaba prodigiosamente acudiendo á todas partes; pero una bala de cañon, haciendo saltar en pedazos una piedra, rompió una pierna al valeroso IGNACIO, hiriéndole tambien gravemente la otra. Con la espada en la mano cayó en el suelo, y al verle en este estado perdieron completamente el ánimo los sitiados y se rindieron á los franceses, que se portaron con noble generosidad respetando á aquellos heróicos soldados, á los que dejaron salir libres, y haciéndose cargo con toda clase de consideraciones y deferencias del comandante LOYOLA, á quien trasportaron inmediatamente á la mejor habitacion, donde le hicieron la primera cura, conduciéndole despues con el mayor esmero á su casa de Loyola. Pero esta traslacion aumentó la gravedad de su estado, y á poco de estar en su casa tuvieron que administrarle los Santos Sacramentos, porque daba muy pocas esperanzas de vida. La robustez, sin embargo, venció el peligro, y al cabo de algunos dias de penosa incertidumbre de su familia y amigos, comenzó á mejorar, entrando por fin en convalecencia.

No pudiendo salir de su cuarto todavía, pidió para distraerse con la lectura algunos libros, especialmente de caballería; pero solo habia en la casa dos: uno la Vida de Cristo, y otro de vidas de Santos. La lectura de estos libros obró en IGNACIO la gran revolucion de pensamientos que fué la madre de su esclarecida santidad, y de los inmensos bienes que ella ha producido y producirá á las generaciones venideras. Comparó sus acciones, todos los actos de su vida, sus aspiraciones, sus fines y sus pensamientos con los del Redentor del mundo y de sus santos siervos, y se estremeció al observar la horrible diferencia que entre unos y otros existia. Conoció que habia estado constantemente corriendo hácia el precipicio y poniendo su alma á disposicion del perpétuo enemigo de la virtud, y horrorizado del inminente peligro que habia corrido de sumir su alma en perpétua con-

denacion, hizo el firme propósito de abandonar el mundo, y dedicado al servicio de Dios, borrar con la virtud y la penitencia sus pasadas culpas, y trabajar constante y exclusivamente para la salvacion de su alma.

Los primeros pasos que dió en el camino de la penitencia, asombraron aun á los más observantes y fervorosos monjes. Vieron á aquel hombre cortesano, que solo por conservar el aire y la bizarría del cuerpo habia tolerado las más dolorosas incisiones, ceñirse la cintura con una cadena de hierro, no usar otro vestido que un saco y un cilicio, afectar rusticidad y grosería para encubrir el aire noble y grande que mostraba su semblante; viéronle mendigar un bocado de pan de puerta en puerta; servir á los enfermos en los hospitales; sufrir sin quejarse las burlas y los ultrajes de los disolutos; ayunar todos los dias á pan y agua; pasar en oracion la mayor parte de la noche; castigar rigurosamente su cuerpo tres veces al dia; y como agotar en sí toda la severidad de la más austera penitencia. Pero no careció de consuelo su penitente fervor: apareciósele la Santísima Vírgen una noche con el niño Jesus en los brazos cercada de resplandor, y la celestial dulzura que acompañó á esta vision purificó su corazon y le abrasó tanto en el fuego del divino amor, que se le oia exclamar contínuamente: *Señor, no os pido otra gracia que amaros, ni otro premio que amaros más.*

Marchó en peregrinacion á Monserrat á adorar á la Vírgen que allí se venera, y á ratificar sus votos postrado ante su altar. Así lo verificó, colgando su espada de un pilar de la glesia y pasando toda la noche de rodillas en esta, preparándose para la confesion general que hizo al siguiente dia con el más profundo dolor de haber pecado, y con firme propósito de la enmienda.

Vestido con el más pobre trage de peregrino, descalzo y con la cabeza descubierta se dirigió á Manresa, en cuyo hospital se presentó y fué recibido; pero su asqueroso semblan-

te, su larga y desaliñada barba, sus puercas uñas y todo su aspecto de la pobreza más extremada le hacian repugnante á cuantos le miraban, y sin disimulo alguno huian de su contacto. Aprovechóse el enemigo de las almas de esta circunstancia para excitar en el corazon de IGNACIO pensamientos mundanos, indicándole que lo mismo podria salvarse con aquella vida que habia elegido, que ejercitando las virtudes en las córtes ó en los ejércitos, sin entregarse al desprecio del mundo; pero muy luego conoció IGNACIO el traidor lazo que le estaba preparando Satanás, y con la más heróica resolucion apartó de su mente tan arteros pensamientos, y se constituyó en criado de los enfermos, encargándose de la cura y cuidado de los más asquerosos y repugnantes, empleándose además en los más bajos servicios del establecimiento.

No tardaron en ser conocidas en este las altas prendas del humilde sirviente, que comenzó á ser tratado por todos con un respeto y consideracion que le disgustó sobremanera. De dia en dia aumentaban las muestras de respeto y hasta veneracion hácia IGNACIO, y de dia en dia crecia el disgusto de este por verse objeto de ellas; y á tal grado llegó su descontento, que para huir de las consideraciones que tanto le mortificaban, dejó el hospital y marchó á encerrarse en una lóbrega y hedionda cueva, á unos seiscientos pasos de la poblacion.

«Parecióle que en aquella profunda caverna se podia abandonar enteramente á su fervor, y no poner límites á su penitencia. Cuatro ó cinco veces al dia despedazaba su cuerpo con una cadena de hierro armada de agudas puntas: pasaba semanas enteras casi sin alimento, debiendo solo á unas amargas raices el no morirse de hambre; excesos que muchas veces pusieron en peligro su vida. En una ocasion le hallaron desmayado á la entrada de la gruta: llevároule al hospital, donde otra vez le asaltaron los antiguos pensamientos de

mudar el género de vida. Á estas tentaciones se siguieron otras; fatigábanle los escrúpulos; mostrábase el cielo de bronce, y apoderada de su alma una profunda melancolía, se le hacia la vida insoportable. Durante aquella terrible desolacion, resolvió IGNACIO pasar sin alimento todo el tiempo de la prueba. Con efecto, estuvo siete dias sin comer ni beber, y hubiera llevado adelante estos excesos si su confesor no le hubiera ido á la mano, y Dios premió en el mismo instante su rendimiento. Serenóse el cielo, y sucedió la calma á tan deshecha tormenta. Colmó Dios aquella generosa alma de los más dulces consuelos, de manera que despues todo fué visiones, éxtasis y raptos. En aquellas íntimas comunicaciones con Dios, recibió soberanas luces acerca del misterio de la Trinidad. Lo que escribió de este misterio, y se perdió, era en estilo de los profetas. Tambien fué en este tiempo cuando iluminado con las mismas luces sobrenaturales, y penetrado de las grandes verdades de la religion, compuso el admirable libro de los *Ejercicios espirituales*, aprobado por tantos Sumos Pontífices y tan apreciado de todos los buenos, en el cual este hombre inspirado de Dios redujo como á arte la conversion del pecador y la práctica de la perfeccion cristiana.»

Sugirióle su piadosa mente el deseo de visitar los lugares que santificó el Redentor del mundo con preciosa planta, para lo cual pasó á Barcelona, embarcándose en este puerto con rumbo á Tierra Santa, en cuyo viaje por mar y tierra experimentó los más penosos trabajos y fatigas. Llevaba intencion de detenerse algun tiempo en Palestina, y trabajar en la conversion de los mahometanos; pero comprendió que no estaba en completa aptitud para lograr felices resultados, pues carecia de los conocimientos necesarios para dar á su palabra la fuerza necesaria. En su virtud, pues, luego que cumplió con su devocion en Jerusalen, emprendió el regreso á España para dedicarse al estudio de las letras sagradas.

Diéronle en Venecia una buena limosna, que repartió en Ferrara entre los pobres, y continuó el camino pidiendo limosna. En Lombardía le prendieron los soldados españoles creyéndole espía, y le desnudaron completamente para registrarle: una sola palabra le hubiera bastado para alejar el peligro y las afrentas; pero deseoso de sufrir, ninguna pronunció en su favor; tomáronle al fin por tonto y le dejaron libre, mas no sin haberle dado antes buen número de palos, y haberle llenado de bochornosas injurias, no faltándole otros muchos y aflictivos trabajos y desagradables tropiezos en el camino hasta llegar á Barcelona.

Comenzó en esta ciudad sus estudios por la gramática, asistiendo á la escuela pública que desempeñaba el preceptor Gerónimo de Ardebal, asistiendo á las horas de clase mezclado con los niños, á pesar de contar con treinta y tres años de edad cumplidos ya. Notó que retraia á todos, y especialmente á los niños, su austera presencia y pobrísimo trage, y con el parecer de su director dejó el burdo y raido saco y vistió una sotana, aunque pobre y ordinaria.

Su santo ejemplo y sus palabras convertian diariamente á muchos, y corregian infinitas faltas que afeaban la moral general y particular, y sus piadosos trabajos tuvieron una gran parte en la ruidosa reforma del convento de los Ángeles, cuyas monjas no vivian con la mayor edificacion. Esto le grangeó el odio de los seglares que contribuian al mal ejemplo, los cuales le dieron á él y al capellan del convento una terrible paliza. El capellan murió de los golpes, é IGNACIO estuvo á las puertas de la muerte, escapando milagrosamente con vida.

Restablecido dejó á Barcelona, y marchó á Alcalá de Henares, donde su piadoso celo no fué menos ardiente y eficaz. «Mereciéle gran reputacion la conversion de cierta persona de la primera distincion, que era lazo de la juventud; pero siguiéndose á esta la de muchos jóvenes de aquella uni-

versidad, esto mismo le ocasionó una nueva persecucion en España. Acusáronle de hechicería y de herejía; fué delatado á la Inquisicion; triunfó su inocencia ante aquel tribunal, y no solo fué aprobado, sino aplaudido su celo; pero conociendo, así los inquisidores como el vicario de Alcalá, cuánto importaba á la Iglesia la vida de aquel siervo de Dios, moderaron sus rigores, prohibiéronle que anduviese con los piés descalzos, y le mandaron vestir una sotana negra. Por la discreta devocion de dos señoras de calidad, que contra el parecer del Santo emprendieron cierta peregrinacion, se vió en precision de ir á continuar sus estudios á la universidad de Salamanca. Siendo su celo tan eficaz y tan puro, no podia dejar de ser perseguido en todas partes. Prendiéronle en su convento los religiosos de cierta esclarecida familia, pareciéndoles que no se debia permitir hablar en público á un hombre sin carácter y que no era graduado, y dieron parte al provisor; este, abusando de su autoridad, le puso en la cárcel pública, le cargó de cadenas y le trató como á hereje. Tomáronle jurídica confesion, y no dió otra respuesta que presentar á los jueces su libro de ejercicios. Fué examinado el libro escrupulosamente; y hallándole lleno del espíritu de Dios, fué aplaudida la inocencia y la virtud de nuestro Santo. Diéronle libertad en virtud de sentencia judicial, la cual, á un mismo tiempo era su mejor apología, y le exhortaba á continuar sus obras de caridad y los ejercicios de su celo. Quisieron detenerle en Salamanca; pero la Providencia, que tenia sus intentos, le destinaba á mayor teatro. Dejó IGNACIO aquella universidad, para ir á pasar sus estudios en la de Paris, que á la sazon era la más célebre de Europa. Habia precedido tiempo antes un suceso harto funesto, que confirmó el concepto general de su eminente virtud. Un caballero de distincion vió un dia pasar al Santo, y mostrándole con el dedo, dijo: *Quemado muera yo, si este no merece ser quemado.* Subió el mismo dia al terrado de su casa para sacar unas pe-

queñas piezas de artillería que se habian de disparar con motivo de cierto regocijo; cayó una chispa en un monton de pólvora de cañon, y envuelto en las llamas quedó abrasado vivo.»

Llegó IGNACIO á Paris á principios de Febrero del año de 1528, y en seguida comenzó á asistir al colegio de Monteagudo, con el objeto de repasar la gramática latina y comenzar la filosofía. El poco apego que tenia al dinero hizo que la cantidad que habia llevado de España, recogida entre sus amigos y favorecedores para que atendiese á su subsistencia en los primeros meses de su estancia en el extranjero, la confiase á un amigo español en cuya compañía vivia, para que la fuera invirtiendo en el gasto diario; pero el amigo desapareció un dia, llevándose el dinero y dejando sin más recurso á IGNACIO que pedir limosna, como lo verificó, lo cual no le era penoso, pero le robaba mucho tiempo para el estudio. En los años siguientes se vió libre de esta pérdida de tiempo, porque durante las vacaciones iba á Nápoles, y un año á Lóndres, reuniendo de las limosnas que le daban, especialmente los negociantes españoles, lo suficiente para atender á los pequeños gastos de su subsistencia durante el curso.

Perfeccionado en el latin en el colegio de Monteagudo, pasó á estudiar filosofía en el de Santa Bárbara, donde experimentó grandes persecuciones de los preceptores y del rector, en particular de su catedrático Dr. Pedro Ortiz y del famoso teólogo de aquellos tiempos, Dr. Pedro Gobea. El motivo de la enemistad de estos doctores, que concluyó por una grande estimacion de las virtudes de IGNACIO DE LOYOLA, fué, que siguiendo los sábios y santos consejos de este muchos jóvenes estudiantes abrazaron la vida religiosa, disminuyéndose notablemente los discípulos en el colegio de Santa Bárbara. Tanto hirió el amor propio del rector y los regentes la falta de estudiantes á sus aulas, que dispusieron

dar á IGNACIO *una sala*. Llamaban *dar sala* en los colegios de Paris, aplicar públicamente un cruel castigo de azotes en las espaldas, dados con mimbres por los preceptores, convocando á este espectáculo á todos los estudiantes en la sala más grande del colegio. Muy del gusto era del humildísimo IGNACIO el sufrir por Dios tan afrentoso castigo; pero su confesor le obligó á justificarse de los cargos que se le hacian, y no solo no se verificó el castigo, sino que recibió IGNACIO la más cumplida y pública satisfaccion de todos los preceptores, y en particular de los Dres. Ortiz y Gobea.

Tan ruidoso suceso acabó de hacer célebre y famoso en aquella universidad el nombre de IGNACIO DE LOYOLA. El rector, que tanto habia contribuido á la ofensa, con una virtud digna del mayor elogio, hizo cuanto pudo por repararla y probar que solo un error, ageno de toda mala intencion, le habia impulsado contra el discípulo, y le señaló por pasante para que avanzara más en ciencia, á un jóven saboyano muy aprovechado llamado Pedro Fabro, que con Francisco Javier, español, vivian en compañia de IGNACIO. Adelantó tanto este con el preceptor auxiliar señalado por el rector, que muy en breve tomó el título de maestro en artes, cursando despues con gran honra y provecho la teología.

Inspirado por su ardiente celo en favor de la religion y de la mayor honra de Dios, concibió el propósito por esta época de formar una compañia de hombres virtuosos y completamente desprendidos de las cosas del mundo, que, constituyéndose en apostólica vida, se empleasen solo en procurar la salvacion de las almas y hacer constante guerra á los enemigos de Jesus y de la Iglesia. Desde luego se le unió su pasante Pedro Fabro; pero el convencer á Francisco Javier le costó algun trabajo. Era este un jóven de gran talento y de ilustre casa: enseñaba ya con grande aplauso en aquella primera universidad la filosofía; era ambicioso de gloria; sus aspiraciones eran á las primeras dignidades eclesiásticas, y la po-

breza, la humildad y la oscuridad no podian serle inmediatamente aceptables; pero le habló IGNACIO en nombre de la religion, de la gloria del Señor, y como Francisco Javier antes que todo era amante de Dios y de la Iglesia, dió su aprobacion al proyecto de la compañía, y se unió y adhirió por completo al pensamiento de IGNACIO. Á estos dos primeros compañeros se agregaron muy pronto otros cuatro, todos de virtud y ciencia reconocida. Diego Laynez, natural de Almazan; Alfonso Salmeron, de cerca de Toledo; Nicolás Alfonso Bobadilla, natural del pueblo de este nombre, y Simon Rodriguez, portugués. Hallándose completamente conformes en el género de vida que habian de hacer, el dia de la Asuncion de la Vírgen del año de 1534 marcharon á la iglesia *Monmarte*, donde celebró la misa Pedro Fabro, ordenado de sacerdote poco hacia, y á todos les dió la comunion en la capilla subterránea. Terminada la misa, los siete con clara, alta y distinta voz, hicieron voto de renunciar todos los bienes, y al tiempo señalado marchar á Jerusalen para trabajar en la conversion de los infieles, y en el caso de que no tuviese efecto este viaje, ir todos á echarse á los piés del Papa, y ofrecer sus personas para ir bajo sus órdenes al punto ó puntos donde fuese servido enviarlos.

Comenzó por este tiempo á padecer IGNACIO de agudísimos dolores de estómago, que á pesar de todo su valor y fortaleza, le rendian á términos de inhabilitarle para ocupacion ninguna. Los médicos fueron de opinion que debia moderar mucho las penitencias y pasar por algun tiempo á su país natal. IGNACIO se oponia á esto, porque encontraba suma satisfaccion en tener dolores que ofrecer al Señor; pero sus compañeros temieron por su vida y formaron el plan de obligarle á venir á España para arreglar algunos asuntos interesantes de algunos de ellos. Existia efectivamente esta necesidad; pero no la de que IGNACIO entendiese en los asuntos; sin embargo, le forzaron á que los tomase á su cargo, y salió

de Paris para España en una mula que le compraron sus compañeros, pues en el estado en que le habia puesto el dolor de estómago le era de todo punto imposible hacer el camino á pié, como constantemente lo habia antes verificado.

Una vez en España y con asuntos que evacuar en Navarra, tan inmediato á su pueblo natal, pasó á este; pero no consintió en hospedarse en otra parte que en la hospedería que habia para pobres transeuntes, y cuantas gestiones hicieron sus parientes, y especialmente su hermano mayor D. García, para llevarlo á su casa, fueron inútiles. Su ocupacion favorita era enseñar la doctrina cristiana á los niños, y visitar y cuidar á los enfermos.

Todos los domingos fijamente, y algunos dias entre semana predicaba con tan general aplauso, que de todos los pueblos de las inmediaciones acudia un concurso, que no cogiendo muchas veces en el templo, tuvo IGNACIO que salir al campo y predicar allí para poder ser oido de todos los que lo deseaban.

La primera vez que predicó en Azpeitia dejó perpétua memoria de su sublime virtud. Manifestó desde el púlpito que siendo muchacho habia entrado á hurtar frutas en un huerto, y que acusado del hurto un honrado y pobre vecino inocente, fué preso y multado, quedando además para lo venidero con aquella mala nota. Que pedia de todo corazon perdon al inocente, que se hallaba allí, á quien señaló y nombró; que sentia infinito haber tardado tanto en devolverle el buen crédito que merecia haber tenido siempre, y que la multa que pagó por su culpa, se la devolvia con la donacion que le hacia desde aquel momento de las dos únicas heredades que le quedaban de su patrimonio.

Luego que los aires natales aliviaron sus dolencias, pasó á Almazan, Sigüenza y Toledo á evacuar los asuntos que sus compañeros le habian confiado. En este tiempo tuvo la grata noticia de que su compañía habia tenido el aumento de otros

tres virtuosos adeptos que en la capilla del mismo templo de Monmarte habian pronunciado ya sus votos. Eran estos tres nuevos compañeros, Claudio Yayo, saboyano, Juan Coduri, del Delfinado, y Pascual Broeth, de Picardia. Con tan grata nueva procuró terminar cuanto antes los asuntos para marchar á Venecia, señalada como punto de reunion.

Juntos en este punto los diez compañeros, en los primeros dias de enero de 1537 determinaron presentarse al Papa reinante á la sazon, Paulo III, para lo cual se dirigieron á Roma. Hallábase aqui el Dr. Pedro Ortiz, uno de los primeros enemigos que IGNACIO tuvo en la universidad de Paris, y que unido con el Dr. Gobea le habia sentenciado á recibir *una sala*; pero como toda aquella enemistad se habia convertido en consideracion y afecto, recibió la mayor complacencia con el encuentro de IGNACIO y sus compañeros, á los que se propuso servir en cuanto pudiera. Gozaba en Roma el doctor Ortiz de gran consideracion, porque estaba allí enviado por el emperador D. Cárlos para tratar con Su Santidad los negocios del matrimonio de su tia doña Catalina, reina de Inglaterra, á quien habia dejado su marido D. Enrique VIII, por casarse con Ana Bolena. La consideracion de que gozaba el Dr. Ortiz valió de mucho á IGNACIO y sus compañeros, que presentados por el doctor, fueron recibidos con la mayor benevolencia por el Sumo Pontífice, quien les dió su bendicion, licencia para ir á Jerusalen, y facultad á los que no estaban ordenados de misa para que los ordenase cualquiera Obispo á título de pobreza voluntaria y de aprobada doctrina.

La guerra fieramente empeñada entre venecianos y turcos impidió el viaje de IGNACIO y sus compañeros á Tierra Santa, y vueltos á Venecia, hicieron todos voto de pobreza y de perpétua castidad en manos del nuncio monseñor Veralli; y se ordenó de sacerdote IGNACIO, y algunos de sus compañeros.

Impedido el viaje á Tierra Santa, determinaron los diez

compañeros volver á Roma y ponerse á las órdenes del Sumo Pontífice; pero acordaron que se anticipasen IGNACIO, Fabio y Laynez, conviniendo antes unánimemente en observar un uniforme género de vida, para lo cual se impusieron estas obligaciones.

Primera: que siempre se hospedarian en los hospitales, y solo vivirian de limosna. Segunda: que enseñarian la doctrina á los niños, y no recibirian dinero por las funciones de sus ministerios. Tercera: y por cuanto muchas veces les preguntaban quiénes eran, habiéndose juntado para declarar la guerra á los herejes y á la disolucion de las costumbres bajo la bandera de Jesucristo, llevarian el nombre de la *Compañía de Jesus*.

Á fines del año de 1537 llegó IGNACIO con sus dos compañeros á Roma, y aceptando con mucha complacencia el Papa Paulo III sus voluntarios servicios, encargó á Laynez la enseñanza de teología eclesiástica en el colegio de la Sapiencia, y la de Sagrada Escritura á Fabio, mientras IGNACIO, bajo su pontificia autoridad, trabajaba en la reforma de las costumbres, por medio de los ejercicios.

Estas deferencias del Sumo Pontífice, y las de todos los hombres más virtuosos y doctos de Roma, persuadieron á IGNACIO de que era voluntad de Dios que su compañía se erigiese en religion, y llamó á Roma á todos sus compañeros.

Gran tempestad comenzó á cernerse sobre la cabeza de IGNACIO y de sus virtuosos asociados, concitada por un hereje llamado Agustin Piamontés, que con hábito de religioso agustino, dirigia su voz al pueblo, mezclando con la palabra del Evangelio las ideas luteranas, que deseaba ir infiltrando traidoramente en los corazones de los fieles. Este fraile, secundado por un español llamado Miguel, y por varios otros enemigos de IGNACIO DE LOYOLA y de sus compañeros, los acusó publicamente de herejes, diciendo que IGNACIO

habia sido quemado en estatua por la Inquisicion en Alcalá, Salamanca y Paris, y que sus compañeros eran otros perdidos y facinerosos como él, que no sabian más que pervertir todas las leyes divinas y humanas. El negocio se puso tan grave, que tuvo que tomar parte en él el gobernador de Roma; pero viendo los enemigos de IGNACIO que el asunto se ponia demasiado sério para ellos, pues nada podian probar de cuanto habian propalado contra sus inocentes contrarios, temieron las consecuencias de sus calumnias, é interesaron á varias personas para que las cosas no pasaran adelante. Diferentes personas hablaron con este fin á IGNACIO, quien siempre se mantuvo inflexible, diciendo que por lo que á él tocaba, entonces, como siempre habia hecho, estaban olvidadas las ofensas y perdonados los que se las habian inferido; pero que estaba interesada la honra y el porvenir de la naciente *Compañía de Jesus*, y por su crédito para mayor honra de Dios, no podia dejar las cosas en tal estado; que reclamaba y reclamaria sin tregua ni descanso del tribunal una sentencia tan pública como pública habia sido la acusacion. En su virtud, el gobernador de Roma expidió la siguiente:

«BERNARDINO CURSINO, *electo Obispo Betroveriense, vicecamerario de la ciudad de Roma y gobernador general de su distrito*:

»A todos y cada uno de los que estas nuestras letras vieren, salud en el Señor. Como sea de mucha importancia para la república cristiana que sean conocidos los que con ejemplo de vida y sana doctrina, trabajando en la viña del Señor, aprovechan á muchos y edifican: y tambien los que al contrario tienen por oficio sembrar cizaña: y como se hayan esparcido algunos rumores y hecho algunas denunciaciones de la doctrina y vida, y señaladamente de los ejercicios espirituales que dan á otros los venerables señores IGNACIO DE LOYOLA y sus compañeros, que son: Pedro Fabio, Claudio Yayo, Pascual Broeth, Diego Laynez, Francisco Javier,

Alonso Salmeron, Simon Rodriguez, Juan Coduri y Nicolás de Bobadilla, maestros por Paris, y presbíteros seculares de las diócesis de Pamplona, de Génova, de Sigüenza, de Toledo, de Viseo, de Ebredum y de Palencia: los cuales ejercicios y doctrina, algunos decian ser erróneos y supersticiosos, y apartados de la doctrina católica: nosotros, por lo que á nuestro oficio debemos y por lo que Su Santidad nos ha mandado, mirando esto con diligencia, hicimos informacion para más plenamente conocer esta causa, y ver si por ventura era así lo que de ellos se decia. Por lo cual, examinados primero algunos que contra ellos murmuraban; y vistos por otra parte los públicos instrumentos y sentencias de España, de Paris, de Venecia, de Vincencia, de Boloña, de Ferrara y de Sena, que en favor de los dichos venerables señores IGNACIO y sus compañeros contra sus acusadores fueron mostrados. Y allende de esto, examinamos en juicio algunos testigos, en vida, doctrina y dignidad, *omni ex parte majores*. Finalmente, toda la murmuracion y acusaciones, y rumores contra ellos esparcidos, hallamos ser falsos. Por lo cual, juzgamos ser propio de nuestro oficio pronunciar y declarar, como pronunciamos y declaramos, el dicho IGNACIO y sus compañeros, de las dichas acusaciones y rumores, no solo no haber incurrido en infamia alguna de hecho ó derecho; mas antes haber de esto sacado mayor aprobacion y testimonio de su buena vida y sana doctrina: viendo como hemos visto ser vanas y de toda verdad agenas las cosas que sus contrarios les oponian; y al contrario, ser hombres de mucha virtud y muy buenos los que por ellos testificaron. Y por esto hemos querido dar nuestra sentencia, para que sea un público testimonio contra todos los adversarios de la verdad, y para serenar los ánimos de todos aquellos que por causa de estos acusadores y detractores han concebido de ellos alguna siniestra opinion ó sospecha; pidiendo y encargando y rogando á todos los fieles en el Señor, que á los dichos venerables

señores IGNACIO y sus compañeros los tengan y estimen por tales, cuales nosotros los habemos hallado y probado, y por católicos sin ningun género de sospecha, mientras que perseveraren en el mismo tenor de vida y doctrina, como con el ayuda de Dios esperamos que perseverarán. Dado en Roma, en nuestra casa, á 18 dias de noviembre de 1538 años. —B. Gobernador, el de arriba.—Rutilio Furio, secretario.»

El fraile Agustin Piamontés descubrió al fin de algun tiempo todo lo detestable de su alma é intenciones, y con la fuga se libró de la hoguera; pero fué quemado en estátua en Roma, y Miguel condenado á cárcel perpétua, cuya sentencia cumplió.

Alejada la tormenta que amenazaba á IGNACIO y á sus asociados, despejado completamente el horizonte de Italia, y luciendo cada vez más claros dias para los virtuosos compañeros que sin cesar difundian las claras luces del Evangelio por diferentes poblaciones, volvió IGNACIO á su propósito de erigir en religion su compañía. Dispuso el plan del instituto, en el cual á los tres votos comunes á todos los religiosos, añadió el cuarto de ir á cualquier parte donde los enviase el Sumo Pontífice para trabajar en la salvacion de las almas, sin otro viático que la caridad de los fieles. Alabó y aprobó Paulo III el nuevo instituto y le confirmó con el nombre de *Compañía de Jesus* por su bula *Regimine militantis Ecclesiæ*, dada á 27 de setiembre del año de 1540.

Á pesar de la fuerte oposicion de IGNACIO, fué electo general de la nueva compañía: visitaron juntos los que la componian las siete iglesias de Roma, y en la de San Pablo celebró la misa IGNACIO, dió la comunion á todos, y recibió su profesion despues de haber él hecho la suya en manos del Papa.

Apenas fué aprobada y confirmada por la Silla apostólica la compañía de Jesus, tuvo IGNACIO el consuelo de que casi todas las ciudades de Italia, de España, de Portugal, de Sici-

lia, de Alemania y de los Paises-Bajos le pidiesen obreros formados de su mano, sabiendo al mismo tiempo que el celo apostólico de sus hijos triunfaba en todas partes de los enemigos de la salvacion y de la Iglesia. Pareciendo estrecho campo la Europa á aquellos héroes cristianos, en breve tiempo el Asia, el África y la América fueron glorioso teatro de sus trabajos y de sus victorias.

Javier, apóstol del Nuevo-Mundo, cada dia conquistaba nuevos reinos á Jesucristo; Simon Rodriguez habia introducido ya la devocion y el fervor en la córte de Portugal, y el rey habia fundado el primer colegio de la compañía en Coimbra, para seminario de apóstoles del Nuevo-Mundo. Alfonso Salmeron y Pascual Broeth estaban en Irlanda como nuncios del Papa para mantener la fé católica entre aquellos pueblos, á quienes el rey Enrique VIII solicitaba pervertir con todo género de artificios. Claudio Yayo hacia que la Iglesia romana triunfase en Alemania, á pesar de todos los esfuerzos y de todas las maniobras de los luteranos: Laynez y Salmeron, llamados de Irlanda, fueron enviados al concilio de Trento como teólogos del Pontífice: Yayo fué tambien á él desde Alemania por teólogo del Obispo de Ausbourg; Fabro fué enviado igualmente al mismo concilio como uno de los hombres más sabios de su siglo. Cismáticos, herejes y gentiles, todos se rendian á aquellos nuevos soldados de Jesucristo animados del espíritu y del celo de su padre IGNACIO; y como si no fuese bastante que sus hijos trabajasen con tanto fruto en la Europa y en el Asia, á instancias del rey de Portugal envió á los reinos de Fez y de Marruecos á los Padres Nuñez y Gonzalez. En fin, bajo los auspicios del mismo monarca, llevaron los jesuitas la fé hasta la Etiopía occidental en el Congo, y hasta la misma América meridional.

Mientras los compañeros de IGNACIO DE LOYOLA recorrian el mundo conocido difundiendo la luz del Evangelio, se ocupaba él en la capital del mundo cristiano en fundaciones

y sapientísimos trabajos para la honra de Dios y engrandecimiento de la compañía de Jesus. Fundó en Roma una casa para judíos convertidos y otra de refugio para mujeres arrepentidas, y compuso las constituciones y reglas de su religion, que fueron alabadas y aprobadas por diferentes Sumos Pontífices. Tuvo el inexplicable gozo de ver aumentar por momentos la importancia de su instituto por el ingreso de personas notabilísimas por su nacimiento, ciencia y virtud, entre los que se contó de los primeros el duque de Gandía, D. Francisco de Borja, que pronunció los votos que le apartaban de las pompas mundanas á los piés del general. Infinitas fueron las gestiones de IGNACIO para que le relevaran de este cargo; pero sus compañeros nunca accedieron á darle este gusto, y los Sumos Pontífices Paulo III, Marcelo II y Paulo IV á quienes elevó igual súplica, le previnieron que no volviese á hablarlos directa ni indirectamente de semejante cosa.

Las infinitas fundaciones de la compañía durante la vida y generalato de IGNACIO DE LOYOLA, sus trabajos especiales y los de la compañía en general darian asunto para escribir un volúmen con tantas páginas como todo nuestro SANTORAL. En la absoluta imposibilidad de hacerlo, remitimos al lector que desee saber más pormenores, á la vida de este glorioso Santo escrita por el P. Rivadeneira, de la misma compañía de Jesus, y que escaseando sus primeras ediciones, ha sido reimpresa en Barcelona en el año próximo pasado.

Tantas penas, trabajos, abstinencias, duras penitencias y sensibles contrariedades fueron concluyendo con su salud, bastante escasa en el último tercio de su vida, y vió acercarse su última hora con la inefable alegría que lo ven todos los que esperan el galardon en la gloria por sus trabajos y virtudes en la tierra. Aunque ninguna preparacion para la muerte necesitaba el esclarecido varon cuya constante di-

visa venia siendo hacia muchos años AD MAJOREM DEI GLORIAM, no dudando de su próximo fin, aumentó la oracion y aquellas mortificaciones que su estenuada naturaleza le permitia.

«Como su enfermedad no era más que una suma debilidad sin mucha calentura, así los médicos como sus hijos se engañaron; solo el Santo no se engañó. Hizo que le administraran los Santos Sacramentos, que recibió con extraordinario fervor. *Mi hora ya se llegó*, dijo al P. Polanco; *id y pedid al Papa la bendicion para mí y una indulgencia por mis pecados.— Pues qué*, replicó Polanco, *¿es posible que os hemos de perder tan presto? Vuestra enfermedad ninguno cree es de peligro; ¿no podré dilatar esa diligencia para mañana?—Haced lo que os placiere*, respondió el Santo, temiendo que si insistia en la órden se atribuyese á revelacion. Pasó toda la noche solo, ocupado en Dios y en un contínuo éxtasis. Los que entraron á verle por la mañana le hallaron agonizando. Acudieron todos los padres, deshaciéndose en lágrimas y pidiendo su bendicion. Polanco fué al palacio pontificio, y el Papa le concedió con gran dolor y no menor benignidad todo lo que le pedia; mientras tanto, levantando IGNACIO los ojos al cielo, y volviéndolos despues hácia los que rodeaban su lecho, los exhortó con voz desmayada y moribunda al constante amor de Dios, y á buscar en todo únicamente su mayor gloria: juntando despues las manos, volviendo á levantar los ojos al cielo, y pronunciando el nombre de Jesus y de María, espiró dulcemente una hora despues de salido el sol, en el dia último de Julio del año de 1556, á los sesenta y cinco de su edad, treinta y cinco de su conversion, y diez y seis de fundada la compañía de Jesus, que habia dado ya tres mártires de la fé, el P. Antonio Criminal y los hermanos Pedro Correa y Juan de Sosa, muertos entre salvajes por predicar el Evangelio.»

La muerte de SAN IGNACIO DE LOYOLA hizo la impre-

sion que siempre produce el tránsito de los Santos en el corazon de las personas de la poblacion en que tiene lugar, que ni se habla de otra cosa ni se desea en aquellos momentos más que adorar el santo cadáver y tocar á él rosarios, cruces, medallas, estampas, etc. Los padres y hermanos de la compañía enjugaron pronto sus lágrimas en la confianza de que tenian en el cielo un poderoso protector. Hallábase en Roma San Felipe Neri cuando murió SAN IGNACIO, y habló de él despues de muerto, como habia hablado siempre durante su vida: decia que era un hombre tan llenot odo del espíritu de Dios, que muchas veces le habia visto con el rostro cubierto de resplandor; que él le habia enseñado á hacer oracion, y que le debia mucho toda la cristiandad.

Mientras se celebraba el oficio de difuntos, una señora, cuya hija hacia cinco años que padecia de humor herpético y tenia el rostro cubierto de costras, creyó que la enferma sanaria si pudiera tocar el cadáver del Santo; pero no siéndole posible llegar hasta él por el inmenso gentío que le rodeaba, suplicó á un padre de la compañía que aplicase al rostro de su hija alguna cosa que hubiera usado IGNACIO. Hízolo el P. Vischaven, y acto contínuo cayeron todas las costras, que no volvieron á reproducirse jamás.

Asegúrase que en vida resucitó un muerto y que hizo otros muchos milagros. Los que cada dia obraba Dios por su intercesion en todo el mundo y en su sepulcro, decidieron al Papa Paulo V, precediendo el proceso y demás jurídicas informaciones, á beatificarle el dia 3 de diciembre del año de 1609; y el Papa Gregorio XV, á instancias del emperador, de los reyes de España, Francia, Polonia y Portugal, y de casi todos los príncipes católicos de Europa, le canonizó solemnemente al propio tiempo que á San Francisco Javier, San Felipe Neri, San Isidro Labrador y Santa Teresa de Jesus, el dia 12 de marzo del año de 1622. Trasladóse su cuerpo del lado izquierdo, en que se le puso primitivamente, al lado derecho del altar

mayor, el dia 19 de noviembre del año de 1597 en la célebre iglesia de Jesus, que habia edificado el cardenal Alejandro Farnesio. La capilla que el P. Tirso Gonzalez, décimo-tercio general de la compañía de Jesus, dedicó al santo fundador, está reputada por la más rica y más magnifica que hay en el mundo.

En el año último de 1863 su Santidad reinante Pio IX se ha dignado conceder que San Prudencio Obispo y SAN IGNACIO DE LOYOLA sean habidos compatronos de la diócesi de Vitoria, y celebrados en ella con todo el rito correspondiente: obteniéndose por esta gracia que tan ilustres santos, hijos del país vascongado, reciban en sus tres provincias el distinguido culto que les cumple como patronos.

MES DE AGOSTO.

DIA 1.°

San Pedro Advíncula, *Hebreo.*

DIA 2.

Nuestra Señora de los Ángeles; San Pedro, Obispo de Osma, *Francés*, y San Estéban, Papa y Mártir, *Romano.*

BEATA JUANA DE AZA, VIUDA, ESPAÑOLA.

(Véase SANTO DOMINGO DE GUZMAN *en el dia 4 de este mes.*)

DIA 3.

La Invencion de San Estéban, Protomártir, *de Jerusalen.*

SANTOS RAMON Y TOMÁS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Pocas son las noticias que nos da la historia de estos dos Santos españoles, mártires de Gerona, y las pocas, posteriores á la invencion de sus reliquias.

Cuando la pérdida de España y huida de los católicos, acostumbraban algunos de estos á esconder las reliquias de los Santos que no podian llevar consigo, dejando alguna lápida, plancha, pergamino en caja, ú otra cualquier señal enterrada al lado de las reliquias, expresando á quién pertene-

cian estas, para que cuando Dios dispusiera que por las venideras generaciones fuesen halladas, se conociera la importancia del hallazgo.

Las reliquias de SAN ROMAN fueron halladas por haberse encontrado un labrador una tabla de marfil cavando un dia la tierra cerca de la ciudad de Gerona; pero ni hay noticia del sitio fijo, ni del dia y año en que acaeció. La primera noticia que de estos mártires se halla en las memorias eclesiásticas, es la que da el Obispo de Gerona Berenguer en su carta 1087 escrita al abad y congregacion de San Udalrico de Ausburgo, en la que le dice que le envia reliquias de la cabeza y manos de SAN ROMAN.

Con respecto á la tabla que sirvió de guia ó indicador para el hallazgo de las reliquias, no sabemos dónde fué á parar despues del año de 1622. En este existia, en poder del duque de Alcalá, D. Fernando, virey que fué de Cataluña y uno de los hombres más ilustres en letras de su siglo, el cual en un escrito suyo decia: «Tengo en mi poder una tabla de marfil de cinco dedos de alto y tres de ancho: en la una parte tiene rebajada una cruz ancha, y dentro de ella de medio relieve una imágen de Cristo con cuatro clavos. En la otra parte están esculpidas en la forma que aquí se ponen estas letras:

HE SUNT RELIQUIÆ
SANCTI ROMANI, ET SANCTI
TOME MARTIRUM QUI
APUT GEREMDAM
CLAVIBUS TRANSFIXI
MARTIRIUM PASSI
SUNT.»

Esta tabla fué regalada al duque por los padres de la compañía de Gerona, una vez que estuvo á visitarlos en el colegio que tenian en esta ciudad.

Gerónimo Puyadas, anteriormente á la invencion de la

tabla, trató de SAN ROMAN en el libro IV de su Crónica, capítulo 77, sin dar más noticias que las que hemos dicho que expresó en su carta el Obispo Berenguer. Sin embargo, hace memoria de tres parroquias en el obispado de Gerona, dedicadas á Dios con la advocacion de dicho Santo. Una la de Lloret, otra la de Vall Llobregá en el término de Palamós, y la otra en Delfiá, condado de Ampurias. En todas ellas se representa al Santo puesto en una cruz, y de esto se infiere que murió crucificado. De SANTO TOMÁS nada dice, ni tiene parroquia ni iglesia alguna en el obispado.

DIA 4.

SANTO DOMINGO DE GUZMAN, CONFESOR Y FUNDADOR. SAN MANNÉS, CONFESOR, SU HERMANO, Y LA BEATA JUANA DE AZA, VIUDA, MADRE DE AMBOS, ESPAÑOLES.

En algunos Calendarios y Santorales se coloca á SAN MANNÉS en el dia 30 de julio, y á la BEATA JUANA DE AZA en el 2 de agosto, en cuyos dias los hemos citado, llamando para este la relacion de sus vidas, porque tienen ambas tan pocos hechos independientes de la de SANTO DOMINGO, que en la del hermano nada apenas hubiéramos podido decir, y en la de la madre, aunque algo más, lo propio en su mayor parte que hubiéramos tenido que repetir en la de su hijo DOMINGO, pues tanto atañe al uno como á la otra. La mayor celebridad de esta consiste en haber dado al mundo con tan especiales anuncios y dotes de santidad, al esclarecido fundador de la Órden de Predicadores, pues como dice con mucha exactitud el Sr. Pétano, «verdaderamente nada se sabe de cierto acerca de las acciones virtuosas que ilustraron los primeros años de la vida de esta gran sierva de Dios, siendo igualmente muy poco el conocimiento que se tiene, á lo menos en particular, de los que formaron el curso entero de su vida. Ocupados sin duda los historiadores anti-

guos en describir las acciones asombrosas del tercero de sus hijos, el gran patriarca SANTO DOMINGO, creyeron sin duda que con ellas ya preconizaban la santidad, y que no podian dejarnos mayor elogio de la BEATA JUANA que el decirnos que fué madre de un tan grande Santo, imitando en esto á los sagrados evangelistas que formaron el elogio de María Santísima con decirnos que de ella nació nuestro Divino Redentor: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.*»

Nació JUANA DE AZA á fines del primer tercio del siglo XII, y segun lo más averiguado, en Aza, arciprestazgo del obispado de Osma en Castilla la Vieja, lugar del cual sus antepasados tomaron el apellido habiendo sido sus fundadores. Fué su padre D. García Garcés, señor del condado de Aza, rico-hombre y alférez mayor de Castilla, mayordomo mayor, ayo y tutor del rey D. Alfonso IX; y su madre doña Sancha Bermudez de Trastamara, linajes tanto por parte del padre como de madre, de lo más esclarecido de Castilla, de donde procedieron los duques de Peñaranda y condes de Miranda.

Ignóranse los pormenores de la vida de JUANA DE AZA hasta que en edad competente contrajo matrimonio con don Felix Ruiz de Guzman, señor de la villa de Caleruega, tambien en Castilla la Vieja, y correspondiente al mismo obispado de Osma, el cual á los esclarecidos títulos de su preclara familia unia los honrosos dictados de *piadoso*, *religioso* y *venerable* que le daba el agradecido pueblo á sus grandes favores, y que le ha perpetuado la historia.

Tres hijos fueron el fruto de este noble y dichoso matrimonio, de los cuales dos, el segundo y tercero en el órden del nacimiento, están colocados en el número de los Santos de España. El primogénito tuvo por nombre D. Antonio y apenas se ocupa de él la historia: solo dice que siguió la carrera de la Iglesia, y que fué un virtuoso y ejemplar sacerdote. El segundo, cuyo nombre más generalmente admitido es MAN-

NÉS, pero que tambien se le encuentra con el de Mamés y Mamerto, siguió igualmente la carrera de la Iglesia ingresando á su tiempo en la religion de predicadores, fundada por su hermano DOMINGO, en la cual se distinguió tanto en piedad y celo religioso, procurando imitar á su hermano, que habiendo muerto lleno de virtudes y altos merecimientos, fué considerado digno y acreedor por la Sede apostólica de ser incluido en el catálogo de los Santos.

Pero si bien de los dos primeros hermanos no podemos de ningun periodo de su vida dar curiosos é interesantes detalles, de DOMINGO, el menor de los tres, podemos ocuparnos de sucesos interesantes y referentes á él, aun anteriores á su nacimiento. Corria el año del Señor 1169, y en plácida dulzura vivian los esposos Felix y JUANA contemplando las inocentes gracias de su dos tiernos hijos Antonio y MANNÉS, cuando una noche soñó la ejemplar esposa que habia concebido y llevaba en su vientre un finísimo y hermoso cachorro, que tenia en la boca una hacha encendida, con cuya clara y brillante luz alumbraba á todo el mundo. No se puede afirmar que el Señor revelase claramente á la BEATA JUANA los altos arcanos que en aquel misterioso sueño se comprendian: con todo, parece que no puede dudarse que si no en un todo, á lo menos en gran parte le fueron revelados aquellos divinos misterios con el interior lenguaje de gracia que, segun dice uno de los historiadores, comenzó á visitarla despues de haber concebido.

«Animada la sierva de Dios con el referido celestial favor con que se la habia prevenido á esperar alguna cosa grande de su parto, suplicaba al Señor con humildes y fervorosas oraciones que se dignase llenar las esperanzas que le habia hecho concebir, dirigidas á su mayor honra y gloria. Al mismo fin emprendió una novena al glorioso Santo Domingo de Silos, de la Órden de San Benito, cuyo monasterio dista poco de Caleruega; y prolongando, segun el uso de aquellos tiem-

pos, sus piadosas oraciones hasta muy entrada la noche, en la sétima se le apareció visiblemente el santo abad, rodeado de celestiales resplandores, y la dijo: «Que daria á luz un hijo, el cual no solo seria un santo, sino que reformaria el mundo con su ejemplo, predicacion y doctrina: que seria celosísimo de la honra de Dios, y de grande utilidad á la Iglesia, varon de extraordinario talento, y muy raro en virtudes.» Alegre con tan fausto anuncio, y cumplida la novena, se restituyó nuestra beata á Caleruega á esperar con amorosas ansias el cumplimiento de tan señalado vaticinio.»

El dia del Bautista, 24 de junio de 1170, vino al mundo el glorioso DOMINGO RUIZ DE GUZMAN Y AZA para gloria de su esclarecida familia, de la España entera, y para alumbrar con la antorcha de su celestial gracia la religion del Crucificado. El nombre de DOMINGO que recibió en la pila, fué elegido por su madre rindiendo un tributo de piadoso agradecimiento á Santo Domingo de Silos, por su revelacion y vaticinio. Al regresar de la iglesia al palacio que habitaban los Guzmanes, la lucida comitiva que habia asistido al bautizo, y al presentar la madrina doña Veneranda su hijo de pila á su madre doña JUANA DE AZA, lució en la frente del tierno DOMINGO una resplandeciente estrella. Dicen unos escritores que esta estrella solo fué vista por la madre, otros por la madrina únicamente, y otros, entre los cuales se cuentan el erudito P. Echard y el ilustre Humberto, que la estrella fué vista por ambas; por la madre natural y la madre espiritual. *Visionem etiam matri spirituali trahit.*

JUANA DE AZA no quiso fiar á extraños cuidados la vida y el sustento de su hijo, y determinó criarle ella misma. Así lo verificó, empleando durante la lactancia y despues de ella un celo imposible de describir por la salud corporal y espiritual del tierno DOMINGO, cuyas primeras palabras aprendidas de los labios de su santa madre fueron alabanzas á Dios y la Vírgen. Á los siete años de edad fué confiado DOMINGO

á un sábio y virtuoso sacerdote, hermano de su madre, que se hallaba de arcipreste en Gumiel de Izan, el cual en lugar de tener que excitar al niño á las virtudes y amor al estudio, tuvo que procurar moderar uno y otro, temiendo por la salud de su querido sobrino, el cual tanto multiplicaba los ayunos y abstinencias, y tantas horas empleaba en rezar y estudiar, que su tierna naturaleza comenzó á resentirse.

Hasta la edad de quince años permaneció en compañía de su tio, pasando á esta edad á estudiar humanidades y sagradas letras á la Universidad de Palencia, que era entonces la célebre de España, y que se trasladó despues á la ciudad de Salamanca.

Si en todas las virtudes resplandeció siempre el glorioso DOMINGO DE GUZMAN, en la caridad fué casi inimitable. Hallándose estudiando en Palencia, con motivo de una prolongada y general sequía en España, comenzó á desolar la península una de las más tristes y crueles hambres que hasta entonces habian conocido. DOMINGO, despues de repartir cuanto dinero le mandaron de su casa, vendió hasta sus ropas y sus libros, quedándose casi desnudo para comprar alimentos que repartia entre los necesitados. Un dia acudió á él una pobre mujer que acababa de tener la triste noticia de que su hijo se hallaba cautivo en poder de los moros, que pedian por su rescate una cantidad que la mujer no tenia. DOMINGO la contestó que nada podia darla por de pronto, porque absolutamente nada le habia quedado; que pediria á sus padres, como lo hizo; pero que mientras le mandaban dinero, ó por si no se lo mandaban, él se constituiria en el cautiverio en cambio de su hijo, para que este saliera y pudiera consolarla en su afliccion. La mujer quedó altamente sorprendida, y no le costó poco trabajo hacer desistir á DOMINGO de su resolucion de cambiarse por el cautivo.

JUANA DE AZA, la digna madre de tan esclarecido hijo, daba por el mismo tiempo iguales muestras de sublime cari-

dad. Escaseando las provisiones para alimentar á los pobres de la comarca, que acudian á casa de la santa señora en busca de auxilios, y no teniendo ya con qué socorrerlos, comenzó á darles diariamente una racion de vino, de uno generoso que se conservaba en una cuba en la bodega, el cual tenia en mucho aprecio su esposo D. Felix, ausente á la sazon de Caleruega. «Al volver de su viaje D. Felix, salieron á recibirle sus deudos y amigos, y no faltó quien le refiriese la distribucion del vino hecha por su esposa. En presencia, pues, de toda la comitiva, ordenó D. Felix que se sirviese vino generoso á los que le acompañaban. Temerosa la gran sierva de Dios que de excusarse pudiera resultar algun trastorno en la casa, quiso en persona bajar al sitio en que estaba del todo vacia la cuba referida; y puesta de rodillas, hizo al Señor la oracion siguiente: *Señor mio Jesucristo, aunque yo no soy digna de ser oida por mis méritos, dignaos empero oirme por los de mi hijo* DOMINGO, *vuestro siervo, que tengo consagrado á vuestro divino servicio.* Y levantándose llena de una fé sólida y firme confianza examinó la cuba y la encontró llena de un vino preciosísimo; y repitiendo humildes gracias al Señor, regaló con él á su esposo D. Felix y demás que estaban presentes, quienes no pudieron menos de quedar llenos de asombro y de venerar la santidad de nuestra beata, en la cual el Altísimo acababa de obrar aquel prodigio.»

Despues de este suceso, ninguno remarcable de la vida de la BEATA JUANA DE AZA consignan los historiadores, que ni aun nos dan noticia de la fecha cierta de su fallecimiento, el cual se coloca entre los años del 1202 al 1205, segun varias memorias del monasterio de Valés. Sus santos restos fueron depositados primeramente en la iglesia parroquial de Caleruega, villa muy importante entonces por los muchos nobles que habitaban en ella, y de la cual era señor el marido de JUANA. De Caleruega fueron trasladados á la iglesia de San Pedro de Gumiel de Izan, de monjes cistercienses, en la cual

estaba el sepulcro de los Guzmanes; y por último, el infante don Juan Manuel, nieto del santo rey D. Fernando, por la devocion que tenia á la beata, obtuvo que se le concediesen aquellas preciosas reliquias, que fueron procesionalmente conducidas á Peñafiel, cargando sobre sus hombros aquel príncipe tan sagrado peso, hasta colocarlo en la iglesia de Padres dominicos, edificada á su costa para contener este santo depósito.

En todos los referidos lugares, Caleruega, Gumiel de Izan, Peñafiel, en muchos circunvecinos, y particularmente en Aza, se ha tributado desde muy antiguo á JUANA el culto que los fieles rinden á sus más venerados Santos. Infinitos beneficios ha dispensado el Señor á los devotos de JUANA DE AZA que imploraban su proteccion: ha dado agua en las sequías; ha ahuyentado instantáneamente la langosta; ha hecho fecundas á mujeres estériles, y ha salvado la vida á otras en partos difíciles y peligrosos.

La Sagrada Congregacion de Ritos aprobó unánimemente en 27 de setiembre de 1828 el culto inmemorial de doña JUANA DE AZA, que confirmó en 1.° de octubre siguiente el Papa Leon XII mandando fuese venerada como beata, segun consta por decreto de aquel dia.

Notablemente aprovechaba en letras el esclarecido DOMINGO DE GUZMAN mientras su piadosa madre daba al mundo las relevantes pruebas de virtud y caridad que dejamos manifestado. Á pesar de sus pocos años, era frecuentemente consultado por los más doctos lectores de la universidad, en la que llegó á ser la persona más considerada por la profundidad de sus conocimientos, por su gran prudencia y tino, y por la irresistible elocuencia de su palabra. Tan relevantes dotes conocidas especialmente entre los hombres de letras de toda España, sugirieron la idea al ilustradísimo Obispo de Osma, D. Diego de Aceves, de utilizar en inmediato beneficio de su diócesi al jóven DOMINGO DE GUZ-

MAN, y le nombró arcediano para que le ayudase en los importantes trabajos que meditaba. No era del gusto del humilde DOMINGO tener ninguna representacion social que diera importancia á su persona, y opuso al principio alguna resistencia; pero habiéndole manifestado el Obispo que le necesitaba de auxiliar para los trabajos de reforma de aquella iglesia, que acababa de convertir en cabildo de canónigos reglares, accedió DOMINGO á admitir el arcedianato, porque veia en el cargo trabajos que desempeñar y contrariedades que sufrir para mayor honra de Dios y lustre de la Iglesia católica.

Con indecible celo trabajó en la reforma iniciada por el Obispo, secundando los deseos de este con la mayor asiduidad. Á sus trabajos y exhortaciones unió el ejemplo de su virtud y de su ejemplar y austera vida, pues doblando las penitencias y mortificaciones que tenia costumbre de hacer, imitó en poblado cuanto posible era la vida de los antiguos padres del yermo, pasándola en casi ayuno perpétuo, dándose tres disciplinas por dia, sin conceder á su cuerpo más descanso que dos horas, y por lecho el limpio suelo.

Su palabra y ejemplo produjo los naturales efectos de enmienda de las costumbres en Osma; y considerando que iguales servicios á la religion y á la moral podria hacer en otros puntos, con licencia del Prelado recorrió predicando todos los pueblos de la diócesi, saliendo despues de ella y llevando su palabra y su ejemplo á infinitos pueblos de la península, destruyendo vicios, disipando errores y combatiendo las ideas imbuidas por los herejes y los mahometanos. Grandes y altamente provechosos frutos recogió el cristianismo de esta primera mision de DOMINGO, siendo uno de ellos la ruidosa conversion al catolicismo del heresiarca Reinero, al cual convenció de sus errores en pública controversia.

Deseando la universidad de Palencia, primera entonces de España, como dejamos dicho, formar un esclarecido plantel de

teólogos que honrase sus aulas, y difundiesen por el reino las divinas luces combatiendo y derrotando con verdades innegables los argumentos de los herejes, llamó á DOMINGO DE GUZMAN para que tomase á su cargo una cátedra de teología, como lo verificó, sacando los discípulos que más honraron aquellas aulas.

Ordenóse de sacerdote en Osma, y dejando á Palencia durante las vacaciones, marchó á predicar á Galicia. Tan inmenso era el número de personas que acudian á oir la elocuente y santa palabra de DOMINGO, que en muchos pueblos tuvo que hacerlo en las plazas y en el campo, porque las iglesias no podian contener el auditorio. Estando predicando un dia cerca del mar, saltó en tierra la tripulacion de una grande embarcacion deseando saber sin duda qué significaba aquella reunion de gente que veian desde á bordo. La nave era de piratas, y al escuchar estos los anatemas del predicador contra los viciosos y malvados, sacaron de improviso las armas; aterran en el primer momento al desprevenido auditorio, y apoderándose de DOMINGO le llevan á la nave, que se hizo á la mar en seguida. Con infernal chacota y complacencia le maltrataron horriblemente de palabra y obra; pero DOMINGO, con un heróico valor y una admirable resistencia, no solo sufria sin dejar percibir la más leve muestra de dolor, las bofetadas, cordelazos y palos que le daban, sino que elevando su potente voz sobre la algazara y chillerío de los piratas, les predicaba procurando su conversion. Viendo aquellos empedernidos criminales que nada era bastante para acobardar el invencible valor cristiano de DOMINGO, determinaron arrojarle al mar; pero en el mismo momento en que se disponian á ejecutarlo, brama la mar, ruje el viento, conmueve las cavidades de la nave el estampido del trueno, y la más deshecha y aterradora tempestad amenaza aniquilar el buque con toda su tripulacion. Tan instantáneo suceso abre á la verdadera luz los ojos de los piratas, y conocen que aquella conmo-

cion de la naturaleza es un castigo del Altísimo por su crueldad con el santo varon apostólico, y arrepentidos, confesando sus culpas é implorando el perdon de ellas, se postran todos á sus piés. En el propio instante cesó la tempestad y aplacaron las olas su furor, lo cual fortaleció la creencia de los piratas, y aseguró su verdadero arrepentimiento. Inmediatamente se dirigieron á tierra, y con las mayores demostraciones de sincero afecto dejaron libre en ella á DOMINGO.

Continuó este llevando la luz del Evangelio á varias provincias, recogiendo siempre gran cosecha de bendiciones de los fieles, consiguiendo inmenso número de conversiones, y batiendo á los herejes en sus últimas trincheras. «Mudaban todos los pueblos de semblante en predicando DOMINGO, y llegó la reforma hasta la córte. Oyóle D. Alfonso, rey de Castilla, y padre de la reina doña Blanca, madre de San Luis; y desde que le oyó hizo tal mudanza, que fué uno de los monarcas más virtuosos de España.

»Todo predicaba en aquel hombre apostólico. Sus palabras eran centellas encendidas del divino fuego que abrasaba su corazon; pero su tierna devocion y su plena confianza en la Santísima Vírgen eran, como él mismo lo confesaba, el principal secreto de que se valia para la conversion de los pecadores y de los herejes. SANTO DOMINGO fué quien introdujo la santa costumbre de implorar la proteccion de la Santísima Vírgen al acabar la salutacion de los sermones, y á SANTO DOMINGO debe la Iglesia la piadosísima y utilísima devocion del Rosario. Habiéndole escogido desde la misma cuna la soberana Reina de todos los Santos para especial favorecido suyo, ella misma le enseñó el modo de honrarla y de reverenciarla que la era más agradable: inspiróle el método y el espíritu con que se debia hacer; y á esta excelente devocion, á esta oracion tan eficaz se reconocia deudor nuestro Santo del prodigioso número de conversiones con que bendijo el Señor su apostólico celo.

»Pero era España campo muy estrecho para las hazañas de aquella grande alma, y la llamaba el cielo á más dilatadas conquistas. Nombró el rey de Castilla al Obispo de Osma por su embajador en la córte de Francia, y quiso que fuese DOMINGO en compañía del Obispo, con el título de su teólogo de cámara. Pasaron por el Languedoc, donde no pudieron ver sin lágrimas los progresos que hacia en aquella provincia la herejía de los albigenses. Terminados felizmente los negocios de la embajada, pero altamente condolidos á vista de la inopinada muerte de la infanta de Francia, que habian ido á pedir, y habian conseguido para D. Fernando, infante de Castilla, resolvieron pasar á Roma, y solicitar licencia del Papa Inocencio III para volver á Francia á trabajar en la conversion de los albigenses, ó pasar al Norte á predicar el Evangelio á los gentiles. Determinólos Su Santidad al primer partido, y recibida su mision se restituyeron á Francia. Vínoles devocion de visitar el Cister, cuyo abad Arnoldo se juntó con ellos, y llegando al Languedoc, se les agregó tambien Raoldo, abad de Fonfria, y el beato Pedro de Castalnau, monje del mismo monasterio.

»Quizá no se habia visto la iglesia de Francia en tan lastimoso estado. Un monstruoso conjunto de herejías, bajo el único nombre de albigenses, arrasaba inhumanamente la viña del Señor, y hacia sangrienta guerra á su santa Iglesia. Encarnizados los herejes en el empeño de abolir los sacramentos, de desterrar el culto de la Vírgen, de destruir todo ejercicio de devocion, y aniquilar la gerarquía eclesiástica, lo entraban todo á fuego y sangre, sin verse otra cosa en las provincias que las tristes y sacrílegas ruinas de los templos. Reinaba en todas partes la disolucion y la ignorancia, desterrado de todas ellas el sagrado ministerio de la predicacion, medio eficaz y permanente para sostener la religion, y para servir como de insuperable al torrente de la impiedad. Á todos estos males solo opuso la providencia de Dios á

nuestro Santo. Apenas se dejó ver en el Languedoc, cuando se disipó toda aquella negra nube de herejes. Enriquianos, petrobusianos, arnoldistas, citaros pifros, patarines, tejedores, publicanos, pasagianos, baudeses y arrianos, todos quedaron confundidos, y la mayor parte de ellos convertidos por el celo, por ejemplos y por los sermones de SANTO DOMINGO. Antes de dar principio á toda controversia, á toda instruccion y á todo sermon, se postraba delante de una imágen de la Santísima Vírgen, é imploraba su proteccion con esta breve pero bella oracion, que adoptó despues la santa Iglesia: *Dignare me laudare te, Virgo Sacrata: da mihi virtutem contra hostes tuos.* Dignate, Vírgen Sacratísima, dignate de alcanzarme gracia para que te alabe dignamente: consígueme virtud y fortaleza para combatir y para vencer á tus enemigos. Era muy penosa la mision, y en medio de eso resolvió el Santo hacer á pié todos sus viajes, sin dinero, y sin otra provision que su confianza en la caridad de los fieles, oponiendo este desinterés apostólico á la hipocresía de algunos herejes que se llamaban *perfectos* porque afectaban una pobreza extraordinaria. Los que se preciaban de hombres sábios y devotos, publicaron contra nuestro Santo muchos libelos llenos de invectivas y blasfemias contra Dios, contra la Vírgen y contra los santos. Respondió á ellos DOMINGO, así de viva voz, como por escrito con su doctrina. Hízolo el Santo: leyóse en pública asamblea: quedaron cortados y mudos los herejes, embargándoles la voz la fuerza de la verdad. Resolvieron entregar á las llamas el escrito; pero respetó el fuego la doctrina católica. Dispusieron otro brasero más encendido, y sucedió lo mismo que con el primero: hicieron tercer esfuerzo para quemarle, y tercera vez fueron confundidos con otro tercer milagro. Si los milagros convirtieran á los herejes, todos quedarian entonces convertidos. Uno solo de toda la asamblea logró esta dicha, para que se publicase un prodigio que todos habian conspirado en tener secreto; pero presto se siguió á él otra

semejante maravilla. Disputaba un dia en Fanjox con aquellos obstinados: uno de ellos habia mojado en agua de alumbre el escrito de los herejes, para hacerle incombustible por este medio: confiado en él, clamó con fuerza y con descoco que se hiciese la prueba del fuego para averiguar la verdad. Acudió todo el pueblo, rodeando una grande hoguera, donde se arrojó el escrito del hereje, que en el mismo instante quedó enteramente consumido. Consintió DOMINGO que el suyo se echase en ella; y se conservó ileso hasta que toda la leña se redujo á ceniza, y el fuego se acabó.

»Á la fama de los grandes y gloriosos sucesos que lograba en todas partes el celo de nuestro Santo, concurrieron otros compañeros deseosos de participar con él de las fatigas de sus apostólicos trabajos. Corrió con ellos las ciudades de Albi, Pamiers, Narbona, Carcasona y Montpeller, como tambien la mayor parte de las villas y aldeas del Languedoc, obrando en todas nuevos y estupendos milagros. Confirmaba á los fieles en la fé, pero convertia á pocos herejes. Quejóse un dia de esto á la Santísima Vírgen, en quien, despues de Dios, tenia puesta toda su confianza: aparecióseles la soberana Reina, y le dijo que para convertir á aquellos obstinados, predicase la devocion de su Rosario. Obedeció el Santo, y en vez de controversias comenzó á predicar el uso de esta santa devocion; enseñó al pueblo el espíritu y modo con que la habia de rezar; explicó los misterios, y muy luego se conoció la eficacia de tan poderoso socorro. En poco tiempo tuvo SANTO DOMINGO el consuelo de ver convertidos más de cien mil pecadores ó herejes. El ejército de los cruzados solo sirvió para endurecerlos más, y su conversion fué efecto de la poderosa intercesion de la madre de Dios, por medio de su santo Rosario.»

Tan relevantes méritos y tan asombrosos resultados produjeron en muchas ciudades un vivísimo deseo de tener á DOMINGO por prelado de su diócesi; pero constantemente se

negó á aceptar ninguna prelacía cuando le pedian su licencia para elegirlo, y aun despues de elegido, como sucedió con obispados en Galicia, Bretaña, Cominges, Conserans y Beziers, y para aceptar el oficio de inquisidor de la fé, se hizo necesario un precepto del Papa.

Pero si bien no se prestaba su humildad á aceptar dignidades eclesiásticas, alimentaba en su imaginacion, algunos años ya, el proyecto de ser el fundador de un instituto religioso que tuviese por fin la predicacion del Evangelio, la conversion de los herejes, la defensa de la fé y la más lata propagacion del cristianismo. DOMINGO habia comunicado su pensamiento al piadoso Obispo de Osma, de quien mereció el proyecto lisonjeras alabanzas, prestándose desde luego á interponer todo su valimiento para la realizacion de tan santo plan; pero la muerte del Obispo suspendió la realizacion del proyecto de DOMINGO. Despues de algun tiempo, y siempre ansiando dar cima á su piadosa empresa, habló de ella á Falcon, Obispo de Tolosa, que la juzgó tan interesante como la habia visto el Obispo de Osma, y como aquel ofreció á DOMINGO su decidido apoyo, y teniendo que asistir al concilio Lateranense, hizo que le acompañase DOMINGO para juntos hablar al Pontífice reinante á la sazon, Inocencio III. No estaba dispuesto hacia mucho tiempo este Papa á conceder el establecimiento de nuevas religiones, y aunque tan conveniente y santa la ideada por DOMINGO DE GUZMAN, no habia encontrado muy propicio al Pontífice Romano; pero habia visto este en sueños una noche á DOMINGO en actitud de sostener él solo la iglesia de San Juan de Letran, é Inocencio III creyó que aquella era una revelacion de Dios para que comprendiendo toda la utilidad del proyectado instituto, le diera su aprobacion; y en su virtud mandó á DOMINGO que redactase las reglas y constituciones. La muerte del Papa suspendió por de pronto aquel grande proyecto; pero el sucesor Honorio, tambien III, que comprendió muy luego

como todos los demás la importante trascendencia de él, lo aprobó en todas sus partes, y en 22 de diciembre de 1216 fué expedida la bula de confirmacion del instituto de frailes predicadores, ideado por DOMINGO DE GUZMAN.

Inmensos bienes produjo desde luego al cristianismo esta religion, una de las que más se extendieron por el orbe católico y que más eminentes varones en virtud y ciencia produjo. De ella salieron siete Papas, cuarenta y nueve cardenales, veintitres patriarcas, mil y quinientos obispos, seiscientos arzobispos, cuarenta y tres nuncios, sesenta y nueve maestros del sacro palacio, un prodigioso número de célebres doctores y de sábios escritores, y un admirable número de Santos, precioso ornamento de la Iglesia de Jesucristo.

Poco despues de la fundacion de esta Órden, se comenzó á edificar en Tolosa el primer convento costeado por el Obispo y el conde de Monforte; y cuando llegó DOMINGO á aquella ciudad, estaba ya concluyéndose la obra. En Paris se fundó en breve otro, costeado por la reina doña Blanca, persuadida de que debia á la devocion del Rosario, que la aconsejó DOMINGO, el nacimiento de su hijo el rey San Luis.

Las grandes fatigas y penalidades que habia sufrido, el casi perpétuo ayuno y las constantes penitencias, debilitaron su naturaleza de tal modo que no podia dudarse de que muy pronto la muerte iba á apoderarse de aquel demacrado cuerpo. Menos que nadie lo dudó DOMINGO, porque con inefable gozo tuvo divino aviso de que se le acercaba el deseado momento de alcanzar la eterna bienaventuranza. Brevísima y poco dolorosa fué su última enfermedad. Con singular alegría y santa uncion recibió los santos Sacramentos, y despues de haber consolado á sus hijos de religion, que vertian copiosas lágrimas por verse próximos á separarse de tan amantísimo Padre, y despues de haberles exhortado á la más rígida observancia de las reglas y constituciones de su instituto, mandó que cubriesen el suelo de ceniza y le colocasen

sobre ella, y en este humildísimo lecho entregó plácidamente su alma al Criador, el viernes 6 de agosto de 1221, contando solo cincuenta y un años de edad.

El cardenal Hugolino, despues Papa con el nombre de Gregorio IX, así que tuvo noticia de la muerte de DOMINGO, marchó apresurado á Bolonia, donde habia tenido lugar; hizo las exequias y compuso el epitafio, y despues se ocupó en formar una historia de los milagros obrados por el glorioso Santo, cuya historia han incluido en su *Acta Sanctorum* los Padres Bolandistas, y de que á nosotros nos es imposible dar cuenta por las dimensiones de nuestra obra.

Las reliquias fueron trasladadas á los doce años de su primitivo depósito á un lugar más honorífico de la iglesia, con la mayor pompa y ostentacion, por órden del Papa Gregorio IX. Despues han sido depositadas en un mausoleo, que es uno de los monumentos más finos de Italia, y la iglesia uno de los edificios más elogiados, bien se considere el plano, bien las riquezas, el órden, el gusto, la hermosura y grandeza de los ornamentos. El dia 13 de julio de 1234 fué solemnemente canonizado por el Sumo Pontífice Gregorio IX, que en los últimos años de la vida del glorioso SANTO DOMINGO DE GUZMAN habia sido testigo presencial de las más importantes acciones. Por caer en el dia de la muerte del Santo la fiesta de la Trasfiguracion del Señor, se colocó la suya en este dia 4 de agosto, por disposicion del Papa Paulo IV.

SANTA CENTOLA Y SANTA ELENA, VÍRGENES Y MÁRTIRES, ESPAÑOLAS.

En Toledo tuvo su cuna la gloriosa vírgen y mártir SANTA CENTOLA, á fines del siglo III. Los escritores que se han ocupado de ella no nos han dejado noticia de sus ascendientes, ni detalles de los primeros años de su vida; solo dicen que era de familia distinguida, y muy considerada entre los gentiles, á cuyo gremio pertenecia toda ella. CENTOLA era

de comprension viva y penetrante y sólido talento; y alumbrada al mismo tiempo por la divina gracia, comenzó á comparar las costumbres de los cristianos con las suyas, y de la comparacion dedujo que siendo más puras las de los cristianos debia, ser mejor su religion. Procuró enterarse de esta, y tuvo la suerte de consultar á una muy instruida cristiana, que en el primer dia con gran precision y claridad la hizo comprender todos los errores del gentilismo y la sublime doctrina de Jesus. Desde luego aceptó esta CENTOLA, é instruida en los preceptos del Evangelio, recibió el agua del bautismo secretamente, conociendo que el ciego fanatismo de sus padres y de toda su familia, y el odio que profesaban á los cristianos, habia de presentar una dura oposicion á su santo propósito. Mas no le fué posible ocultar por mucho tiempo su cambio de religion, pues con tanto ardor y celo observaba los preceptos de la cristiana, que no pudo menos su padre de notarlo. Furioso este por la deshonra que CENTOLA habia echado, segun él, en una familia que jamás se habia separado de las creencias de sus antepasados, formó el más duro empeño en obligarla á practicar todas las ceremonias y ridículos actos del paganismo. Comprendiendo CENTOLA que le era imposible vencer la obstinacion de su padre, aprobada y secundada por toda la familia, y resuelta á no ejecutar el más pequeño acto que desdijese de una sincera cristiana, se decidió á dejar la casa paterna, huyendo de un enemigo de Jesucristo que de contínuo pronunciaba las más horribles blasfemias para desahogar la ira que le producia la oposicion de su hija á adorar los ídolos.

Con el mayor sigilo, pues, salió una noche de su casa y de Toledo, encomendándose á Dios y dejando á este el cuidado de dirigir sus pasos para llegar al punto que fuera su santa voluntad. Sin más guia que la voluntad de Dios, caminó manteniéndose de unas pocas provisiones que llevaba en un taleguillo, y bebiendo agua en los arroyos y charcos que en-

contraba, hasta que llegó á un pueblo llamado entonces Soris y despues Sierro, en el arzobispado de Búrgos, en el cual, hallándose muy fatigada pidió hospitalidad en casa de una noble señora, llamada ELENA, cristiana muy piadosa, cuya habitacion sin duda señaló á CENTOLA la Divina Providencia.

Habiendo inmediatamente conocido CENTOLA que ELENA era cristiana, la hizo una franca y explícita manifestacion de su actual situacion, y de las causas que la producian; y ELENA sintió la más singular complacencia en poder prestar amparo y proteccion á la heróica jóven cristiana, á la cual la unió desde aquel momento la más firme y pura amistad.

Por este tiempo expidieron los emperadores Diocleciano y Maximiano los crueles decretos de que repetidamente hemos dado cuenta en el discurso de esta obra, y comenzó la terrible persecucion gentílica contra los cristianos, puesta en ejecucion por los presidentes-gobernadores, representantes de los emperadores, que estos enviaron á las diferentes provincias sujetas al imperio romano. Correspondió á la Cantabria, á la que pertenecia el pueblo en que habitaban CENTOLA y ELENA, Eglisio, uno de los más feroces servidores de Diocleciano y de los más deseosos de complacer á su señor, secundando sus bárbaras ideas contra los servidores de Jesus. Al poco tiempo de su llegada supo que CENTOLA, no contenta con solo profesar la religion cristiana, trabajaba con el mayor ardor en la conversion de idólatras, y que su claro talento y elocuente voz habia conseguido ya gran número de triunfos. Mandóla conducir á su presencia, y no pudo menos de quedar altamente sorprendido al reparar la magestuosa presencia de la jóven, su aire distinguido, y al oirla expresarse con una elocuencia tan poco comun. Comprendió que el reducir á tan importante cristiana á renegar de su fé seria un servicio á los emperadores que le apreciarian infinita-

mente por los resultados necesarios que debia producir en favor de sus ídolos; y con ánimo de ganarla á toda costa, la hizo las proposiciones más deslumbradoras. Pero todo fué en vano: CENTOLA rechazó con dignidad las ofertas, rebatió todos los argumentos del presidente Eglisio, y despreció las terribles amenazas en que por fin prorumpió.

Furioso por el desaire y la derrota el feroz romano, y queriendo vengar uno y otra, ordenó á los verdugos que empleasen toda clase de tormentos en aquella terca cristiana, hasta vencer su resistencia. «Tendieron á CENTOLA sobre la catasta ó potro, y comenzaron á tirarla de los piés y las manos, jugando el artificio de aquella horrible máquina con tanta violencia, que luego se oyó el ruido y se percibió la dislocacion de todos los miembros: mas viendo el tirano que no se inmutaba la fuerte heroina en aquel tormento, mandó que desgarrasen sus virginales carnes con garfios de hierro, lo que se ejecutó de un modo tan cruel, que se le descubrieron los huesos. Esperaba el gobernador que lanzase CENTOLA por lo menos algun suspiro, ó que dejase correr algunas lágrimas; pero queriendo Dios dar á entender á los hombres que endulza las penas de los que padecen por su amor, hizo que estuviese su fidelísima sierva con una admirable tranquilidad, en medio de tan vivísimos dolores; de forma que asombró al tirano, y más cuando la oyó burlarse de la crueldad de los verdugos, y aun desafiarlo á que inventase mayores penalidades; en vista de lo cual mandó cortar los pechos á CENTOLA, y como las heridas dejándolas enfriar causan mayores dolores, dispuso que sin aplicarla medicina alguna la llevasen á la cárcel, creyendo que segun la abundancia de sangre que derramaba, serian muy cortos los instantes de su vida.

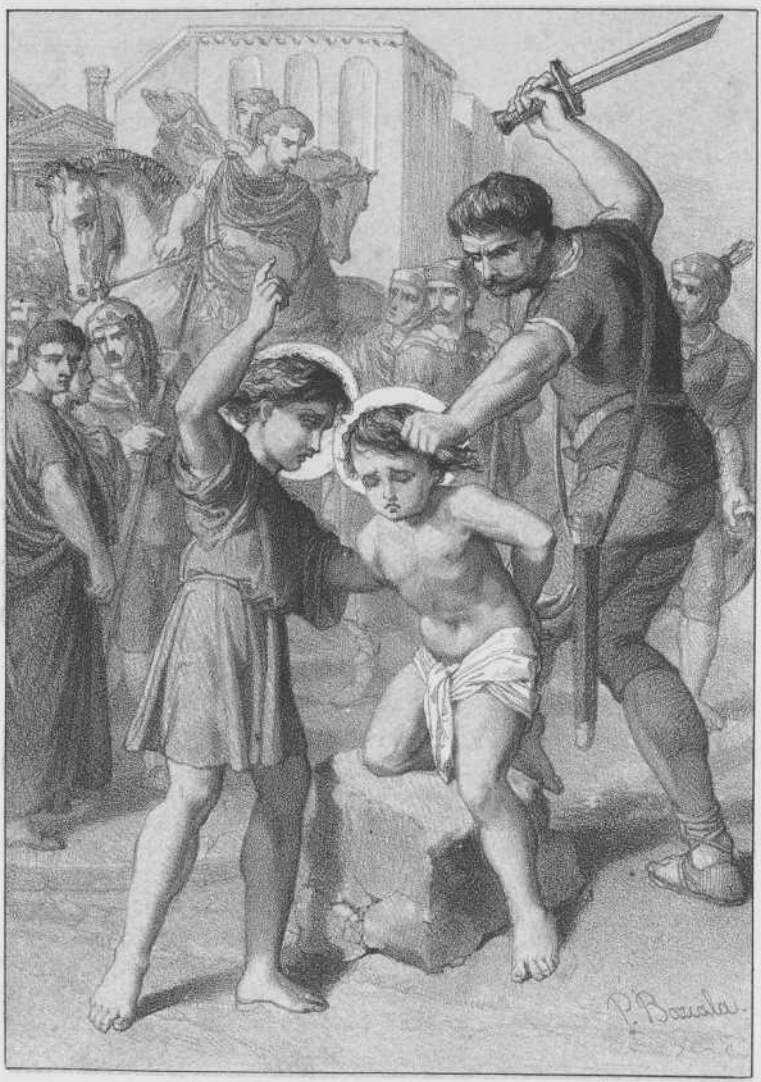
»Concurrieron á la cárcel algunas matronas del pueblo condolidas de la desgracia de la ilustre vírgen, y como estaban preocupadas con las falsas ideas del paganismo, intenta-

ron persuadirla que cediese á la voluntad del gobernador, para librarse de sus iras. Conoció CENTOLA la raiz de donde nacian semejantes consejos, y las dió á entender que si conocieran los grandes premios con que remunera Dios los tormentos que por su amor sufren los mártires, no la tendrian compasion, sino envidia por la eterna felicidad que esperaba, de la que estaban privados los idólatras, venerando por dioses á unos simulacros vanos, hechuras de las manos de los hombres, incapaces por lo mismo de tener divinidad. Supo el tirano la generosa firmeza con que alababa en la cárcel CENTOLA á su Señor Jesucristo, al paso que despreciaba las deidades quiméricas á quienes tributaban culto los paganos, y queriendo contener sus exhortaciones, dió órden para que la cortasen la lengua; pero aquel Señor por quien padecia, hizo que hablase sin tan preciso instrumento, por una de aquellas portentosas maravillas de su infinito poder.»

Sin el más pequeño temor de hacerse sospechosa, y movida de su celo religioso y su afecto personal, fué ELENA á la cárcel á visitar á su amiga CENTOLA y á felicitarla por el heróico valor que Jesucristo la habia concedido para honrar el nombre cristiano. Con tierno y dulcísimo afecto recibió CENTOLA á su amiga ELENA, y habiéndola manifestado esta lo mucho que la envidiaba el morir mártir, CENTOLA la anunció que tambien á ella, y para muy pronto, le estaba reservada igual suerte, añadiendo: *Yo espero consumar el sacrificio con una eterna felicidad: ojalá el Señor te conceda valor, para que no desmayes en la prueba de su fé.*

No tardó en cumplirse el vaticinio, pues noticioso Eglisio de los antecedentes de ELENA y de que en lugar de estar aterrada con los tormentos de su amiga, habia ido á la cárcel y estaba en ella robusteciendo, si más era posible, el valor de CENTOLA, mandó que la encerrasen tambien; y temiendo que el heroismo de estas dos admirables mujeres pudiera influir en el ánimo del pueblo con perjuicio de la ciega adora-

SANTORAL ESPAÑOL



Litª de Escarpizo. Jacometrezo 15

SAN JUSTO Y PASTOR

cion de los ídolos, si morian, como ya era de esperar, confesando á Jesucristo y proclamando su religion por la única verdadera, dispuso que concluyeran con ellas dentro de la prision, degollándolas inmediatamente: sentencia que sin perder momento fué ejecutada. Algunos escritores dicen que este suceso tuvo lugar el dia 14 de agosto del año de 304; pero el Obispo de Búrgos D. Gonzalo de Hinojosa, que floreció á principios del siglo XIV, dice que acaeció en el viernes dia 4, y en este las coloca la *España Sagrada*, á la que seguimos. Añade el referido D. Gonzalo de Hinojosa, que inmediatamente que llegó el suceso á noticia de los obispos de Astorga y Leon, mandaron comisionados á Búrgos que redimieron los cuerpos de las santas mártires dando por ellos trescientas libras de oro, y los colocaron en una pequeña iglesia dedicada á ellas, construida al efecto en lo alto de una montaña que por Oriente baña el Ebro. Allí permanecieron muchos años los santos cuerpos, constantemente venerados y honrados por los naturales del país, hasta el año de 1317, en el cual el citado Obispo de Búrgos D. Gonzalo, devotísimo de estas Santas, con acuerdo del cabildo y beneplácito del rey D. Alfonso XI, trasladó los cuerpos, y los hizo colocar en el altar mayor de la catedral, dejando en la iglesia de la montaña, para consuelo de aquellos habitantes, las cabezas de las dos Santas.

DIA 5.

Nuestra Señora de las Nieves.

DIA 6.

La Trasfiguracion del Señor, y

SAN JUSTO Y PASTOR, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

El suceso que más ennobleció en la antigüedad á Alcalá de Henares, llamada entonces *Compluto*, fué el martirio de sus

dos hijos los santos niños JUSTO y PASTOR, pues él testifica que en dicha ciudad ya tenia el catolicismo arraigadas y lozanas plantas en el siglo III de la cristiandad.

Pocos sucesos de tan remota edad tienen tantos documentos justificativos con que probarse en la presente, como el martirio de estos gloriosos niños: hasta nosotros ha llegado, y forman parte del tomo VII de la *España Sagrada*, el himno muzárabe de SAN JUSTO y PASTOR, segun el oficio antiguo y la leccion del actual, la Inlacion del misal muzárabe en la fiesta de ellos, las actas de su martirio, y la traslacion de sus cuerpos. Sin divagaciones, pues, y sin molestia ni dudas puede formarse la reseña biográfica de estos gloriosos mártires, producida de tan autorizadas noticias.

Recorriendo los más importantes pueblos de la parte de España, confiada á su mando por los emperadores Diocleciano y Maximiano, llegó desde Zaragoza á Alcalá el presidente Daciano, por el mes de julio del año del Señor 304. En todas las ciudades iba promulgando las leyes dictadas por el imperio romano, y dando lata publicidad á los últimos sanguinarios decretos expedidos contra los cristianos.

Vivian á la sazon en Alcalá dos niños, llamados el uno JUSTO y el otro PASTOR, hermanos carnales. JUSTO era el menor, pues contaba solo siete años, y nueve tenia PASTOR; y el hallarse en primer lugar siempre al más pequeño se dice que no consiste , como algunos han dicho, en el órden alfabético de la inicial de su nombre, sino que se le dió desde luego la primacía, para nombrarlos á JUSTO, porque siendo el menor en edad, es más glorioso en él el triunfo de la gracia, añadiendo á esto que JUSTO empezó á exhortar á su hermano, para que no dudase de que le seguiria en la santa empresa, y caminaria el primero á la muerte.

Los padres eran cristianos; pero se ignora su nombre y calidad, comprendiéndose solo que eran de los más leales y fervorosos servidores de Jesucristo, y que habian echado

desde muy temprano en el corazon de sus hijos la celestial semilla que dió tan gloriosos frutos, la cual fué tambien ayudada á fructificar por otro cristiano, dedicado á la enseñanza de niños, á cuya escuela asistian diariamente JUSTO y PASTOR, con gran provecho de sus claros y precoces entendimientos, y de sus admirablemente sublimes ideas religiosas.

Gran sorpresa causó á estos la fiera persecucion contra los cristianos, que marchaba iniciando y excitando el presidente Daciano; pero muy lejos de acobardarles las terribles penas que el decreto señalaba para los servidores de Jesus, formaron la admirable resolucion de hacer frente al tirano, y levantar su voz en defensa del Redentor del mundo y de su salvadora doctrina. Poniendo, pues, en ejecucion su proyecto, una mañana, en lugar de dirigirse á la escuela, marcharon al pretorio y dirigiéndose á los ministros, con claras, firmes y sonoras voces les dijeron: «Que si iban á buscar cristianos, allí tenian dos, que no reconocian por dioses á los ídolos que los emperadores veneraban, sino á solo Jesucristo, hijo de Dios vivo, que con el Padre y el Espíritu Santo, era un Dios, criador del cielo y de la tierra, hecho hombre por amor de los hombres, y á quien todos debian venerar como á Dios y hombre verdadero; que si para creer esta verdad solicitaban firmeza, ellos estaban prontos á morir por ella.»

Sin saber qué hacer los ministros en un caso tan nuevo, de que dos tiernas criaturas se presentaban á desafiar el poder del imperio romano, dieron cuenta al pretor, consultándole la providencia que debia tomarse. El pretor dijo que no juzgaba decoroso entrar en controversia con unos muchachos; pero que para escarmentarlos y que no volvieran á repetir su locura se les azotase inmediatamente con varillas. Oida la sentencia por los niños, se iluminaron sus semblantes con la más inefable alegría, y cuando los ministros y verdugos

esperaban oir solo gritos y lamentos de dolor por tan duro castigo, escucharon á JUSTO, que tratando de animar á su hermano mayor le decia: «No temas, ¡oh PASTOR! esta pena corporal que nos espera; no te sobrecoja el miedo de los azotes, para dejar de estar firme en la confesion que hemos hecho: prevente á despreciar aun el alfange que amenaza, porque si quisiere Dios concedernos la honra de dar la sangre y la vida por él, lograremos la corona de la fortaleza de los mártires, y la gloria perpétua con los ángeles. Aquí habia de ser nuestra vida muy corta, porque la temporal se acaba luego; pero si la damos por Cristo, será eterna.—Entonces respondió PASTOR:—Dignamente me aconsejas á lo JUSTO, como corresponde á tu nombre: leve es y momentáneo todo lo que se padece en esta vida. No nos detenga el amor de los padres ó parientes, ni nos compadezcamos de nuestra tierna edad, para removernos de sacrificársela al Señor. Démonos prisa para volar al cielo, que allí todo es vida y felicidad.»

Tal firmeza en dos pequeñas criaturas, que hubiera sido altamente sorprendente en dos esforzados varones, dejaron asombrados á todos los presentes, y los ministros no pudieron menos de consultar nuevamente al pretor. No menos asombrado quedó este que sus ministros cuando le refirieron el admirable valor y firme resolucion de los dos tiernos cristianos de sufrir cuantos castigos les impusiesen, y hasta la muerte. Su amor propio le impulsaba á presentarse en el tribunal y agotar todos los tormentos que le sugiriese su ira para vencer á aquellos niños; pero su mismo amor propio le contenia, pues si, como era ya de presumir, no cedian JUSTO y PASTOR ante ningun tormento, iba él á quedar más afrentado. En su virtud, pues, y considerando muy dañosa para el culto de sus ídolos la existencia de aquellos niños, mandó que ocultamente los sacasen de la ciudad, y fuera de ella los degollasen; lo cual se verificó el dia 6 de agosto, en que se celebraba este triunfo en tiempo de los godos, segun consta

del Código Gótico-Hispano-Veronense, del oficio muzárabe de diferentes y autorizados Martirologios, aunque algunos otros ponen la memoria de estos Santos en 25 de agosto.

Con respecto al sitio en que tuvo lugar la degollacion de los santos niños, hay exacta conformidad entre los escritores. Estaba situada en aquel tiempo la poblacion de Alcalá en lo que despues se ha llamado *Huerta de las fuentes*, y los verdugos, sacando á los niños de la poblacion, los llevaron al sitio que se llamaba *Campo laudable*, que hoy ocupa la iglesia, y allí poniéndolos de rodillas sobre una piedra los degollaron, cuya piedra con vestigios de la sangre, y señal de las rodillas, se conserva en la magistral.

Dicen las actas, que corrido y avergonzado el pretor de su feroz é inhumano hecho, salió inmediatamente de Cómpluto, lo que proporcionó á los cristianos la dicha de recoger los santos cadáveres y con gran veneracion y la mayor honra posible darlos sepultura en aquel mismo lugar, edificando en seguida una pequeña iglesia con dos altares, uno encima del cuerpo de JUSTO, y otro sobre el de PASTOR. La iglesia debió ser de tan pobre y débil construccion, que desapareció, y hasta su memoria, en solos cien años. Mas para que los fieles de la ilustre Alcalá no se vieran privados de la contemplacion de las reliquias de los gloriosos niños, á principios del siglo V eligió la Divina Providencia al metropolitano de Toledo, llamado Asturio, para que volviese al público las santas reliquias, revelándole durante un misterioso sueño el lugar en que se hallaban. Partió inmediatamente para Alcalá el obispo Asturio, y habiendo hecho desmontar el terreno donde se percibian unas ruinas, encontró los dos santos cuerpos. Reedificó de nuevo la iglesia, erigiéndola en silla episcopal, y permaneció el resto de su vida en Alcalá, para no apartarse de las reliquias de los santos niños, á quienes consagró la más fervorosa devocion.

Cuando los sarracenos invadieron la España, las santas re-

líquias de JUSTO y PASTOR, como las de otros muchos santos, fueron sacadas por los cristianos de los sitios que ocupaban, y escondidas y trasladadas á puntos en que estuvieran libres de la profanacion de los moros. Las de los santos niños estuvieron guardadas en varios puntos de España y Francia; y disminuida la persecucion sarracénica por los triunfos que los cristianos comenzaban á alcanzar sobre los moros, fué trasladada parte de las reliquias de JUSTO y PASTOR desde Narbona, donde quedó la mayor parte, entre ello la cabeza de JUSTO, á Huesca, en cuya iglesia de San Pedro permanecieron ochenta y seis años. En el de 1567, el rey D. Felipe II obtuvo del Papa Pio V un decreto en forma de breve apostólico en que ordenaba al Obispo de Huesca que mandase á Alcalá la mitad de las sagradas reliquias de estos mártires. Obedeció el Obispo, y habiendo puesto en una preciosa urna las relíquias pedidas, fueron llevadas al lugar del martirio con gran pompa y magnificencia, saliéndolas á recibir la poblacion entera de Alcalá con el mayor entusiasta gozo, el dia 7 de marzo de 1568.

SAN ESTÉBAN, ABAD, ESPAÑOL, Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

Comenzaba el año del Señor 872, y toda la Andalucía, con otra gran parte de España, estaba en poder de los moros. Incansable el sanguinario Mahomet, rey de Córdoba, en la persecucion de los cristianos, de los que toda su vida fué implacable enemigo, determinó hacer una invasion en las tierras de Leon y Castilla, para lo cual alistó dos ejércitos, que salieron á invadir y conquistar lo que pudieran de los dos expresados reinos de Castilla y Leon. El ejército musulman que se dirigió á este fué completamente derrotado por el rey D. Alfonso el Casto; pero las pérdidas en Leon las iban compensando los moros con las ganancias en Castilla, donde la suerte de las armas era propicia al célebre general moro Zafa.

Al dirigirse á Búrgos supo el moro que á dos leguas de la ciudad, en la falda del monte llamado Jubeba, se encontraba un monasterio de monjes benitos con el nombre de San Pedro de Cardeña, en el cual habia una numerosa comunidad; y presumiendo por esto que el monasterio debia ser muy rico y que le proporcionaria un gran botin, se dirigió á él y lo cercó, pidiendo á los monjes que le entregaran inmediatamente cuanto dinero, alhajas y efectos de valor tuvieran. Era abad á la sazon un hijo del país, varon de una virtud sin tacha y de una prudencia y valor cristiano á toda prueba, y contestó á Zafa que ni él ni los demás monjes, que se elevaban entonces á doscientos, guardaban otra riqueza que su amor á Jesucristo, la cual no podian dar, porque iba é iria siempre unida á sus corazones. Furioso el musulman con esta respuesta, se apodera del edificio, manda cerrar en un claustro á todos los monjes, y recorre el monasterio destrozando cuanto encontraba para conseguir dar con las riquezas que presumia habian escondido los monjes. Lo infructuoso de su registro aumentó el furor de Zafa, y para templar con sangre su ira, mandó á sus soldados que pasasen á cuchillo á todos los monjes, lo que se verificó acto contínuo, en el mismo claustro en que estaban encerrados los indefensos mártires, que invocando el dulce nombre de Jesus, le entregaron su alma el dia 6 de agosto del citado año 872.

Luego que se retiraron los moros, acudieron los cristianos y dieron sepultura á los cadáveres en el mismo claustro que habian inundado con su sangre, el cual se tuvo en tanta veneracion por muchos años, que nadie pasaba por él, considerando una grande irreverencia el pisarle. Hízose muy pronto célebre aquel claustro por los admirables prodigios que allí se veian de tiempo en tiempo, siendo uno de ellos el de teñirse todos los años, el dia 6 de agosto, el suelo con color de sangre, despidiendo al propio tiempo un suavísimo

olor; prodigio que continuó hasta el tiempo del rey D. Enrique IV, segun resulta de un privilegio por donacion de propiedades que hizo este rey al monasterio.

En vista de este y otros portentos recurrieron los monjes al Papa Pio V en solicitud de que se declarasen por la Santa Sede santos mártires los monjes sacrificados por los moros, autorizándose su culto. El Papa comisionó al arzobispo de Búrgos, D. Cristóbal de Vela, para que procediese á la justificacion del referido suceso, el cual resultó plenamente probado por la deposicion de cuarenta testigos, dignos de todo crédito. La causa quedó en suspenso por algunos años en Roma, hasta que D. Vicente Ferrer, canónigo penitenciario de la iglesia de Orihuela, devotísimo de estos mártires, recurrió al Papa Clemente VIII y consiguió que mandase Su Santidad con fecha 19 de enero de 1603 que se inscribiesen los mártires de Cardeña en el Martirologio romano, lo cual verificó sin tardanza el cardenal Baronio. Deseando despues todavía más el referido Ferrer, solicitó que se rezase públicamente en la iglesia el oficio de dichos mártires. Tambien fué concedida esta súplica, y el mismo cardenal Baronio compuso las lecciones del segundo nocturno. Comunicó esta agradable nueva el abad del monasterio de Cardeña al rey D. Felipe III, el cual concedió una gran suma para que se edificase una suntuosa capilla sobre el sepulcro de los Santos, en la que se colocaron las reliquias, y en medio de ella una primorosa efigie de SAN ESTÉBAN, abad, jefe de los doscientos mártires.

DIA 7.

San Cayetano, Fundador, *Veneciano*, y San Alberto *de Sicilia*, Confesor.

DIA 8.

San Ciriaco, *Romano*, y Compañeros Mártires.

DIA 9.

San Roman, Mártir, *Romano*.

DIA 10.

SAN LORENZO, MÁRTIR, ESPAÑOL.

Fué el glorioso SAN LORENZO natural de la ciudad de Huesca, é hijo de los Santos Orencio y Paciencia, cuya biografía insertamos en el dia 1.° de mayo de este SANTORAL, dando á conocer las sublimes virtudes que los colocaron en los altares. Ya manifestamos allí que de aquel noble, rico y virtuoso matrimonio fueron hijos, Orencio llamado como su padre, y LORENZO, del que vamos á ocuparnos.

Nació este con apacible carácter y marcada propension á lo razonable, justo y virtuoso, y muy aficionado á todo lo perteneciente á la iglesia. Con tales inclinaciones y teniendo por padres dos Santos, no hay necesidad de decir que desde la infancia fué LORENZO un perpétuo ejemplo de pureza y santidad.

Desde muy pequeño habia manifestado constante deseo de pasar á Roma y emplearse en el servicio inmediato del Sumo Pontífice; pero aunque sus padres siempre aprobaron esta inclinacion, no se prestaron á complacer á su hijo por de pronto, teniendo prudentemente en cuenta sus pocos años. Mas habiendo trascurrido algunos de estos, habiendo pasado á mejor vida Santa Paciencia, madre de LORENZO, y habiendo determinado el padre, San Orencio, retirarse á la soledad, hubo lugar á la realizacion del proyecto del jóven, y se puso en camino para la capital del mundo cristiano. Bien pronto fué conocido en esta el precoz talento y la sublime virtud del jóven español, al cual, dicen San Agustin y San Pedro Crisólogo, que desde luego concedió el Sumo Pontífice San Sixto el más paternal afecto, confiriéndole las sagradas órdenes y

la dignidad de arcediano, empleo en que estaba representado el primero de los diáconos de la Iglesia romana, por ser de su cargo dar la comunion al pueblo cuando el Papa celebraba el santo sacrificio de la misa, y ser èl encargado de la custodia de los vasos sagrados, vestiduras sacerdotales, y de los caudales destinados al mantenimiento de los ministros del altar y socorro de los pobres.

Reinaba á la sazon el emperador Valeriano, uno de los más queridos de sus súbditos por su humano y afable trato, y tan benévolo y tolerante con los cristianos, que tenia gran número de ellos empleados en su inmediato servicio y muy considerados en su cámara. Pero la depravada alma, la envidia y ambicion de un hombre solo, echò sobre el emperador Valeriano un borron que cubrió la gloria de sus pasadas acciones con una costra de sangre inocente vertida por la ferocidad. Macriano, hombre audaz é intrigante que desde la más oscura cuna se habia elevado por la escala del crímen á los más elevados puestos del imperio, y aspirante á este, posesionado de la voluntad de Valeriano, le persuadió de que estaba faltando á lo que debia á sus dioses, á sus antepasados y á su dignidad, tolerando y hasta protegiendo á los cristianos, y que los dioses no podian menos de serle contrarios si no perseguia hasta extinguir á los infamadores de los ídolos. Alucinado y aterrado el emperador Valeriano por las fatídicas palabras de su favorito Macriano, expidió el conocido y terrible decreto del año 258, en el que sin remision ni dilacion alguna condenaba á muerte á todos los Obispos, presbíteros y diáconos, no dejándoles la opcion que permitia á los demás cristianos de rescatar la vida á costa de la fé, renegando de jesucristo.

Dieron principio á la persecucion por el jefe de los perseguidos, prendiendo los soldados del emperador al Papa San Sixto, y conduciéndole á la cárcel Mamertina. No se hallaba cerca del Papa, cuando lo prendieron, su diácono LORENZO;

pero le avisaron en seguida para que se escondiera ó huyera, pues era de presumir que si no lo hacia, corriera la propia suerte que su santo jefe. Pero LORENZO, en lugar de hacer lo que le aconsejaban, corrió á encontrar á San Sixto y unióse á él antes de que le encerraran en la cárcel, para poder entrar en ella con él y servirle y acompañarle. Logró su primer objeto de encontrarlo antes de su llegada á la cárcel, y dice San Ambrosio que al acercarse á el exclamó: «¿Qué es esto, Padre Santo? ¿Cómo vas á ofrecer el sacrificio sin que te haga compañía tu diácono, el cual nunca se separa de tu lado cuando llegas al altar? ¿Acaso desconfias de mi fé? ¿tienes poca satisfaccion de mi valor? Ea, haz experiencia de él, y ella te acreditará si soy ó no soy digno del sagrado ministerio con que me honró tu bondad. El diácono jamás debe desviarse del lado del Pontífice: pues ¿por qué me dejas huérfano y desamparado? Justo es que el hijo haga compañía á su padre, y no es razon que la oveja se aleje de su pastor.»

Enternecido San Sixto al oir los fervorosos afectos de su diácono, le contestó: «Consuélate, hijo mio, que presto cumplirá el cielo tus encendidos deseos; para mayor triunfo te reservan sus amorosos destinos. Anda, y sin perder tiempo distribuye á los pobres los tesoros que se fiaron á tu cuidado, y prevente para recibir la corona del martirio.» Estas últimas palabras llenaron del más puro gozo el corazon de LORENZO, cuyo perpétuo y vehemente deseo era morir mártir por amor á Jesucristo.

Sin detenerse un instante marchó á la iglesia, confió á otros sacerdotes los vasos sagrados, vestiduras y ornamentos, y tomando el dinero destinado al socorro de los pobres cristianos, partió en busca de ellos, recorriendo las cuevas y subterráneos en que estaban escondidos, dando limosna á todos. Habiéndole dicho que diferentes presbíteros y muchos fieles se habian refugiado en la casa de una santa viuda, llamada Ciriaca, en el monte Celio, pasó á ella, entrada ya la noche,

lavó los pies á los ministros del altar, y distribuyó limosnas entre los refugiados, marchando en seguida á casa de un fervoroso cristiano llamado Narciso, á la cual se habian refugiado otros muchos. Socorriólos á todos y restituyó la vista milagrosamente á uno llamado Crescenciano, que hacia muchos años estaba ciego. Desde allí sin ceder su santo y caritativo celo á cansancio ni fatiga, pasó á la cueva de Nepociano, en la que habia sesenta y tres cristianos acogidos, y despues de exhortarlos á la paciencia y constancia en la fé, repartió entre ellos el dinero que le restaba.

Al amanecer marchó á situarse á la puerta de la cárcel para lograr el consuelo de hablar por la última vez y despedirse del santo Papa que estaba sentenciado á ser degollado en aquel mismo dia. Al salir para marchar al suplicio el venerable anciano, se arrojó LORENZO á sus pies y deshecho en lágrimas le dijo que ya quedaban en buenas manos los tesoros de la Iglesia que le tenia confiados, y que nada le restaba que hacer más que servirle en el sacrificio de su vida, que iba á ofrecer al Señor. Procuró San Sixto consolarle, anunciándole que dentro de los tres siguientes dias tendria parte en la misma corona, y le añadió: «Atendiendo Dios á la flaqueza de mi edad, solo me expone á tormentos ligeros; pero á tí, hijo mio, te reserva una señalada victoria, que hará célebre en el mundo tu martirio.»

Como los soldados habian oido á LORENZO hablar de tesoros, creyeron que debian avisarlo al emperador, figurándose que aquel jóven sacerdote seria depositario de todas las riquezas que perteneciesen á los cristianos. Inmediatamente mandó Valeriano que prendieran á LORENZO, tanto por castigar su atrevimiento haciendo alarde de su religion, cuanto por apoderarse de los tesoros que se presumian en su poder. Con sin igual gozo se dejó LORENZO prender de los soldados, comprendiendo que el anuncio de San Sixto iba á realizarse, concediéndole Dios la ansiada corona del martirio.

Condujéronle á presencia del mismo emperador, quien principió preguntándole su ocupacion ó profesion, á lo que respondió LORENZO con firmeza y dignidad que era cristiano, y diácono de la Iglesia romana. El emperador sin manifestarse ofendido continuó su indagatorio preguntándole donde tenia los tesoros que se le habian confiado. Á esto contestó LORENZO diciendo que si se le daba tiempo, los presentaria, á lo que accedió Valeriano, mandando que le dejasen libre y dándole un dia de plazo para cumplir su oferta.

Salió LORENZO y se empleó todo aquel dia y noche en convocar á los cristianos pobres, acompañado de los cuales se presentó al cumplirse las veinticuatro horas delante del palacio, encargando que pasaran recado al emperador diciéndole que estaba allí á darle cuenta de su ofrecimiento. Recibido por Valeriano, le mostró desde una ventana del palacio la comitiva con que habia llegado, diciéndole que le presentaba los principales bienes de los cristianos, y los verdaderos depositarios de las riquezas de la Iglesia. Al contemplar el emperador aquella reunion de hombres, mujeres y niños, con los vestidos destrozados y representando todos y cada uno de ellos la mayor indigencia, consideró esta accion una insultante burla y un sarcástico desacato á su dignidad, y arrebatado de furor resolvió castigar tal temeridad con los suplicios más dolorosos. Mandó que le azotasen en seguida, mientras preparaban todos los instrumentos é infernales aparatos que empleaban para atormentar á los mártires, diciéndole: «Una de dos: ó resuélvete á sacrificar inmediatamente á nuestros dioses, ó disponte para padecer tú solo mucho más de lo que han padecido hasta aquí todos juntos, cuantos profesaron tu infame secta.—Vuestros dioses, señor (respondió LORENZO), ni siquiera merecen aquellos vanos honores que se tributan á los hombres; ¿y vos quereis que yo los rinda adoracion? Hacen poca fuerza esos instrumentos de la crueldad á quien no teme los tormentos; y espero en la gra-

cia de mi Señor Jesucristo que la misma intrepidez con que los toleraré, será la mejor prueba de lo que puede aquel único y verdadero Dios á quien adoro.» Quedó cortado el emperador al oir esta animosa respuesta, y perdida toda esperanza de conseguir nada de lo que deseaba del santo diácono; pero no queriendo darse por vencido, mandó que le llevasen á la cárcel, encargando su custodia á Hipólito, uno de los principales oficiales de su guardia, en cuyo ánimo habian hecho ya grande impresion las palabras de LORENZO, y acabaron de convertir á la religion cristiana los milagros que obró en la prision, pues no bien se presentó en ella se arrojaron á sus piés cuantos cristianos habia en ella, y uno de ellos, llamado Lucilo, que hacia muchos años habia perdido la vista, la recobró instantánea y milagrosamente tomando la mano de LORENZO y aplicándosela á los ojos. Hipólito, predispuesto ya á la conversion, no pudo resistir á tan palpable prueba de santidad, y pidió el bautismo, cuyo ejemplo siguieron algunos otros soldados.

Al amanecer del siguiente dia recibió el prefecto de la ciudad una órden del emperador, en que le prevenia hiciese conducir á LORENZO ante el tribunal, y no perdonase medio ninguno para obligarle á ofrecer sacrificio á Júpiter, y que si no pudiera conseguirlo le quitase la vida, pero despues de haber empleado los tormentos más dolorosos que pudiera inventar. «Ejecutóse la órden con la mayor puntualidad: compareció el Santo: empleáronse halagos, promesas y amenazas, pero sin otro fruto que proporcionarle ocasion para dar mayores pruebas de su fé y de su constancia. Entonces no se pensó ya más que en inventar nuevos tormentos, y en añadir inhumanos primores á la ordinaria crueldad de los suplicios. Tendiéronle en el potro, y despues de haberle dislocado los huesos, le despedazaron las carnes con escorpiones, que eran unos ramales que remataban en bolas de plomo, cubiertos de unas mallas de hierro, y armadas estas de pun-

tas aceradas y encorvadas en figura de agudos garfios. Pensó el Santo espirar en este cruel tormento; pero oyó una voz del cielo que decia le reservaba Dios para más gloriosa victoria, conseguida á fuerza de nuevos y más dificultosos combates. Asegúrase que esta milagrosa voz fué oida de todos los circunstantes, y que el prefecto de Roma, para desvanecer la impresion que podia hacer en ellos, exclamó: *Mirad, romanos, cómo los demonios vienen en socorro de este mago, que no teme á los dioses del cielo ni á los príncipes de la tierra; pero veremos si sus encantos son superiores al rigor de los tormentos.* Quedó LORENZO maravillosamente confortado y consolado con la celestial voz; y entonces fué cuando Roman, soldado de la guardia del emperador, vió con los ojos corporales á un ángel en figura de un bizarro y hermosísimo mancebo, que enjugaba con un lienzo el sudor del rostro y la sangre que corria de las heridas del santo mártir; vision que acabó de convertirle, trasformándose en soldado de Jesucristo.

»Sobrevivió nuestro Santo á este cruel tormento, para que el triunfo de la fé se comunicase á otros muchos. Oíasele prorumpir incesantemente en bendiciones y en alabanzas del Señor, siendo el asombro y la admiracion de los mismos paganos el gozo que brillaba en su semblante. Mandó el prefecto que segunda vez compareciese en su tribunal, y segunda vez le examinó acerca de su patria, de su religion, y de su tenor de vida.—*Soy español de nacimiento y de orígen,* respondió el Santo: *pero he pasado en Roma casi toda mi juventud. Desde la cuna tuve la dicha de ser cristiano, y mi educacion fué el estudio de las divinas leyes.—Calla, insolente,* replicó el prefecto; *¿llamas estudio de las divinas leyes el que te enseña á menospreciar los dioses inmortales?—Y aun porque yo conozco bien esta ley divina,* prosiguió LORENZO, *miro con tanto menosprecio la vanidad de los ídolos, porque la razon natural reprueba esa impía y extravagante multitud de dioses.*—No se le dió permiso para proseguir, y arrebatado el juez de cólera y de saña, añadió: *Tú pasarás*

esta noche en un género de tormento, que seguramente te hará mudar de opinion y de lenguaje.—No lo creas, respondió LORENZO; *tus tormentos son todas mis delicias; y la terrible noche con que me amenazas, espero ha de ser para mí la más clara y más alegre de toda mi vida.*—No pudo tolerar el tirano aquella generosa intrepidez, y mandó que con grandes piedras le moliesen las quijadas. Llenó el Señor á su siervo de dulcísimo consuelo; y noticioso el emperador de todo lo que pasaba, mandó que le tostasen á fuego lento.

»Extendieron luego á LORENZO en una especie de lecho ó parrillas de hierro encendido y rojo, como sale de la fragua; debajo de ellas tendieron una cama de rescoldo, que de cuando en cuando iban fomentando con carbones, gobernándolo con tal economía, que el cuerpo se fuese tostando poco á poco, para que fuese más vivo y más prolongado el dolor. Estaba LORENZO en aquella cama de fuego con tanta serenidad, con tanto desembarazo, con tanta alegría y con tan heróica constancia, que asombrados muchos de los circunstantes se convirtieron á la fé, y entre ellos no pocas personas de distincion, reconociendo en aquel valor una fuerza muy superior á la humana. Y el poeta Prudencio, que escribió en verso el triunfo de nuestro Santo, testifica que los neófitos, esto es, los cristianos recien bautizados, vieron rodeado su semblante de un extraordinario resplandor, y percibieron un suavísimo olor que exhalaba su cuerpo tostado.

»En medio de tan cruel y bárbaro suplicio, era tan grande á vista del cielo la tranquilidad del santo mártir, tanto el gozo que sentia su espíritu de padecer por amor de Jesucristo, que cuando le pareció estar ya bien tostado de un lado, vuelto al prefecto, le dijo sonriéndose, con aire de alegría: *De este lado ya estoy en sazon; puedes mandar, si te parece, que me tuesten del otro.* Y levantando despues los ojos al cielo, inundada su alma en consuelos celestiales, entregó dulcemente su espíritu en manos del Criador, quedando tan atónitos los asistentes, que

no pudieron disimular su admiracion y su pasmo. Consumó su ilustre martirio este gran Santo el dia 10 de agosto del año 258. Cogieron secretamente su cuerpo Hipólito y el presbítero Justino, y le enterraron en una gruta del campo Verano, camino de Tívoli, en el mismo paraje donde con el tiempo se erigió en su nombre una célebre iglesia, cuya fundacion se atribuye á Constantino el Grande, y su amplificacion al Papa Pelagio II, siendo una de las siete patriarcales, y una de las siete principales estaciones de Roma. Edificóse despues otra en honra del mismo Santo, que consagró el Papa San Dámaso.

»Hízose tan célebre su sepulcro por el gran número de milagros que obró Dios en él para glorificar á SAN LORENZO, que exclamó San Agustin: *¿Quién jamás pidió cosa alguna delante de su sepulcro, que no la hubiese conseguido?* Y San Leon el Magno es de parecer que el martirio de SAN LORENZO no fué menos glorioso á la Iglesia de Roma que el de San Estéban á la de Jerusalen, añadiendo que desde el oriente del sol hasta su ocaso, resuena la gloria de estos dos levitas. Á la verdad, tanta multitud de templos y de otros magníficos monumentos en honor de SAN LORENZO como se encuentran esparcidos por todo el universo, son auténticos testimonios de su elevada gloria; y los innumerables favores que dispensa el cielo en todas partes por su poderosa intercesion, fomentan la general veneracion que todos los fieles profesan á este gran Santo.»

El monumento más magnífico en honor de SAN LORENZO que se conoce en todo el orbe cristiano, es el suntuoso templo y monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial, construido por el rey Felipe II para panteon de los reyes de España, en memoria y accion de gracias de la famosa jornada de San Qnintin, tan funesta para los franceses como gloriosa para los españoles, que tuvo lugar el dia del glorioso Santo español, 10 de agosto de 1557.

Se conservan en Roma, además de la mayor parte de su cuerpo, casi todos los instrumentos con que fué martirizado, una parte de las parrillas en que fué tostado, y una gran piedra de mármol teñida con su sangre, sobre la cual tendieron el santo cuerpo despues de consumado el martirio. En otras iglesias de Roma se muestra la ceniza y algunos de los carbones que sirvieron para tostarle. Tambien Francia posee parte del cuerpo é instrumentos del martirio, como se ven en las iglesias de San Dionisio y en la de San Vicente de Mons, en las que se manifiestan varios pedazos de las parrillas. En la iglesia de San Martin de Leon se expone á la pública veneracion parte de un brazo cubierto aun con la piel tostada, y en Puy un hueso. En todas partes se han experimentado los efectos de lo que SAN LORENZO puede con Dios en favor de los que fervorosamente le invocan. Apenas ha habido Sumo Pontifice que no haya hecho sublimes elogios de SAN LORENZO, y á su martirio atribuye principalmente el poeta Prudencio la entera conversion de la ciudad de Roma.

DIA 11.

San Tiburcio, Mártir, y Santa Susana, Vírgen y Mártir, *Romanos.*

DIA 12.

Santa Clara, Vírgen y Fundadora, *Italiana.*

DIA 13.

San Hipólito y San Casiano, Mártires, *Italianos.*

DIA 14.

San Eusebio, Presbítero y Confesor, *Romano.*

DIA 15.

La Asuncion de Nuestra Señora.

DIA 16.

San Roque, *Francés*, y San Jacinto, *Polaco*, Confesores.

DIA 17.

San Joaquin, Padre de Nuestra Señora, y San Paulo y Santa Juliana, hermanos Mártires, *de Judea*.

DIA 18.

San Agapito, Mártir, Santa Elena, Emperatriz, y Santa Clara de Falconeri, *Italianos*.

LOS SANTOS MÁRTIRES ESPAÑOLES DE CÓRDOBA Y SAHAGUN.

La *España Sagrada*, varios Santorales y Años Cristianos, colocan en este dia 18 de agosto á los citados Santos Mártires. Sanchez de Feria en su *Palestra Sagrada*, tomo IV, tambien hace mencion de ellos; pero no siendo bastantes las noticias que ni unos ni otros dan para formar una biografía, nos concretamos á copiar, como en todos los casos iguales ó parecidos hacemos, lo que encontramos escrito, y que nuestra conciencia acepta como lo más exacto y justificado.

Habiendo llegado á la sumo el odio del cruelísimo Mahomad, rey de Córdoba, contra la religion cristiana, los monjes que florecian en aquella ciudad y su comarca, en el siglo IX, huyendo del furor de la persecucion, fueron poco á poco desamparando sus monasterios. El célebre Tabanense, fundado por la santa familia del mártir Jeremías y su mujer Isabel, fué todo asolado. El de Cuteclara, el de San Martin, el de San Felix, el de San Salvador, el de San Zoilo, el de San Justo y Pastor, el de San Ginés y el de San Cristóbal fueron poco á poco despoblándose, y sus monjes se refugiaron á varias provincias católicas, exentas de aquella tiranía. Unos eligieron el monasterio de Samos, siendo su abad Ofilon, en el año 862. Otros fundaron el de San Miguel de Es-

calada, el año 873. El abad Alonso, con sus monjes, en el año 874, reedificó el monasterio de Sahagun. El abad Juan y sus religiosos poblaron el de San Martin de Castañeda, año de 952; y el abad Teodomiro y otros monjes, fundaron el de San Zoilo en Carrion, el año de 1060.

Los trabajos y tormentos que experimentaron todos los monasterios de Córdoba, con la constante enemistad de los moros, no se saben con distincion y precision. Mas por lo que acaeció en el de San Cristóbal, que estaba junto á la ciudad, á la orilla del Bétis, podemos presumir las causas por qué los otros monjes huyeron. Vivia en él el abad Alonso con sus súbditos, varones todos de esclarecida piedad y entregados á Dios. Estando ausente el abad con algunos monjes, fueron allá los moros, y con gran furia dieron muerte á los que allí encontraron. Tras esto asolaron el monasterio, no dejando en todo él piedra sobre piedra. El abad, luego que supo esta matanza y desolacion, envidiaba la dichosa suerte de sus buenos súbditos, y lloraba los pecados que creia le habian hecho indigno de aquella corona.

Tuvo lugar este suceso el año 874. El abad y los monjes que se salvaron determinaron retirarse á los dominios del rey D. Alonso III. Recibiólos este príncipe con benignidad, y les dió el monasterio de Sahagun, dedicado á los santos mártires Facundo y Primitivo, que estaba entonces asolado. Al abad eligió despues para ayo y director de su hijo D. García, cuyo cargo desempeñó cumplidamente. Este destino ocupaba el abad en la córte, cuando el año de 883, Almundar, hijo de Mahomad, á la cabeza de un grande ejército de moros, entró por los dominios del rey D. Alonso. En el monasterio de Sahagun hizo alarde de su furor y del odio que tenia al nombre de cristiano. Destruyó el edificio y asesinó con la mayor crueldad á todos los monjes. Solo el abad Alonso quedó vivo para llorar otra vez su desgracia.

DIA 19.

San Luis, Obispo, *Provenzal*, San Magin, Mártir (1).

DIA 20.

San Bernardo, Abad, Doctor y Fundador, *Francés*.

SAN CRISTÓBAL Y SAN LEOVIGILDO, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Fué SAN CRISTÓBAL natural de Córdoba, y segun dice en la vida de San Eulogio el célebre escritor Álvaro Cordovés en el núm. 12, descendiente de árabes: *Arabs genere*. Estudió bajo la direccion de San Eulogio, y con su clarísimo talento, su inclinacion á la virtud, y con tan sublime maestro, llegó á la juventud con todas las sobresalientes dotes que distinguen á los elegidos del Señor.

Conociendo los peligros del siglo, especialmente en aquella época, mediados del siglo IV, en la que la desmoralizacion de los moros era perpétuo ejemplo de perdicion para la juventud, determinó retirarse al claustro, y con la aprobacion de su santo maestro, vistió el hábito de monje en el monasterio llamado de San Martin, situado en la sierra, á poca distancia de Córdoba, en el lugar llamado *Rojana*.

Con tal fervor abrazó el estado monástico, que muy luego se hizo admirar de los más rígidos y penitentes monjes, pues llevó á un grado tan alto la abstinencia, la mortificacion y la exactitud en la observancia de las reglas del instituto, que hasta los ancianos le tomaron por santo modelo de perfecta vida religiosa.

El heroismo de los numerosos mártires que iban dando su vida por Jesucristo, inflamó el corazon de CRISTÓBAL, con ardientes deseos de alcanzar la dicha de aquellos, y re-

(1) La biografía de este Santo corresponde al APÉNDICE.

suelto á buscarla, bajó á Córdoba, se presentó ante el tribunal, hizo la más explícita y terminante confesion de la fé, y dirigiéndose en seguida al pueblo le exhortó á que renegase de los errores del Alcorán, que conducirian sus almas á la eterna perdicion, y aceptasen la doctrina de Jesucristo, que las llevaria al paraiso. Hízole callar el juez, y mandó que inmediatamente fuese encerrado en una lóbrega mazmorra, cargado de cadenas.

Todavía resonaban en los oidos del juez y de la muchedumbre las heróicas frases de CRISTÓBAL, cuando se presentó en el tribunal otro apóstol de la fé, confesándola y predicándola como CRISTÓBAL habia hecho. Era el nuevo héroe cristiano un anciano monje, natural de Granada, llamado LEOVIGILDO, y perteneciente al monasterio de San Justo y Pastor, que estaba situado tambien en la montaña, junto á una aldea que llevaba por nombre *Legulense*, el cual, abundando en los mismos deseos que CRISTÓBAL, marchó asimismo en busca de la corona del martirio. Fué tambien aprisionado y conducido á la mazmorra en que estaba CRISTÓBAL, en lo que ambos tuvieron un gran gozo, porque les proporcionaron la dulce satisfaccion de pasar santamente el tiempo en pláticas sobre la divinidad del Salvador del mundo. Finalmente, el dia 20 de agosto del año 852 los sacaron á los dos de la prision, y conducidos al lugar del suplicio, fueron degollados. Queriendo el juez privar á los cristianos del dulce consuelo que tenian recogiendo los cuerpos de los mártires y dándolos sepultura, mandó que los de estos fuesen quemados; los cristianos, sin embargo, tuvieron ocasion de apoderarse de ellos antes de ser enteramente consumidos por el fuego, y los colocaron en la iglesia de San Zoilo, segun afirma San Eulogio. Usardo los dió lugar en su Martirologio, cuyo ejemplo siguieron otros. El escritor citado arriba, Álvaro Cordovés, ofreció en la vida de San Eulogio escribir detalladamente el martirio de SAN CRISTÓBAL;

pero ó no llegó á verificarlo, ó no ha sido descubierto el manuscrito.

La iglesia de Córdoba celebra en este dia el triunfo de estos mártires, y la de Granada lo hace con oficio doble el dia 10, desde el año de 1732, en que así lo dispuso el Prelado de aquella diócesi, D. Francisco de Perea.

DIA 21.

Santa Juana Francisca Fremiot, Viuda y Fundadora, *Francesa*, y Santa Basa y tres hijos Mártires, *Sirios*.

SAN JUAN CONFESOR, ESPAÑOL.

El R. P. M. Fr. Enrique Florez en su *España Sagrada*, tomo X, trat. XXXIII, cap. II, pág. 362, núm. 15, dice al tratar de este Santo: «El Santo Confesor JUAN.—Al martirio de San Perfecto se siguió la prision del ilustre baron JUAN, llamado CONFESOR, *segun estilo antiguo, en que se daba aquel título á los que padecian algunas penas por confesar la fé.* Tuvo esta dicha JUAN; conviniendo con San Perfecto en que no se presentó al juez por eleccion propia, sino por envidia y acusacion de los moros. El caso fué que como la estorsion de los bárbaros tenia tan oprimidos á los cristianos, se veian estos precisados á recurrir á la industria de algunos tratos para mantenerse y pagar los tributos. JUAN se ingenió tan bien, que juntándose al buen manejo de sus mercaderías la circunstancia de ser cristiano, se hizo odiosa á los moros su prosperidad. Empeñóse la envidia en destruirle; y para esto empezaron á tentarle, diciendo que despreciaba á su profeta nombrándole algunas veces por irrision, y que fingidamente juraba por su nombre, engañando á los que no sabian que era cristiano.

»El Santo no conoció que hablaban dolosamente por malicia; y así se contentó con decir que no habia tal cosa; pero

como los émulos no iban á buscar la verdad de lo pasado, sino á provocarle, instaron tercamente, inculcando muchas veces lo mismo; tanto que viendo JUAN la imprudente porfía, se iba ya cansando, y como el empeño de los moros insistia en que juraba falsamente por Mahoma, respondió sonriéndose: *Maldito sea de Dios el que desea nombrar vuestro profeta.* Lo mismo fué oir esto, que echarse todos sobre él con grandes gritos, y agarrándole con furia le llevaron medio muerto ante el juez, acusándole de que era un mofador muy sutil y artificioso de Mahoma, pues tenia costumbre de jurar en su nombre falsamente. Negábalo el Santo, y juntándose la calidad de los testigos, que no era idónea para sentenciarle á muerte, mandó que le azotasen hasta que negase á Cristo. El Santo CONFESOR clamaba que ni con la muerte le harian apartar de la religion del Crucificado.

»Viendo el juez que no podia disuadirle, mandó furioso que le diesen más de quinientos azotes. Hízose así; y estando ya medio muerto, casi sin pulsos, le pusieron sobre un burro de modo que la cabeza mirase á las ancas, llevándole en aquel modo irrisorio, y cargado de prisiones, por los templos de los cristianos, y por toda la ciudad, clamando el pregonero: *Así será castigado el que dijere mal del profeta y de su ley.* Todo esto se cumplió por sentencia del juez; y aun no contentos con ello, le volvieron á la cárcel, cargándole de prisiones muy pesadas. *San Eulogio, lib. I, núm.* 6.

»Al tiempo que le sacaron por las calles concurrió entre la mucha gente San Aurelio, marido de Santa Sabigotho, y viendo la general irrision de los moros con tan particular constancia del *Confesor* de Cristo, exclamó diciendo:—Verdaderamente tiene este hombre la fé fundada sobre piedra de angelical firmeza, cuando tanta irrision, tantos azotes y tan duras prisiones no han podido moverle. Si tan descubiertamente lleva la bandera de Cristo á tanta costa, pudiendo con una palabra librarse, si le negase; y si estimando más la vida

del alma que la del cuerpo, no ha querido degenerar de la fé, ¿qué irrisiones ni qué penas deberán aterrarme á mí si quiero participar de aquel vigor?—Alentado con este ejemplo, dió luego ilustre testimonio por la fé, como referiremos en su sitio.

»Fué la *confesion de* JUAN en el año de 851, esto es, un año y algo más despues de San Perfecto, como escribe Álvaro en el indículo núm. 5, *Post anni revolutionem, aut aliquid amplius.* Este *más* sobre el año, no llegó á dos meses, debiéndose colocar el suceso de JUAN entre el 18 de abril, en que murió San Perfecto, y antes del 3 de junio del año 851, en que padeció San Isaac, y á quien antecedió la *confesion de* JUAN, pues así San Eulogio, como Álvaro, dan á San Perfecto y á JUAN, el órden de primero y segundo.

»Perseveró JUAN en la prision por mucho tiempo, segun escribe Álvaro: *Quem multo tempore carceris retinuit claustra.* Tomo XI, pág. 227. Hallóle en la prision San Eulogio, cuando el Santo fué preso, y dice que aún se le conocian en las espaldas las llagas de los azotes, y que trataban uno con otro en la cárcel. Ninguno expresa el dia ni el año en que murió: por lo que es de recelar que viviese cuando escribia Álvaro, esto es, en el año de 854, y en el de 856, en que acaba el lib. 3 de San Eulogio. Creo que no murió en la cárcel; pues leemos en el martirio de Santa Flora y María, que salieron libres de la prision los cristianos que estaban encarcelados con ellas, uno de los cuales era JUAN; y es creible que falleciese en paz, segun el silencio de los que tratan de los mártires, que no le cuentan entre ellos, ni hay quien le mencione como difunto, sino el Arcipreste de Córdoba *Ciprian*, que floreció al fin de aquel siglo IX. Este no solo le supone ya muerto, sino que nos asegura haber vivido despues de la prision y de los tormentos, pues no le da título de mártir, sino de *Confesor*, segun vemos en el epígrama que compuso para su sepulcro, el cual dice así:

Item super tumulum SANCTI JOANNIS CONFESSORIS
Carceres et dira Joannes ferrea vincla
Christi amore tulit. Hac functus in aula quiescit.

»Es muy estimable esta memoria, por ver que segun ella perseveró JUAN hasta el fin en el mérito de *Confesor* de Cristo: pues ya difunto se le daba aquel título, con el de Santo: *Sancti Joannis Confessoris*; y por todo es muy digno de que todos honremos su memoria.»

DIA 22.

Santos Sinforiano, *Francés*, Fabriciano, Hipólito y Timoteo, Mártires, *de Antioquía*.

SAN FABRICIANO Y FILIBERTO, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

En este dia coloca el Martirologio romano la conmemoracion de estos Santos españoles, aunque sin expresar el género y lugar del martirio. El cardenal Baronio en las notas de dicho Martirologio, observa que es constante la memoria de ellos en las tablas de la santa iglesia de Toledo, y varios escritores dicen que fueron naturales de la provincia Carpetana, y que retirados del siglo hacian vida cenobítica en término de la antiquísima ciudad de Titulcia, hoy Bayona, pueblo inmediato al real sitio de Aranjuez. Confirman esta aseveracion las dos pinturas colocadas en la iglesia de dicho pueblo, representando á los dos expresados Santos con hábitos de monje, los cuales padecieron el martirio un dia 22 de agosto de uno de los primeros años del siglo IV, segun afirman los propios escritores, en la persecucion gentílica contra los cristianos decretada por los emperadores Diocleciano y Maximiano, de la cual nos hemos ocupado diferentes veces en ambos tomos de esta obra.

DIA 23.

San Felipe Benicio, Confesor, *Florentino*.

SAN BERNARDO, SANTA MARÍA Y SANTA GRACIA, HERMANOS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Entre Benimodal y Carlet, pueblos pertenecientes al reino de Valencia, habia á mediados del siglo XII otro pueblo que fué destruido más tarde, llamado Pintarrafes, del cual era señor un moro muy importante y considerado en el reino. Tenia dos hijos y dos hijas, llamados aquellos Almanzor el mayor y Hamete el más pequeño, y estas la una Zaida y la otra Zoraida.

Deseoso el padre de la buena educacion, instruccion y prosperidad de sus hijos, mandó á los dos varones á Valencia, siendo perfectamente recibidos en la córte y muy considerados por el rey. Hamete el menor, se hizo notar desde luego por su claro talento, por su recto juicio y grande aptitud para los negocios sérios, y tratando de aprovechar el rey moro de Valencia las excelentes circunstancias que concurrian en el jóven Hamete, le confió la administracion de las rentas públicas, corriendo con todos los gastos de paz y guerra.

Para tratar del rescate de unos moros que tenian prisioneros los cristianos y arreglar algunos otros asuntos interesantes al reino, le mandó el rey á Cataluña, como el sugeto más apto y entendido de su córte. Partió Hamete acompañado solamente de un criado, y en Lérida reunió á los principales moros que allí habitaban y los reprendió por haber establecido su domicilio entre cristianos. Salió de Lérida para Tarragona, y habiéndose extraviado en el camino, llegó la noche sin que ni él ni el criado pudieran calcular por dónde habian de salir de los bosques en que se hallaban metidos.

Determinó detenerse y pasar allí la noche, y apeándose del caballo y sintiéndose rendido, se durmió sobre la yerba. Á poco rato se despertó pareciéndole oir una gratísima y melodiosa música. Y en realidad la oia. Cerca del sitio en que descansaba Hamete, estaba situado entre la espesura del bosque el monasterio de la órden del Cister, llamado de Nuestra Señora de Poblet, recien edificado por cuenta del rey de Aragon D. Alonso, abuelo de D. Jaime el Conquistador, y la música que habia oido eran los maitines, que con gran solemnidad cantaban los monjes á media noche. La hora, el lugar, la melodía de las voces y el desconocer de donde partia, hicieron en el ánimo de Hamete una extraordinaria impresion, y pasó el resto de la noche en un estado de tierna melancolía que no podia explicarse ni alejar de su alma. Al despuntar la aurora llamó á su criado, y poniéndose en marcha descubrió el monasterio. Comprendió entonces que el dulce canto habia tenido lugar en aquel edificio, y deseoso de saber á quién pertenecia y á qué estaba destinado, se llegó á él, y llamando, procuró indagar lo que deseaba. Los monjes se sorprendieron al ver dos moros; pero la fisonomía simpática de Hamete y la cortesanía con que preguntaba, les fué inspirando confianza y le manifestaron que aquello era uno de los templos del Dios verdadero; que los ejercicios en que allí se ocupaban sus moradores era en darle gracias á todas horas por el beneficio de la creacion y la redencion, y haberles dado conocimiento de su santa ley. Comenzaba ya el Todopoderoso á tocar el corazon del jóven moro, y oyó con placer y complacencia las palabras de los monjes, sintiéndose inclinado á su apacible y retirada vida. Pidió á los monjes que le hospedasen por algunos dias, y habiendo accedido estos muy gustosos, dió instrucciones al criado, que continuó el camino, y él se constituyó en habitante del monasterio. Pidió que le explicasen la religion cristiana, y habiendo comprendido muy luego todas sus sublimes verda-

des, la aceptó por completo recibiendo el agua del bautismo y con él el nombre de BERNARDO.

Tan fervoroso cristiano se hizo desde luego, que pidió ser admitido en la religion, aunque fuese solo con el carácter de criado de todos los monjes; y dando estos todo el valor que tenian las admirables cualidades del neófito, le concedieron el hábito, que vistió BERNARDO con la más inefable alegria, siendo al muy poco tiempo el monje más ejemplar del monasterio en la oracion, los ayunos, la maceracion de su cuerpo y toda clase de penitencias y mortificaciones. Su fervor religioso le inspiró el constante deseo de morir mártir de la fé, y repetia con frecuencia hablando con los religiosos: *Confianza grandísima tengo en mi Señor Jesucristo que moriré mártir.*

Fué nombrado portero y limosnero, y despues procurador de la casa. En todos estos cargos mostró tal aptitud y virtud, y especialmente tal caridad con los pobres, que su fama voló rápidamente por todos los pueblos de la provincia. Concedióle Dios particular virtud para curar milagrosamente ciertas enfermedades, especialmente la raquitis y quebraduras de los niños, y de pueblos muy lejanos acudian al convento de Poblet enfermos que siempre encontraron la salud en la mano de BERNARDO.

Deseando trabajar más activamente en el engrandecimiento de la religion cristiana, pidió licencia á su Prelado para marchar á Valencia á la conversion de mahometanos, y especialmente á la de sus parientes. Temiendo por su vida, se la negó el superior; pero tantos fueron los ruegos y lágrimas con que más tarde insistió, pidiéndolo por la salvacion de las almas de sus padres y hermanos, que al fin accedió el Prelado y le otorgó el permiso. Marchó en seguida á poner por obra su santo y heróico pensamiento, y en Lérida convirtió á la fé á una tia suya, señora muy principal entre los moros, la cual llegó á tal punto de perfeccion, que reservando solo

para su escasa manutencion y una criada, repartió entre los pobres sus inmensas riquezas.

Dirigióse en seguida á su casa y se encontró con que habian muerto sus padres; que su hermano Almanzor habia heredado todo, y que tenia en su compañía á sus hermanas Zaida y Zoraida. Con muestras de grande afecto fué recibido por sus hermanos, y Almanzor creyó que volvia para fijar entre moros su residencia, ingresando otra vez en el gremio de los sectarios de Mahoma; pero entonces le manifestó BERNARDO que muy lejos de ser tal el objeto de su viaje, le habia emprendido para convertirlos á ellos á la verdadera religion, patentizándoles los crasos errores del Alcorán. Tan encontradas ideas produjeron largas y reñidas controversias sobre religion, quedando siempre vencedor BERNARDO, pero sin poder reducir á Almanzor á abrazar el cristianismo. Sus hermanas lo aceptaron con la mayor fé, recibiendo el agua del bautismo, y con él los nombres de MARÍA y de GRACIA, lo cual acabó de irritar á Almanzor que dijo á BERNARDO que no le quitaba la vida por ser hermanos.

Determinó BERNARDO regresar á su monasterio; pero considerando el peligro de apostatar á que quedaban expuestas sus hermanas, las persuadió á que se marcharan con él. Salieron ocultamente los tres, y emprendieron el camino pasando por Guadaznar sin detenerse, temiendo las iras de Almanzor, y marcharon hasta Alcira, y entre unos jarales estuvieron escondidos dos dias, saliendo de ellos BERNARDO al tercero, tanto por creer que las gentes que pudiera haber mandado su hermano en su seguimiento estarian ya más lejos, cuanto por buscar en los caseríos próximos algun alimento para los tres. Quedaron escondidas esperando en los jarales MARÍA y GRACIA, y marchó BERNARDO; pero al atravesar el camino real vió dirigirse sobre él á la carrera á su hermano Almanzor acompañado de soldados. Paróse el Santo y esperó á su hermano. Este le dijo que ningun daño

le haria, concediéndole el más ámplio perdon si le entregaba á sus hermanas y volvia él á su secta. Á lo que contestó BERNARDO: *Yo quisiera que hubieras cogido tú tambien el fruto de mi venida; mas pues no quieres que seamos hermanos en la fé, ten entendido que los tres estamos prontos á morir por ella.* Almanzor mandó maniatar á BERNARDO, ordenándole que guiase á donde estaban sus hermanas, lo cual no fué necesario, porque ellas, desde el lugar en que estaban ocultas, habian visto llegar á Almanzor con los soldados, y al percibir que ataban á BERNARDO, salieron y con lágrimas y sollozos pidieron por él á Almanzor. Consolólas BERNARDO y las exhortó á que tuvieran valor para sufrir el martirio que se acercaba, y las santas vírgenes, robustecida su fé con las palabras del heróico BERNARDO, ofrecieron tambien su vida por Jesucristo.

Los soldados de Almanzor, por órden de este, se apoderaron de BERNARDO, le ataron á un árbol, y con un gran clavo que traia consigo un barquero que se habia incorporado á la escolta de Almanzor, clavaron al árbol la cabeza de BERNARDO, entregando su santa alma bendiciendo al Señor. Trató en seguida Almanzor de reducir á sus hermanas y hacerlas apostatar; pero encontrándolas inflexibles, mandó á los soldados que las matasen á cuchilladas, cuyo bárbaro acto fué consumado inmediatamente, marchando en seguida Almanzor con su escolta, y dejando abandonados para pasto de las aves de rapiña los cuerpos de sus tres hermanos.

Unos cristianos de Alcira que desde lejos habian presenciado el martirio y le supieron con detalles por el barquero que dió el clavo y el martillo para clavar la cabeza del santo monje, recogieron los cuerpos y los dieron sepultura allí mismo. La larga dominacion de los moros hizo perder la memoria de este sagrado depósito, que se descubrió milagrosamente cuando conquistó aquel territorio el rey don Jaime, siendo depositadas con gran veneracion las reliquias

en una ermita que mandó construir el rey, la cual se incorporó luego al monasterio de la Santísima Trinidad.

Temiendo despues los fieles que con las constantes guerras entre cristianos y moros, en alguna irrupcion de estos fueran profanadas, las escondieron, siendo muy pocos los que sabian el lugar de este depósito. Fué pasando de unos en otros el secreto, hasta que habiéndose determinado hacer monasterio de religiosos de la ermita, el ermitaño lo reveló al provincial de la órden. En el mes de enero del año de 1610 fueron trasladadas solemnemente las santas reliquias á la iglesia del monasterio, asistiendo á la ceremonia el Arzobispo de Valencia, Beato Juan de Rivera.

DIA 24.

San Bartolomé, Apóstol, *Hebreo.*

DIA 25.

San Luis, Rey de Francia, y San Ginés de Arlés, Mártir, *Franceses,* y San Julian, Mártir, *de Siria.*

SAN GERONCIO, OBISPO Y MÁRTIR, ESPAÑOL.

Este santo mártir del primer siglo, fué contemporáneo de los apóstoles, y Obispo de la ciudad de Itálica, cerca de Sevilla. Su memoria, á pesar de tan remota antigüedad, la ha perpetuado el breviario muzárabe, con el himno incluido en él, en honor de este Santo, cuyo conocimiento propagó el M. Enrique Florez, insertándolo en el apéndice VI del tomo tercero de la *España Sagrada.*

No contentando bastante al apostólico celo de este esclarecido Obispo el predicar la doctrina de redencion en el territorio que le estaba confiado, recorrió diferentes puntos de la Península, llevando á cuantos más podia la luz del Evangelio. Llegó á noticias del gobernador gentil de Itálica, digno representante de su emperador Neron, la constante y fruc-

tuosa propaganda de GERONCIO. Acechó el regreso de este de una de sus expediciones, lo mandó prender y encerrar en el más lóbrego, húmedo y hediondo calabozo, en el que despues de sufrir con heróica resignacion toda clase de privaciones y tormentos, entregó su santa alma al Criador, un dia 25 de agosto. Pasado el furor de aquella terrible persecucion, erigieron los fieles una iglesia en honor de este santo mártir, en la cual se le tributó culto público, segun consta de las actas de San Fructuoso, en las que se dice que pasó este Santo á Itálica á visitar el templo de SAN GERONCIO. Hállase tambien su memoria en este dia, en el Martirologio de Usuardo, Maurólico y otros, y la iglesia de Sevilla, desde muy antiguo, le celebró como Santo de su diócesi, con rito de doble mayor, y oficio de Obispo y Mártir.

DIA 26.

San Ceferino, Papa y Mártir, *Romano*.

SAN VÍTORES, MÁRTIR, ESPAÑOL.

En la antigua y célebre villa de Cerezo, próxima á Belorado y Santo Domingo de la Calzada, en la Rioja, vió la luz primera, hácia el principio del último tercio del siglo VIII, este Santo, llamado VICTOR, pero conocido generalmente por VÍTORES. Dotado desde la infancia de las más bellas cualidades, y con decidida vocacion á la carrera de la Iglesia, diéronle sus padres la instruccion conveniente para seguirla, y con asombrosa rapidez se halló con la instruccion necesaria para el sacerdocio, teniendo que esperar despues de terminados los estudios para recibir las órdenes de este, por ser todavía demasiado jóven. Su fama de ciencia y virtud le colocó bien pronto, aunque contra su voluntad, en cargo del que á la poblacion pudieran reportar inmediatos beneficios. Fué nombrado cura de la parroquia de Santa María de Villalba, que era la principal de la villa, cargo que desempeñó al-

gunos años, con gran beneficio de la moral y de los pobres.

Pero aunque en la posicion de párroco podia dar cumplimiento á varios de sus deseos piadosos, instruyendo, auxiliando, moralizando y favoreciendo con más latitud que hubiera podido hacerlo sin tener aquel empleo, la repugnancia que sentia hácia el constante contacto con el siglo, y su amor á la soledad, á la penitencia y la silenciosa contemplacion de lo divino, le resolvió á dejar la parroquia y la poblacion, y retirarse al yermo. Asi lo verificó, marchando al monte y constituyéndose en habitante de una lóbrega cueva en el desierto de Oña, la cual tomando despues su nombre ha perpetuado la memoria de su santo morador, que se entregó en ella á la completa imitacion de los más célebres solitarios penitentes de los primitivos tiempos del cristianismo.

«Cuando VÍTORES se hallaba en su amada soledad, disfrutando los dulces consuelos que Dios le comunicaba, determinaron los moros, dueños de la mayor parte de España, apoderarse de Cerezo, ciudad por entonces numerosa, conocida antiguamente con el nombre de Cerazia ó Cerozia, sobre la cual formaron tan obstinado empeño, que la tuvieron sitiada por espacio de siete años. Manifestaron en todo aquel tiempo aquellos ciudadanos la más valerosa resistencia; pero fatigados con los contínuos asaltos de los enemigos, y lo que es más, con la falta de víveres, comenzaron á padecer una suma necesidad, y á acongojarse notablemente, viéndose destituidos de todo socorro humano. Clamaron á Dios en el apuro, valiéndose de la proteccion de la Santísima Vírgen, invocando su patrocinio en la parroquia de Santa María de Villalba, que es la más antigua de las tres de la villa de Cerezo; y oyendo el Señor los ruegos de su pueblo afligido, quiso consolarlos por medio de su compatriota VÍTORES. Apareciósele un ángel y le dijo: *Ve inmediatamente á tu patria á salvarla de la opresion en que la tienen los mahometanos, expuesta á*

rendirse por falta de alimentos; pues yo soy enviado para asistirte, y te aseguro el feliz éxito de esta gloriosa empresa. Obedeció VÍTORES sin réplica á la voz del cielo, y tomando el báculo sobre que se apoyaban sus débiles fuerzas, se dirigió á Cerezo. Llamó á las puertas de la ciudad (sobre la que llamó hay una ermita suya) para que le abriesen; pero desconociéndole los naturales por lo desfigurado que le habian puesto sus rigurosas penitencias, se vió en la precision de manifestarles quién era y cómo venia á socorrerles de parte de Dios. Recibiéronlo todos llenos de alegría, contemplando en él un ángel destinado á ampararlos.»

Jamás se habia ocupado VÍTORES de la ciencia de la guerra; y viendo las acertadas providencias que tomó desde su entrada en la ciudad, y las instrucciones que dió, no fué posible dudar de que estaba inspirado por el cielo, y todos contaron ya con un próximo triunfo.

Viendo los moros que siempre que intentaban el asalto á la ciudad eran rechazados con grandes pérdidas, determinaron evitar estas, dejando al hambre que hiciera lo que no habian podido realizar las armas, y tomaron perfectamente todos los caminos para que no pudieran llegar víveres ningunos á los sitiados. Dios, sin embargo, los socorria; y por los ingeniosos consejos que daba VÍTORES, entraban socorros á la ciudad. Cuéntase que habiendo llegado un dia en que apenas habia trigo para la tercera parte de los sitiados, y teniendo los moros tan convenientemente situadas sus fuerzas, que era imposible humanamente que llegasen auxilios á la plaza, determinó VÍTORES usar de una estrategia para que los moros se persuadiesen de que los cristianos tenian abundancia de granos y disminuyesen la vigilancia. Hizo que tuvieran sin comer el dia entero á una vaca, y que despues se la diese trigo hasta que se hartara: hecho así, soltaron la vaca, que fué bien pronto cogida por los moros, muerta y descuartizada para guisarla, y al verla llena de trigo, no pu-

dieron menos de persuadirse de que en la ciudad estaba muy abundante, cuando mantenian con ello el ganado.

No bastando al ardiente celo de VÍTORES por la gloria del cristianismo la defensa de la ciudad, salia con frecuencia de ella para hacer volver al seno de la religion católica á los cristianos que habiendo sido aprisionados por los moros, habian renegado de la fé por salvar la vida, y para trabajar tambien en la conversion de mahometanos. Ayudando Dios eficazmente á su santo siervo en su redentora mision, le concedió la gracia de curar milagrosamente muchas enfermedades, y unidos á estos prodigios su ejemplo y su palabra, iban aumentando de dia en dia los triunfos del santo apóstol, viéndose cada vez más respetado y considerado por los moros, admirados de sus prodigiosas curas.

Mandaba el ejército agareno que tenia sitiada á Cerezo, Gaza Mahomat Zaqueto, general de Abderramen II, rey de Córdoba, que padecia de gota, y hallándose con un fuerte ataque de ella, le dijeron que visitaba con frecuencia su campo un sacerdote cristiano que vivia en la plaza sitiada, el cual hacia con frecuencia pasmosas curas. Tanto por curiosidad como por deseo de la salud, mandó el general que en cuanto se presentara en el campo el sacerdote cristiano le condujesen á su presencia. Verificáronlo así á las pocas horas, y el general preguntó á VÍTORES si se atrevia á curarle, á lo que contestó el Santo lleno de fé y esperanza en la proteccion divina, que en nombre de Dios Todopoderoso, se atrevia á curarle instantáneamente, lo cual verificó en efecto, sin más que hacer con la mano la señal de la cruz sobre la parte doliente.

Notablemente admirado quedó Gaza y cuantos presenciaron este prodigio, al ver una curacion tan instantánea; pero ciego completamente á la luz divina, tomó Gaza á VÍTORES por algun sábio alquimista ó mago, que queria dar color de divino á lo que no era más que producto del estudio; mas

conviniéndole tener á su devocion un hombre de tal importancia científica, le hizo halagüeñas y deslumbradoras proposiciones y ofertas, si renegaba de Jesucristo é ingresaba en el mahometismo. VÍTORES, tratando de aprovechar aquella ocasion, y aspirando á la conversion del general y de los que se hallaban presentes, hizo una breve, pero enérgica y clara exposicion de la doctrina de Jesucristo, y manifestando en seguida los absurdos errores del Alcorán, se negó á ingresar en una secta que conducia, sin ningun género de duda, al averno las almas de sus sectarios. Irritóse sobremanera Gaza con esta declaracion, y picado su orgullo por la pública leccion, mandó imperiosamente á VÍTORES que se retractase en seguida de cuanto habia dicho contra Mahoma y su ley. VÍTORES, en lugar de retractarse, aumentó nuevas y terminantes aclaraciones; y montando en cólera el musulman, olvidado del favor que acababa de recibir, mandó que le llevaran preso, y cargado de cadenas le tuviesen en las caballerizas, hasta que se prestase á hacer la pública retractacion que le habia pedido.

Ni las cadenas, ni las privaciones, ni los constantes malos tratamientos, debilitaron ni por un instante la heróica constancia de VÍTORES, que firme en su propósito de ganar almas para Jesucristo, á cuantos iban á verlo á la prision en busca de remedios para sus dolencias, les predicaba la doctrina de Jesus, consiguiendo numerosas conversiones. Llegó esto á noticias del general, é irritado al infinito por la invencible constancia del cristiano, determinó que muriera. Con inefable gozo recibió la noticia VÍTORES, dando al Señor las más rendidas y fervorosas gracias porque le concedia la suprema dicha de morir mártir por su amor; y deseando que su muerte tuviera alguna semejanza á la del Redentor, pidió á los moros que antes de degollarle como habia mandado el general, le clavasen en una cruz, lo cual le fué concedido.

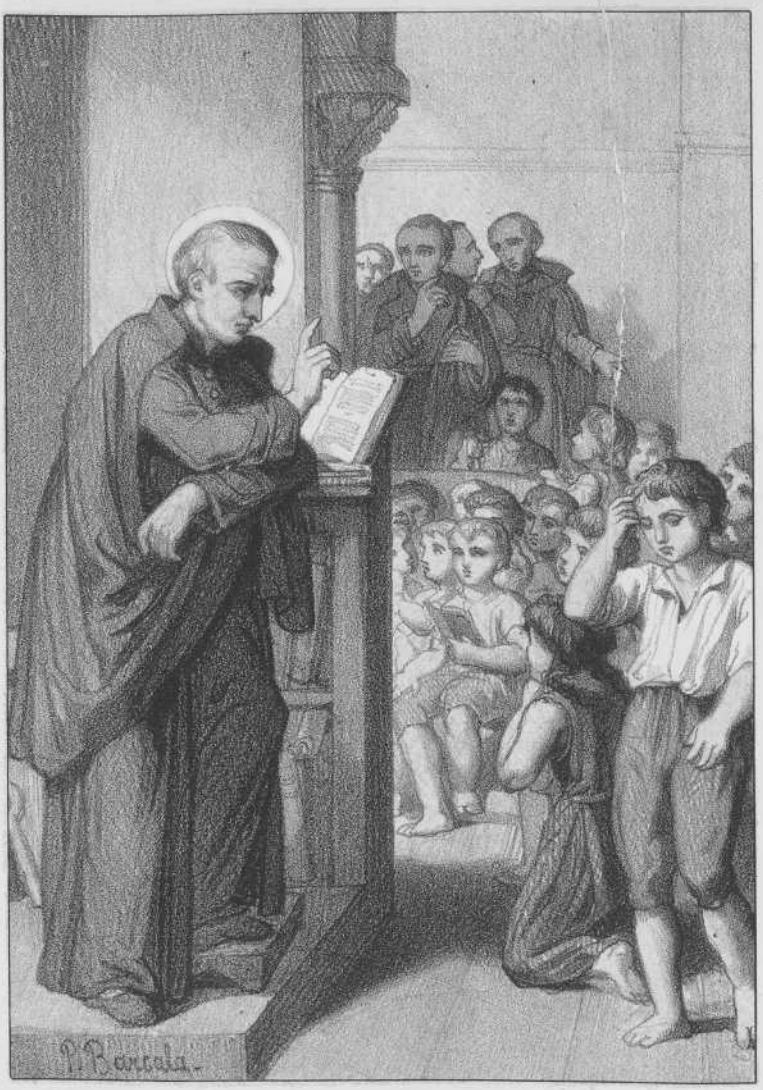
Tres dias vivió clavado en la cruz, en los cuales se convirtió gran número de infieles con su predicacion, haciendo de la cruz cátedra pública de celestial doctrina, y trono de glorioso triunfo. Al cabo lo desclavaron y lo llevaron á Quintanilla de las Dueñas, media legua distante de Cerezo, donde lo decapitaron en el dia 26 de agosto, por los años 830 á 834, segun el cómputo más arreglado, aunque en esto son varias las opiniones de los escritores.

No tardó Dios en acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con admirables prodigios. Luego que le degollaron, salió por la herida sangre y leche, que salpicando algunas yerbas y troncos de unos morales, dejaron ver las hojas de color blanco y carmin, cuya maravilla duró algunos años en aquellas plantas, para testimonio auténtico de un suceso tan memorable. Pero lo más asombroso fué que levantándose del suelo el cuerpo del Santo y cogiendo en sus manos la cabeza, se dirigió á Cerezo, predicando la fé de Jesucristo con el mismo valor y con la misma eficacia que si estuviese vivo; en vista de lo cual se convirtieron muchos africanos á nuestra santa religion.

Fué enterrado en término de Fresno Rio Tiron, y sobre su sepulcro se edificó una ermita que fué convertida en capilla de la iglesia, perteneciente al convento que con el nombre de San Vitores se edificó despues en aquel sitio, y que el condestable de Castilla entregó á la Órden de Predicadores por los años de 1464.

En el año de 1525 se hizo visita ó reconocimiento de las reliquias del Santo, con motivo de haber mandado hacer el condestable una urna nueva y trono con cuatro columnas, para colocarla, concurriendo á la funcion el mismo condestable, y los abades de Silos, Cardeña y San Miguel. No se mudaron de arca las reliquias; lo que se hizo fué meter la antigua en la nueva. Esta era de hierro, pero de trabajo muy esmerado y de mérito. Las reliquias, segun la crónica de la

SANTORAL ESPAÑOL



Litª de Escarpizo — Jacometrezo 19.

S. JOSÉ DE CALASANZ

provincia de San Francisco de Búrgos, consistian en *las cañas de los brazos, las espaldas, costillas de los pechos, y otros algunos huesos, pertenecientes á diversas partes.*

DIA 27.

San Rufo, Obispo y Mártir, *Romano*, la Trasverberacion del corazon de Santa Teresa de Jesus, Vírgen, y

SAN JOSÉ DE CALASANZ, FUNDADOR, ESPAÑOL.

El dia 11 de setiembre del año 1556 vino al mundo en la villa de Peralta de la Sal, correspondiente al reino de Aragon, este esclarecido Santo español, que tantos beneficios ha producido, produce y producirá á su patria con el instituto de enseñanza religiosa y literaria fundado por él. Sus padres D. José Calasanz y doña María Gascon, muy ilustres por su cuna, y más todavía por sus esclarecidas virtudes, le educaron con estricto arreglo á las prescripciones de la santa doctrina del Evangelio. Desde la infancia manifestó las más piadosas inclinaciones, el mayor horror al pecado, y un propósito tan firme de hacer la guerra al perdedor de las almas, que á los cinco años de edad, oyendo un dia los males que á los mortales hacia constantemente Satanás, tomó un cuchillo y salió de su casa en busca de él, diciendo que iba á matarle donde quiera que lo encontrase.

En su pueblo natal aprendió las primeras letras con gran rapidez, y en seguida le enviaron sus padres á Estadilla, pueblo distante tres leguas de Peralta, á estudiar latinidad, que venció con la misma facilidad y prontitud que las primeras letras.

Deseaban sus padres que siguiera la carrera de las armas para que renovase los laureles de la familia; pero los deseos y aspiraciones del jóven eran de vida más perfecta y pacífica, y suplicó á sus padres que le permitieran seguir la carrera de las sagradas letras. Accedieron á ello y le mandaron

á la universidad de Lérida, en la que hizo la vida más ejemplar que se habia visto en estudiantes. Conociendo cuán ocasionada es la vida de estos á complacer con frecuencia á Satanás, determinó escudarse contra las asechanzas de este, frecuentando los santos Sacramentos, dedicando á la oracion, á la penitencia y á visitar á los enfermos todas las horas que no empleaba en el estudio. La caridad para con los pobres la llevaba hasta tal punto, que más de una vez dió toda su comida, pasando en ayunas el dia entero. Como en las primeras letras, en gramática latina, retórica y poética, hizo rapidísimos progresos en los estudios mayores, y con general admiracion y aplauso recibió el grado de doctor en filosofía y derecho civil y canónico. Deseando, sin embargo, mayores y más elevados conocimientos, pasó á la universidad de Valencia; pero la constante persecucion de una señora, que se enamoró ciegamente de su gallarda y hermosa figura, le obligó á huir de aquella ciudad y sus aulas, no por temor de caer él en tentacion, pues se consideraba bastante fuerte contra Satanás, sino por desimpresionar á la apasionada dama, y que volviese su corazon al estado de tranquilidad.

Pasó á continuar sus estudios á la célebre universidad de Alcalá de Henares, y haciendo la misma vida que en Lérida, y repartiendo igualmente el tiempo entre los ejercicios piadosos y caritativos, y entre el estudio de la teología, alcanzó tan gran renombre de ciencia en esta como en las demás que habia cursado, tomando tambien en ella el grado de doctor.

Por el mes de diciembre de 1583, contando veintisiete de edad, recibió los sagrados órdenes, y con inefable placer cantó la primera misa, siendo la edificacion de la iglesia y del pueblo.

«Informado D. Andrés Capilla, Obispo de Urgel, de las relevantes prendas de CALASANZ, creyéndose con superior

derecho que cualquiera otro Prelado para valerse de un ministro tan útil, le obligó á aceptar algunos beneficios eclesiásticos, le nombró vicario y visitador de Tremp y de su territorio, cuyo partido abraza setecientas poblaciones con setenta y dos parroquias. Partió JOSÉ á desempeñar su empleo: halló mucho que reformar en el clero, y mucho más que corregir en el pueblo; y haciendo los oficios más de padre que de juez, fueron las armas de que se valió para la destruccion de los abusos, la dulzura, la afabilidad, la caridad, la oracion y el ejemplo, sin usar del rigor sino contra los soberbios y protervos.

»Viendo el Obispo de Urgel el grande fruto que hacia aquel insigne operario del partido de Tremp, quiso emplear su infatigable celo en empresa más árdua é interesante á su vasta diócesi, que se extiende dentro de los Pirineos. Los pueblos incultos y groseros de aquella comprension, cuyas gentes estaban criadas entre montes y selvas, vivian como fieras, entregados á toda clase de excesos; los sacerdotes, poseidos de la ignorancia y de la avaricia, desatendian enteramente las obligaciones de su ministerio; los párrocos, constituidos para declamar y corregir los vicios, los autorizaban con su ejemplo. En vano se oponian los Obispos al cúmulo de tantos desórdenes con la repeticion de sus edictos pastorales, pues despreciando el clero á los legisladores y á las leyes, hollaban cualquiera prohibicion que se oponia á sus corrompidas costumbres.

»La reforma de tanto vicio se encomendó á CALASANZ, en la clase de visitador, quien luego que reconoció la dificultad de la empresa, pensó que debia dar principio con implorar la divina misericordia sobre aquellas gentes abandonadas. Los gemidos, las oraciones, los ayunos y las más rigurosas penitencias, fueron las víctimas con que procuró hacer propicio al Omnipotente. Revestido de aquel celo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, se arrojó á

tan árdua expedicion, sin dejar pueblo ni aldea, en la vasta extension de aquel país, casi inaccesible, que no visitase personalmente, á pesar de los precipicios é inminentes riesgos y peligros á que expuso su vida no pocas veces. Cuando se presentaba en los pueblos, á unos amonestaba como padre, á otros enseñaba como maestro, y á otros corregia como juez, dejando cuando se ausentaba, en todas partes sábios, cristianos y oportunos decretos, para que les sirviese de regla. No es posible explicar los trabajos y penosas fatigas que le costó la empresa; pero al fin tuvo el consuelo de ver introducidas nuevas cristianas costumbres en aquellos pueblos, y respetadas las órdenes de sus prelados, de los que antes se hacia un total desprecio.»

No se cansaba de dar gracias á Dios el Obispo de Urgel por haberle inspirado la idea del nombramiento de visitador en favor de JOSÉ DE CALASANZ, así que supo el resultado de su gestion, tan altamente beneficioso á la moral pública y privada; y para que toda la diócesi disfrutara el beneficio de las sábias determinaciones de tan prudente y santo varon, le nombró Vicario general del obispado en el año de 1590, cuando solo contaba treinta y cuatro de edad; cargo que desempeñó con idéntico celo, tino y prudencia que el de visitador, haciendo del obispado de Urgel una diócesi ejemplo de órden, disciplina, moralidad y santidad.

Hacia tiempo que JOSÉ DE CALASANZ oia en su corazon una voz secreta que le decia: *vé á Roma, vé á Roma*; y por esta época comenzó á ser más constantemente repetida la misteriosa voz. Esta especie de órden le fué siendo cada vez más halagüeña, porque los aplausos, grandes y generales consideraciones que á porfia se le dispensaban, herian de tal modo su humildad, que vivia en la diócesi de Urgel, sumamente disgustado desde que comprendió que sus servicios no eran ya necesarios por estar completamente corregidos los abusos y vicios. Á estas dos causas que producian su de-

seo de marchar, se unió una tercera que le acabó de decidir. Tuvo una vision en la que le parecia hallarse en Roma, rodeado de muchos niños á quienes instruia en las letras y en la doctrina cristiana. Manifestó todo esto á su director espiritual y le consultó sobre lo que debia hacer, y habiendo este aprobado la determinacion de marchar, renunció JOSÉ DE CALASANZ su empleo de Vicario con los beneficios eclesiásticos, excepto algunas rentas que se retuvo para consignaciones piadosas, siendo, entre otras, las destinadas á la fundacion de un monte-pio en Urgel y otro en Peralta. Arreglados pues todos sus asuntos en España, vestido de peregrino, salió para Italia en el año de 1592.

Á la llegada de JOSÉ á Roma, habian precedido expresivas y eficaces cartas de recomendacion del Obispo de Urgel á su agente, que era secretario del cardenal Marco Antonio Colona, siendo por consiguiente recibido con las mayores muestras de consideracion y deferencia por una gran parte del clero romano. Los primeros pasos de JOSÉ fueron hácia los santos lugares que allí se veneran, y que visitó con la más profunda veneracion y devocion, como lo continuó haciendo constantemente despues.

Habiendo necesitado el cardenal Colona un teólogo distinguido, consultó con su secretario, y este desde luego le indicó como uno de los más idóneos al español JOSÉ DE CALASANZ, que inmediatamente fué llamado y recibido por el cardenal. No tardó este mucho en persuadirse de que los informes y la fama de su teólogo habian andado escasos en calificarlo, pues era más profunda su ciencia de lo que generalmente se creia. En su virtud, pues, le confió sin reserva alguna sus más árduos é importantes negocios, y la educacion de sus dos sobrinos, los hijos del condestable Colona, que bajo la direccion de CALASANZ llegaron á ser, con otros jóvenes de la misma familia, de las personas más esclarecidas de aquel tiempo.

Habiase fundado en Roma despues del santo concilio Tridentino la venerable hermandad de la Doctrina cristiana, con objeto de enseñarla á los niños, artesanos y jornaleros, en los dias de fiesta. Afilióse á ella CALASANZ, y no satisfecho con dar la enseñanza en las festividades é iglesias destinadas al efecto, lo hacia en los dias de trabajo en las plazas y calles con tan ardiente celo, que al poco tiempo se notaron en los niños y clases pobres los efectos de las santas tareas de JOSÉ DE CALASANZ.

La experiencia le demostró los grandes males que origina á la moral pública y á la religion el descuido de los padres en enseñar la doctrina cristiana á sus hijos desde la edad más tierna. Este freno de las pasiones, este escudo contra los vicios, y esta muralla para cerrar la entrada á Satanás en el corazon humano, es el primer bien que debe procurarse á la niñez, pues son muy pocos los que llegan á la juventud ignorando la doctrina de Jesucristo, que luego la aprenden, conteniendo á unos una mal entendida vergüenza por su ignorancia, y á otros el poder dar el valor que tiene á lo que no conocen. «Lastimado su piadoso corazon con esta pena, aunque en Roma advertia que no faltaban escuelas asalariadas, notaba que no habia personas que se dedicasen graciosamente, por mera caridad, á la enseñanza de los pobres en los primeros importantes rudimentos. Persuadido de que seria muy agradable á los ojos de Dios un instituto que por constitucion tuviese tan laudable objeto, empeñó toda su actividad y toda su eficacia con los cuerpos y sugetos más poderosos de la ciudad, á fin de que contribuyesen á la ejecucion de tan noble pensamiento; pero permitió el Señor que fuesen en vano todas sus diligencias, porque reservaba para su persona tan digna como utilísima empresa. Las mociones contínuas que sentia en su interior, y el recuerdo de la vision dicha, que tuvo en Urgel, le indicaban ser esta la voluntad de Dios, en lo que se confirmó en cierta ocasion, que viendo

una tropa de niños, que con acciones y palabras descompuestas le hicieron conocer la necesidad de su proyecto, oyó resonar en su corazon, detenido á reflexionar en aquel lastimoso espectáculo, aquellas palabras del Espíritu Santo *Á tí te se ha encomendado el pobre, y tú serás la ayuda de huérfano.*»

Persuadido finalmente de que paso á paso le habia llevado Dios á Roma para aquel fin, se dedicó sin tregua ni descanso á dar cima á tan santa empresa; y como conocedor que era de las necesidades de los barrios de la ciudad, como visitador que era de la Congregacion de los Santos Apóstoles, eligió para dar principio á su proyecto el de Transtíber, por ser el más numeroso de niños pobres. Comunicó el pensamiento á D. Antonio Bendoni, íntimo amigo, cura de Santa Dorotea, sugeto de esclarecida virtud y admirable caridad, el cual, no solo aprobó el proyecto en todas sus partes, sino que se ofreció á coadyuvar en lo que pudiese, siendo su compañero en la enseñanza y cediendo para escuelas dos grandes piezas de su morada. Igualmente se prestaron á ayudarle á la enseñanza otros dos sacerdotes individuos de la hermandad de la Doctrina cristiana, con lo cual se abrieron las Escuelas Pias en Santa Dorotea el año de 1597, con aprobacion y gran complacencia del Sumo Pontífice Clemente VIII.

«No podia mirar con indiferencia el enemigo de la salvacion un establecimiento de tanta utilidad en la Iglesia; y para impedir sus progresos, aplicó todos los esfuerzos de su refinada malicia. Desanimó á muchos eclesiásticos que concurrian á la enseñanza, haciéndoles fastidioso é impertinente el ministerio. Excitó á los maestros de escuela de los cuarteles de Roma á que formulasen agrias quejas contra el santo fundador; pero todas estas diabólicas astucias solo sirvieron para su mayor crédito, pues habiendo consentido el Papa el exámen de las falsas delaciones á los cardenales Baronio y Antoniani, con encargo especial de que visitasen las Escuelas

Pias, para que le informaran de sus progresos, fueron tales los elogios que hicieron los dos purpurados del infatigable celo, de la caridad y de la paciencia de CALASANZ, y de la utilidad de sus escuelas, que despreciando Su Santidad las calumnias, las recibió bajo su proteccion inmediatamente.»

Las asiduas é improbas tareas de la enseñanza, no debilitaban en lo más mínimo la resistencia de JOSÉ para cumplir diariamente las devociones que se habia impuesto, y no disminuyó el tiempo de oracion, los ayunos y las penitencias. Ingresó en las cofradías de las *Llagas*, en la de la *Santísima Trinidad* y en la del *Refugio*, para cuya institucion habia trabajado notablemente, formando los reglamentos con el cardenal Baronio. El objeto de estas cofradías era proporcionar hospitalidad y toda clase de socorros á los peregrinos, transeuntes pobres, y á los necesitados de la ciudad, á todos los cuales atendia CALASANZ con exquisito y paternal celo, sin descuidar por ello las diarias visitas á los hospitales y á las cárceles, llevando siempre á todas partes auxilios y consuelos materiales y espirituales. Imposible parecia que pudiese atender á tanto: multiplicaban sus fuerzas sus santos deseos, pues ni de dia ni de noche descansaba en sus salvadoras tareas, consagrando al sueño poco más de dos horas, y pasando muchas veces las veinticuatro horas sin dormir nada absolutamente.

En el año de 1605, despues de haber regido la Iglesia por espacio de trece años, un mes y tres dias, falleció el Papa Clemente VIII, al que sucedió en el mismo año el cardenal Médicis con el nombre de Leon XI, que solo ocupó el sólio pontificio veintisiete dias, sucediéndole en el mismo año 1605 el cardenal Borghese, bajo el nombre de Paulo V, decidido protector del tan beneficioso instituto de las Escuelas Pias durante los quince años y medio de su reinado. Los émulos de JOSÉ DE CALASANZ intentaron al principio del pontificado de Paulo enemistar á este Pontífice con el santo é infatigable

español, y renovaron con notable aumento las calumnias y falsas acusaciones contra el instituto, al cual aumentaron la importancia sus mismos enemigos, pues nombró Su Santidad un cardenal de autoridad y alta reputacion que protegiese las escuelas, manifestando además en su Breve de 24 de marzo de 1607, *haber sido instituidas, siendo Dios el autor*. Y para dar á JOSÉ un testimonio de su estimacion, quiso condecorarle con el capelo, bien que sus lágrimas y humildes ruegos pudieron alcanzar que no se realizase la gracia, pues revestido por entero su corazon de pobreza evangélica, repugnaba honoríficos empleos, como lo tenia ya probado en las renuncias ya entonces hechas de las prebendas y obispados que en España le habia ofrecido el rey D. Felipe III.

En vista de los grandes resultados que para la moral y la instruccion estaban dando las Escuelas Pias, deseó JOSÉ DE CALASANZ asegurar estos bienes á la humanidad venidera, perpetuando la institucion; y habiendo manifestado su deseo al Sumo Pontífice, tuvo la suprema alegría de ver aprobado su pensamiento por Breve de Su Santidad, el mismo Paulo V, fecha 6 de marzo de 1617, por el cual se prevenia al mismo tiempo que la institucion llevase el nombre de *Congregacion paulina de la Madre de Dios de las Escuelas Pias*: que la profesion se hiciese con simples votos de pobreza, caridad y obediencia; que CALASANZ fuese Prepósito general de ella durante el tiempo de su voluntad, dándole facultad para que hiciese los estatutos y reglamentos oportunos bajo la proteccion de la Santa Sede. Vistió en nombre del Papa el cardenal Justiniano en su palacio á JOSÉ DE CALASANZ el hábito que eligió para su órden, y en aquel acto dejó el apellido del siglo y tomó el sobrenombre de MADRE DE DIOS. Al año hizo la solemne profesion, y con ella la completa renuncia de todos los bienes que poseia en la tierra. Los beneficios que se habia reservado en España los resignó en eclesiásticos pobres, y los bienes que le habian pertenecido

por herencia de sus padres los mandó vender, y distribuyó su producto entre los pobres y encarcelados, subsistiendo despues de la limosna que pedia de puerta en puerta para mantener á los de su congregacion, y facilitar á los niños los auxilios que tenia de costumbre.

«Significóle el cardenal protector que era voluntad del Papa formase las constituciones para su congregacion; retiróse á este fin á la casa que fundó en Narni de órden del mismo purpurado; dispúsose para ello con cuarenta dias de ejercicios espirituales para implorar la asistencia del Espíritu Santo, por cuya inspiracion escribió los más sábios y piadosos reglamentos. Murió á la sazon Paulo V: llegó á Narni el cardenal Ludovici, arzobispo de Bolonia, que pasaba al cónclave, y sabiendo que se hallaba JOSÉ en aquella ciudad, como ya le conocia anteriormente, y tenia formado tan alto concepto de su eminente santidad, quiso hospedarse en su casa para disfrutar su amable conversacion. Profetizóle el Santo que seria electo Sumo Pontífice, y le rogó encarecidamente protegiese su congregacion. Cumplióse el vaticinio puntualmente, tomando el cardenal el nombre de Gregorio XV; y deseoso de dar á JOSÉ una prueba auténtica de su estimacion, sobre querer condecorarle con la púrpura para tener á su lado un Santo, de cuya dignidad se excusó con humildísimos ruegos, elevó al grado de religion su congregacion paulina, con supresion de esta denominacion, por su Breve apostólico de 1621, concediéndola todos los indultos, gracias y privilegios que gozan las demás religiones. Aprobó por otro de 31 de enero de 1623 con los más altos elogios las constituciones formadas por JOSÉ; y por otro de 24 de abril del mismo año, le constituyó general por espacio de nueve años, señalándole cuatro asistentes generales para el gobierno de dicha Órden.

»El nuevo carácter á que se elevaron las Escuelas Pias, y las grandes utilidades que cada dia resultaban de ellas, hizo

que en todas partes solicitasen á competencia los sugetos de la más alta esfera su establecimiento. Aunque al siervo de Dios costaron tantas fatigas y tantos desvelos, quiso el Señor darle el consuelo de verlas extendidas en el Estado Pontificio, en Sicilia, en el reino de Nápoles, en Venecia, Lombardía, Toscana, en el Piamonte, en Hungría, en Bohemia, y en toda la Alemania: confesando ingenuamente en una carta que escribió al P. Melchor Alanche, que si se hallase con diez mil religiosos, los podia repartir á todos en un mes á las partes que se los pedian con grandísimas instancias.

»Aunque el corazon de JOSÉ se hallaba lleno de gozo, dando á Dios repetidísimas gracias por las bendiciones que echaba sobre su caritativo establecimiento, quiso el Señor purificar aquella grande alma con el fuego de la más terrible tribulacion, y aumentar por este camino muchos grados á sus méritos. Seria necesaria una relacion dilatadísima para referir individualmente lo ocurrido en esta prueba de la que solo daremos una idea. Un hijo del mismo Órden, llamado Mario Soci, díscolo por naturaleza, uno de aquellos hombres perversos que Dios permite en el mundo para ejercicio de los buenos, desterrado de Roma por su indigno porte, supo engañar con aparente celo en asuntos de fé, de tal suerte al inquisidor de Florencia, que volviendo á Roma con la más expresiva recomendacion de aquel ministro, fulminó tales calumnias contra su santo padre, ante el asesor del Santo Oficio, que de órden de este, fué conducido preso CALASANZ á la Inquisicion, por las calles públicas de la ciudad, que se consternó á vista de tan inopinado suceso. Aunque JOSÉ se purificó, en términos que hizo demostracion que ni aun tenia noticia de los delitos imputados, por lo que sé le volvió á su casa en carroza por los mismos sitios que fué conducido como reo, con todo, logró el perseguidor con sus artificios, á pretexto de que era necesario tiempo para justificar sus delaciones, que se le suspendiese del empleo, y que se nom-

brase un visitador general de distinto Órden. El primero en que recayó esta comision, fué el P. D. Agustin Urbandini, de la Congregacion Samosca, quien no pudiendo sufrir las iniquidades de Mario, se vió en la precision de renunciar el empleo. Logró el perseguidor que se nombrase al P. Silvestre Pietrasanta, sugeto adicto á sus perversísimas ideas; con cuyo motivo cargó su ambicion con todo el gobierno de la Órden, como primer asistente. Hablábale JOSÉ de rodillas, con el mayor respeto; pero el pérfido hijo, despreciando la venerable persona de su santo padre, le trataba de hipócrita, de soberbio y de embustero, hasta decirle que le haria morir en una galera. Sentian en el alma sus hijos la tribulacion del patriarca: solo él estaba alegre porque padecia por Jesucristo, sin cuidar de su defensa; pero tomándola Dios por él, cubrió al calumniador de piés á cabeza con una tan horrible lepra, que le privó hasta de la forma humana, exhalando un olor tan fétido, que no podian tocarle ni aun por brevísimo tiempo sus mismos confidentes, de cuyo mal murió desdichadamente.

»No sosegó la tempestad con la muerte de aquel infeliz; sucedióle el P. Esteban Querubini en el empleo, secuaz de sus inícuos pensamientos, quien con el visitador Pietrasanta y otros díscolos, conspiraron á la destruccion de las Escuelas Pias, á lo que se inclinó el Papa Inocencio X, á fuerza de los falsos informes de los perseguidores. Ya se deja discurrir el sentimiento que causaria en JOSÉ la degradacion de su Órden, que le costó tantos trabajos y tan penosas tareas. Sufrió como otro Job aquella desgracia, expresándose con las mismas palabras que el antiguo: *Dios lo dió, Dios lo quitó; sea el nombre de Dios bendito.* Tuvo algun consuelo al ver que todos los cuerpos políticos y eclesiásticos de Italia, con las personas de la más alta esfera, interpusieron sus ruegos para con Inocencio á fin de que revocase su determinacion, manifestándole las grandes utilidades que se experimentaban en to-

das partes con las Escuelas Pias; y si no tuvieron por entonces efecto aquellas recomendables súplicas, con todo, les profetizó JOSÉ á sus hijos, que estaban inconsolables, que dentro de breve tiempo verian reintegrado el establecimiento en los mismos términos honoríficos á que le elevó la Santa Sede, cuyo vaticinio se cumplió á la letra en los pontificados inmediatos de Alejandro VII y Clemente IX, sucesores de Inocencio, restituyéndole el primero en el año 1656 al grado que Paulo V, y el segundo en el de 1659 al que le sublimó Gregorio XV.»

Años hacia que venia sufriendo fuertes y agudos ataques de la enfermedad crónica que le atormentó el último tercio de su vida, llamada generalmente calor del hígado. Desde principios del año 1648, cuando alguno se condolia de sus trabajos, le decia: *Esperad al agosto y lo que Dios permitirá.* La alegre y triunfante expresion con que pronunciaba estas enigmáticas palabras, hacian presumir que anunciaba algun suceso próspero para la Órden; pero el verdadero significado, que luego acreditaron los sucesos, era que para el mes de agosto dejaria de sufrir en la tierra y recibiria en el paraiso el galardon por sus virtudes. Estando concedidas muchísimas indulgencias por diferentes Sumos Pontífices por visitar la iglesia de San Salvador el dia 21 de julio, fué á ella con los piés descalzos, y como su estado de suma debilidad por los trabajos, penitencias, enfermedad y avanzada edad, no le permitia caminar con soltura y firmeza, dió un fuerte tropezon contra una piedra con el dedo pulgar del pié derecho, hiriéndose gravemente, y continuando el camino hasta su morada con infinito trabajo, y regando las calles con su sangre. Este golpe, que aunque grave algunos años antes, no le hubiera sido de lamentables consecuencias en el estado en que se hallaba, le originó la muerte, pues exacerbada su habitual dolencia del hígado, le produjo un ataque, que si bien en un principio creyeron los médicos y sus amigos y

subordinados que podia dominarse como otros, conocieron á los pocos dias que era mortal. Antes que los médicos lo conoció JOSÉ DE CALASANZ, y se preparó para el tránsito de esta vida á la eterna con tanta uncion, recogimiento y fervor, como si su vida estuviera manchada con graves pecados. Recibió los santos Sacramentos con tal humildad, que edificó á todos los presentes, que vertiendo copiosas lágrimas se lamentaban de la próxima pérdida de tan querido y santo amigo; y continuando con inalterable resignacion sufriendo los más vivos y acerbos dolores, llegó al 25 de agosto, y entrada ya la media noche fijó los ojos en el cielo, levantó el brazo derecho en ademan de bendecir á sus hijos, y pronunciando tres veces el nombre de Jesus, le entregó plácidamente su alma, á los noventa y dos años de edad, quedando su rostro sin la menor contraccion ni señal de muerte, tan apacible como siempre lo fué, aun en medio de las más penosas tribulaciones. Al quitarle las ropas interiores puercas con que habia fallecido, para ponerle otras limpias y el hábito que habia de servirle de mortaja, acudió con la mano derecha á cubrir la desnudez vergonzosa, y habiendo tratado de levantarle esta mano, acudió rápidamente con la otra, dejando asombrados á los presentes de un caso tan nuevo de pudor en un difunto, por más que hubiera conservado su virginidad en vida. Colocaron el santo cuerpo en el féretro, y fué tanta la concurrencia á venerarlo, que no bastando todas las precauciones tomadas por los religiosos, fué necesario que el Papa enviase soldados de su guardia para que mantuvieran el órden. Varios fueron los milagros que Dios obró por conducto de JOSÉ DE CALASANZ mientras estuvo de cuerpo presente, para probar la santidad de su siervo, tanto fuera como dentro de la iglesia de San Pantaleon, donde se le dió sepultura á puerta cerrada y á presencia solo de los religiosos de su Órden, y de algunos altos personajes del clero romano.

Antes de trascurrido un año del fallecimiento de este glorioso español, con la aprobacion del Sumo Pontífice Inocencio X, se dió principio á los procesos informativos de las virtudes heróicas y milagros auténticos; y justificados plenamente, le declaró beato el Papa Benedicto XIV en 7 de agosto de 1748, siendo despues canonizado solemnemente en la Basílica Vaticana por Su Santidad Clemente VIII, en 16 de julio de 1767; señalándose para su fiesta el dia 27 de agosto, en el que le dieron sepultura, y en el mismo que hace mencion de él el Martirologio romano.

DIA 28.

San Agustin, Obispo, Doctor y Fundador, *Africano.*

DIA 29.

La Degollacion de San Juan Bautista, *de Judea.*

SANTA BASILISA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Esta santa vírgen fué una de las ocho hermanas de Santa Marciana, en cuya biografía, página 74 de este tomo, pueden verse los sucesos comunes á las nueve, hasta que huyendo de su padre dejaron el pueblo que las vió nacer. De Santa BASILISA, llamada tambien Basila, no encontramos noticias detalladas de sus pasos y acciones despues de la separacion de sus hermanas; asegúrase solamente que murió mártir en Sirmo de la Panomia inferior, hoy Sclavonia, y que la reconoce nuestra Iglesia como santa vírgen y mártir española.

DIA 30.

Santa Rosa de Lima, Vírgen, *Americana.*

SAN PELAYO, ARSENIO Y SILVANO, ESPAÑOLES.

Entre los infinitos monasterios que fueron destruidos en España durante la bárbara dominacion de los musulmanes,

fué uno el de San Pedro de Arlanza, situado en el valle de este nombre, á tres leguas de la ciudad de Leon. Los monjes que pudieron escapar con vida de la furia de los moros, se refugiaron en el monte, guareciéndose en las cuevas naturales, y en las que su industria construyó por las próximas montañas. De los más distinguidos por su notoria capacidad y ejemplar vida, fueron los tres célebres llamados PELAYO, ARSENIO y SILVANO, que renunciando por completo á todo contacto con el mundo, eligieron una cueva en lo más recóndito y fragoso, determinados á dedicarse sola y exclusivamente á la contemplacion de lo divino, á la penitencia y á la rígida maceracion de sus cuerpos, en imitacion de los primeras eremitas de la Tebaïda.

Los constantes atropellos, vejaciones y crímenes de los moros por este tiempo, á principios del siglo X, resolvieron al héroe español el famoso conde Fernan-Gonzalez á poner coto á tan continuo desman, y alzar sus armas y potente brazo contra las partidas agarenas que recorrian el país, robando, devastando y regando los campos, pueblos y ciudades con sangre de cristianos. La primera salida del célebre conde fué coronada por el más lisonjero éxito, pues sin perder apenas un hombre tomó el castillo de Taranco, una de las fortalezas más importantes que tenian los moros. Hecho una hiena el rey de Córdoba al recibir la noticia, juró vengarse, y dispuso que un poderoso ejército á las órdenes del general Almanzor saliera inmediatamente en persecucion de los cristianos. Estos, por su parte, no se descuidaron en favorecer al heróico conde, aumentando sus filas, y acudiéndole con los socorros de armas y dinero que podian; y aunque sumamente inferior en número el ejército cristiano, reinaba en él tal entusiasmo, tal deseo de abatir al comun enemigo, y tal ansia de ver triunfante la bandera del Redentor del mundo, que venciendo toda clase de obstáculos marchó hasta la ciudad de Lara, en donde consideró el conde

conveniente esperar al enemigo. Sabida es de todo el que haya repasado nuestra historia la decidida aficion del conde Fernan-Gonzalez á la caza, y aprovechando el descanso de sus tropas en espera del ejército contrario, salió un dia al monte con algunos de los caballeros de su séquito. Á poco de estar reconociéndolo, vió un ciervo de una magnitud extraordinaria, y deseoso, como buen aficionado, de cazar tan hermosa pieza, se internó en la espesura, perdiéndose entre ella y perdiéndole de vista los que le acompañaban. Vagando sin guia en busca de la fiera y salida del monte al mismo tiempo, llegó á una ermita cubierta toda de hiedra, quedando altamente sorprendido al encontrar allí tres demacrados monjes, que oraban delante de una cruz colocada en una meseta de piedra que formaba naturalmente el testero interior de la ermita. No lo quedaron menos los tres ermitaños al ver aquel caballero que ninguno conocia ni podia esperar por un sitio hollado apenas por más planta humana que las suyas. Preguntados los monjes por el conde, le manifestaron franca y lealmente el motivo de su estancia allí, y el conde por su parte se dió á conocer, explicándose con igual franqueza.

Habian ocultado ya el sol las últimas montañas de Poniente, y hallándose la ermita en el centro del monte, distaba bastante de su salida, y aconsejaron los ermitaños al conde que pasara con ellos la noche, porque era muy peligroso el tránsito á oscuras, tanto por lo muy quebrado del terreno, cuanto por las fieras en que abundaba. Consintió el conde, y pasaron la noche los cuatro en santa y grata conversacion, captándose los ermitaños la entera voluntad y aprecio del conde. Al amanecer se dispuso este á marchar, guiado por los tres monjes; pero antes de partir le anunció PELAYO con espíritu profético lo que le habia de suceder en la lucha que habia emprendido, diciéndole: «Has de creer ciertamente que Dios dirige tus expediciones, con cuya asistencia triunfarás

de todo el poder de Almanzor; asimismo has de saber que recuperarás gran parte de la tierra que ocupan los agarenos, y tu felicidad será tan grande, que resonará la fama de tu brio militar por todo el mundo; pero antes de tres dias padecerás grandes angustias, porque verás á tu gente en la mayor consternacion, á causa de una señal espantosa que ocurrirá á su presencia: tú confórtalos al instante con las mejores palabras que puedas, que ellos perderán el temor. Véte, pues, ahora, entendido que encontrarás á todo tu ejército triste, y lleno de sentimiento, creyendo que has sido muerto ó cautivo. Mas yo te ruego y pido que despues que venzas á los enemigos de la fé, te acuerdes de este pobre lugar destruido, pues somos tres monjes que en él hacemos vida anacoreta, y si el Señor no nos mantuviese, ya nos habrian devorado las fieras que hay en el monte.»

«Tuvo el conde gran consuelo con las agradables nuevas que le dió PELAYO, y refiriendo á los de su ejército cuanto le manifestó el célebre solitario acerca de la actual expedicion, partieron todos llenos de valor á ocupar un sitio ventajoso, desde donde se veia el ejército agareno. En este estado ocurrió el signo espantoso que anunció PELAYO á Fernan-Gonzalez, y fué el abrirse la tierra de repente, y tragarse un caballero con el caballo en que iba montado, que algunos llaman Pero Gonzalez, de la Puente de Fitero, cuyo suceso intimidó y alborotó el ánimo de los fieles, espantados de aquel suceso inaudito y funesto; pero alentándolos el conde, segun la prevencion ya hecha por PELAYO, acometieron á los moros con tanto valor y con tal ímpetu, que aunque fué porfiada la resistencia de los bárbaros, al fin quedaron vencidos. Huyó Almanzor precipitadamente, y siguiendo los cristianos á los árabes, dieron muerte á muchos de ellos, y se apoderaron de todos los despojos que tenian en sus tiendas. Conseguida la victoria, pasó Fernan-Gonzalez con los suyos á dar las correspondientes gracias á los tres célebres

eremitas, y habiéndoles dejado cuantiosos dones, se retiró á Búrgos.»

Grande fué el sentimiento del rey de Córdoba, del general Almanzor y de todos los moros por esta tan notable derrota; pero deseando recobrar su preponderancia, pasó Almanzor á África á pedir auxilios, y regresó á España con numerosísimo ejército. Así que lo supo el conde Fernan-Gonzalez, aprestó tambien sus armas y reunió cuanta fuerza pudo en Piedrahita, y marchó á consultar al santo PELAYO, y oir su pronóstico acerca de esta nueva campaña; pero solo encontró á ARSENIO y SILVANO, pues PELAYO habia fallecido ya. Gran sentimiento tuvo el conde, y conmovido entró en la ermita á orar é implorar la proteccion del Todopoderoso, y la intercesion de su santo siervo PELAYO para el triunfo de las armas cristianas. Las constantes fatigas de tantos dias de viajes y preparativos de guerra tenian rendido al conde, y á poco de estar orando le venció el sueño y quedó profundamente dormido, y entonces se le apareció PELAYO rodeado de celestiales resplandores y le dijo: «Levanta, conde, y vuelve á tu ejército, pues Dios te ha concedido cuanto pediste. Cree que vencerás á Almanzor; pero perderás mucha gente en la guerra: porque sirves al Señor de todo corazon, enviará en tu ayuda al Apóstol Santiago, y á mí, con una multitud de ángeles, que apareceremos en el combate, llevando cada uno una cruz en su bandera, á cuya vista quedarán aterrados los moros y te dejarán el campo.» Despertó el conde lleno de alegría, y meditando sobre la vision, oyó una voz que le dijo: «Ve prontamente á comenzar la guerra.»

«Manifestó el conde á sus soldados cuanto vió y oyó en la ermita, y acometiendo á los moros como valientes leones, duró el reñido combate dos dias continuos, con considerable pérdida de ambos ejércitos; pero habiendo aparecido al tercer dia el Apóstol Santiago y PELAYO, acompañados de una multitud de ángeles con las insignias que les predijo el bie-

naventurado eremita, vencidos á su vista los agarenos, consiguió el conde una de las victorias más célebres que se refieren en los anales.»

Despues de esta célebre derrota de Cascajares, habiendo sabido los moros que el valor de los cristianos habia sido robustecido por los consejos de los ermitaños, fueron en su busca, y degollaron á los dos que restaban, ARSENIO y SILVANO. El conde Fernan-Gonzalez tuvo un profundísimo sentimiento con la muerte de estos dos santos amigos, con cuyos consejos y consuelos contaba en la tierra, como con la proteccion de PELAYO en el cielo, y mandó edificar en el año de 912 un monasterio en la ribera del rio Arlanza, cerca de la ciudad de Lara, con la advocacion de San Pedro y San Pablo, en cuya iglesia fueron colocadas las reliquias de los tres santos monjes.

SAN FORMERIO, MÁRTIR, ESPAÑOL.

De los escritores antiguos y modernos que se han ocupado de este glorioso Santo, el que hemos encontrado más explícito y abundante de noticias es Pétano, el cual dice:

«SAN FORMERIO, á quien venera por su patron la ilustre villa de Bañares, en la provincia de la Rioja, segun nos dicen varios escritores apoyados en una constante tradicion, y en monumentos de una respetable antigüedad, nació en Cerezo, hoy poblacion reducida en la misma provincia, la que antiguamente fué una ciudad populosa conocida con el nombre de Cezaria ó Cezoria, del que se derivó el de Cerezo. Fué educado FORMERIO desde la cuna en la religion cristiana, y siguiendo fielmente todas sus piadosas máximas, arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Quiso, siendo jóven, ascender á la más alta perfeccion; y reflexionando que en su patria no podia libremente poner en ejecucion sus nobilísimos proyectos, por hallarse en poder de los gentiles, distribuyó todos sus bienes entre los pobres

de Jesucristo, y se retiró á una sierra inmediata á la villa de Cerezo. Cuando se vió en lugar tan separado de todo comercio humano, se sintió más que nunca encendido en el amor á los ejercicios eremíticos, y desde aquel punto se dedicó á la contemplacion de las grandezas divinas, y á la práctica de muchas ingeniosas mortificaciones, ocupando el tiempo sobrante en el oficio de pastor de ciertas ovejuelas, cuyos frutos invertia en socorro de los necesitados.

»Seguia FORMERIO lleno de placer aquel tenor de vida más angélica que humana, y queriendo Dios valerse de él para que enseñase las infalibles verdades á muchos paganos, envió un ángel á que le instruyese en las verdades reveladas. Habilitado por este medio, comenzó á ejercer el ministerio de predicador por toda aquella sierra; y como viesen los gentiles de los pueblos y aldeas de la comarca que las fieras acudian al eco de la voz del ilustre misionero, á oir la palabra divina, como pudieran los más devotos racionales, y á recibir diariamente su bendicion, convencidos por esta portentosa maravilla de que sin duda era verdadera y santa la doctrina que predicaba, la abrazaban gustosos, dejando los crasos errores del gentilismo.

»Suscitó por entonces el emperador Aureliano la nona persecucion de las diez primeras que padeció la Iglesia bajo el dominio de los principales gentiles; y siendo su empeño destruir si pudiera el nombre y la religion de Jesucristo, no contento con que Roma fuese el más sangriento teatro, donde se sacrificaban cada dia innumerables víctimas inocentes, envió por todas las provincias del imperio gobernadores idólatras, para que tuviesen cumplimiento sus impías intenciones. Cupo á la Rioja uno de estos ministros llamado Alejandro, celoso como el que más de sostener á toda costa el culto de sus quiméricas deidades, y como los principales gentiles de la provincia se hallaban irritados contra FERMERIO á causa de las muchas conquistas que hacia cada dia para Je-

sucristo, le delataron al gobernador por inobediente á los decretos de los príncipes del mundo, y por un clásico mago, como se acreditaba en el hecho de someterse á su disposicion las fieras como si fuesen mansos corderos.

»No oyó Alejandro sin irritarse la acusacion de los idólatras; y queriendo vengar el desprecio que hacia el ilustre predicador á los dioses romanos, dió órden á sus ministros para que lo prendiesen. Buscáronle estos con exquisitas diligencias por toda la sierra de Cerezo, habiendo llegado á la pobre choza donde habitaba; como no le conocian, le preguntaron por FORMERIO.—Respondióles el Santo: «Yo soy» lleno de alegría; y saludándolos cortésmente, lès rogó que descansasen, y ofreció á su disposicion cuanto tenia. Quedaron atónitos los emisarios al ver la serenidad, la dulzura y la mansedumbre del venerable eremita, pero aun se admiraron más cuando vieron concurrir las fieras á oir los sermones que les hacia; con cuyo motivo predicó tambien á los enviados. Temieron estos ser despezados, mas FORMERIO les aseguró que no les causarian el menor daño, como lo experimentaron. Conocieron los ministros por aquel portento la eminente virtud del siervo de Dios; y manifestándole la órden que llevaban de su principal, le rogaron que se ausentase, que ellos protestarian no haberle encontrado. Agradeció FORMERIO el favor que le hacian; pero réflexionando que en él se le privaba de su mayor gloria, les dijo: «Sabed, hermanos, que no es justo que yo pierda la ocasion que Dios me prepara. Confiésoos ingénuamente que no temo los tormentos de Alejandro: soy cristiano, y debo confesar la fé que profeso ante los tribunales paganos; y así, vamos inmediatamente á ofrecer al Señor mi vida en sacrificio.» Hízolo así; pero antes que partiese de la montaña, le envió Dios un ángel para que le manifestase lo mucho que habia de padecer por su amor, asegurándole que triunfaria gloriosamente en sus combates.

»Presentaron los emisarios á FORMERIO ante el gobernador Alejandro, y comenzó á reconvenirle de esta manera: «Dime: ¿cómo siendo hijo de nobles padres has elegido una vida rústica, debiendo portarte como los que son iguales á tus circunstancias, manteniéndote con ellos en el pueblo, y no en los montes con las fieras? Además de esto, ¿por qué eres tan osado que no contento con profesar la religion del Crucificado la predicas y enseñas, pervirtiendo con cuentos á muchos que profesaban adoracion á nuestros dioses protectores del imperio, obrando contra los decretos de los príncipes del mundo? Tus pocos años solo pueden disculparte; y así, trata luego de dejar la nueva religion que profesas, y de sacrificar á los dioses romanos para que merezcas nuestra proteccion y nuestra amistad.» Negó FORMERIO la impostura de mago, y confesó que las maravillas que graduaban los gentiles por encantos no las hacia por malas artes, sino por virtud de Jesucristo, en cuya religion fué educado, en la que le habia mantenido el Señor por su infinita misericordia; la cual sola era verdadera, pues conocia por Dios al Criador de cielo y tierra, á quien debian amar, servir y adorar todas las criaturas, y no á las vanas estátuas á las que los idólatras tributaban culto bajo el velo de quiméricas deidades, siendo así que eran unos retratos de hombres y de mujeres torpes, que por sus enormes vicios estaban en los infiernos, y por lo mismo le añadió que tuviese entendido que jamás le separarian de la fé de Jesucristo todos los tormentos que pudiera discurrir su obstinacion.

»Una respuesta tan generosa excitó la cólera del tirano, de suerte que no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó á los verdugos que pusiesen al ilustre *confesor* en un potro ó catastro, donde le atormentaran cruelmente para vengar el desprecio que habia hecho á los dioses. Usaron del artificio de aquella horrible máquina por tres veces, todas con igual violencia, y luego se percibió la disloca-

cion de todos los huesos; pero viendo Alejandro la serenidad de ánimo que mostraba FORMERIO en medio de los más duros dolores, sin cesar de predicar á Jesucristo, no pudo menos de comprender que en aquella admirable tranquilidad se ocultaba alguna virtud sobrenatural á que no podia resistir; mas no queriendo manifestarse vencido, dió órden para que le quitaran del tormento y que le encerrasen en un calabozo oscuro, con severa prohibicion de que le diesen el menor alimento; pero el Señor tuvo providencia de su siervo, restituyéndolo de repente á su antigua robustez y derramando al mismo tiempo sobre su dichosa alma una dulzura de superior órden que la inundó de alegría.

»Hallábanse en la cárcel cuando entró en ella FORMERIO algunos cristianos presos por la fé, tan fatigados con los trabajos y con las miserias de la prision, que les faltaban ya las fuerzas para tolerar tantas penalidades, y compadecido el Santo de aquellos infelices, recurrió á Dios á fin de que se dignara favorecerlos. Oyó el Señor con agrado las súplicas de su siervo, y descendió una voz celestial que disipó las tinieblas del calabozo, á cuya vista se hicieron pedazos los grillos y las cadenas, y abriéndose por sí mismas las puertas de la prision, manifestó FORMERIO á los fieles que era la voluntad de Dios el que se ausentasen de la ciudad para que descargase sobre su persona toda la cólera el tirano.

»Dió parte el carcelero á Alejandro de la fuga de los presos, informándoles de que solo habia quedado FORMERIO, tan sano de los tormentos pasados como si nunca los hubiera padecido; y pareciendo al tirano que para persuadir á un hombre de aquel carácter tendrian más eficacia los buenos términos que la severidad, hízole traer á su presencia y le exhortó á que adorase á los dioses romanos, ofreciéndole ventajosisimas promesas. Despreciólas el valeroso militar de Jesucristo con aquella generosidad y con aquella fortaleza que es propia de los héroes de nuestra santa reli-

gion, y ratificando de nuevo otra igual confesion de fé que la antecedente, hizo ver á Alejandro que estaba dispuesto á morir por ella, y aun se adelantó á persuadirle que reconociese su ceguedad si deseaba su eterna salvacion.

»No es fácil poder explicar la ira que concibió Alejandro á vista del desprecio que hizo el Santo de sus ofertas; pero creyendo que no podria resistirse á la actividad del fuego, mandó á sus verdugos que le introdujesen en un horno encendido. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor prontitud: mas repitiendo el Señor aquel prodigio admirable que obró en el horno de Babilonia con los tres jóvenes, se mantuvo el Santo por espacio de cinco dias sin la menor lesion entre las voraces llamas, cantando himnos de alabanzas en compañía de ángeles.

»Admirados los paganos de aquel extraordinario portento, comenzaron á exclamar que solo era verdadero Dios el de FORMERIO; por lo que se convirtieron á Jesucristo muchos de los infieles. Supo Alejandro el suceso, y atribuyendo á hechicerías, de que eran notados los cristianos, la operacion de semejantes maravillas, dispuso que llevasen al Santo al anfiteatro público para que le despedazasen las fieras. Concurrió una multitud de gentiles á ver el espectáculo, y habiendo soltado un leon que con sus espantosos bramidos infundia terror á los asistentes, convertido contra los idólatras, mató no pocos de ellos; y dirigiéndose despues con gran mansedumbre á donde estaba el ilustre mártir, bajó la cabeza para que le diese su bendicion como tenia de costumbre.

»Atónito el tirano con tanto tropel de prodigios, creyó con gravísimo fundamento que si continuaba en atormentar al Santo era dar márgen para su mayor confusion y para que se evidenciase el ningun poder de sus falsos dioses: por lo que dió órden á los verdugos que lo degollasen inmediatamente. Llevaron al Santo á un sitio de la vega de Cerezo,

llamado por entonces *de los tormentos*, por los muchos que padecieron en aquel lugar los mártires de Jesucristo, el que en el dia se llama *Tormatos*, corrompido el vocablo; y ejecutándose en él la sentencia del tirano, consiguió FORMERIO la apetecida corona del martirio en el dia 25 de setiembre del año 277, que fué el último del imperio de Aureliano.

»Recogieron los cristianos el venerable cuerpo del ilustre mártir, y le dieron sepultura con la cautela que permitia la turbacion de aquellos calamitosos tiempos; y despues le trasladaron á la villa de Bañares, donde están sus venerables reliquias en la iglesia de Santa Cruz, en la que se celebra su festividad con octava, y es tenido en grande veneracion por todos los pueblos de la comarca; en virtud de lo cual concedió el Papa Sixto IV en 29 de mayo de 1477 una indulgencia plenaria á todos los cofrades de la hermandad del Santo, en la que están alistadas casi todas las personas de Bañares, por la singular devocion que profesan á su ínclito patrono, que remunera su afecto con repetidísimos beneficios.»

DIA 31.

La festividad de Nuestra Señora de la Consolacion y Correa, la Traslacion de Hemeterio y San Celedonio, mártires.

SAN RAMON NONNATO, CONFESOR, ESPAÑOL.

«Nació San RAMON en Cataluña el año de 1204, siendo su patria la villa de Portell, en el obispado de Solsona, y su familia de las más distinguidas, tanto por su nobleza, como por sus alianzas con las ilustres casas de Fox y de Cardona. Salió á la luz del mundo despues de muerta su madre, haciéndola una incision, y le sacaron vivo y sano con toda esperanza de los más hábiles médicos, por lo que se le dió el nombre de *Nonnato* ó de *No nacido*. Á este que podemos llamar milagroso nacimiento, se añadió el singular favor con que el Señor le previno, dotándole de una bellísima índole y

de una inclinacion á la virtud, que se anticipó á la edad y á la educacion.

»Luego que llegó á tener uso de razon, viéndose sin madre en la tierra, resolvió escogerse otra mejor en el cielo. Dedicó á la Santísima Vírgen todas las ternuras de hijo, y tomóla desde entonces por su dulcísima madre; no tomándola jamás en boca sino con este tiernísimo nombre. En medio de su niñez nada le entretenia ni en nada encontraba gusto sino en la oracion. Toda su diversion eran sus devociones, sobre todo aquellas que se dirigian á la soberana Reina de los cielos. Cuando se encontraba con alguna imágen suya, la rendia especial culto; tanto, que observada de todos su extraordinaria ternura con la Madre de Dios, le llamaban generalmente *el hijo de María*. Púsose bastante cuidado en criarle bien, pero su bello natural ahorraba á los preceptores mucha parte del trabajo en la educacion. Dotado de excelente ingenio y de no menor aplicacion, hacia rápidos progresos en los estudios; pero su padre no quiso que prosiguiese en ellos, recelando en vista de su devocion, que se inclinase á abrazar el estado eclesiástico ó religioso; y por desviarle de este pensamiento le envió á una quinta suya, encargándole el gobierno y la administracion de aquella hacienda, no obstante su tierna edad; todo con el fin de que divertido en aquella ocupacion, no pensase en otra cosa. Obedeció RAMON, y sin penetrar los intentos de su padre, de tal manera se acomodó con aquella vida, que ella misma le sirvió para poner en ejecucion el plan que ya se habia ideado en el estudio de dedicarse á Dios en vida retirada y penitente. Enamorado de aquella soledad, él mismo quiso ser el pastor de sus rebaños; y mientras las ovejas pacian en el monte, apacentaba él su alma con la contemplacion de las cosas celestiales, ocupando todo el dia en devotos ejercicios. Su mayor pena era no poder tributar á la Santísima Vírgen las devociones acostumbradas en alguna iglesia dedicada á esta Señora, como lo hacia cuando estaba

en casa de su padre. Pero el Señor proveyó á esta necesidad. Acostumbraba el piadoso pastorcillo conducir su ganado al pié de una montaña, donde encontró una ermita abandonada, y junto á ella una capilla donde todavía se conservaba una bellísima imágen de la Santísima Vírgen. No se puede explicar el gozo de RAMON cuando se halló con aquel dulce objeto de sus amorosas ansias. Desde entonces no se acordó más de las iglesias de Portell. La ermita fué todo su embeleso, y la capilla su acostumbrada mansion. En aquel ejercicio le comunicó Dios un extraordinario amor y gusto á la soledad, y añadiendo á la oracion muchas penitencias, cada dia se iba haciendo más grato á los ojos del Señor. Pusieron en gran cuidado al demonio aquellos principios, y no era posible que dejase en paz á nuestro Santo. Apareciósele, pues, en figura de otro pastor, y trabando conversacion con él, procuró disgustarle de la soledad. «Admírome, le dijo, que un niño de tu nacimiento, de tu distincion y de tu ingenio se ocupe en oficio tan humilde; dedicado á guardar ovejas, y entregado á una vida rústica, grosera é indecente.» Representóle despues los gustos y las conveniencias que podia gozar en el mundo; y deslizándose poco á poco el espíritu inmundo en otras materias, le comenzó á tocar especies que sobresaltaron extrañamente su pureza y su inocencia. Todo asustado el santo mancebo, levantó los ojos al cielo, implorando la proteccion de la Santísima Vírgen, y á solo el nombre de María desapareció el demonio, dando un espantoso grito, acompañado de una espesísima humareda, que inficionó el ambiente, llenándole de un hedor intolerable. Reconociendo el Santo la malignidad del tentador, corrió á la capilla, postróse á los piés de la Santísima Vírgen, y la suplicó le protegiese contra los artificios de tan temible enemigo. Fué oida su oracion; y colmado abundantemente de consuelos celestiales, se consagró de nuevo por toda la vida al servicio de tan amorosa Madre.

»Viendo el demonio que le habia salido tan mal su maligno

intento, y que estaban descubiertos sus enredos, se valió de la envidia de los otros pastores para molestar al Santo, y para interrumpirle sus devotos ejercicios. Fueron á contar á su padre que RAMON, ocupado únicamente en sus devociones, no cuidaba del ganado, dejándole morir de hambre, y que él mismo se podria informar por sus propios ojos de esta perniciosa negligencia. Dando el padre crédito á lo que le decian, pasó un dia secretamente á la hacienda, y vió que estaba guardando sus hatos un pastorcillo de tan extraordinaria hermosura, que le causó respeto y admiracion. Como no halló en su compañía á su hijo, se encaminó á la capilla, donde le encontró en oracion; y preguntándole quién era aquel zagal á quien habia encargado que guardase las ovejas, ignorando el santo niño el milagro que hacia por él la Divina Providencia, se arrojó á los piés de su padre, y deshaciéndose en lágrimas le pidió perdon de aquel descuido. Conoció entonces el padre que todo era obra de Dios: enterneciόse; y no queriendo impedirle sus piadosos ejercicios, le abrazó amorosamente y se retiró. Á este favor del cielo se siguió otra gracia mayor. Apareciósele la Santísima Vírgen, y le declaró que el zagal que habia visto su padre era un ángel á quien la misma soberana Reina habia encargado que cuidase del ganado mientras él cumplia con sus devociones; pero que todavía le queria hacer otra gracia más singular, y era, que dejase la soledad y entrase en una religion, fundada con el nombre de Nuestra Señora de la Merced, donde era su voluntad viviese toda la vida. Indeciblemente consolado RAMON al recibir una órden tan positiva de la misma Madre de Dios, y tan conforme á su inclinacion, se valió del conde de Cardona, su pariente, para alcanzar el consentimiento de su padre; y obtenido este, el mismo conde le envió á Barcelona para que tomase el hábito de Nuestra Señora de la Merced. Conocióse por su aire, por su nombre y por su virtud, que era un regalo que el cielo presentaba á la nueva familia,

y entró en el noviciado, recibiendo el santo hábito de mano de San Pedro Nolasco.

»Presto la virtud del reciente novicio hizo muchas ventajas á la de los profesos más antiguos. Su fervor, su desasimiento de todas las cosas, su devocion, su obediencia, su excesiva mortificacion y su profunda humildad, eran superiores á toda admiracion. En fin, hizo tan extraordinarios progresos en la perfeccion de su estado, que dos ó tres años despues de su profesion se le juzgó digno de confiarle uno de los más importantes empleos y ministerios de su sagrado instituto. Este fué enviarle á las costas de Berbería para tratar con los infieles sobre el rescate de los cautivos cristianos, con el título y facultades de redentor. Ninguno desempeñó tan caritativo ministerio ni con mayor valor, ni con mayor prudencia, ni con mayor santidad. Llegado á Argel, encontró tanto número de cristianos cautivos, que consumido todo el caudal que llevaba de la redencion en rescatar á los que pudo, viendo que este no alcanzaba para todos, consiguió la libertad de muchos, quedándose él mismo por esclavo en su lugar, movido á tan magnánimo sacrificio de su propia libertad por desviar á muchos infelices del peligro en que se hallaban de apostatar de la fé.

»Este milagro de caridad, que hasta entonces apenas tenia ejemplar, le puso muy presto en ocasion de padecer una especie de martirio. Los moros á quienes se encomendó su custodia le trataron con tanta barbaridad, que se temió por mucho de su vida. Informado de esto el cadí ó corregidor de Argel, temiendo que si perdia la vida se perderia tambien la crecida suma que estaba prometida por su rescate, expidió una órden mandando no se le hiciese otro maltrato que el correspondiente á las cargas ordinarias de la cautividad, so pena de que si muriese en ella á violencia del excesivo rigor, los trasgresores pagarian la suma que estaba estipulada por su libertad. Afligió mucho al Santo este tal cual alivio, como

quien ansiosamente anhelaba por el martirio, á lo menos de la caridad. Pero ya que sus pecados (como él decia) le habian estorbado la dicha de perder la vida por la libertad de aquellos pobres esclavos rescatados con la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, quiso aprovecharse bien de la que le daban para andar libremente por la ciudad. Dia y noche visitaba los fosos y los calabozos donde eran conducidos los nuevos cautivos que llegaban á Argel: consolábalos en su desgracia, fortalecialos en la fé, y suavizaba sus trabajos con la esperanza de la redencion. No contento con animar y esforzar á los cristianos, se extendia su caridad hasta los mismos infieles. Concedióle Dios la gracia de convertir algunos, que fueron bautizados por su mano; pero tardó poco en recibir la recompensa de su celo. Informado el gobernador, y furiosamente irritado por aquellas conversiones, le condenó á ser empalado; y se hubiera ejecutado esta cruel sentencia á no haber mediado las poderosas intercesiones de los interesados en su rescate, que por no perderle pudieron conseguir se conmutase en una horrible paliza.

»Pero ni este insufrible tormento fué bastante á que dejase de continuar sus instrucciones á todos los que las querian oir. Denunciáronle de nuevo al gobernador, que le mandó azotar por todas las calles públicas de la ciudad; y conducido despues á la plaza mayor, el verdugo le barrenó los dos labios con un hierro caliente; pasóle una cadena por ellos, y con un candado le cerró la boca, entregando la llave al gobernador, que la tenia siempre en su poder, y no la daba sino en aquellas horas en que era preciso que tomase algun alimento. Además de eso le mandó encerrar en un oscuro calabozo, donde estuvo ocho meses hasta que llegó su rescate.

»Como su alma sentia tanto consuelo en padecer por el nombre y por la fé de Jesucristo, pidió con grandes instancias á los superiores le permitiesen pasar el resto de sus dias en aquel país, que consideraba el único para proporcionarle

la suspirada corona del martirio; pero le fué preciso obedecer. Queriendo el Papa Gregorio IX honrarle con la sagrada púrpura, creó cardenal de título de San Eustaquio al glorioso confesor de Cristo. Hízole tan poca impresion aquella eminente dignidad, que no mudó ni el trage, ni la pobreza, ni el método de su penitente vida. Retiróse á su convento de Barcelona, sin que el conde de Cardona, su pariente, le pudiese jamás reducir á que admitiese el tren de cardenal, ni aun permitiese se alhajase su celda con alguna mayor decencia.

»Era siempre igualmente encendida su caridad con todos los necesitados; y habiendo encontrado á un pobre traspasado de frio, y desnuda la cabeza, movido de compasion le abrazó tiernamente, y no teniendo que darle, le cubrió con su sombrero, retirándose al convento muy mortificado por no haber tenido otra cosa con que socorrerle. La noche siguiente, estando en oracion, se le apareció la Santísima Vírgen, y le puso en la cabeza una corona de flores; pero aunque fué tan singular este favor, el Santo no pudo menos de mostrar que de mejor gana preferiria á la de flores una corona de espinas. Agradó tanto al Señor esta preferencia, que le pareció á RAMON que el mismo Jesucristo le ponia en la cabeza una corona en todo semejante á la suya, y que apretándosela fuertemente, sentia un vivísimo dolor.

»Deseando el Papa Gregorio tener cerca de sí á un varon tan santo, le llamó á Roma. Obedeció RAMON: púsose en camino; pero llegando á Cardona, pocas leguas distante de Barcelona, le asaltó una maligna calentura, que muy luego hizo perder á todos las esperanzas de su vida. No pareciendo el cura que le habia de administrar el Santo Viático, y deseando RAMON con vivísimas ansias recibirle, tuvo el consuelo de que se le administraron los santos ángeles, ó como aseguran algunos autores, el mismo Jesucristo, y hubo muchos testigos de esta maravilla. En fin, rico de virtudes, con-

sumido de trabajos y de penitencias, y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los justos el dia 31 de agosto del año de 1240, á los treinta y seis de su florida edad. Luego que espiró se suscitó una gran disputa sobre el lugar donde se le habia de dar sepultura. Los de Cardona protestaron con toda resolucion que nunca consentirian desprenderse de aquel presente con que el cielo los habia regalado: el clero de Barcelona pretendia que el entierro de un cardenal por derecho le tocaba á él; y su religion alegaba los muchos títulos que la asistian para la posesion de aquel tesoro hallado en terreno propio. En fin, despues de muchos debates, convinieron todos en que la decision de aquel pleito se habia de someter á la Divina Providencia: que el santo cuerpo se encerrase en una caja; que esta se pusiese sobre una mula ciega, dejándola caminar sin guia ni conductor á donde ella quisiese, y que se le diese sepultura en el lugar donde la mula se parase. Así se hizo: caminó la mula por mucho tiempo, seguida de innumerable gentío, y atravesando montes y campos, se quedó inmoble en la ermita ó capilla de San Nicolás, donde el Santo habia recibido tantos favores del cielo por intercesion de la Santísima Vírgen. Movido de este prodigio San Pedro Nolasco, general de la Órden de la Merced, pidió la capilla y una porcion de terreno en aquel desierto para fundar en él un magnífico convento de su religion; y en su iglesia reposan las reliquias del Santo, honrándolas Dios cada dia con nuevos milagros.»

SANTO DOMINGO DEL VALL, MÁRTIR.

Sabido es de todo el mundo que hubo en la antigüedad, y no muy remota, diferentes épocas en las que ensañados los judíos contra los cristianos cometieron mil crímenes para satisfacer en indefensas víctimas la rabiosa saña que abrigaban sus feroces corazones; crímenes que más de una vez produjeron terribles conflictos y espantosas matanzas en di-

ferentes pueblos y ciudades de España y del extranjero, y para evitar los cuales se vieron varios reyes en la necesidad de expedir decretos y tomar providencias enérgicas. Pero si bien estas contenian, ninguna pudo remediar el mal por entero durante la permanencia de los judíos en España, y ya un mes en un punto, ya otro mes en otro, no pasaba ninguno que no se señalase, como entonces decian, con nueva judiada, siendo España desgraciadamente el más ancho teatro de ellas.

Corria el año del Señor 1243, y vasallos leales y virtuosos de D. Jaime I de Aragon, vivian en Zaragoza, capital de este reino, Domingo del Vall y su esposa Isabel, cuyo apellido no ha llegado hasta nosotros, felices y contentos en su clase media regularmente acomodada. En el citado año dió á luz Isabel un hermoso y robusto niño, que se llamó como su padre, con la asombrosa circunstancia de dejarse ver en el mundo con una corona sobre la cabeza y una cruz sobre el hombro derecho. Grandemente dieron que hablar por muchos dias en la ciudad estos signos gloriosos, con que el pequeño DOMINGO DEL VALL se presentó de habitante en la tierra; pero pasado algun tiempo, no se volvió á hablar de ello, ni aun á pensar; solo los padres no podian apartarlo de la imaginacion, procurando de contínuo hallar una explicacion á estas señales que ellos siempre creyeron debian tener alguna significacion. No se hizo esperar muchos años, porque solo contaba siete de edad DOMINGO, cuando fué público el significado de las prodigiosas señales.

Deseando los judíos que habitaban en Zaragoza hacerse dignos de su nombre y de sus feroces compañeros de otras poblaciones, ante los cuales se creian rebajados por llevar mucho tiempo sin cometer ningun horrible crímen, determinaron consumar el feroz acto, muy comun por entonces, de crucificar á un niño cristiano, y ofrecieron relevar del pago de toda clase de contribuciones y pechos al que proporcio-

nase la inocente víctima. Prestóse á ello un hebreo llamado Mosen Albaizeto, y acechando traidora y cautelosamente al niño DOMINGO DEL VALL, se apoderó de él y lo condujo á la casa designada para el sacrificio. Reunidos en ella los judíos, con feroz y sanguinaria alegría desnudaron al inocente niño, y poniéndole en cruz en la pared le clavaron de piés y manos, traspasándole despues, como á Jesucristo, el costado con una lanza, espirando así este mártir, que para significar su tierna edad, es más conocido, especialmente en Aragon, por SAN DOMINGUITO. Con el fin de hacer perder el rastro de su espantoso crimen despues que espiró el niño, limpiaron y arreglaron la pared los judíos, cortaron la cabeza al santo cadáver, echando esta en el pozo de la casa, y enterraron el cuerpo con el mayor sigilo, durante el silenció y soledad de la siguiente noche, á orillas del rio Ebro.

«No quiso el Señor, por quien habia padecido DOMINGO, que estuviese oculta una maldad tan execrable, y para descubrirla se valió de uno de aquellos prodigios que acostumbra su admirable providencia. Vieron los guardas de las puertas de Zaragoza repetidas noches descender del cielo luces muy resplandecientes sobre el lugar que enterraron los judíos el venerable cadáver; dieron noticia á la ciudad de aquel fenómeno extraordinario, y cavando en el sitio hallaron el cuerpo del ilustre mártir sin la cabeza. Concurrió todo el pueblo á ver el lastimoso espectáculo, y manifestando su dolor con tiernas lágrimas, lo condujeron por entonces á la iglesia de San Gil; en cuyas puertas, pasados algunos dias, se manifestó al pueblo el niño puesto de rodillas milagrosamente.

»Publicóse aquel prodigio por toda la ciudad, y hallándose á la sazon de Obispo de Zaragoza, segun parece, D. Arnoldo de Peralta, varon de conocida piedad y de gran sabiduría, hizo que se formase una procesion solemne con todo el clero, magistrados, nobles y ciudadanos, y que se trasladase con toda

solemnidad el cuerpo del insigne mártir, desde el templo de San Gil á la iglesia de San Salvador, que por entonces era la catedral.

»Habian echado los judíos la cabeza de DOMINGO en el pozo de la misma casa en que ejecutaron el enorme atentado; y queriendo el Señor que se descubriese con no menor prodigio que el que intervino en la invencion del cuerpo, apareció en el brocal del pozo un globo de luz á manera de un sol resplandeciente, que dió motivo para extraer la preciosa reliquia, que se colocó con el cuerpo en una costosa urna, donde se grabó la inscripcion siguiente: *Aquí yace el beato Domingo del Vall, mártir por el nombre de Jesucristo.*

»Tuvieron las reliquias del ilustre mártir varias traslaciones, hasta la última que se hizo á la magnífica capilla, donde hoy existe un solo altar, sobre el cual se manifiesta un sepulcro de alabastro, en el que está el cuerpo del Santo, excepto la cabeza, que se conserva en una urna de plata entre las reliquias del Sagrario, la que se lleva á los enfermos, que consiguen por su veneracion y contacto saludables beneficios. La fiesta de este ilustre mártir la celebran con demostraciones festivas los infantes de coro de aquella santa iglesia; á cuyas instancias, el cardenal D. Francisco Barberino, cuando estuvo de legado apostólico en España, certificado del martirio de SANTO DOMINGO, y de la gran devocion que se le profesaba, concedió indulgencia plenaria á todos los fieles que visitasen la capilla donde está el cuerpo del Santo, desde las vísperas hasta puesto el sol del dia 31 de agosto, que es en el que se celebra su festividad, rogando á Dios por la exaltacion de la santa fé apostólica.»

EL SANTO CONDE OSORIO GUTIERREZ, ESPAÑOL.

Descendiente de una de las más ilustres familias enlazada con la reinante á la sazon en España, vino al mundo en el segundo tercio del siglo X el conde OSORIO GUTIERREZ.

Fueron sus padres el conde D. Gutierre y doña Aldonza, dueños de una gran fortuna, de la cual disfrutaron no poco los pobres y los institutos religiosos, pues cuando por el año de 941 trabajaba en la fábrica del célebre monasterio de Celanova el no menos célebre San Rosendo, contribuyeron con cuantiosos donativos en dinero y haciendas para la construccion y manutencion posterior de los monjes que le habitasen. El abuelo paterno tuvo el mismo nombre que su nieto, el Santo, y el bisabuelo, nombrado como el padre de este, fué alférez mayor del rey D. Ramiro, distinguiéndose por su valor en la batalla de Clavijo, y de él procedió el aumento para la familia de honores y bienes, que más tarde han ido recayendo en las casas de Villafranca, Lemos y Astorga. El maestro Enrique Florez, ilustradísimo escritor, tan repetidamente citado por nosotros, con sus importantes investigaciones nos ha dado á conocer una escritura del año 938, en la que el rey D. Ordoño III le llama tio. No consta que los nobles padres de nuestro Santo tuvieran más sucesion que una hija llamada doña Urraca, cuya piedad y virtudes encarece la historia, sin darnos detalles de ningun género.

Tampoco nos los da del SANTO CONDE OSORIO por lo tocante á su infancia y juventud, sabiéndose tan solo que sirvió poderosamente con su brazo y sus vasallos á la santa causa de la religion cristiana contra los moros en diferentes encuentros y batallas, formando parte de los ejércitos del rey D. Ordoño III y D. Sancho I. Retiróse despues á sus estados y contrajo matrimonio con una hija del esclarecido D. Nuño Osorio, llamada doña Urraca, de la cual tuvo una hija que llevó el mismo nombre que su madre, y dos hijos que con su valor aumentaron las glorias de su familia, en particular el mayor, llamado D. Gutierre Osorio, de quien diferentes veces hace mencion muy honorífica la historia.

Á los abundantes bienes de fortuna que recibió de sus

padres OSORIO GUTIERREZ, aumentaron otros muchos los reyes con sus donaciones en recompensa de los grandes servicios prestados por él al país, y de las cuantiosas sumas empleadas en armas y provisiones para los soldados cristianos, llegando con uno y otro á ser la persona más importante por su nobleza y riquezas de los territorios de Mondoñedo y Campos. Pero su constante celo por el culto divino lo manifestó con infinitas fundaciones, oyéndosele constantemente decir: «que en cada lugar donde poseia algo, deseó siempre que fuese heredero participante Dios, criador del cielo y de la tierra, y que fuese siempre servido y adorado.»

Cada dia eran más vehementes en el corazon de OSORIO GUTIERREZ los deseos del mayor servicio de Dios; y habiendo fallecido su mujer doña Urraca, y estando ya sus hijos en edad de no necesitarle para su educacion ni el manejo de sus bienes, determinó dejar el mundo y retirarse á concluir su vida en el claustro, fundando un monasterio que fuese su exclusiva y última morada en la tierra. Mas queriendo llevar tranquila su conciencia, no puso sin prévia consulta con doctos y virtuosos varones su proyecto en ejecucion. Comunicó primero el pensamiento á Teodomiro, Obispo de aquel territorio, y á pesar de la aprobacion de este, todavía quiso oir más pareceres importantes, y al efecto pidió y consiguió sin dificultad que se congregasen y dieran su voto en el asunto los Obispos Ermigildo, de Braga, San Rosendo, Dumiense, Gonzalo, de Leon, Sisnando, de Iria, Viliulfo, de Tuy y Rodrigo, cuya diócesi no se expresa, los cuales juntos con el de Mondoñedo en el pueblo de Naviego, por unanimidad respondieron: *Loamos que sea el monasterio en Villanueva, para Dios y para los monjes que lo posean, por los siglos de los siglos. Amen.* En su virtud, pues, entregó á sus hijos lo que les pertenecia, y de lo libre hizo diferentes limosnas y donaciones piadosas, y del resto otorgó escritura de donacion en 17 de junio del año 969 para la fundacion del monasterio

de San Salvador en Villanueva, lugar suyo en el obispado de Mondoñedo, junto al rio Lorenzana, leyéndose á la conclusion de la escritura de fundacion. «Últimamente, me ofrezco á mí mismo por monje para servir á Dios en él.» Procedióse inmediatamente á la construccion del monasterio, que quedó sujeto al obispado de Mondoñedo, así en órden á admitir monjes, á elegir abad y los demás cargos, como á corregir los abusos contrarios á la regla, concediendo la facultad á los monjes de administrar los Sacramentos á los fieles y enterrarlos en su iglesia.

Mientras se construia el monasterio se dedicó el CONDE OSORIO á arreglar sus asuntos domésticos: llamó á todos sus vasallos, concluyó todas las cuentas con ellos, y se despidió pidiéndoles perdon de cualquier agravio que de obra ó de palabra les hubiera hecho. Luego escribió al rey despidiéndose y pidiéndole igualmente perdon, recomendándole por último sus hijos y sus vasallos, y los soldados que habian servido á sus órdenes en defensa de la religion, del rey y de la patria. Y así que estuvo concluido el monasterio ingresó en él, para, separado por completo del siglo y sus negocios, dedicarse hasta el fin de su vida al solo y exclusivo servicio de Dios, á la oracion y á la penitencia.

Aunque ninguna de las virtudes que nos previene y prescribe la santa doctrina del Crucificado dejó de ejercer con fervoroso y constante celo, desde que tomando el hábito ingresó en la comunidad, en la que resplandeció más fué en la caridad para con los pobres, y en una admirable humildad, bien agena en todos tiempos, antiguos y modernos, de los que ocupan tan brillante posicion en el mundo. De dia y de noche tomó á su solo y exclusivo cuidado el limpiar y atizar las lámparas de la iglesia, barrer esta y los claustros, servir á los hermanos en la mesa, y cuanto necesitasen y él pudiese; tomó asimismo á su cargo despertar con las tablas á la comunidad, tocar las campanas y preparar los altares para

las misas, uniendo á esto la más tierna y fervorosa oracion, rígidos ayunos y toda clase de penitencias.

Deseoso de rendir más inmediato tributo de adoracion á los santos lugares que tuvieron la suprema dicha de sentir la divina planta del Redentor del mundo, pidió licencia al Prelado para verificarlo, y obtenida marchó en peregrinacion á Palestina, regresando del mismo modo al monasterio, en el que al poco tiempo de su vuelta entregó dulce y plácidamente su alma al Criador, en el postrer dia de agosto de uno de los últimos años del siglo X.

Su santo cadáver fué colocado en la iglesia del monasterio en un lindo sepulcro de mármol entre blanco y cárdeno, con pintas verdes. Los milagros que Dios obró por la intercesion del CONDE OSORIO GUTIERREZ dilataron por la comarca su fama de santidad, y á esto se debió el principio de la celebracion de su fiesta, la cual, continuando con el consentimiento de los Obispos, fué creciendo de dia en dia con fervorosa devocion del pueblo, en vista de los repetidos milagros, entre los cuales, segun Yepes, hubo la vuelta á la salud y á la vida de cuatro difuntos.

El monasterio de San Salvador de Lorenzana, desde su creacion hasta la supresion de las órdenes religiosas, ha sido habitado por monjes benedictinos.

MES DE SETIEMBRE.

DIA 1.°

San Gil, Abad, *Ateniense*, los Santos doce Hermanos Mártires *Africanos*, y San Vicente y San Leto, Mártires de Toledo (1).

SAN GIL DE CASAYO, CONFESOR, ESPAÑOL.

De este Santo, colocado en el Menologio Cisterciense en el dia 1.° de setiembre, no existen noticias de sus primeros años, ni detalles de los actos de su vida, ni se sabe la fecha cierta de su fallecimiento, que se señala á principios del siglo XIII; y sin embargo de la oscuridad que reina en los antiguos escritores acerca de él, es uno de los Santos á quienes se ha tributado y tributa por los naturales de su país la más tierna devocion y piadosa veneracion. El escritor que más noticias recogió acerca de SAN GIL DE CASAYO, fué el Padre Fr. Bernardo Cardillo de Villalpando, que florecia por los años de 1614 en el monasterio de Nogales, y que habiendo sido nombrado cronista general de la Órden de San Bernardo, reconoció la mayor parte de los archivos de España y muchos del extranjero, para formar los anales de su Órden.

---

(1) La biografía de estos Santos corresponde al APÉNDICE.

Siguiendo, pues, á tan autorizado escritor el no menos Padre Enrique Florez en su *España Sagrada*, deber nuestro é imprescindible consideramos dar á la estampa lo que dió el universalmente respetado creador de la *España Sagrada*, en el tratado de los Santos de Astorga.

De San GIL DE CASAYO dice: Se sabe, sin embargo, que entró y recibió el santo hábito de monje en el monasterio de San Martin de Castañeda, en tiempo del segundo abad Cisterciense de aquella casa, llamado D. Martin, y que siendo ya sacerdote, fué inmediato sucesor en la prelacía: tan sobresaliente era su mérito. Á poco tiempo, no acomodándose su humildad con el empleo, ni su fervor con la tibieza de los súbditos, renunció la prelacía, y se retiró acompañado de un hermano suyo, llamado Pedro Fresme, monje tambien del mismo monasterio, á su priorato de Santa Cruz de Casayo, donde se ocupó algunos años en el ministerio de párroco de aquella feligresía, y en el esmero de todas las virtudes. Deseoso de darse todo á Dios, se retiró despues con dicho su hermano á lo más inculto y oculto de las sierras vecinas, fijando finalmente su residencia en una vega muy estrecha del valle de Casayo. Allí, en dos no muy distantes ermitas, vivieron los dos hermanos mucho tiempo en vida anacorética, esmerándose muchísimo SAN GIL en el retiro, meditacion y austeridad de vida. Habiendo muerto el Santo antes que el hermano, este le sepultó en su ermita, y dejó colgada en la pared correspondiente á la sepultura una tabla, y en ella escrito un epítome de su vida. Conservóse esta tabla mucho tiempo, y tanto, que el mismo P. Cardillo alcanzó y trató no pocos hombres que le aseguraron haberla visto en la ermita del Santo. Pasando, en fin, personalmente á Casayo el P. Cardillo, le informó el actual cura, llamado Bernardino Álvares, (que todavía vivia en el año 1615, cuando dicho Padre Cardillo escribia), con los más ancianos de aquel lugar, de como en tiempo del cura su inmediato antecesor, ciertos

pastorcillos, hallándose con sus ganados cerca de la ermita del Santo, entraron en ella, y con poco respeto ó tal vez con ningun conocimiento, abrieron la sepultura, y descubrieron el santo cadáver, del que separaron la cabeza, que estaba entera con sus dientes y cabellos, y con corona, como nosotros la traemos. (Voces son del P. Cardillo, que añade haberlo oido así á algunos de los pastores del caso, que todavía vivian cuando él estuvo en Casayo.) Turbóse el cielo, antes muy sereno, y se fraguó una terrible tempestad extraordinaria, que con truenos y rayos espantó la tierra de aquella comarca por tres dias; pero habiendo los pastorcillos contado en sus respectivas casas lo que habian hecho y visto en la ermita, noticioso el cura pasó allá con procesion, y recogidas las santas reliquias, volvió el cielo á su serenidad. Con este suceso se hizo célebre en todo el país el nombre del Santo. Y añade, que nada dejó de hacer dicho cura antecesor en el asunto de renovar la memoria y promover su culto: que á este fin deshizo la ermita, y en su lugar fabricó un templo con tres altares, dejando en él ocultas las reliquias, recelándose de otra semejante irreverencia, ó de que las hurtasen, por estar como está el templo en desierto, y muy distante de poblado: que los mencionados Bernardino Alvares y ancianos de Casayo, dijeron al P. Cardillo que la ermita deshecha por el cura anterior, era tenida por la misma en que el Santo habia vivido, la cual seria como de veinte piés en cuadro, y que en ella habia un altar pequeño con imágen de un religioso de hábito blanco y corona de monje bernardo: que no sabian en qué dia hubiese muerto el Santo, pero que le celebraban anualmente con solemne fiesta en el dia 1.° de Setiembre, concurriendo á ella de cerca y lejos innumerables personas de ambos sexos y de todos estados: que tambien por entre año concurrian muchos á implorar el favor del Santo en sus necesidades, ó á darle gracias por los beneficios recibidos: que se habia manifestado muy milagro-

so y benéfico con todo género de males, pero con especialidad en sorderas y mal de oidos; y que algunos milagros eran tan patentes, que los habia dejado escrito dicho cura. Uno solo referiré (continúa el P. Cardillo), por ser fresco y porque de él resultó la ereccion de otro templo en honor del Santo. El caso fué que Juan Sastre, hijo de Juan Sastre, vecinos ambos de Galende, lugar de Sanabria, padeciendo una inveterada y completa sordera, noticioso de los milagros de SAN GIL DE CASAYO, fué allá en romería y volvió con oido perfecto. Pasado algun tiempo, una noche, acostado ya este Juan Sastre, oyó que le llamaban á la puerta de su casa; y saliendo á ella se halló con un jóven en hábito de monje bernardo que le dijo: *Sábete, Juan, que yo soy GIL DE CASAYO y te declaro ser la voluntad de Dios que en reconocimieuto del beneficio que por mi te ha hecho su Magestad, me fabriques una capilla junto al puente donde llaman los Prados del Molino.* Y dicho esto desapareció. Juan, que no se hallaba sobrado de medios, y que fuera de eso temió no ser creido, se fué quedando así, ni dando cumplimiento á lo mandado, ni dejando de querer cumplirlo. Pasado tiempo, vuelven á llamarle otra noche á la puerta de su casa, y saliendo á ver quién le llamaba, se halló con el mismo jóven religioso, que le reprendió severo la omision é ingratitud; y queriendo él disculparse, no le dió lugar á ello, sino que tomándole de la mano se le llevó al sitio ya señalado y le dijo: *Aquí, aquí ha de estar la capilla*; y desapareció. El bueno de Juan Sastre advertido de este modo entró en cuidado, y temeroso de otra tercera visita se confesó con su cura y le declaró lo que pasaba. El cura, que por otra parte le conocia hombre sencillo, hecho cargo de todo, le animó á la obra, mandándole que la emprendiese desde luego, y Juan lo hizo así. Lo primero fué mandar hacer de talla una imágen del Santo, y hecha, como la obra de la capilla caminase despacio por falta de medios, fué colocada mientras tanto en una capilla de los Santos márti-

res Fabian y Sebastian, dentro del lugar, cerca de la casa del mismo Juan Sastre. Este hacia frecuentes visitas y oraciones á su SAN GIL, en esta capilla de dichos Santos mártires. Una noche, á hora no intempestiva, hallándose el devoto Juan en este santo ejercicio, se oyeron de la vecindad algunas voces en la capilla, y acudiendo á ella los vecinos, hallaron á Juan abrazado con su imágen de SAN GIL, todo azorado y sudado, como luchando y en fuerte porfía con la misma imágen; y preguntado por el cura, que tambien acudió al ruido, declaró que el Santo le habia hablado, mandándole que llevase la imágen á su nueva capilla; y que como él le hubiese respondido que no podia ser, por estar todavía la obra muy á los principios, vió que la imágen se salia del altar y se iba. Abrazóse entonces con ella para detenerla, diciéndole sus razones en el asunto, pero sin saber lo que se hacia. El cura, en virtud de esto, al punto formó procesion, y conduciendo la imágen la dejó colocada, bien que mal, en la capilla empezada. Con este suceso se procuró adelantar y acabar lo más presto que ser pudo. El P. Cardillo concluye su relacion asegurando haber sabido todo esto del cura de dicho lugar de Galende, el mismo en cuyo tiempo y por cuya direccion se hizo esta capilla, y que todavia vivia en dicho año de 1615.

En el de 1744 dió una certificacion D. Pedro Santos de Prada, cura de Galende, notario apostólico, en que con otros notarios certifica la pública voz y fama del país, sobre los muchos beneficios que reciben de Dios los enfermos que concurren á la capilla de Galende á implorar la proteccion de SAN GIL, en especial los tercianarios y sordos. De sí mismo testifica el expresado cura haber experimentado por tres veces conocidamente su favor en tercianas malignas. De un feligrés suyo, llamado Domingo Gonzalez, certifica que habiendo perdido el oido, y haciendo unas novenas al Santo en su capilla, le recobró antes de concluirlas.

DIA 2.

San Antolin, Mártir, Patron de Palencia y de Leganés (1). y San Estéban, Rey de *Hungría*.

DIA 3.

San Ladislao, Rey, *húngaro*, y San Sandalio, Mártir de Córdoba (2).

DIA 4.

Santas Cándida, Viuda, Rosa de Viterbo y Rosalía, Vírgenes, *italianas*.

DIA 5.

San Lorenzo Justiniano, Obispo, *veneciano*, Santa Obdulia, Vírgen y Mártir, (3) y la Traslacion de San Julian, Obispo de Cuenca.

SAN ALVITO, OBISPO DE LEON, ESPAÑOL.

Este Santo, que floreció á mediados del siglo XI, se le encuentra en la historia con los nombres de Avito, Aloito y ALVITO, siendo este último el más generalmente aceptado. Su gloriosa fama produjo el deseo en muchos genealogistas de buscar su ascendencia, en la que no se halla conformidad, no habiendo sido bastantemente justificada ninguna de las que le han señalado, estando solo conformes en que fué gallego de nacimiento. Unos quieren que sea de la familia de los Saavedras, y otros, y son los más, le hacen descender de los Arias por la línea de doña Adosinda, hermana de San Rosendo, emparentada con Arias Alvitez, que se firmaba *Comes* y *Dux*.

---

(1) La biografía de este Santo pertenece al APÉNDICE.
(2) Idem.
(3) Idem.

El pueblo de su nacimiente dicen fué el llamado en Galicia Casalvito, en latin *Casale Albiti*.

La misma oscuridad que reina sobre su ascendencia, envuelve las noticias de los primeros años de su vida, su educacion y estudios, pues solo se hace mencion de él como Obispo, desde el año de 1057 al 1063, durante los cuales autorizó muchos documentos , de los cuales han llegado algunos hasta nosotros.

Se dice generalmente que fué monje del monasterio de Sahagun; pero el erudito P. Enrique Florez asegura que lo fué del de Samos, y que hallándose de abad en él hizo renuncia de la silla episcopal de Leon el Obispo Cipriano , y fué nombrado para ocuparla el abad ALVITO en el año de 1057.

En el siguiente 1058, Fronilde, hija del duque D. Pelayo, hallándose cercana á la muerte hizo, su testamento, y no pudiendo firmarlo, suplicó al Santo obispo ALVITO que lo suscribiese en su nombre y cuidase de ejecutar todo lo que ella disponia en el testamento. Entre las cosas que la habian tocado por herencia fué la tercera parte del monasterio de San Juan de la Vega, en la ribera del Elza, y la mitad de otro que se decia San Felix de Savero; y así de estas como de las villas, tierras, montes, aguas, pesqueras, molinos, viñas, etc., que la pertenecian, hace donacion al rey D. Fernando y á la reina doña Sancha, en recompensa de las grandes mercedes que habia recibido de su real munificencia. Firmólo SAN ALVITO, y á continuacion se estampan las confirmaciones de Miro, obispo de Palencia, Diego, de Astorga, Gomor, de Calahorra, y en último lugar se lee: *Pascualis Episcopus Toletanus ibi fui tunc ordinatus simul confirmo.*

Exceptuando su constante y celoso afan de enriquecer los templos con santas reliquias y elevar el culto divino al mayor grado de perfeccion, nada que merezca más especial mencion que lo ya dicho necesitamos consignar, hasta la traslacion del cuerpo de San Isidoro, que es el suceso más re-

marcable de la vida de SAN ALVITO, que tuvo lugar en el último año de ella, 1063 de Jesucristo.

La esclarecida reina doña Sancha era muy devota de la iglesia de San Juan Bautista, una de las más principales de Leon, la cual habia sido reedificada cerca de cuarenta años antes del presente por su buen padre el rey D. Alonso V, que colocó en ella los cuerpos de los reyes que le precedieron, y estaban sepultados en diversos lugares. Movida de esta devocion y del deseo que tenia de ser enterrada en compañía de su padre y hermanos, y de que D. Fernando su marido, mudando su voluntad de enterrarse en Oña ó en Arlanza, ennobleciese la misma iglesia eligiéndola para sepultura suya y de sus descendientes, comunicó al rey su pretension é inclinacion, y para más obligarle le persuadió que trasladase á Leon el cuerpo de su padre D. Sancho el Mayor, que estaba depositado en Oña. D. Fernando, que amaba tiernamente á la reina, oyó con agrado la súplica, y para cumplir más de lleno deseos tan justificados y piadosos no solo quiso escoger la dicha iglesia por sepultura suya y de su padre é hijos, sino erigirla de piedra con la magnificencia que permitia el tiempo, derribando la fábrica que D. Alonso V habia hecho ó edificado de tierra. Mientras que se trabajaba el edificio, pensó el rey que para aumentar la devocion del pueblo para con aquella iglesia, y enriquecer más su córte, convenia recoger en ella diversas reliquias de Santos, principalmente de los que se hallaban en ciudades dominadas de los moros. Y sabiendo que Sevilla, ciudad la más ilustre de Andalucía conservaba muchos cuerpos de los Santos que murieron en ella, y que no seria fácil conseguirlos sin valerse de las armas, juntó desde luego para este fin, y para mayor dilatacion del nombre y reino cristiano, un fuerte ejército, con el que se dirigió á las provincias de la Bética y Lusitania, donde tenia muchos pueblos Benhabet, rey árabe de Sevilla. Viendo este los grandes

progresos de las armas de Fernando, les salió al encuentro cargado de ricos dones, y ofreciéndolos con humildad, le rogó dejase ya de molestar y destruir su reino, que él prometia no solo ser su amigo, sino pagarle en testimonio de su homenaje algun tributo en cada año. El rey cristiano solia, como advierte el Silense, compadecerse mucho de las amarguras y aflicciones de los hombres, por lo que tuvo á bien aceptar los partidos de Benhabet, pero con la condicion de que le habia de enviar á Leon el cuerpo de Santa Justa, que padeció por Cristo en Sevilla. El árabe prometió hacer lo que se le pedia, y con esto D. Fernando desistió de la guerra, y volvió lleno de gozo y rico de presentes á su córte.

El rey, así que hubo llegado á Leon, llamó al santo Obispo ALVITO, á quien siempre amó y veneró con todo el afecto de su corazon, y comunicándole el negocio, le despachó para Sevilla, dándole por compañeros á D. Ordoño, Obispo de Astorga, y al conde D. Munio, con D. Gonzalo y D. Fernando, personas las más principales de su reino, los cuales juntos se dirigieron á la córte de Benhabet, llevando para mayor seguridad una partida de soldados y gentes de guarda. La historia de todo lo que pasó en Sevilla se escribió pocos años despues de los sucesos, y el autor, segun los PP. Antuerpienses, cuyo dictámen sigue el M. Florez, fué extranjero, y acaso monje de Cluni. El Silense trae en su cronicon los mismos pasajes, y los refiere casi en todo con términos idénticos; y habiendo este florecido en tiempo de D. Alonso VI, hijo del rey D. Fernando, se puede creer que ó él es el verdadero autor de las actas, ó que estas se sacaron de su cronicon con alguna alteracion de sus palabras. Pero dejando libertad para que cada uno juzgue en este punto á su arbitrio, lo que merece la mayor recomendacion es que así en las actas como en el cronicon, hay testimonios expresos de que estos escritos se formaron no mucho despues de los hechos que refieren. Por tanto, lo que cuentan estos documentos, que se

conservan en varios códices góticos, se debe creer sin disputa como referido con entera verdad, y testificado por los mismos que se hallaron presentes. De todo ello se colige la admirable santidad de ALVITO, y en tan abonados testimonios se comprenden las memorias más preciosas que tenemos de su vida, por lo que no es justo omitirlas en este lugar.

«Habiendo, pues, llegado á Sevilla ALVITO y sus compañeros, representaron á Benhabet como el rey cristiano don Fernando los habia enviado á aquella ciudad con el fin de que se les entregase el cuerpo de Santa Justa, conforme á la promesa que se les hizo en los partidos de paz y amistad que admitió de Benhabet, alzando liberalmente la mano de las armas, movido de la afliccion con que este habia implorado su clemencia. La respuesta que segun el autor de las actas dió á los embajadores el rey árabe, fué que se acordaba muy bien de la oferta que hizo á D. Fernando; pero que ni él ni ninguno de sus ciudadanos conocia el lugar donde estaba el cuerpo que pedian; que lo buscasen ellos, y que si por medio de sus diligencias lo descubrian, cargasen con él, y lo llevasen en buen hora á la córte de su rey. El Silense afirma que no se sabia con certeza la verdad de la respuesta de Benhabet; pero la tiene por verosímil en vista de la facilidad con que se muda la voluntad humana, aun en aquello que quiso una vez con vehemencia. Lo cierto es, que se dificultó mucho la consecucion de las reliquias, aunque no tanto, segun juzgo, como pondera Mariana, el cual no sé con qué apoyo escribe que los ciudadanos de Sevilla, avisados de lo que se pretendia, ó bien movidos de sí mismos, por entender cuánto importan á los pueblos la asistencia y ayuda de los Santos por medio de sus reliquias, ó lo que le parecia más creible, á persuasion de los cristianos que moraban en Sevilla, se pusieron en armas con intento de no permitir les llevasen de su ciudad aquellos huesos sagrados.

Sea lo que fuere, la dificultad que embarazaba á los Legio-

nenses se manifiesta bastante en que SAN ALVITO tuvo que hablar secretamente á los suyos, diciéndoles así: «Ya veis, hermanos mios, que nuestro viaje será en valde, sino es que desconfiados de los medios humanos, y poniendo toda la esperanza en el cielo, alcancemos que nuestro Dios se conduela de nosotros y de las piadosas fatigas que hemos sufrido en tan largo camino. Por lo cual, me parece conveniente y aun necesario que recurriendo á aquel Señor á quien nada es imposible, nos empleemos por tres dias en ayunos y oraciones, suplicando á la Divina Magestad se digne revelarnos en qué lugar se oculta el tesoro del cuerpo santo que buscamos.»

Pareció bien á todos el saludable consejo del obispo Legionense, y desde luego se dedicaron al ayuno y oracion, en que perseveraron los tres dias contínuos. Cumplidos, y llegando la noche cuarta, ALVITO permanecia constante en la oracion; mas cansados ya los miembros de su cuerpo, quiso tomar descanso en una silla. Entretanto, no descansaba su espíritu, sino que se ocupaba en rezar salmos de David. Y estando en este ejercicio, y no teniendo ya fuerzas para continuarle por verse oprimido del sueño, que era consiguiente á tan largo desvelo y trabajo, se le apareció un venerable y anciano Obispo que con gran magestad y dulzura le habló de este modo: «Sé muy bien que el intento con que tú y tus compañeros habeis venido, es el de llevar con vosotros el cuerpo de la bienaventurada vírgen Justa. Mas ten por cierto que la voluntad de Dios es que las reliquias de esta Santa queden aquí para consuelo y amparo de esta ciudad. Sin embargo, no quiere la bondad divina que volvais vacíos á vuestra patria, porque desde ahora os concede mi propio cuerpo; y así, tomadle y llevadle en paz á la córte de Leon.—Preguntó entonces ALVITO á aquel venerable Prelado, que así le declaraba la voluntad de Dios, quién era, y le respondió:—Yo soy el doctor de las Españas, Isidoro, que en

otro tiempo fuí Obispo de esta ciudad.—Y dicho esto desapareció aquel santo anciano con toda la magestad y claridad que traia.»

Despertó ALVITO lleno de gozo con tan gustosa vision; pero temiendo, como prudente, si seria más efecto de su imaginacion, ó ilusion del enemigo, que verdadera revelacion, suplicó á Dios con grande humildad que si las cosas que habia entendido le fueron dichas de su parte, se sirviese manifestársela segunda y tercera vez, para quedar asegurado. Concedióselo que pedia; porque volviendo á dormir otras dos veces, en la primera de ellas se le apareció el mismo Santo y le habló del modo que antes, y en la segunda le señaló el sitio donde hallaria el cuerpo, y le confirmó la verdad de lo que se le decia con una prueba nada equívoca. Porque hiriendo por tres veces la tierra con el báculo que traia en la mano, le dijo de esta suerte: «Aquí, aquí, aquí encontrarás mi cuerpo; y para que te certifiques de la verdad que te se manifiesta, te aviso que descubierto mi sepulcro y sacadas mis reliquias, enfermarás luego, y pasados pocos dias, vendrás á recibir con nosotros la corona de gloria.»

Así que llegó la mañana, quiso el Santo Obispo de Leon hacer á sus compañeros participantes de aquel abundantísimo gozo que resultaba en su pecho de la certeza de la vision y de la brevedad con que su alma saldria de la carne mortal para ver á Dios eternamente en el cielo. Díjoles, pues: «Debemos, oh hermanos mios muy amados, adorar y bendecir con todo nuestro corazon al sumo poder y la infinita clemencia de Dios, que por su bondad ha querido premiar el trabajo de nuestro viaje, no permitiendo que sea vana del todo nuestra venida. No es su voluntad que llevemos las reliquias de la santa vírgen Justa, que han sido el objeto de nuestra expedicion sagrada; pero no es menos preciosa la dádiva que nos concede, pues quiere que traslademos á Leon el sagrado cuerpo del Santísimo Isidoro, que fué Obispo de

esta ciudad, é ilustró á toda España con su santa vida y doctrina.» Dicho esto, les refirió la revelacion que habia tenido por tres veces, y dando todos á Dios infinitas gracias, se presentaron al rey árabe, y le contaron lo que pasaba. Este, en medio de ser infiel, reconoció con admiracion que en aquel negocio andaba la mano del Omnipotente; y por eso, aunque con muestras y expresiones de sentimiento, les dió facultad de buscar el cuerpo de San Isidoro. Con esto ALVITO y sus compañeros fueron de allí á la iglesia, y reconociendo las señales del sepulcro, hallaron que los tres golpes vistos dar en sueños por ALVITO quedaron realmente impresos en la tierra, para que todos tuviesen por cierta la revelacion, y no dudasen que aquel era el sitio donde se encerraba el tesoro que buscaban. Descubierto el sagrado cuerpo, sucedió otro nuevo prodigio, y fué que todos los que asistian percibieron una fragancia, no solo deliciosísima y suavísima, sino tan sensible, que humedeció los cabellos de la cabeza y barba de los circunstantes, no de otra manera que si hubiese caido sobre ellos un blando rocío de bálsamo.

Así como se cumplió puntualmente la revelacion que San Isidoro hizo á SAN ALVITO, así tambien se verificó en lo concerniente á su enfermedad, y tránsito de la vida presente á la eterna, porque lo mismo fué descubrir la caja de enebro en que estaban las reliquias del santo doctor, que sentirse con una grave dolencia que le postró en cama. Desde entonces se entregó su alma á la contemplacion de los bienes eternos, que dentro de pocos dias habia de gozar segun el aviso que tuvo del cielo, y recibidos con gran devocion los Santos Sacramentos, y encomendada la traslacion del cuerpo de San Isidoro á su compañero Ordoño, Obispo de Astorga, y al conde D. Munio y demás caballeros, dió su espíritu al Criador en el dia sétimo de su enfermedad. Su cuerpo fué llevado junto con el de San Isidoro á Leon, y es de creer que por intercesion de ambos Santos obró Dios aquellos célebres pro-

digios que se refieren haber sucedido en el camino y pueblos por donde pasaron. Antes que llegasen los que componian aquella sagrada expedicion, enviaron sus mensajeros al rey D. Fernando, el cual, aunque se entristeció por la muerte de ALVITO, en fuerza del entrañable amor que siempre le tuvo, como dice el autor de las actas de esta traslacion, recibió la más extraordinaria alegría en vista de la gran dádiva que su córte recibia de la mano liberal de Dios, por las oraciones de su siervo ALVITO. Lleno, pues, de piedad y devocion, salió de la ciudad con la reina y sus hijos, y con todo el pueblo y la clerecía en forma de procesion, y recibiendo los sagrados cuerpos con el gozo y aplauso que se puede pensar, los colocaron en sus respectivos lugares, esto es, el de San Isidoro en el templo de San Juan Bautista que para este fin se habia edificado, y el de San ALVITO en el de Santa María de Regla, Sede antiquísima de él y sus predecesores.

DIA 6.

San Eugenio y Compañeros Mártires, *Cartaginenses.*

DIA 7.

Santa Regina, Vírgen y Mártir, *de Borgoña.*

DIA 8.

La Natividad de Nuestra Señora, y San Adrian, Mártir, *de Nicomedia.*

DIA 9.

SANTA MARÍA DE LA CABEZA, ESPAÑOLA.

En tres puntos distintos, aunque inmediatos entre sí y pertenecientes á la misma provincia y arzobispado de Toledo, se encuentra colocado el nacimiento de esta Santa por los escritores que se han ocupado de ella. Dicen unos que tuvo su

SANTORAL ESPAÑOL

Litª. de Escarpizo. Mayor 174

Sta MARIA DE LA CAVEZA

cuna en Uceda; la colocan otros en Torrelaguna, y varios la declaran nacida en Caraquiz. Pero ya naciese en Caraquiz ó en Torrelaguna, siempre resultará que su ingreso en el cristianismo por el agua del Sacramento tuvo que verificarse en Uceda, pues á fines del siglo XI en que nació MARÍA, y en algunos despues, no habia iglesia en Caraquiz ni en Torrelaguna que era una pequeña aldea dependiente de Uceda, á cuya parroquia de Santiago pagaban los diezmos, siendo feligreses de ella todos los vecinos de la aldea.

Nada se sabe de los primeros años de MARÍA, llamada de la Cabeza actualmente, sobrenombre que no procede de familia y que se le empezó á unir al nombre cuando se trasladó su cabeza á la ermita de Nuestra Señora, inmediata á Caraquiz. Sus padres eran cristianos-muzárabes llamados así por morar ó vivir avencidados entre los árabes, y debieron ser labradores medianamente acomodados, pues al morir, siendo todavia muy jóven MARÍA, la dejaron alguna hacienda que llevó en dote cuando contrajo matrimonio con el glorioso San Isidro.

Corria el año de 1110, y despues de la muerte del bravo rey de Castilla y de Leon, D. Alfonso VI, el feroz Alí, rey de los almoravides, hijo de Juceph, rey de Marruecos, entró por el reino de Toledo con un ejército numeroso y aguerrido, llevando su conquista á sangre y fuego, poniendo cerco y apoderándose de Madrid á fuerza de armas. El terror que inspiraban los infieles obligó á muchas familias á emigrar y abandonar sus hogares, y San Isidro, para quien la presencia y vecindad de los hijos de Mahoma no podia ser agradable, resolvió retirarse á Torrelaguna, distante nueve leguas de Madrid, donde tenia algunos parientes. El pueblo pudo en seguida admirar su piadosa sencillez, su santa humildad y ejemplar paciencia, unida á una cortesía y candor en sus acciones, que le distinguian entre todos los de su condicion. Entró de criado de labranza en casa de un hacendado, de

quien bien pronto y de toda la familia se captó la voluntad y el más tierno afecto.

Deseosos del mayor bien y prosperidad de Isidro, su amo y parientes pensaron en proporcionarle una esposa que tuviera algunos bienes y fuera digna de él; y como MARÍA era la que descollaba entre todas las jóvenes del pueblo, por su intachable virtud, su aplicacion al trabajo y piadosos sentimientos, y poseia alguna hacienda, fué en la que se fijaron unos y otros para hacerla compañera de Isidro. Nada tuvieron que oponer los dos jóvenes á la proposicion de los que se interesaban en su bienestar, porque á Isidro le eran conocidas las relevantes circunstancias que concurrian en MARÍA, y esta, como todos los vecinos del pueblo, habia admirado y admiraba las virtudes de aquel; ambos jóvenes sin embargo, acudieron á su constante consejero, y por medio de la oracion suplicaron al Todopoderoso les manifestase su voluntad. Persuadidos los dos de que el Señor daba su beneplácito, recibieron la bendicion nupcial con general contento de toda la poblacion.

Tenia MARÍA una heredad propia en la granja de Caraquiz, la que despues tomó el nombre que ha conservado de la huerta de Santa María de la Cabeza, y en ella se constituyeron los dos esposos felices y contentos, haciendo una vida angelical, ocupados, el uno en el cultivo de las heredades, y la otra en el cuidado de su casa, invirtiendo el tiempo sobrante de sus labores en todas las obras piadosas que recomienda nuestra santa religion, haciéndose ambos por estos medios el objeto de la veneracion y de los más altos elogios de los pueblos comarcanos.

Pasado un poco de tiempo arrendaron algunas tierras en término de Uceda, las cuales labraba Isidro con un par de bueyes que aportó MARÍA al matrimonio. La paz santificaba aquella dichosa pareja, y la caridad embellecia sus tranquilos y apacibles dias: ganaban el sustento con el sudor de su

rostro, pri mitivo destino del hombre. Isidoro cuidaba del campo, y M ARÍA, atendiendo á los quehaceres domésticos, cuidaba al mismo tiempo de una ermita de la Vírgen, situada en una pe queña eminencia al otro lado del rio Jarama. De este modo se deslizaban sus dichosos dias, y cada uno procuraba hacer se más grato al otro, endulzando con su cariño las moleste as de la vida y practicando la virtud constantemente. Tra zar los rasgos de caridad de MARÍA é Isidro y consignar l as bondades que el Señor derramaba sobre su humilde casa, seria recorrer uno por uno todos los dias de su existencia. Si la Reina de los ángeles se complacia en hablar á MARÍA, el Señor guiaba con mano invisible el arado de Isidro y mu ltiplicaba sus frutos, mientras que su caridad vaciaba sus t ojes, procurando ejercerla siempre cuanto más latamente p odia.

Viéronse los dos esposos muy apurados un año para pagar la renta de l as tierras por haber sido muy escasa la cosecha, y sin consid eracion ni compasion alguna, los apremió el dueño hasta el p unto de llevarse todo el grano que tenian en la era. MARÍA le rogó y suplicó haciéndole presente la esterilidad del año; pero mostrándose inflexible el dueño, le dijo MARÍA: *Seño r; dejadnos siquiera la paja, para que tengan que comer estos bue yes.* Accedió á esto el dueño y se llevó en seguida todo el grano: MARÍA, procurando consolar á su marido, le dice: *Hermano, tengamos paciencia y pongamos esta paja en cobro, p ues que el Señor nos la ha dejado.* Limpia Isidro nuevamente la paja, y la encuentra mezclada con tanto trigo, que tuv ieron suficiente para comer todo el año y sembrar.

Como una de las primeras obligaciones que se habia impuesto MARÍA e ra el aseo y cuidado de la ermita de la Vírgen, se vió un di a muy afligida y apurada por no poder atravesar el rio por e l vado acostumbrado, por la gran crecida de aguas, lo cua l la impedia cumplir con su devocion. Des-

consolada permanecia en la ribera con la anhelan ıte vista fija en el camino de la ermita, cuando quedó dichosar nente asombrada al ver aparecérsele la Vírgen, que tomá adola por la mano, la pasó á la orilla opuesta. De favor tan singular fué tambien participante en otra ocasion el virtuoso Isidro, pues marchando junto el santo matrimonio á hacer s us acostumbradas estaciones y rezos, y habiendo ocurrido una grande avenida, inspirada MARÍA por el Señor, tend ió su manto sobre las aguas, y puestos de pié en él los dos e: sposos, pasaron el rio sin mojarse, como lo verificó MARÍ A diferentes veces.

Terminado el arriendo que Isidro habia hecho , y sosegados algun tanto los habitantes de la villa de Madric l, despues de restablecida la paz turbada por las correrías de los sarracenos, pensaron los esposos regresar y vivir en el la en la misma condicion de labradores; pero antes se les p ro porcionó el hacer un nuevo arriendo con un caballero de Ma drid llamado Ivan de Vargas, el cual, noticioso de la virtu d de aquel labrador, le dió en arrendamiento una heredad e n término de Talamanca, llamada *Eraza*, adonde pasaron á vivir ambos esposos. La llegada de los dos forasteros excitó la curiosidad y atencion de los vecinos del lugar, tan natu ral en los pueblos de vecindario reducido; mas la curiosid ad se convirtió en asombro cuando conocieron la virtud, las angélicas costumbres de aquel ejemplar matrimonio, que e mpleaba en socorrer á los pobres la mayor parte de sus bie nes. No se contentaba MARÍA con proporcionar albergue á al desvalido y socorrer en su puerta al necesitado, sino qu e acudia solícita á donde la caridad la llamaba, cuidando á los enfermos del pueblo, suavizando con palabras de amor y de religion sus padecimientos, y agotando todos sus recur sos para que nada les faltase. Las bendiciones del pobre llovia n con abundancia sobre la casa de estos santos esposos, acl amada por todo el pueblo como el verdadero asilo del indige nte. Las bondades

de MARÍA la hicieron célebre en todos aquellos contornos; de modo que cuando iba á buscar á su marido al sitio en que estaba labrando, salian á saludarla los pastores de la ribera y los quinteros que cultivaban aquellos campos.

Viendo Ivan que Isidro mejoraba tan extraordinariamente la hacienda, deseó llevársele á Madrid donde tenia la mayor parte de sus tierras; y habiendo aceptado Isidro la proposicion, partió con MARÍA por el año de 1119. Vargas tenia en Madrid una casa junto á San Andrés, en el barrio llamado Morería Vieja, destinada para la familia y mozos de labranza, y colocó allí al matrimonio dándoles un aposento bajo, algo hondo, que despues ha sido convertido en pequeña capilla. Las propias costumbres y el mismo género de vida que en los otros puntos observaron MARÍA é Isidro, captándose el más respetuoso cariño de cuantos tenian la dicha de conocerlos y tratarlos.

Llegó el dia en que MARÍA fué madre: un robusto niño, fruto tan deseado por los dos esposos, acabó de completar la dicha de aquel santo matrimonio. Isidro corrió á la iglesia á rendir gracias al Señor por este beneficio, y anegados sus ojos de lágrimas de contento, ofrecerle su hijo. Su amo se asoció á su satisfaccion, sacando al niño de pila, al que pusieron su nombre. Cuando apenas sabia andar, estando Isidro en el campo, por un descuido, ó mejor por providencia de Dios, que sin duda quiso probar los quilates de la fé y constancia en las adversidades de sus favorecidos siervos, el niño cayó en el pozo de la casa, ahogándose en seguida. Muy afligida y atribulada su amorosa madre no sabia qué determinar, cuando en aquel instante llegó San Isidro. Cayeron ambos postrados en tierra, y dirigieron sus clamores y ferviente oracion al cielo, para que el Señor se sirviese socorrerlos en tal conflicto, poniendo por intercesora á Nuestra Señora de la Almudena, de quien eran muy devotos. El Altísimo, que siempre oye con benignidad los ruegos de los hu-

mildes, se condolió de su penosa angustia y resucitó al niño, y para completar la grandeza del beneficio, obró la maravilla de acrecer las aguas del pozo hasta el brocal, é hizo flotar sobre ellas el niño vivo: sus gozosos padres no tuvieron más que asirle de la mano para recogerle sano y salvo cuando le consideraban cadáver. Este portento consta en las informaciones para la beatificacion, y se halla tambien representado en un cuadro en la iglesia de Santa María de la Almudena.

Los dos esposos, viendo tan señalada prueba de bondad divina y el extraordinario favor que el Señor les habia dispensado, le dieron las más rendidas gracias, y le ofrecieron de comun acuerdo observar vida de perpétua castidad, y para completar su voluntario voto determinaron separarse, aspirando á más perfecto estado. MARÍA marchó á Caraquiz, donde siguió ocupándose en su antiguo ejercicio de cuidar con el más pulcro esmero la ermita de la Vírgen, haciendo los demás actos acostumbrados por las personas que se alejan del mundo y se entregan á la soledad y á la penitencia.

Seguia Isidro en Madrid al servicio de Ivan de Vargas, y continuando el género de vida tan santo y ejemplar como siempre, con espíritu apacible y tranquila conciencia; pero el enemigo de las almas, deseoso de barrenar la del santo labrador, comenzó á inquietar con violencia su corazon, infiltrando en él sospechas sobre la pureza de MAR A. Nada es comparable á los tormentos que produce ..a asion de los celos: es la que más lacera las fibras del corazon, y la que con más rapidez destroza la naturaleza mejor constituida, produciendo un cambio tan completo en los sentimientos, que aun en las personas dotadas de prudencia, benignidad y tolerancia, se desenvuelve y desencadena un furor insólito y desenfrenado deseo de venganza. Recien casados, y cuando habitaban los santos esposos en Caraquiz, habia empezado á inquietar á Isidro el diablo tentador, porque MARÍA era de poca edad respecto á la suya, y de tan buen parecer que lla-

maba generalmente la atencion por su figura; pero bien pronto la virtud de la tierna esposa desvaneció las sospechas que habian pasado por la mente del esposo, y más desde que fué testigo presencial del paso milagroso sobre las aguas del Jarama, premiando el Señor de aquel modo la pureza, virtudes y santidad de MARÍA.

Despues de su separacion, y cuando más descuidado y ageno se hallaba Isidro de que la paz de su alma pudiera alterarse, un malvado, antiguo vecino, con capa de amistad y de interés por el honor, trató de alarmar con embozadas frases el corazon de Isidro. Aunque cruelmente sorprendido, y lastimado en lo que más estima y aprecia el hombre de bien, que es la honra, hizo por serenarse, recordando las pruebas evidentes que tenia de la intachable pureza y conducta de su esposa, y partió con el delator á donde esta residia, llegando en ocasion que la Santa pasaba el rio Jarama sobre su manto, llevando en la mano una luz y en la otra la alcuza con aceite, para alimentar la lámpara de la ermita de Nuestra Señora. De este modo confundió Dios al vil calumniador.

Despues de aquel suceso, ninguno notable volvió á alterar la paz del corazon de los dos Santos. Llegado el tiempo en que el Señor determinó premiar á Isidro con la gloria que reserva para los justos, cayó gravemente enfermo, y para su asistencia se apresuró MARÍA á venir á Madrid, cuidándole con el más prolijo esmero hasta que entregó su santa alma al Criador, y pasados los dias que prevenia la costumbre de los duelos, regresó MARIA á Caraquiz con la firme resolucion de pasar el resto de sus dias en exclusivo servicio de la Vírgen. No satisfecha su devocion con el aseo ordinario de la ermita, pedia limosna por los pueblos de la comarca para la decencia y luz del santuario, donde pasaba horas enteras, y aun dias y noches en fervorosa oracion y dulcísimos coloquios con la Reina de los ángeles, que con su santísimo hijo la favorecieron muchas veces con su presencia.

Llegada por fin la dichosa época de su glorioso tránsito de esta vida á la eterna, no hay pluma bastante expresiva que pueda pintar el gozo que enagenó el corazon de esta Santa, cuando conoció que se le acercaba el fin de su peregrinacion en el mundo. Aunque siempre vivió dispuesta á este trance, constantemente deseado de los justos, se dispuso á él con aumento de oracion y penitencia, llevando al mayor extremo todo género de privaciones y mortificacion, y repartiendo cuanto le quedaba entre los pobres.» Recibió los últimos Sacramentos, y entre muchos afectos de contricion, y tiernas exclamaciones á la Santísima Vírgen, que la asistió en aquella hora acompañada de coros angélicos, entregó tranquilamente su espíritu en manos del Criador en el dia 8 de setiembre á fines del siglo XII. Apenas se supo su muerte, cuando concurrieron los pueblos de la comarca á tributarla los últimos obsequios, y despues de ellos dieron á su cuerpo sepultura en la misma ermita, segun su disposicion.

«Como era tan pública la fama de santidad de la sierva de Dios, desde luego acreditaron los fieles este concepto con todas las pruebas que acostumbra la piedad cristiana para demostrarlo. Colocaron en el altar mayor de aquel santuario la cabeza de la Santa para la veneracion pública; llamándose desde entonces, el hasta allí de la Vírgen de la Piedad, de SANTA MARÍA DE LA CABEZA. Pintaron sus efigies con los síntomas de bienaventurada. Celebraron su fiesta en el 8 de setiembre, dia de su glorioso tránsito, con grande concurso de los pueblos contiguos. Velaron sobre su sepulcro, del que sacaban tierra para remedio de muchas enfermedades en que se experimentaban prodigiosos efectos. Fundóse en la misma ermita una cofradía con la advocacion de la Santa, y todos los años venia una procesion al santuario del lugar de Valdepiélagos, en el de San Marcos, y se daba en Caraquiz una caridad ó limosna general á todos los concurrentes, para cuya obra pia dejaban

algunas pe rsonas legados en sus testamentos, en memoria
de SANTA . MARÍA DE LA CABEZA.

»Solo fa ltaban á estos testimonios de veneracion y culto
la aprobа cion solemne de la Silla Apostólica. Las vivas di-
ligencias que cada dia se hacian para la canonizacion de
San Isidr), excitaron á los fieles á que solicitasen lo mismo
con su sa nta esposa. La villa de Madrid, en nada inferior á
alguna ot ra en la devocion y afectos á la sierva de Dios, ins-
tó á mon señor Camilo Cayetano, nuncio á la sazon en Es-
paña, par a que se procediese á la informacion de la vida,
virtudes y milagros de SANTA MARÍA DE LA CABEZA.
Dió para ello este legado comision á Fr. Domingo de Men-
doza, del Órden de predicadores, juez apostólico en la causa
de canoni zacion de San Isidro, quien pasó á la villa de Tor-
relaguna á recibir la justificacion apetecida; y conduciéndose al s antuario al reconocimiento de las reliquias, como
aquella e rmita estuvo en poder de los Templarios, despues
en el de los Claustrales, y últimamente en el de los Obser-
vantes d e San Francisco por concesion del Cardenal Cisne-
ros, los cuales hasta el dia mantienen un donado ó tercero
en ella, a fin de que cuide de su asistencia ó aseo, con estas
mutacio nes y otras varias obras que se hicieron precisas, se
perdió l a memoria del sepulcro de la Santa. Sintió en el
alma est e defecto Francisco de Cuevas Vergara, notario del
proceso, cordialísimo devoto de la Santa, y rogándola se
dignase manifestar el sitio donde se hallaba su venerable
cuerpo, haciéndolo así MARÍA: con este aviso cavaron bajo
un poyo de la sacristía donde habia estado más de 500 años,
y se enc ontraron sus huesos; cuya identidad se justificó por
el olor fragantísimo que despedia, y por otros muchos pro-
digios q ue se dignó el Señor obrar en aquel feliz descubri-
miento, los cuales trasladó el comisionado al convento de
los Obs ervantes de Torrelaguna, dejando por entonces la ca-
beza de la Santa en la ermita.

»Crecian cada dia los deseos de la mayor venerac ion de la sierva de Dios, y distinguiéndose sobre todos el rey Felipe III, hizo que presentase su embajador en E toma los procesos formados sobre las virtudes y milagros de la Santa al papa Paulo V con cartas suplicatorias de Su M agestad, de las personas más distinguidas de la córte, de l as villas de Madrid, Torrelaguna, y de la cofradía de la Sant a, en solicitud de su canonizacion. Expidió Su Santidad la s correspondientes letras para nuevos procesos, nombrando por jueces apostólicos á monseñor nuncio D. Antonio Ca retano, á D. Bernardo Sandoval y Rojas, Arzobispo de Tol edo, y al Obispo de Sidonia D. Juan Avellaneda Manriquez . Interin se hacia la informacion de testigos en Madrid, env iaron los dichos para el mismo efecto á la villa de Torrelagu na á don Alonso Franco, cura de San Andrés, con particular encargo sobre el reconocimiento de las santas reliquias; y e vacuada esta diligencia por medio de inteligentes facultativ os, trasladó la cabeza de la Santa al convento de los Observ antes de la misma villa, juntándola con las demás en una preciosa urna, para cuya seguridad se entregaron las llaves de sus cerraduras á varias personas condecoradas. Conc luido el proceso se remitió á Roma; pero habiendo ocurrido l a muerte de Paulo V, se retardó el gozo que esperaban los interesados les dispensase Su Santidad. Resumida la ca isa con nuevo ardor en el pontificado de Inocencio XII, á i nstancia del re y Cárlos II, expidió Su Santidad las correspo ndientes letras, por medio de la Sagrada Congregacion de Rit os, para que se procediese á la justificacion del culto inmem orial de la Sa nta, nombrando por jueces al Obispo de Daria , sufragáneo de Toledo, y al Dr. D. Juan Caldera, vicario general del mismo arzobispado: los que en vista del proceso f ormado declararon definitivamente ser constante y cierto e l culto inmemorial de la sierva de Dios; cuya determinacion aprobó la Sagra da Congregacion de Ritos, y confirmó Inocen cio XII

por su bula apostólica de 11 de agosto del año 1697, con lo que quedó declarada en el catálogo de los Santos SANTA MARÍA DE LA CABEZA.

»Es de notar que cuanto más se extendia el culto de la Santa, tanto más crecia su afecto y devocion en la villa de Madrid, en virtud de la cual solicitó con la religion de los Observantes franciscanos la entregasen las reliquias de la Santa, para colocarlas con las de su santo esposo. Interpuso la mediacion de los reyes para el logro de su pretension; y no pudiéndose resistir los religiosos á tan altos respetos, las dieron con la mayor cautela á dos regidores de Madrid, que las condujeron en el 27 de febrero de 1645. Apenas se supo en Torrelaguna la traslacion, cuando arrebatada la plebe de aquel espíritu de devocion que suele degenerar en un celo furioso, cercaron el convento y quisieron cometer los mayores insultos contra los religiosos; pero sosegados por algunas personas de autoridad, no por esto dejaron de poner su demanda formal en el Consejo, para que se les reintegrase del tesoro de que habian sido despojados. En fin, terminada la cuestion con que se les diese alguna reliquia, se colocaron las demás en la capilla de San Andrés, donde estaban las de su santo esposo. Allí permanecieron algunos años, hasta que se trasladaron las de ambos héroes con la mayor solemnidad á la real iglesia de San Isidro de Madrid, donde se ofrecen á la veneracion pública sobre el altar mayor, en dos preciosos depósitos de grande estimacion.»

SAN GREGORIO, CONFESOR, ESPAÑOL.

En este dia se celebra en Alcalá del Rio, inmediato á Sevilla, la fiesta de SAN GREGORIO, de quien solo hay noticias del descubrimiento de sus reliquias y su antiguo culto. Créese que los cristianos ocultaron el cuerpo de este ilustre Santo cuando la venida de los moros á España, temerosos, como era general, de que cayese en manos de

ellos. En el año de 1460 se descubrió su sepulcro; pero solo se encontraron los huesos, y en la piedra que le cubria la inscripcion siguiente: *En este túmulo yace el siervo de Dios* GREGORIO, *que vivió setenta años poco más ó menos, y murió en paz en el dia* 9 *de setiembre de la era* 542.

Dignóse el Señor obrar repetidos milagros por la intercesion de su fiel siervo, los cuales movieron á la piedad de los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel á que erigiesen en honor del Santo una magnífica iglesia, donde se conservan sus reliquias en una preciosa urna, y son tenidas en grande veneracion por todos aquellos naturales.

DIA 10.

San Nicolás de Tolentino, Confesor, *Italiano.*

SAN PEDRO MARTINEZ, OBISPO DE COMPOSTELA, ESPAÑOL.

Desde el año de 965 hasta cerca del 1000, se encuentra en la historia compostelana el nombre de este ilustrísimo gallego, tanto por su nacimiento, como por su ciencia y santidad. La cronología de los abades del monasterio de Sobrado escrita por Bravo le cuenta entre ellos, mencionándole por espacio de veinticinco años, hasta que ocupó la silla episcopal de Compostela; y como Obispo, ha legado la historia á la posteridad gran número de escrituras, donaciones y fundaciones autorizadas con su firma.

Á fines del primer tercio del siglo X vino al mundo este glorioso Santo, siendo sus padres Martin Pacente de Asturias, y su madre Mustacia de Superado, hermana de leche de la infanta doña Paterna, madre del Obispo D. Sisnando II. Largos años hacia que esta familia gozaba en el país de grandes consideraciones, no tanto por las muchas riquezas que llegó á reunir, cuanto por las esclarecidas virtudes que parecian forzosamente hereditarias de uno en otro primogénito de la familia, sin interrupcion en cerca de dos si-

glos. El padre de PEDRO era biznieto del célebre Placencio, fundador de la renombrada iglesia de Santa Eulalia de Curtis, en cuyo recinto moraron en crecido número por muchos años los varones más esclarecidos del país por su ciencia y virtudes. Esta iglesia, con la villa y las numerosas y pingües heredades que le pertenecian, fué pasando por juro de heredad de unos en otros descendientes, poseyéndolo todo el padre de PEDRO cuando tuvo lugar el nacimiento de este. Créese que la madre murió hallándose PEDRO en la menor edad: la historia no se ocupa de ella, consignando solo que Martin, el padre, abandonó el siglo haciéndose religioso, y que la infanta doña Paterna se encargó de la educacion de PEDRO, llevándosele á su lado á palacio, dándole la carrera de la Iglesia, y haciéndole su capellan en cuanto se ordenó de sacerdote.

Las inclinaciones de PEDRO MARTINEZ se avenian muy mal con las costumbres de palacio, un tanto libres y muy tormentosas durante el reinado de D. Bermudo II: la contemplacion silenciosa de lo divino, la oracion en la soledad del claustro, y la penitencia en apartada celda, eran su constante deseo; y no pudiendo resistir á él por más tiempo, hácia los años de 960 tomó el hábito de monje en el monasterio de Santa María de Mosoncio, desde cuya época viene unido á su nombre y apellido PEDRO MARTINEZ el sobrenombre de Mosoncio, que algunos tambien dicen Mosonzo y Monsorio. Estuvo este monasterio situado á dos leguas del Sobrado, y algun tiempo sujeto á él: despues se unió al de San Payo, de Antealtares, y últimamente se abandonó y se arruinó.

Las grandes virtudes y poco comun ciencia de PEDRO, le hicieron bien pronto captarse la más completa voluntad, afecto y respeto de todos los monjes, y á pesar de su corta antigüedad en la casa, fué nombrado abad tan luego como vacó este cargo, que PEDRO aceptó forzado de los ruegos

de sus compañeros, pues su retirada del palacio es prueba suficiente de que no aspiraba á destinos ni consideraciones que dieran importancia á su persona. Por más de veinte años ejerció el cargo de abad, siendo por consiguiente el jefe de aquella colonia de ilustres varones, repartida progresivamente en los tres monasterios, en todos los cuales moró el santo abad PEDRO MARTINEZ, hallándose en el de Antealtares cuando vacó la silla episcopal compostelana.

El rey Bermudo II se habia criado y coronado en Santiago, y habia conocido y tratado á PEDRO, á quien consagraba un especial afecto y consideracion por constarle las riquezas de virtudes que atesoraba su pecho, razon por la cual fué el primero á significarle para Obispo, eleccion que se hizo por unanimidad, produciendo un grave y profundo sentimiento al humilde elegido, que solo aceptó por complacer al rey, que cada dia le distinguia con el mayor afecto y consideracion privada y públicamente, habiendo llegado hasta nosotros una prueba de ello en la escritura por la cual donó el rey D. Bermudo al Obispo PEDRO los bienes del mártir Santo Domingo Sarracino, en la que le llama «Obispo amado de Dios.»

La subida al trono de Córdoba de Abderramen II, renovó las escenas crueles y sangrientas de la invasion de los sarracenos, un poco templadas durante algunos años, y tuvo lugar la terrible persecucion contra los cristianos, y los degüellos, talas y saqueos, tan bárbaramente consumados por el ejército agareno, á las órdenes del tristemente célebre caudillo musulman Almanzor. Una de las poblaciones que más sufrieron fué Santiago, cuya iglesia fué casi completamente destruida por los infieles.

Doce años consecutivos duró esta sangrienta guerra, durante los cuales los cristianos sufrian diariamente en los pueblos conquistados por los moros todo género de infelicidades y tormentos. El rey y casi todas las personas notables

habian salido de Santiago, quedando solo para consolar y ayudar en lo poco que podia con sus recursos materiales á los infelices cristianos, el virtuoso y heróico Obispo Pedro, y habiéndose desarrollado una mortífera disenteria entre los moros al final del siglo X, se aumentaron los horrores, porque no habiendo invadido la enfermedad á ningun cristiano, sospecharon los infieles que eran víctimas de venenos preparados por sus enemigos, y constantemente ejecutaban los actos más atroces de venganza. Crecia tanto la mortandad en los moros, que fué Almanzor á Santiago para examinar las causas del mal y procurar atajarlo. Entre las preguntas que hizo á su llegada fué una, á quién estaba dedicada la iglesia de aquella poblacion. Contestáronle que «á JACOBO, uno de los discípulos del Hijo de María;» y habiéndose sentido algo indispuesto en aquel momento, se aterró de tal manera, que inmediatamente salió de la ciudad con su ejército.

No habiendo tomado nunca parte el Obispo compostelano PEDRO MARTINEZ en los asuntos del Estado, como se llamaban entonces los que hoy llamamos políticos, no nos parece lugar su vida para hablar de las intrigas y desmanes de los grandes del reino, y del poco tacto del rey Bermudo, que explotó hábilmente el general mahometano Almanzor, con triste ruina del pueblo cristiano. En las vidas de San Froilan y San Atilano, dia 5 del mes próximo de octubre, haremos una breve reseña de aquellos lamentables errores de los magnates cristianos, que hicieron desaparecer los citados Santos con su ciencia, virtudes y heroismo, regenerando los reinos de Castilla, Asturias y Leon. Para los actos de la vida del Obispo compostelano, de que nos vamos ahora ocupando, basta consignar que coaligados por las activas gestiones de San Atilano, Obispo de Zamora, los reyes de Leon y Asturias, Castilla y Navarra, reunieron sus fuerzas, que aunque muy inferiores en número á las de Almanzor, le

vencieron en los campos de Calatañazor: victoria que es llamada por muchos escritores la *segunda restauracion de España*, por la paz que á ella se siguió, por la muerte de Almanzor, que desesperado de su derrota se metió en Medinaceli y se suicidó no tomando ningun alimento.

Puestos de acuerdo el rey y el santo Obispo PEDRO, reedificaron la iglesia que consagró este Prelado, asistiendo á la ceremonia el rey D. Bermudo; pero ni uno ni otro sobrevivieron mucho á estos sucesos: el rey murió en el año 999, á uno de su victoria, y de la paz ajustada con los moros, y al siguiente dejó tambien este mundo el Santo PEDRO MARTINEZ, cuyo nombre se halla consignado en los martirologios de Molano, Usuardo, Galesinio y Baronio, en este dia 10 de setiembre.

Es opinion muy admitida que fué el autor de la *Salve Regina* con que se saluda á la Madre Vírgen.

DIA 11.

San Proto y San Jacinto, Hermanos, Mártires, *Romanos*.

DIA 12.

San Leoncio y Compañeros Mártires, de *Alejandría*.

BEATO MIRON, CONFESOR, ESPAÑOL.

En la parroquia de Tagamanen, obispado de Vich, en el principado de Cataluña, vió la luz primera este bienaventurado siervo de Dios, á fines del siglo XI. No tenemos noticias de sus padres ni familia, ni de la posicion social que ocupaban, pues solo nos dice la historia que siendo MIRON de corta edad, comenzó los estudios, en los cuales y en la virtud aprovechó tanto, que mereció ser ordenado de sacerdote.

Desde muy jóven fué inclinado á la soledad y al retiro, y á medida que avanzaba en edad, aumentaba esta inclinacion

y su hastío del mundo. Aconsejóse de los monjes benedictinos de Ripoll, manifestándoles que su constante deseo era vivir en el desierto consagrándose sola y exclusivamente á la oracion y á la penitencia, y siguiendo el parecer de estos, marchó á ensayar la vida eremítica en los desiertos de la ribera del Ter. Vagando por ellos pidiendo á Dios se sirviera indicarle un sitio á propósito para sus fines, llegó á un bosque en medio del cual vió un edificio, y un anciano sentado á la puerta. Acercóse MIRON y preguntó al anciano qué edificio era aquel y por quién estaba habitado. El anciano le contestó que aquello era el monasterio llamado de San Juan de las Abadesas, fundado en el año de 887 por el conde Wifredo el Velloso, en el cual moraban á la sazon canónigos reglares de San Agustin, que solo se ocupaban en servir y alabar á Dios, y rogarle les concediese cuanto antes un asiento en el paraiso. Parecióle á MIRON que Dios le indicaba aquel sitio para emplearse allí solo en su servicio, y pidió hablar al superior, lo cual le fué concedido en el acto. Manifestóle MIRON su estado, deseos y propósitos, y le rogó que le admitiese en la comunidad: el superior difirió la contestacion hasta consultar á esta, que informada de quién era el pretendiente, por unanimidad aprobó el ingreso y le concedieron el hábito, que lleno de la más sublime alegría, recibió de manos del Prelado. Bien pronto se hizo admirar el nuevo monje, por la perfeccion y santidad de su vida, y siendo hombre muy despejado y versado en letras sagradas, deseó la comunidad darle desde luego algun cargo, pero con la más firme constancia se negó toda su vida á aceptar oficio ó empleo que le obligase á mandar á nadie. Era puntual al coro, largo y fervoroso en la oracion, y riguroso y constante en la penitencia, alentando á los tibios con su perpétuo ejemplo y con los santos comentarios que hacia de los trabajos que pasó Jesus por la redencion del hombre y de su Sagrada Pasion y muerte. En

alto grado poseyó todas las virtudes; pero en lo que sobresalió notablemente fué en la caridad, auxiliando con cuanto pudo siempre á los pobres, asistiéndolos y curándolos por repugnantes y asquerosos que estuvieran.

Lleno por fin de merecimientos, entregó plácidamente su alma al Criador el dia 12 de setiembre de 1161, contando cerca de setenta años de edad. Fué enterrado en la iglesia del mismo monasterio que le habia servido de santa morada tantos años, y su sepultura comenzó á ser desde luego muy visitada por los moradores del país, que acudian á ella con gran fé y devocion en busca de socorros á sus necesidades, estimulados por los muchos milagros que Dios se habia dignado obrar por la intercesion de su santo siervo. En el año de 1345, dia de San Agustin, fué elevado de la tierra su sagrado cadáver, y colocado en un hermosísimo sepulcro de mármol, en el que continuaron las santas reliquias tan visitadas y veneradas como lo habian venido siendo hasta entonces.—El Beato MIRON es abogado contra el dolor de cabeza y muelas.

DIA 13.

San Felipe y Compañeros Mártires, *Romano.*

DIA 14.

El Dulce Nombre de María, y la Exaltacion de la Santa Cruz.

DIA 15.

San Nicomedes, Mártir, *Romano*, y

SAN EMILA Y SAN JEREMÍAS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Dice el P. Enrique Florez en su *España Sagrada*, tomo X, trat. 33, cap. 11, *Santos de la persecucion sarracénica*, acerca de estos dos, lo siguiente:

«*San Emila, Diácono, y San Jeremías.*—Estos dos Santos eran de las familias nobles de Córdoba, y ambos se criaron en la iglesia de San Ciprian, siguiendo allí los estudios; pero JEREMÍAS se quedó en estado seglar; EMILA siguió el clerical, llegando á ser ordenado de diácono. Ambos eran muy diestros en la lengua arábiga; y estando en la flor de su adolescencia, se valieron de aquel idioma para desengañar á los moros de la falsedad de su secta. Presentáronse al juez, y con la facilidad y felicidad que tenian en su lengua, le dijeron tantas y tales cosas sobre las supersticiones de Mahoma, que cuanto los moros habian oido decir á los mártires precedentes contra el falso profeta, no les parecia nada á vista de lo que estos dijeron. Metiéronlos en la cárcel, y luego los degollaron en el dia 15 de setiembre de mismo año (852), colgando los cadáveres á la otra parte del rio.

»Galesinio y Baronio pusieron en el mismo dia en sus martirologios á estos Santos, tomándolos de San Eulogio, lib. 2, cap. 12. Á Morales se le fué la pluma cuando dijo que fueron monjes: lo que con razon omitió el Padre Roa. Añade San Eulogio, que estando claro y sereno todo el dia de aquel martirio, se levantó repentinamente en la hora de degollarlos una tan furiosa tempestad de truenos, granizo y relámpagos, que parecian conmoverse los cielos; como que los elementos se armaban en defensa de la causa de los confesores.

»Estando en la cárcel estos Santos, sucedió que entrasen en la mezquita dos (1) cristianos, uno natural de Granada, y otro de las partes del Oriente, los cuales predicando la fé, y abominando la supersticion, fueron presos sin dejar de decir la verdad aun en la misma cárcel, de que al dia siguien-

(1) San Rogelio y San Siervo Deo, de quienes hablaremos en el siguiente dia.

te, 16 de setiembre, fueron sacados, degollándolos y colgando sus cadáveres con los dos precedentes.

»Viendo los sarracenos el número de cristianos que voluntariamente se presentaban á confesar la fé y decir mal de Mahoma, creian amenazaba ya el término de su reino, pues aun los jóvenes mostraban tal valor. Ministrábales furor la ceguedad en el celo del Alcorán, y meditaron extinguir la cristiandad. A este tiempo, viendo el rey desde una galería de su alcázar los cuerpos de los cuatro mártires, mandó que los pusiesen fuego; pero dispuso Dios que no volviese á hablar más, y que antes de acabarse la hoguera bajase su alma á arder en los infiernos, quedando las cenizas de los Santos recogidas por los fieles, y puestas con veneracion en lugares sagrados. Este fué el fin del funesto perseguidor Abderraman II; pero no llegó el fin de la persecucion, continuándola su hijo Mahomad.»

DIA 16.

San Cornelio, Papa, y San Cipriano, Obispo, *Romanos.*

SAN ROGELIO, MÁRTIR DE GRANADA, ESPAÑOL.

Entre los ilustres mártires que sellaron la confesion de su fé en Jesucristo con la sangre de sus venas durante la persecucion llamada sarracénica, figuran gloriosamente SAN ROGELIO y San Siervo Deo. El primero era español, natural de una aldea inmediata á Granada, que llevaba por nombre Pasapanda, y en su juventud habia tomado el hábito de monje en uno de los monasterios inmediatos á Córdoba, cuyo nombre no nos revela la historia. El segundo habia llegado á Córdoba en peregrinacion, habiendo tenido su cuna en Oriente, sin determinarnos San Eulogio, á quien se deben las actas de estos mártires, en qué punto vió la luz primera. Conociéronse y tratáronse en Córdoba, y á pesar de la gran diferencia de edades, pues ROGELIO era muy

anciano y Siervo Deo se hallaba en la flor de la juventud, uniéronse en constante amistad, que fué estrechando cada vez más la igualdad de religion, la conformidad de sentimientos y la identidad de costumbres, en virtud de todo lo cual hicieron ambos el pacto de no separarse jamás y trabajar de consuno en favor de la religion del Crucificado, hasta morir mártires confesando públicamente su fé.

Como queda ya consignado en diferentes biografías de mártires de Córdoba durante la persecucion sarracénica, á pesar de las persecuciones y terribles muertes que sufrieron los heróicos soldados de Jesucristo, con la mayor frecuencia se presentaban á los jueces moros confesando públicamente su fé, y como queda dicho en el dia anterior, Emila y Jeremías fueron unos de aquellos. El ejemplo de estos mártires inflamó con santo y ardoroso celo los corazones de ROGELIO y Servio Deo, y ansiosos de imitar tan sublime conducta, se dirigieron á la gran mezquita de los moros en ocasion que la llenaba inmenso número de sectarios de Mahoma, ocupados en las ceremonias de su secta, y con voz enérgica y potente comenzaron á predicar la verdad del Evangelio, y á condenar los absurdos errores del Alcorán. Estaba prohibido á los cristianos, bajo gravísimas penas, el entrar en las mezquitas estando solas; pero el presentarse cuando estaban congregados en ellas los mahometanos, predicando contra Mahoma, era un caso que por no poder presumirse que sucediera, no estaba incluido en el catálogo de delitos. El efecto que produjo en los moros tan imprevisto suceso, apenas es explicable, porque ardiendo en un furor desconocido todos los congregados en la mezquita, como hiena á quien arrebatan sus hijuelos, se precipitaron sobre los dos Santos con deseos de hacerlos menudos pedazos; pero hallándose presente el juez lo impidió, aunque con gran trabajo, queriendo que un consejo particular diese la sentencia contra los perpetradores de un delito tan desconocido.

Fueron llevados á la cárcel; mas á pesar de los infinitos golpes que los habian dado y les iban dando por el camino, ni por esto ni en la cárcel cesaron los dos Santos en su predicacion, añadiendo el pronóstico de que el rey Abderramen moriria desdichadamente dentro de muy poco tiempo.

Reunido el consejo de magistrados mahometanos, presidido por el rey, en la mañana del dia 16 de setiembre del año 852 de Jesucristo, fueron sentenciados ROGELIO y Servio Deo á ser degollados despues de haberlos cortado las manos y los piés, por contraventores de las leyes del reino, y haber profanado con sus plantas la mezquita del profeta Mahoma. Al presentarse el verdugo en el calabozo para ejecutar la sentencia, con inefable alegría y placentero rostro presentaron los dos mártires sus manos para que se las amputasen, lo cual verificó en el acto el verdugo, procediendo en seguida á cortarles los piés, y concluyendo con separar con el cruel acero las cabezas de los cuerpos. Estos, como queda dicho en la biografía de San Emila y San Jeremías, inserta en el dia anterior, fueron colgados á la otra parte del rio, y quemados por órden del rey, en quien se verificó el pronóstico de estos mártires, muriendo breve y desdichadamente.

SANTA EUMELIA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

En el mismo dia se hace conmemoracion de SANTA EUMELIA, una de las ocho hermanas de Santa Librada, y cuya vida hasta que se separaron las nueve hermanas para librar á su padre del nuevo delito de sentenciarlas á muerte, puede verse en la de su hermana Marciana, dia 12 de julio, página 74. Las noticias posteriores á la separacion de las hermanas son tan vagas é inciertas con respecto á SANTA EUMELIA, que no podemos asegurar con fijeza el punto en que sufrió el martirio. Créese que fué en Orense ó en Tuy; pero no hemos encontrado debidamente justificado ni

SANTORAL ESPAÑOL

Litª de Escarpino.

S. PEDRO ARBUES

lo uno ni lo otro; sin embargo, está admitida entre los Santos de la diócesi de Tuy.

DIA 17.

Las Llagas de San Francisco de Asís, y

SAN PEDRO ARBUÉS, MÁRTIR, ESPAÑOL.

En Elipa, poblacion no muy distante de Zaragoza, nació este Santo, no constando de una manera auténtica el dia ni el año, creyéndose generalmente respecto á este que fué el de 1442. Sus nobles padres, emparentados con los condes de Aranda, lo fueron D. Antonio Arbués y doña Sancha Ruiz, personas de reconocida virtud y de una conducta intachable, quienes desde la más tierna infancia procuraron arraigar en el corazon de su hijo el amor á la virtud y el conocimiento y práctica de todos los preceptos del Evangelio. Para vigilar más su educacion determinaron que las primeras letras las aprendiese en casa, tomándole maestros aptos y virtuosos que secundasen sus ideas, las cuales encontraron la más ancha y entusiasta cabida en el corazon del niño, que mandó Dios al mundo dotado de las más sobresalientes condiciones para llegar al alto grado de santidad que le ha colocado en los altares. Repartiendo el tiempo entre el estudio, la asistencia á los templos y el ejercicio de sus piadosas devociones, fué venciendo su plácida niñez y llegó á la entrada de la juventud perfectamente instruido en el latin, y siendo modelo de docilidad, virtud y amor al trabajo.

Los padres de PEDRO tenian la persuasion de que á los hijos se les debe dotar desde los primeros años de una sólida virtud y amor á la religion, que formen el cimiento ó base sobre el que se edifique su ulterior conducta y todos los actos de su vida; pero creian al propio tiempo que la educacion no es perfecta cuando los jóvenes se crian en el encogimiento y retiro doméstico, sin más conocimientos y práctica de la

vida que la que pueden adquirir en la casa paterna. El cuidado con que desde los primeros años habian plantado las sacrosantas verdades de la fé, las máximas de piedad cristiana, y los sentimientos de honor, les daban suficiente seguridad de que en cualquier parte que se estableciese su hijo, jamás llegaria á desmentir la educacion que sus padres le habian dado. Con esta confianza, sabiendo que en Bolonia florecian las letras, y que eran enseñadas por los más hábiles maestros que entonces tenia Europa, decidieron enviar allá á su hijo, como en efecto lo verificaron. La libertad que con este motivo consiguió PEDRO viéndose enteramente apartado de la vista de sus padres y dueño absoluto de todas sus acciones, no la empleó como otros estudiantes en diversiones propias de su edad, ni en disipar su espíritu con la relajacion y la holgazanería: aplicóse al estudio con actividad tan asombrosa, que en breve tiempo mereció por sus progresos ser el orgullo de sus maestros, la admiracion de sus condiscípulos, y el jóven más celebrado de toda la ciudad de Bolonia. Es verdad que estos admirables efectos se debian, no menos á la aplicacion con que estudiaba la filosofía, que á la moralidad de sus costumbres. Sin embargo de ser aquella ciencia, segun entonces se estudiaba, muy ocasionada á hacer perder la tranquilidad de espíritu y de alma por sus reñidas disputas, siempre veian en PEDRO tal moderacion en sus argumentos, y tal serenidad en su semblante, que al paso que se veian precisados á confesar la viveza de su ingenio, les causaba no menos admiracion la paz constante que reinaba en su alma, y la dulce armonía que conservaba con todos. Hecho dueño de los conocimientos filosóficos, recibió el grado con general aplauso, sin que esto sirviese para hinchar su corazon con la soberbia, produciendo por el contrario en él mayor consideracion para el prójimo y mayor humildad.

Egidio Albornoz, arzobispo de Toledo y cardenal de la santa iglesia de Roma, habia fundado en Bolonia un célebre

colegio en el cual estableció dos plazas para estudiantes aragoneses; y habiendo vacado una de ellas, le fué concedida á PEDRO ARBUÉS en el año de 1468. Ya habia comenzado á estudiar teología, y como en esta ciencia encontraba conocimientos más análogos á las piadosas disposiciones de su corazon, habia hecho en ella maravillosos progresos. Aumentáronse estos notablemente, ya con las sábias disposiciones y estatutos que prescribia el colegio para los ejercicios literarios, y ya tambien con el trato contínuo con los doctos colegiales. Cinco años estuvo en el colegio, en cuyo tiempo llenó su alma de los más sublimes conocimientos de la sagrada teología. El estudio de las Santas Escrituras era el objeto principal á que se dirigian sus miras, porque en ella encontraba unas palabras de vida, que al mismo tiempo que ilustran el entendimiento con sus luces, inflaman la voluntad con celestiales verdades. Á la par que PEDRO se ocupaba en estudiar la teología, ejercitaba con el mayor celo cristiano y la más tierna piedad todas las virtudes que constantemente santificaban su alma. Su constancia y esmero en esto era tal, que le adquirió la más alta fama de virtuoso y perfecto, tanto en el colegio como en la ciudad. El testimonio que dió de ello la universidad al tiempo de registrar en sus libros el grado de doctor, que recibió en el dia 17 de diciembre de 1473, es una prueba de que en las almas de los bolonienses habian hecho más impresion las grandes virtudes de nuestro Santo, que sus grandes adelantamientos en la ciencia de la teología. *Los multiplicados dones de virtudes*, dice el libro, *con que el Altísimo engrandeció la persona del maestro en artes y filosofía* PEDRO ARBUÉS, etc. Esta frase recomienda de una manera especial el mérito de SAN PEDRO, por haberse usado únicamente en la anotacion de su grado.

«Entretanto la fama de sus heróicas virtudes no se limitaba á Bolonia, sino que cundia por España, extendiéndose por toda la Península, no solamente la extension y solidez

de su sabiduría, sino el suavísimo olor de sus santas costumbres. Desearon por tanto los canónigos de la santa iglesia metropolitana de San Salvador de Zaragoza tenerle en el número de sus individuos, y así le eligieron para una prebenda el dia 30 de setiembre del año de 1474. Era á la sazon aquel cabildo compuesto de canónigos reglares de la órden de San Agustin, y presidia en aquella silla Juan de Aragon, hijo del rey Juan II. Esta eleccion adaptó mucho á los pensamientos desinteresados y tenor de santa vida que tenia PEDRO, pues en la profesion de una regla tan santa como la de San Agustin, se pronosticaba muchos medros para su alma. Aceptó el Santo la eleccion, y habiendo tomado el hábito de canónigo reglar, de tal manera manifestó lo acertada que habia sido con sus santos ejemplos, que pasado el tiempo de la probacion, hizo profesion solemne en manos del Dr. Miguel Ferrer, prior de aquella santa iglesia en el año de 1476. En este nuevo estado se consideró el Santo como en un puerto seguro, que le libertaba de las borrascas del mundo, y le proporcionaba medios ciertos de arribar algun dia á la patria celestial, á donde se dirigian todos sus anhelos. Los santos ejercicios en que hasta entonces se habia ocupado por un particular genio de su alma, los consideraba ya como obligaciones de un estado perfecto. Afligia su cuerpo con ayunos contínuos, maceraciones y disciplinas que le sujetaban á la razon. La fervorosa contemplacion de las grandezas de Dios y de los soberanos misterios de nuestra redencion, era el alimento con que se recreaba su alma, adquiriendo de dia en dia nuevos grados de perfeccion. Todas sus acciones se presentaban como un espejo de la vida evangélica, y en ellas encontraba el tibio reprension, y nuevos estímulos el fervoroso. Su fé era viva, firme, y al mismo tiempo fecunda de santas obras. Los conocimientos que habia adquirido de las verdades reveladas, lejos de cebar una curiosidad vana y criminal, le servian de

cimentar en su alma la fé, libre de los engaños de la supersticion. De aquí nacia una esperanza firme en la divina misericordia, en la cual, y no en sus propios méritos, confiaba que le habia de conceder las eternas promesas. Por esto despreciaba con generosidad todos los bienes temporales, juzgándolos por despreciable basura en comparacion de ganar á Jesucristo. Ningun trabajo, por pequeño que fuese, le era duro de llevar; con igual ánimo sufria las enfermedades y persecuciones, dando fuerza á su espíritu la grande virtud de la esperanza. Pero en lo que más sobresalió este grande varon, fué en lo que debia sobresalir; esto es, en la caridad, que es la reina de las virtudes. Amaba á Dios con tanta ternura, que no hallaba reposo en cosa ninguna criada, sino solamente en lo que pertenecia al honor del Criador de todas ellas. Oraba frecuentemente, y era tal el amor que tenia á Jesucristo, y lo que se engolfaba en la contemplacion de sus divinas obras, que apenas le merecian la más leve atencion las cosas del mundo; solo se acordaba de él para atender al socorro de sus prójimos. Los pobres y necesitados encontraban en PEDRO un padre benéfico y un amigo fiel, que los consolaba en sus aflicciones y los socorria en sus necesidades. Pero los que más cuidados le costaban eran los espirituales; y así no omitia diligencia alguna para sacar del estado del pecado á los que veia mal entretenidos, llenando en esto todos los oficios de un verdadero cristiano, y todas las obligaciones de un digno sacerdote. En la observancia regular era exactísimo, siendo el primero en todas las observancias, por mínimas que fuesen, y excitando con su puntualidad la desidia é indiferencia de los que eran menos fervorosos.»

Deseaba PEDRO ARBUÉS consagrarse sin sobresaltos y con perfecta tranquilidad de espíritu al retirado sosiego, para ocupar constantemente el tiempo apartado de la vista humana en la contemplacion de lo divino, consagrando todas sus

acciones y pensamientos al exclusivo servicio de Dios; pero la fama de sus esclarecidas virtudes le impidieron llevar á cabo su pensamiento de retiro y alejamiento del mundo.

El cariño al país, la inteligencia en el comercio y la industria, y las consecuentes utilidades de esta inteligencia hicieron que cuando la expulsion de los moros y judíos por los Reyes Católicos, muchos de ellos pidiesen el ingreso en el cristianismo y recibieran el agua del bautismo, para poder permanecer en España dedicados á sus habituales trabajos y negocios que les proporcionaban grandes beneficios. Estos hombres, tan malos para una religion como para otra, para disculparse en parte con sus sectarios antiguos, cometian toda clase de injurias á la religion cristiana, quemando y arrastrando imágenes sagradas en sus secretos conciliábulos, crucificando niños, matando ministros del altar y profanando los templos siempre que hallaban ocasion oportuna; y repetidísimas veces se encontraron manchadas y golpeadas imágenes en los templos, é inundados estos de basuras que echaban por las ventanas. Las personas piadosas estaban horrorizadas, y los reyes comprendieron que si con mano muy fuerte no se trataba de atajar el mal, produciria sin duda alguna muy inmediatas y fatales consecuencias. Para evitarlas, pues, y poner remedio al mal existente, determinaron solicitar de la Santa Sede el permiso para constituir en España el tribunal de la Inquisicion. Consideradas justas por el Sumo Pontífice las razones expuestas por los reyes don Fernando y doña Isabel accedió á la peticion, teniendo en seguida principio en España la constitucion y ejercicio de dicho tribunal. Fué nombrado inquisidor general el reverendo P. Fr. Tomás de Torquemada, el cual, de acuerdo con los reyes, iba eligiendo las personas más aptas para que le representasen en las provincias. Desde luego pusieron los ojos en SAN PEDRO ARBUÉS, cuya fama le acreditaba por uno de los sugetos más virtuosos y santos que entonces

contaba España. Verificada la eleccion, le participaron cuán del agrado de los reyes y del P. Torquemada, seria el que tomase á su cuidado el cargo de inquisidor del reino de Aragon, y cuanto beneficio resultaria á la Iglesia y á la paz de los fieles de los oficios que en este empleo se prometian de su prudencia, actividad y rectitud. Este nombramiento, que con delirante alegría hubiera recibido cualquier ambicioso, por el ancho campo de autoridad y consideraciones que le presentaba, fué considerado por PEDRO ARBUÉS como una enorme desgracia, que le consternó profundamente. La verdadera virtud siempre está acompañada de gran desconfianza de las propias fuerzas: al paso que brillaban en PEDRO todas las virtudes y circunstancias que requeria el importante cargo que se le confiaba, y que de todos los que le conocian no habia uno solo que dudase de su suficiencia, él abrigaba profundamente la idea contraria, no reconociéndose con la ciencia suficiente para juzgar en las árduas materias que pertenecian á la fé, ni las indispensables virtudes para poner en ejecucion sus sentencias y juicios. Excusóse cuanto pudo con los reyes; hizo humildes representaciones solicitando la relevacion de un cargo en que creia que peligraba la salvacion de su alma; pero los reyes, que tenian exactas noticias del mérito de ARBUÉS, y que profesaban la prudente idea de que cuanto más repugnaban los cargos ciertas personas, tanto más aptas y dignas son, desoyeron las súplicas, y tuvo PEDRO que tomar posesion del destino de inquisidor del reino de Aragon.

Si en los estados anteriores de su preciosa vida habia manifestado ser un vivo dechado de todas las virtudes, mucho más lo dió á conocer en el oficio de inquisidor. Sin aflojar un punto en el ejercicio de las virtudes privadas en que antes resplandecia con tan lucientes brillos, comenzó este grande varon á ejercer todas aquellas que eran necesarias para el desempeño de un cargo sumamente delicado por las mate-

rias que trata, y peligroso en aquellos tiempos. Era prudentísimo al tiempo de oir las delaciones, suspendiendo su juicio hasta tanto que las pruebas acreditasen de reos ó sospechosos á los sugetos delatados. Conocia que la perversidad humana llega hasta el punto de prostituir la santa religion á los privados intereses, y hacer víctimas de la venganza ó el resentimiento las conductas más inocentes, y los honores más tersos y puros. Examinaba, velaba é inquiria con la mayor escrupulosidad todos los hechos y circunstancias de los delitos, hasta tanto que se dejaba ver la verdad en todo su esplendor. Entonces colocaba á la justicia en medio del tribunal, y ella era la que dictaba sus decisiones. Jamás pudo contrastar su entereza ninguno de tantos medios como empleaba el poder y la astucia, ó para fallar los crímenes, ó para libertarlos del debido castigo. Su alma se mostraba igualmente inflexible á las lágrimas de los abatidos, que á las amenazas de los soberbios y poderosos. La ley era para él una deidad que debia respetarse en todas las circunstancias, haciendo sacrificio de los naturales movimientos del corazon. Por esta causa, luego que se llegaba á probar completamente el delito, daba y hacia ejecutar la sentencia sin que las lágrimas de los que habian de padecer el último suplicio fuesen bastantes á ablandar su severidad, ni la desolacion que resultaba en las familias pudiese jamás hacerle injusto. Con la misma entereza oia las súplicas y empeños de los poderosos, que escuchaba las amenazas que tocaban á su propia vida. Fiel dispensador de la ley, prudente en todas las inquisiciones y diligencias prévias á la sustanciacion de las causas, fuerte é invencible en las resoluciones justas, nunca perdia de vista el honor y gloria de Dios, la pureza de la religion santa, la extirpacion de los errores, el escarmiento de los contumaces y rebeldes, y el que se conservase pura, hermosa, sin arruga ni mancha la Esposa de Jesucristo.

»Este celo y entereza de nuestro Santo produjo algunos

castigos, principalmente de judíos ricos, que abusando de la libertad de un bautismo simulado, cometian todo género de abominaciones. Inmediatamente comenzaron á temblar aquellos á quienes acusaban sus conciencias de iguales delitos, y el temor les hizo adoptar todos los medios de destruir en sus principios un tribunal que les amenazaba con su ruina. Juntáronse en concilio muchos hebreos, y sacrificando gran suma de dinero, enviaron á Córdoba sus procuradores para que presentasen á los reyes inícuos informes que habia formado su malicia. En ellos se contenia que el nuevo tribunal procedia con un rigor desmesurado; que cometia atentados contra las personas y familias; que privaba al reino de muchos vasallos útiles y laboriosos; y últimamente, que el nuevo establecimiento era capaz de producir alborotos y un trastorno y subversion universal en los católicos dominios. Pero los reyes, que se preciaban más del título de Católicos, que les habia concedido la silla apostólica por premio debido á la creacion del Santo Tribunal que del de conquistadores, que habian conseguido por el valor de sus armas, despreciaron semejantes pretensiones, bien persuadidos de que nunca fueron las leyes ni la justicia de la aceptacion de los delincuentes. Esta resolucion dió nuevo vigor al tribunal, y empeñó más vigorosamente á los inquisidores en el cumplimiento de sus funciones respectivas. SAN PEDRO prosiguió con mayor actividad el descubrimiento de los que estaban manchados de judaismo ó mahometismo y á ejecutar en ellos la debida justicia. Habia muerto á últimos de enero del año 1485 Fray Gaspar Inglario, dominicano, que ejercia el oficio de inquisidor juntamente con SAN PEDRO. Su muerte habia hecho recaer en este todo el trabajo y funciones del tribunal, y al mismo tiempo le habia cargado toda la odiosidad que llevaba consigo aquel ejercicio para con los enemigos de la religion. Juntándose estos en privados conventículos, trataron los medios de quitar de sobre sí la intolerable carga de un tribu-

nal, que sus delitos y malignidad les hacia insoportable. Los consejos de los malignos y perversos siempre juntan con la circunstancia de injustos la cualidad de crueles. Pensaron que quitando la vida á SAN PEDRO darian por el pié á la existencia del tribunal y se libertarian de los castigos con que diariamente los amenazaba, persuadiéndose neciamente de que la existencia del tribunal consistia en su vida, y que la religion católica carecia de espíritus esforzados que osasen verter su sangre en defensa de la fé. Este horroroso consejo fué aprobado y confirmado en varias juntas, y solo les faltaba un asesino que le pusiese en ejecucion. Todo lo facilita aquel metal encantador á que sacrifican los hombres su sosiego, y con que compran sus delicias y sus delitos. Habia un hombre facineroso, llamado Juan de Labadia, acostumbrado á manchar sus manos con sangre humana en los frecuentes homicidios que habia cometido. Á este perverso ofrecieron los judíos una cantidad de oro considerable, con condicion de que quitase la vida violentamente al santo inquisidor PEDRO DE ARBUÉS.

»Una proposicion tan sanguinaria, y expuesta á las más funestas resultas contra su propia vida, hubiera intimado al hombre más temerario; pero en este perverso se disiparon los temores con la fuerza del interés, cooperando un amargo resentimiento de que tenia su corazon poseido. Habia poco que el Santo Tribunal habia hecho un ejemplar castigo en una hermana suya, rea de delitos atroces y vergonzosos, condenándola al último suplicio, que sufrió con horror y espanto de los que se sentian cómplices en su conciencia. Deseaba vengar la muerte de su hermana, que él tenia por injusta; y presentándole la ocasion la satisfaccion de sus deseos, vestida de los atractivos del interés, no tuvo dificultad en encargarse del asesinato proyectado, y de allí adelante buscaba ocasion oportuna de verificarlo. No pudieron los judíos hacer estas determinaciones tan secretas que no se

trasluciesen de alguna manera. Noticiosos de ellas algunos amigos de SAN PEDRO, que conocian cuánto importaba su vida á la religion, y el inminente riesgo en que estaba, se fueron al Santo, le dieron cuenta de todo, é intentaron persuadirle á que cuidase más de sí mismo. Propusiéronle para esto que mitigase algun tanto el celo con que hacia inquisicion de los rebeldes, y la severidad con que ejecutaba en ellos todo el rigor de la justicia; advirtiéndole que si no lo hacia así, amenazaba muy pronto y sangriento fin á su vida. En un pecho menos fortalecido de la virtud que el de nuestro Santo, hubieran hecho impresion unos avisos que tanto interesaban á la conservacion de su vida; pero esta era materia muy despreciable en la consideracion de PEDRO, respecto de ejercer su ministerio con todo vigor y serenidad. Prosiguió haciendo pesquisas y castigos como antes, y á los amigos que le amonestaron de su peligro, les respondió con mucha serenidad: *Que se cuidaba muy poco de cuantas maquinaciones pudiese intentar la perfidia de los apóstatas contra su vida: que nada tenia más impreso en el corazon que el honor de Dios y la pureza de la doctrina de la Iglesia. Y que si últimamente, Dios le hacia tanta misericordia que hubiese de ser la víctima que se sacrificase al odio de los infieles en defensa de la fé, suplicaba á su Señor Jesucristo que de un mal sacerdote que era, se dignase hacerle un buen mártir, que era lo que él deseaba.*

»Las obras confirmaron esta respuesta, digna de la fortaleza de un pecho cristiano, porque de allí adelante se ocupaba con más actividad en las funciones de su oficio, y solo pedia á Dios que abriese los ojos á los que maquinaban contra su vida, haciéndoles conocer las verdades adorables de la religion cristiana. Aunque se habia resignado perfectamente en las manos de Dios, en cuya confianza proseguia en la severa ejecucion de castigar á los apóstatas, su corazon no dejaba de anunciarle que estaba su fin muy cercano.

Dispúsose con oraciones fervorosas, doblados ayunos y penitencias, á esperar el término de su vida; y con una fortaleza invencible, ejercia sin miedo ni temor los oficios de inquisidor. El perverso Juan de Labadia, encargado de asesinar á SAN PEDRO, para asegurar mejor el golpe, partió la ejecucion de su encargo y la suma de oro que habia recibido por precio de su delito, con otros dos facinerosos como él, llamados Juan Esperán y Vital Durán. Estos inicuos hombres, despechados y resueltos á poner en ejecucion su maldad execrable, buscaban con ansia lugar y ocasion oportuna para verificarla. La misma virtud de PEDRO se la presentó muy cómoda, pues teniendo precision por su empleo de vivir separado de los demás canónigos que habitaban cerca de la iglesia, acostumbraba á conducirse á ella en varias horas del dia para adorar al Santísimo Sacramento, y dirigirle sus fervorosas oraciones. Consumia en esto todo el tiempo que le dejaban libre los precisos negocios de su oficio; de manera que á pesar de estos, era uno de los canónigos más asistentes al coro, tanto de dia como de noche. Advirtiéronlo los asesinos, y que no habia noche, por tempestuosa que fuese, que dejase de ir á cantar maitines en la iglesia; y asi eligieron esta hora para verificar su atentado. El dia 14 de setiembre por la noche, del año de 1485, fué el elegido para satisfacer la furia judáica. En esta noche se introdujeron los asesinos sin ser vistos de nadie en la iglesia mayor, y se escondieron en lugares oportunos. Poco despues llegó el Santo adornado con los sagrados vestidos con que asisten los canónigos al coro, y antes de entrar en él fué á ponerse de rodillas delante del altar mayor, haciendo breve oracion al Santísimo Sacramento. Apenas habia comenzado á invocar el favor divino, dobladas las rodillas y levantados los ojos al cielo, cuando salieron de sus escondrijos los judíos malvados, y acometiendo al Santo, primero Durán y Esperán despues, le dieron tantos golpes y heridas en las

espaldas, que le dejaron por muerto. Al tiempo de ejecutar este delito tan atroz, estaba el Santo pronunciando aquellas palabras de la salutacion angélica: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre Jesus*; y en el coro cantaban aquel versículo del invitatorio: *Quadraginta annis*, etc., en que reprende la Iglesia diariamente la pertinacia judáica. Al tiempo de caer en tierra herido mortalmente, cuidando menos de su propia vida que del beneficio espiritual que le habia hecho la divina misericordia, prorumpió en estas palabras: *Alabado sea Jesucristo, pues muero por su santa fé*. Los sacrílegos asesinos, habiendo cometido el crímen detestable, quedaron tan aturdidos y horrorizados de su propio delito, que no hubieran podido huir si no les hubiera favorecido una tropa de cómplices, que á empellones los echaron de la iglesia y los pusieron en salvo; pero buscados despues con diligencia por la justicia eclesiástica y secular, fueron presos y ajusticiados con todo el rigor que merecia su horroroso delito.

»Los canónigos que estaban en el coro, conmovidos por el ruido que habian hecho los que huian, acudieron y encontraron al Santo, que revolcándose en su sangre cuidaba más de dar á Dios gracias por haberle concedido el favor de hacerle el sacrificio de su vida, que de su vida misma. Llevároнle á su casa, y manifestándole con lágrimas el grande dolor que les causaba su trágica y temprana muerte, el Santo, lleno de tranquilidad, los consolaba á todos, persuadiéndoles á que no sintiesen el fin de su vida, que era inevitable, sino que llorasen el horroroso delito de los enemigos de la fé, y mucho más su rebeldía y pertinacia. Dos dias permaneció el santo inquisidor en su cama, unas veces consolando á los que le rodeaban, y otras pidiendo á Dios perdon para sus enemigos. Recibió los Santos Sacramentos con indecible fervor y devocion de su alma, y anegado en los sentimientos de la fé, esperanza y caridad, murió con

la santidad que habia vivido, el dia 17 de setiembre del referido año. Su muerte fué sentida de la iglesia de Zaragoza con las expresiones del dolor más intenso. Por espacio de tres dias no se celebraron los divinos oficios, y se cubrieron de negro los altares hasta que se purificó el templo de la violacion que habia padecido. Por espacio de un año siguieron iguales demostraciones de dolor, diciéndose el oficio divino con un canto fúnebre, al cual precedia el rezo del Miserere y algunas preces, puestos los canónigos de rodillas y acompañando la cruz los ministros cubiertos los rostros con velos negros; y reconciliada la iglesia, se trasladó á ella el sagrado cadáver para darle honorífica sepultura. Á esta sazon quiso Dios manifestar la santidad de su siervo con un suceso portentoso. La sangre que se habia extendido por el pavimento de la iglesia al caer herido el mártir de Jesucristo, se habia secado de manera, que refregándola con lienzos y papel blanco, de ninguna manera quedaban teñidos de la más mínima señal; pero apenas entró el sagrado cadáver en el templo, cuando inmediatamente apareció toda la sangre líquida, hirviendo y tan caliente, como si en aquel momento hubiera sido vertida. Conmovióse el numeroso pueblo á vista del milagro; el capítulo cuidó de autenticarle por medio de notarios, y todos empaparon pañuelos en aquella preciosa sangre, guardándola por reliquia. La santidad de que habia tenido fama toda su vida, se hizo más gloriosa y probada con el martirio. Los Reyes Católicos Fernando é Isabel le erigieron un suntuoso sepulcro de de mármol, á donde se trasladó su cuerpo. Aumentándose despues por una parte la adoracion de los fieles, y por otra los milagros que Dios obraba en testimonio de su santidad, fué beatificado por Alejandro VII el dia 16 de abril del año 1664.»

SANTA COLUMBA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Así como San Perfecto y Santa Digna justificaron los nombres que recibieron con el bautismo, del mismo modo SANTA COLUMBA mostró al mundo la pureza, sencillez y ternura de la paloma, cuyo nombre llevaba. Eran sus padres de las personas más distinguidas y ricas de Córdoba, en donde nació COLUMBA despues de sus hermanos Martin é Isabel, que fueron fundadores y prelados del monasterio Tabanense, como dejamos ya dicho en diferentes lugares de esta obra.

Fué COLUMBA la favorita de sus padres, y por consiguiente criada con el mayor regalo. La vocacion por la Iglesia de Martin, y la resolucion de Isabel y de su marido Jeremías de retirarse del mundo haciendo vida de pureza y penitencia en separados claustros, concentraron en COLUMBA los deseos de sus padres de casarla y dar sucesion á una familia de la cual ella era el último vástago. Pero las ideas y deseos de los padres no encontraban acogida en el corazon de la hija. Desagradábala el regalo y la molicie, aborrecia las galas y las joyas, y no la contentaba otra sociedad ni compañía que la de su santa hermana Isabel, en cuya casa pasaba más tiempo que en la de sus padres, practicando en el retiro las santas virtudes, única ocupacion de los hermanos Martin é Isabel y el santo marido de esta, mientras se estaba edificando á su costa el citado monasterio Tabanense, al que se fueron á morar en cuanto estuvo terminado. Viendo contrariados sus deseos los padres de COLUMBA, procuraron vencer á todo trance la vocacion de la jóven, y en especial la madre, que no abrigaba sentimientos tan espirituales como sus hijos; y para lograrlo prohibió á COLUMBA el ir á casa de Isabel, y á esta la reprendió fuertemente por dar á su hermana consejos enteramente contrarios al fin que se proponian sus padres. La belleza, virtud

y riquezas de COLUMBA, la hacian deseada de muchas familias, y habia sido ya pedida en matrimonio por sugetos de las más recomendables circunstancias, y en su virtud la previno su madre, que en breve plazo se resolviera á casarse; que eligiera el que más le agradase entre los pretendientes, porque de lo contrario elegiria ella. La situacion era penosísimamente crítica, y se abocaban grandes disgustos para COLUMBA; pero la Providencia despejó la tempestad que se cernia sobre la cabeza de la jóven. Una enfermedad repentina y aguda robó la vida á la madre de COLUMBA, y el padre dejó á esta dueña de elegir el estado que más la agradase.

Concluido el monasterio, que como dijimos en la vida de San Aurelio y otras, se componia de dos cuerpos, uno destinado á hombres y otro á mujeres, se pobló aquella santa casa acudiendo á morar en su retiro religiosos y religiosas, constituyéndose en este estado los hermanos y cuñado de COLUMBA y ella misma, tomando Martin el cargo de abad de los monjes, y su mujer Isabel el de abadesa de las religiosas.

En esta santa casa pasaba plácidamente la vida la jóven COLUMBA, practicando todas las virtudes y ofreciendo paciente y resignada al Todopoderoso los agudos dolores y tormentos que con frecuencia padecia, pues sin duda el Señor, para aquilatar más su virtuosa y heróica resignacion, la dió muchas y graves enfermedades.

Fué siempre enemiga de la murmuracion, y jamás se la oyó hablar mal de nadie por mala opinion que tuviera, repitiendo con frecuencia: «Sé lo astuto que es el enemigo, y conozco la insolencia de algunos hombres, que muchas veces se atreven á maldecir á aquel que en la presencia de Dios es aprobado, arrojándose á juzgar lo que solo toca al juicio del que ve los corazones, como si ellos penetraran los secretos agenos: siendo más inculpable meter la mano den-